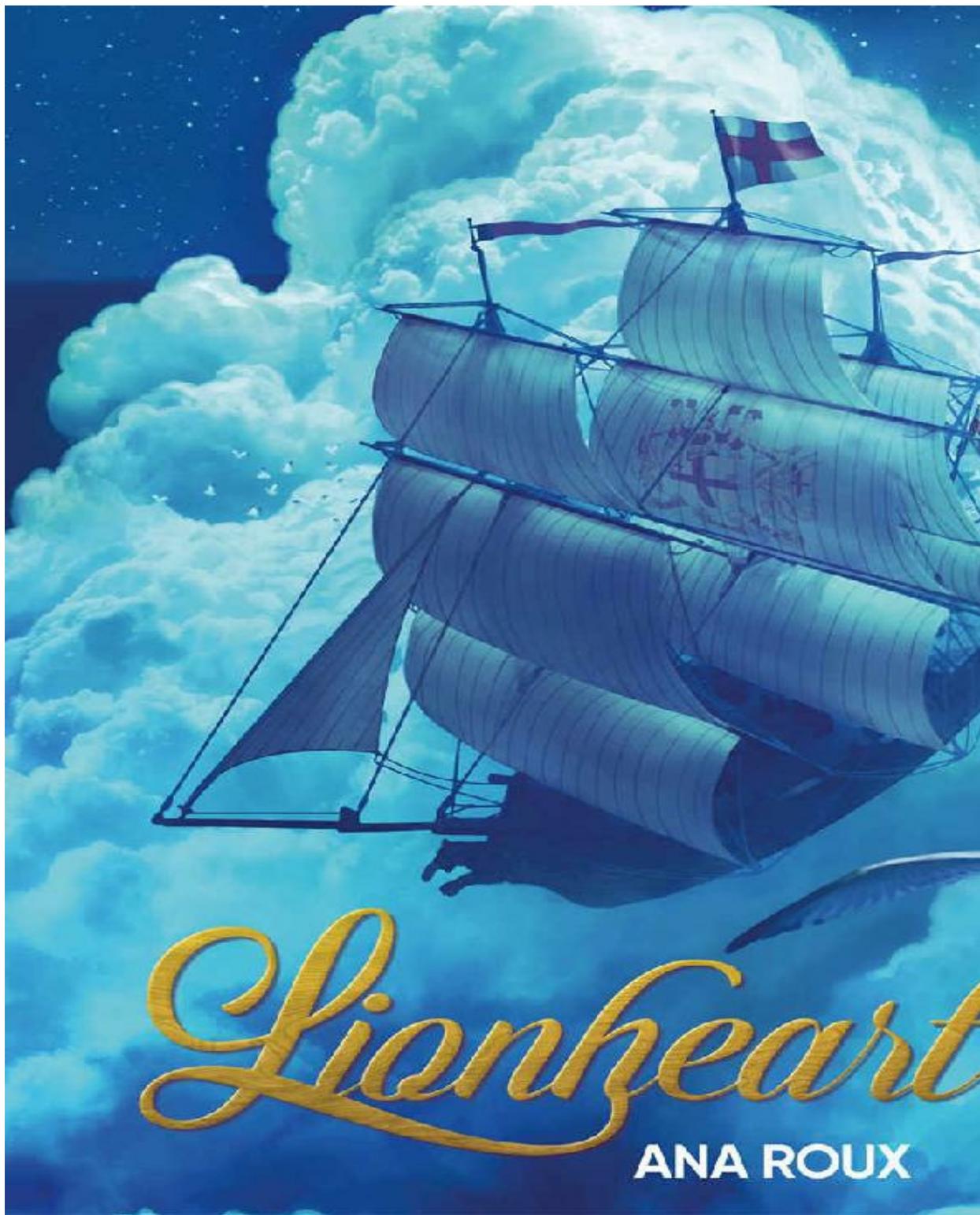




Lionheart

ANA ROUX

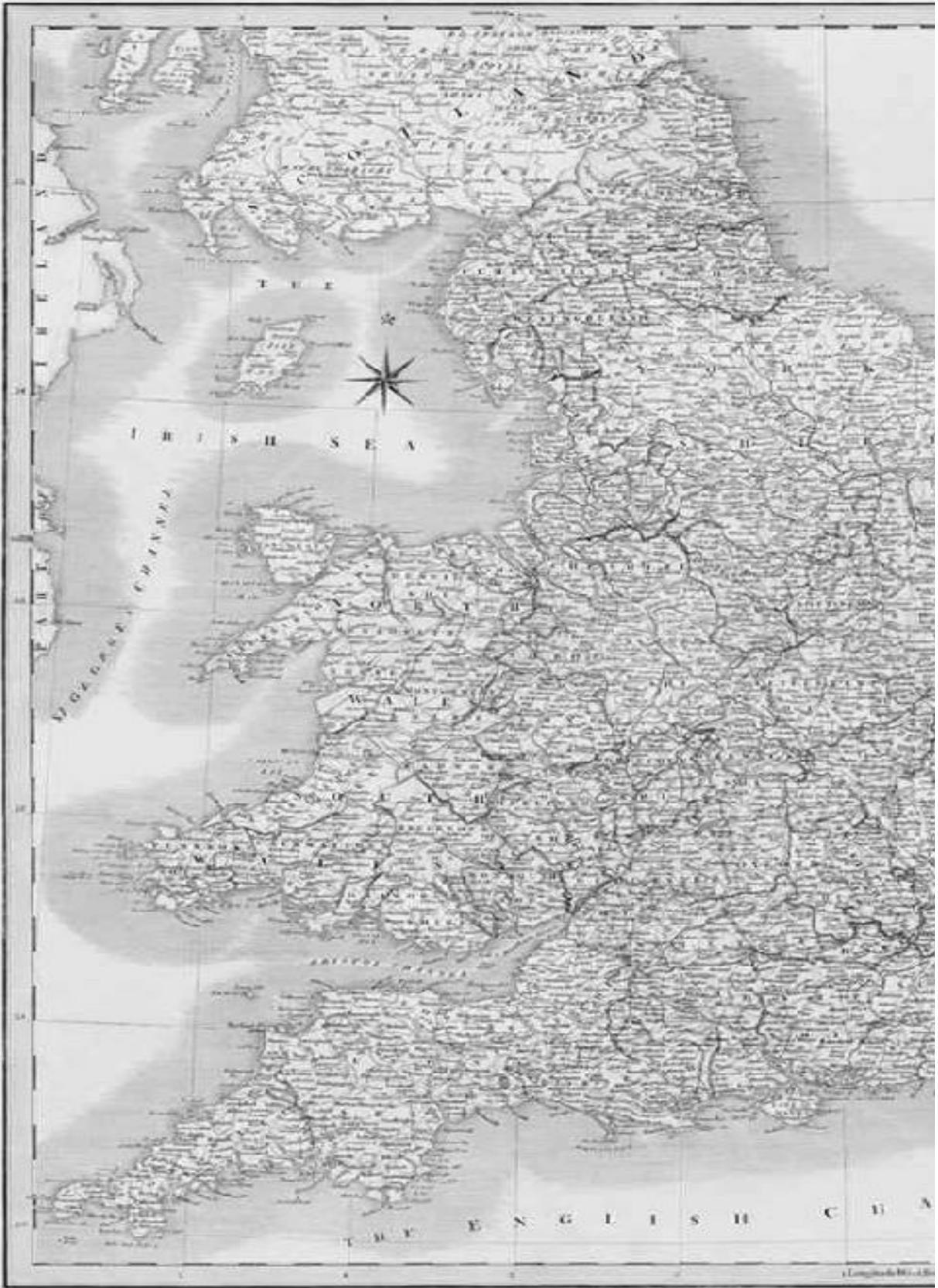
 NOCTURNA
EDICIONES



Lionheart

ANA ROUX

 NOCTURNA
EDICIONES



ANA ROUX

Lionheart

 **NOCTURNA**
EDICIONES

© de la obra: Ana Roux, 2020
© de las ilustraciones (interior de barco y personajes): Monsters Waltz, 2020
© de las guardas: Anastasiia M/shutterstock.com
© de los detalles: rawpixel.com
Mapa de Inglaterra: John Cary, 1811

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

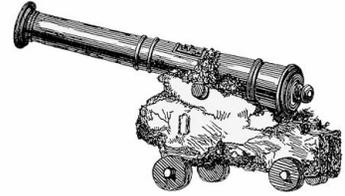
Primera edición en Nocturna: marzo de 2020

Maquetación: Mar Yari M. F.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-72-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Victoria,
que me diste toda una historia a cambio de un solo barco*

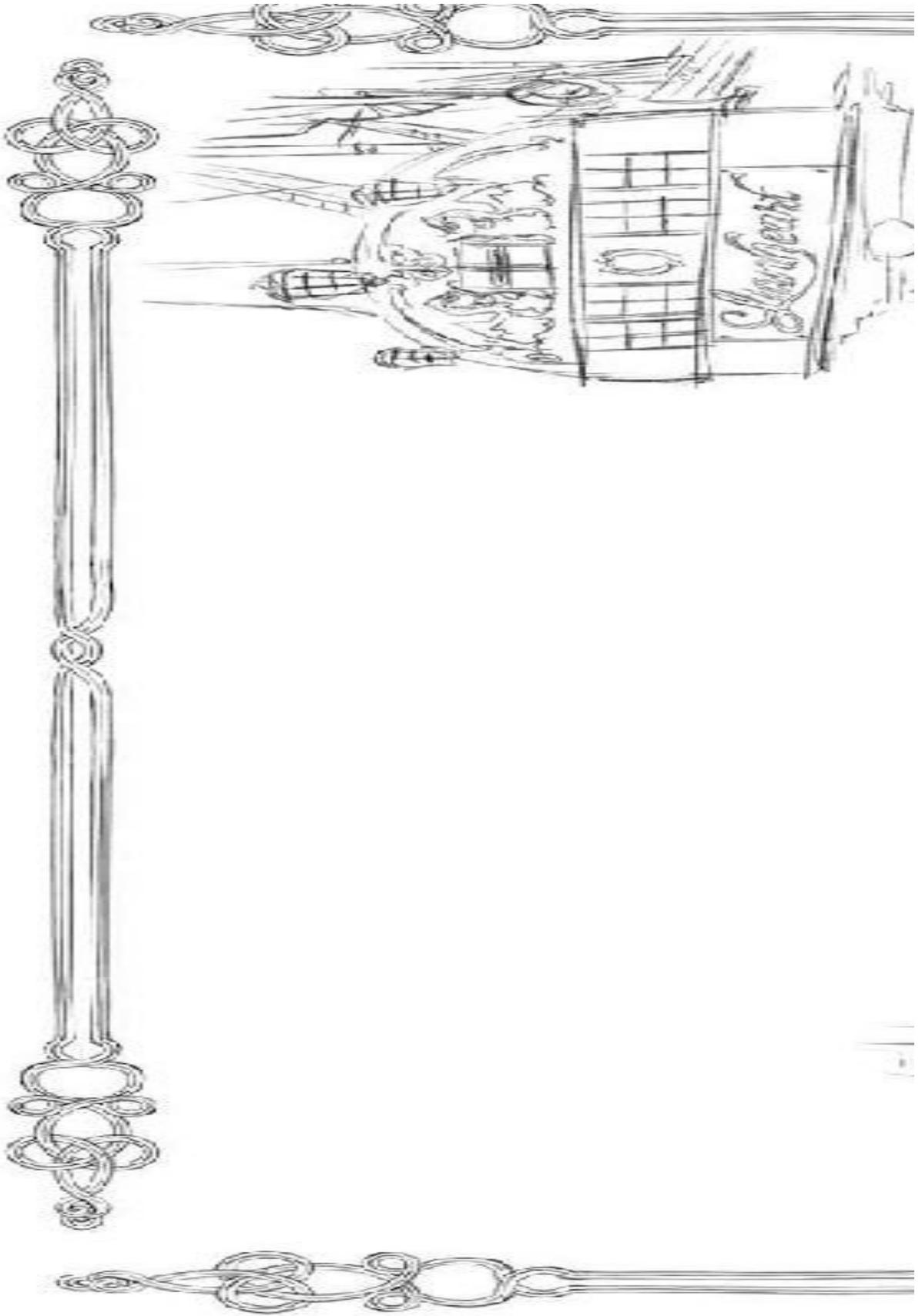


Mira hacia delante, no hacia atrás. Corrige el rumbo y sigue.

No puedes deshacer el camino de ayer.

Robin Hobb:

Las naves de la magia





1

La bala de cañón silbó en el aire antes de estrellarse contra el navío. La madera del casco crujió con el impacto, pero aguantó el envite sin abrir ni una grieta. El viento del oeste pareció celebrarlo con un silbido, que sacudió el barco de proa a popa hasta hacerlo cabecear entre las nubes. Un rey balanceándose en su trono.

—¡Batería de estribor, recargad!

Los marineros se afanaron en tirar el carro de los cañones hacia atrás para volver a introducir dentro la pólvora y las balas. En sus oídos restallaban las voces de los oficiales al mando de cada división, repitiendo las órdenes del primer teniente.

—¡Destricad los cañones! ¡Nivelad el carro! ¡Sacad los tapabocas! ¡Cebad! ¡Las bocas por las portas! ¡Apuntad los cañones!

—Todo listo, señor.

El capitán Fellowes asintió desde el alcázar de popa. Su cabello rubio veteado de blanco se mecía al viento, al igual que su abrigo de lona ya empapado por la humedad de las nubes que los rodeaban, que protegía la tela azul y dorada de su uniforme de la Marina Aérea. Una gota resbaló por las arrugas de su frente al hinchar el pecho para coger aire.

—¡Fuego!

La orden pasó de oficial a oficial con un grito que resonó al mismo tiempo en dos centenares de gargantas.

—¡FUEGO!

Cada mecha prendió en menos de un segundo y una nueva andanada de plomo salió disparada hacia el barco enemigo. Esta vez, los proyectiles alcanzaron de lleno su objetivo. Incluso a un cable de distancia, desde la cubierta percibieron el sonido de la madera al quebrarse en un millar de astillas y los gritos de dolor de los marineros acuchillados por la metralla.

Fellowes sonrió mientras su tripulación soltaba un alarido de triunfo.

—Señor Marlow, acerque el navío. Vamos a abordarles —le indicó a su segundo oficial, a cargo del timón durante la batalla—. Señor Byrne, preparen una nueva descarga a mi señal.

—Sí, señor —respondieron ambos tenientes.

El capitán se apoyó en el pasamanos y observó el aire que les separaba de su presa. No tardaría

en ser suya. Después de semanas atascados por el bloqueo francés, intercambiando cañonazos inútiles en la distancia, todos los que iban a bordo de la fragata *HMS Lionheart* estaban sedientos de un poco de acción.

Mientras en los otros frentes se enriquecían con oro y honores, el destacamento de la Armada Aérea de su Majestad en el Atlántico Sur languidecía sin pena ni gloria en medio del vasto océano. Flotaban a mil pies por encima del mar en calma, tan alto que ni los albatros se acercaban a saludarlos, aguantando el empuje del aire como estatuas mortecinas. En esa época del año, ni siquiera las corrientes de los alisios resultaban peligrosas, y tenían más riesgo de ser engullidos por las serpientes marinas, que creían ver saltar entre destellos sobre la superficie, que de morir atravesados por un balazo enemigo.

Aunque tampoco es que ningún marinero quisiera descender para comprobar si eran reales o no. De piedra o de carne y hueso. Corrían demasiadas historias sobre lo que los maestros alquimistas de ambos bandos habían conseguido recrear en sus laboratorios, y los monstruos mecánicos de fauces afiladas como riscos no eran la peor de ellas. Desde cañones que disparaban de un lado del Canal de la Mancha al otro, hasta soldados hechos de roca que marchaban imparables sobre los campos franceses.

Fellowes sintió un escalofrío arañándole la columna. Sólo de imaginar a Bonaparte con esa clase de poder en sus manos se le helaba la sangre. Por eso le enervaba tanto estarse quieto, sin hacer nada, como un león enjaulado. Rozó con el pulgar la empuñadura de su sable, que centelleó como si tuviera un millar de luciérnagas engarzadas en el metal maleado por la alquimia, preparándose para usar su poder y rasgar la carne enemiga como si fuera mantequilla. Aquella descarga le erizó el vello del antebrazo.

Sus órdenes eran guardar estoicamente aquella frontera invisible por el bien de la civilización y frenar el empuje del enemigo, pero todos sabían que los barcos franceses campaban a sus anchas al otro lado del bloqueo y eran ellos los que estaban atrapados en aquella pesadilla. Así que, en cuanto tuvo la más mínima oportunidad a su alcance, el capitán Fellowes aprovechó una pequeña grieta en la línea enemiga para colarse por ella, sirviéndose de la oscuridad de la noche. Habían volado durante horas a ras de las olas con el fin de evitar que desde el cielo pudieran divisar el brillo azulado de las filigranas que los maleadores cincelaban en los cascos de los navíos para hacerlos volar.

«Ligeros como plumas, firmes como rocas» era el lema de la Marina Aérea que muchos llevaban tatuado en la piel, además de en el corazón. Hombres valientes. La tripulación lo había seguido en su locura sin una queja, así que su capitán quería brindarles aquella primera presa como fuera.

No era un barco grande, pero, desde la primera vez que enfocó su catalejo en él, Fellowes supo por su forma torpe y lenta de sortear las nubes que transportaba un cargamento que les haría ganar una fortuna a todos los que estaban a bordo de la *Lionheart*. Un botín de guerra, al fin. Los marineros ricos eran marineros contentos, de los que obedecían mejor las órdenes y eran más

leales. Todo capitán temía los motines a bordo y él, aunque valiente, no era un necio. Mejor tener a la tripulación contenta, y a poder ser sin abusar de las raciones extra de grog.

Sus oficiales también parecían ansiosos por la captura. Marlow daba instrucciones al timonel con más ahínco de lo habitual y palmeaba la madera con una gran sonrisa que hacía más visibles sus orejas de soplillo. Era un buen marino, pero de disciplina demasiado laxa.

En cambio, el teniente Thomas Byrne era la viva imagen de la compostura. Llevaba los mechones de pelo oscuro recogidos a la altura de la nuca, bien sujetos por su bicornio, y el uniforme siempre impecable, a pesar de los remendones imposibles de disimular. Había salido a cielo abierto desde la bodega y paseaba su figura ancha y robusta por la cubierta con expresión tranquila, sin una arruga en el rostro que no fuera la cicatriz parduzca que le cruzaba la nariz y las mejillas, la cual impedía incluso que llegara a abrir del todo el ojo izquierdo.

Caminaba a grandes zancadas, supervisando cada movimiento y dando instrucciones con el potente vozarrón que todavía asustaba a los grumetes más novatos. Sólo se permitió un segundo de descanso al pasar por encima de uno de los cañones todavía humeantes. Fellowes le observó aspirar el aroma de la pólvora con el mismo deleite con el que él disfrutaba del tabaco de su pipa.

Hacía tiempo que había dejado de ser un niño, pero Thomas seguía teniendo aquella aura de valiente que le acompañaba desde que era un grumete que corría por la cubierta de armas con las mejillas sucias de hollín. Un artillero siempre sería un artillero, por más charreteras doradas que ganara su uniforme. Firme en el corazón de la batalla, mirando al enemigo a los ojos sin pestañear.

El capitán se alegraba de veras de haber podido ayudarlo a ascender en su carrera. Si había alguien en toda la Armada que amara la *Lionheart* como él, era aquel muchacho.

—Samuel, tengo a mis marines formando y con las armas cargadas. ¿Me vas a dejar poner el primer pie en esa corbeta o no?

El mayor Hansford subió los escalones del alcázar de dos en dos hasta situarse al lado del capitán. Su casaca roja destacaba como una antorcha en mitad de la noche oscura, aunque ni queriendo podría haber pasado desapercibido entre los adustos marineros que lo rodeaban. Era altivo y esbelto como un junco, siempre mirando al mundo desde arriba con una sonrisa ancha, que no se borraba ni en un cara a cara con la muerte.

—*Lord* Hansford —saludó el capitán, a sabiendas de que su amigo ignoraría deliberadamente su tono formal, aunque fuera en medio de una batalla—. En cuanto las cuadrillas de abordaje estén listas, podrá saltar con su infantería desde la cofa del palo mayor si hace falta.

El mayor dio una palmada.

—¡Estupendo!

En ese momento, el barco se estremeció. La nave enemiga llevaba intentando alcanzarlos con sus pequeños cañones de a cuatro desde que emprendió la huida, pero era la primera vez que sus disparos conseguían acertar. El impacto había sido leve, pero los maderos destrozados habían conseguido empalar con astillas del tamaño de sables a varios marineros, todavía con los grabados alquímicos brillando entre las vetas. No era mala señal: se estaban acercando.

—Señor Cox, que se lleven a los heridos abajo con el cirujano. A las gallinas también, que están estorbando en cubierta —ordenó al mayor de los guardiamarinas, que había asomado su pelo rojizo y sus pecas entre el humo con una sonrisa—. Y que los cañones de proa respondan al fuego concentrándose en sus artilleros, no quiero más bajas.

—¡Sí, señor!

Pero un grupo de cuatro marineros ya se estaba encargando de arrastrar a sus compañeros fuera de la zona de peligro y desaparecer con ellos en las entrañas del barco, llevándose consigo la sangre y los gritos. Así que Phillip Cox se giró para supervisar cómo la división de proa nivelaba el carro del cañón para apuntar bajo las órdenes de Atwood.

Su compañero era el oficial más joven a bordo. Un muchacho pálido y al que apenas le había empezado a salir pelusilla en el bigote, lo que no ayudaba a acallar las bromas que le perseguían cada vez que le daba un ataque de vértigo al asomarse por la borda y ver la tierra firme tan lejana como una maqueta en miniatura.

—Tienes que hacerte oír, Ernest —le reprendió Phillip, llevandoselo a un aparte discretamente al advertir por enésima vez cómo se le quebraba la voz por un gallo de indecisión—. Tus hombres tienen que oír las órdenes en medio del mismo infierno.

—Lo siento —balbuceó el muchacho con la voz ronca, apartando la nariz del humo de la pólvora para no echarse a toser—. Lo intentaré.

Phillip le palmeó el hombro.

—Buen chico.

El rugido del capitán les llegó entre el azote del viento.

—¡Señor Cox, señor Atwood! ¡Esos cañones!

—¡A la orden! —exclamaron los dos a la vez, cuadrándose.

Fellowes observó con el ceño fruncido cómo volvían apresuradamente al trabajo. A Phillip se le había soltado la coleta por debajo del bicornio con el viento y su melena castaña rojiza se agitaba a la altura de los hombros. Iba a llamarle la atención cuando las señas de su maestro de navegación captaron su interés.

—Está cambiando el viento, señor —dijo el oficial, arrugando el tupido bigote oscuro bajo su nariz ganchuda. Luego, acomodó el catalejo para que no se le enredara en el turbante azul que le cubría completamente el cabello, en un momento en que la cubierta se bamboleó con los estallidos de los cañones—. Un banco de nubes bastante espeso se acerca por el noroeste.

—Gracias, señor Singh. ¿Y los otros nubarrones siguen a nuestra espalda?

—Sí, señor. No se han despejado.

—Bien —replicó, pensativo—. Que todo el mundo asegure sus arneses.

—¡Tripulación, asegurad arneses!

Cada marino en cubierta buscó inmediatamente a su compañero más cercano y pegó un tirón a la cuerda que colgaba desde la cadera para cerciorarse de que no se habían soltado. No había nadie al servicio de la Marina Aérea que no tuviera pesadillas con caer al vacío por la borda de su

barco. Una vez que la cuerda se soltaba a miles de pies sobre el agua y la madera desaparecía bajo las piernas de un desgraciado, estaba perdido para siempre. Ningún bote podría planear tan rápido como para cazar a un hombre en caída libre antes de que se estrellara contra el océano, que desde esa altura se transformaba en un muro de granito.

—Señor Byrne, ¿cómo vamos con esas ranas francesas?

—Estamos ganando terreno, señor, pero aún no han bajado su bandera.

Fellowes alargó la mano y pidió un catalejo. Cuando consiguió enfocar hacia la popa contraria, le cegó el reflejo de un cristal. El otro capitán también le estaba observando.

Su presa estaba cada vez más cerca. Los remolinos de aire le traían a los oídos los gritos nerviosos de sus oficiales, intentando por todos los medios evitar lo inevitable. Unos minutos más y los tendrían a punto para el abordaje. Las cuadrillas de vanguardia ya estaban listas. O bajaban los colores o muchos de ellos morirían en vano. Era cuestión de escoger el menor de los males.

—Capitán.

Fellowes se volvió hacia el maestro de navegación con un mal presentimiento; no le había gustado el tono con el que había llamado su atención.

—Informe, señor Singh.

—El banco de nubes sigue aproximándose, y cada vez más negras. Si seguimos con este rumbo, nos meteremos de lleno en una tormenta.

—¿Cuánto tiempo tenemos de margen?

—Cuatro horas, probablemente, si no cambia el viento otra vez.

El capitán reflexionó un instante.

—Bien, entonces infórmeme si cambia.

Singh no parecía del todo conforme, pero asintió.

—Sí, señor.

Fellowes había hecho un cálculo rápido y estaba convencido de poder asegurar su captura en las próximas dos horas. Confiaba en que su capitán fuera lo bastante razonable como para darse cuenta pronto de que era mejor pasar la noche cenando en su cabina como prisionero de honor que como tributo a los peces.

Pero el destino no tenía los mismos planes.

—¡Velas! —gritó el vigía de guardia desde lo alto del palo mayor—. ¡Barco a la vista!

El capitán agarró el catalejo casi más rápido de lo que se lo tendieron. El marinero tenía razón. A unas millas al sureste, atravesando las nubes blancas que los llevaban rodeando desde por la mañana, había aparecido la sombra de un navío de guerra.

—¿Señor? —se atrevió a hablar el teniente Marlow después de unos segundos de tensión—. ¿Es francés?

Fellowes bajó el catalejo.

—Sí, señor Marlow. Un navío francés.

«Y viene hacia nosotros».



2

Fellowes habría querido soltar un puñetazo en la cara de algún cretino francés, pero tuvo que conformarse con golpear el escritorio de su cabina con la palma abierta y arrojar su sombrero al suelo cuando cerró la puerta tras él. Estaba furioso, sobre todo consigo mismo. Sabía que había apuñalado en el orgullo a los bonapartistas al burlar su bloqueo y era de esperar que fueran en su busca, pero hasta entonces se había convencido de que sus perseguidores les habían perdido el rastro.

Al menos un capitán del otro bando cazaba con la misma tenacidad de la que Fellowes se enorgullecía, y había conseguido no sólo sorprender a la *Lionheart* en mitad del cielo, sino también atraparlos entre dos fuegos con el viento a su favor. Si no lo odiara tanto en aquel momento, Fellowes le hubiera felicitado por su astucia. Un frances obstinado que, además, contaba a sus órdenes con un navío de guerra de al menos setenta y cuatro cañones, alineados en sus costados a dos alturas, y seiscientos hombres en sus tripas. El triple que ellos.

Lo único que podía hacer en aquel instante era huir con el rabo entre las piernas y aprovechando todo el viento que pudiera en las velas. Había pasado de depredador a presa. Adiós a sus tres octavos del botín y a su dignidad. Ordenó virar el timón y desplegar hasta las camisas de repuesto de toda la tripulación si hacía falta con tal de tener algo más de empuje, antes de dejar a su primer teniente al mando.

—Dispare una última andanada a nuestra presa, señor Byrne —le había indicado también antes de bajar a la cabina—. Si queda al borde del naufragio, mejor que mejor. A ver si sus compatriotas franceses hacen caso a su honor y a su conciencia y van a rescatarlos. Así al menos tendremos algo más de ventaja.

No había querido ver el resultado. Si sufría algún revés más, la vena hinchada de su cuello podría llegar a estallar de verdad. Mientras Fellowes comenzaba a abrir cajones y a recoger papeles, desde el otro lado de la puerta le llegó el sonido de unos pasos que bajaban los escalones desde el alcázar. Sonaron tres golpes.

—Adelante.

El mayor Hansford asomó la cabeza.

—Si quieres estar solo, me marcho.

Fellowes masculló algo incoherente, con la lengua trabada por la rabia. Su amigo lo interpretó como una invitación a entrar.

—Creo que es la primera vez en años que preguntas antes de entrar en mi cabina —dijo al fin el capitán mientras seguía acumulando papeles.

—Si siempre llamo a la puerta, Samuel.

—Pero nunca esperas a que te conteste. Te da igual que esté en la letrina.

Ahí el mayor no quiso replicar nada. Se limitó a observar mientras el capitán abría un saquillo de arpillera y metía en él una bala de cañón que sacó de un armario, para luego hacer lo mismo con el montón de documentos que había apilado antes encima de la mesa.

—¿Puedo ayudarte?

—No, no es necesario. Deshacerse de todo esto es responsabilidad del capitán. —«Al menos esto voy a hacerlo bien», pensó. Oír cómo detonaban los cañones sobre su cabeza también le hizo sentir mejor—. El libro con el código de señales de la flota, el cuaderno de bitácora, las cartas de navegación..., vaya pesadilla que sería el consejo de guerra como encima llegara a entregarles esta información a los franceses, además de mi barco.

En el aire, los navíos se comunicaban mediante un código de banderines de colores y cañonazos que cada Armada iba actualizando cada poco tiempo. Hacerse con una copia era uno de los mayores botines que podía obtener un capitán al capturar un barco enemigo. Con él, cualquiera podía interceptar mensajes en batalla, lo que permitía adelantarse a cualquier maniobra de la flota. O tender emboscadas, incluso.

—Has roto el bloqueo tú solo después de meses estancados, Samuel. Lo raro sería que no se levantaran a aplaudirte en ese juicio.

El capitán bufó con sorna.

—Y yo me cagaré en sus elogios mientras un sucio capitán francés pone sus manos en la *Lionheart*. Ni siquiera sabrá cómo se comporta una fragata como esta en un cielo en calma, o cómo tratarla en mitad de una tormenta.

—Sólo tú sabrías hacerlo.

«Mi Leona. Capturada». A Fellowes le temblaban las manos sólo de pensarlo.

—Siento que al final no hayamos podido reunirnos con la flota del comodoro Davis. Sé que te lo prometí hace tiempo.

—No mientas, Samuel. Que a Roger no le puedes ni ver.

—Pero puedo disfrutar de la cena en un rincón mientras vosotros os ponéis al día, y luego retirarme muy sutilmente para dejaros solos con el estómago lleno y sin haber abierto la boca para otra cosa que no sea tragar. Tengo entendido que su cocinero es uno de los mejores de la flota.

Hansford se echó a reír, aunque con una nota de tristeza en la voz y en los ojos.

—Confiemos entonces en que el joven Byrne nos conduzca lejos del alcance de los franceses. Parecía llevarlo bastante bien cuando he bajado. Es un buen chico, para ser irlandés.

—Mayor.

Fellowes le reprendió con la mirada.

—No me mires así. Sé que a ti tampoco te gustaba al principio con ese acento. —Hansford fue hacia un armario y comenzó a abrir cajones—. Pero él te admira. ¿Sabes que el otro día fui a la cámara de oficiales, a pedir prestada una hoja de afeitar, y me lo encontré en el espejo intentando peinarse como tú, con todo el pelo hacia atrás para hacerse la coleta? Ya le dije que no se esforzara, que tú sólo lo hacías para disimular la calva de la coronilla.

—¡Mayor!

En ese momento, unos golpes sonaron de nuevo en la puerta.

—Adelante.

Phillip entró a la cabina y se quitó el sombrero.

—Con su permiso, señor, y con los saludos del señor Byrne. Me ha mandado para informarle de que conseguimos dañar gravemente la corbeta francesa, pero que el navío de guerra ha pasado de largo sin auxiliarles y sigue en nuestra persecución.

Fellowes maldijo por lo bajo. ¿Dónde quedaba el honor? Con la puerta abierta le llegaban de fondo el ruido del silbato del contramaestre y el alboroto de la actividad en la superficie del barco.

—Bien. Gracias por la información, señor Cox. Que mantengan el rumbo, yo subiré enseguida.

Unos pasos bajando los escalones a la carrera impidieron que el guardiamarina se retirara.

—Disculpe, señor. —Thomas se quitó el bicornio apresuradamente al atravesar la puerta, agachando la cabeza para no golpearse con el dintel—. He dejado al señor Marlow a cargo del alcázar para venir a informar. El banco de nubes que teníamos delante se ha agrupado aún más y el señor Singh está convencido de que la tormenta estallará en cualquier momento. Pregunta si quiere continuar con el rumbo.

—¿Alguna posibilidad de esquivarla?

—No si no queremos darles más ventaja a los franceses, señor. El señor Singh calcula que a este ritmo nos alcanzarán en menos de tres horas.

El capitán cerró los ojos. Pensaba mejor en la oscuridad, cuando su mente podía dibujar un mapa de la situación. También lo hacía mejor en silencio, pero la estridencia de unos gritos procedentes de cubierta le desconcentraba por completo.

—Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué le pasa al señor Atwood? —dijo Hansford—. ¿Qué son esos alaridos? Parece una gallina clueca.

Phillip contuvo una carcajada a duras penas. Thomas le dio un codazo no muy disimulado. Él también estaba forzando la seriedad en sus labios para no sonreír.

—¡Señores! —les reprendió el capitán—. ¿Ambos son oficiales veteranos a bordo de este barco, al servicio de su majestad, y les voy a tener que separar como a dos guardiamarinas remoloneando sobre sus tareas? Les recuerdo que estamos en guerra. Y no me mire así, señor Cox, ya sé que usted todavía no ha conseguido ascender. Pero ya vestiría otro uniforme si se centrara un poco en su carrera y estudiara de una maldita vez para su examen de teniente. Compórtese con

propiedad o no volverá a llevar ante el tribunal una carta de recomendación a mi nombre.

—Lo siento, señor.

—Vuelvan a sus puestos.

Los dos saludaron apresuradamente y desaparecieron escaleras arriba.

—Pobres muchachos. Creo que se han hecho un poco de pis encima.

Hansford por fin había encontrado lo que andaba buscando en el armario y volvió a la mesa cargado con media docena de botellas de vino.

—No seas blando con Cox sólo porque se parezca a ti —le reprochó el capitán.

—¿A mí?

—Es igual de insolente, y cree que con su encanto se va a salir siempre con la suya. Aunque no, miento. Tú serías capaz de encantar a las serpientes y él, de irritar hasta a las piedras.

—Gracias.

Fellowes suspiró y agarró los últimos documentos que quedaban.

—Esto me pasa por tener oficiales tan jóvenes a bordo. En el primer barco en el que serví, el primer teniente rozaba los cincuenta años, ¡y ahora casi ninguno en la flota llega a los treinta! ¿Cuántos tiene Byrne? ¿Veintitrés celebró el mes pasado? Un crío a punto de que le den su primer mando.

—Es lo que tiene la guerra, amigo mío. Más bajas, más barcos. Se muere más pronto y se asciende más rápido.

El capitán le dio la razón en silencio. Sus dedos acariciaron las líneas de las últimas cartas náuticas que le quedaban por guardar, resistiéndose a admitir todavía la derrota.

—En fin —suspiró—. Al final ni siquiera estábamos tan lejos. Si todo hubiese salido bien, quizá podríamos haber virado al norte a hacerle una visita y reponer víveres.

—¿A quién?

—A Ellie. —Fellowes señaló un punto en el mapa, junto a la diminuta caligrafía que dibujaba el letrero de «Antillas Menores»—. Está ahora mismo aquí, en la isla de Monserrat. Estamos un poco al sur del archipiélago, pero no demasiado lejos, y con el bloqueo ningún barco habrá podido salir en dirección a Inglaterra.

—¿Ellie?

Hansford estaba tan concentrado en descorchar las botellas que casi ni le prestaba atención.

—Ellen. Mi hija. Tu ahijada —respondió el capitán—. A su madre y a mí no nos hacía demasiada gracia un viaje tan largo, con lo delicada que está..., y la pobre tampoco quería ir. Pero la hermana del almirante Levertone se empeñó en que la acompañara a visitar la plantación que la familia tiene allí, ¡hasta presionó al doctor Barry para que diera su aprobación! Estas señoras saben cómo ser insistentes.

Por fin, el corcho de una de las botellas saltó con un ligero «pop».

—¡Sí! —exclamó el mayor con deleite.

—Por favor, Arthur. Dime que no te vas a poner a beber justo ahora.

—Claro que no, pero no voy a dejar que los franceses se beban las mejores botellas de Madeira que te regalé —respondió él—. Voy a volcarlas en una garrafa y estas las rellenaré con licor del malo y aguado, para que se atraganten.

—¿Y si al final no nos abordan? ¿Me vas a tener sirviendo el vino de las cenas de una garrafa como en la taberna más sucia de Portsmouth?

—No te apures, Samuel. Lo tengo todo pensado. Si al final todo sale bien, ganaremos por partida doble, pues tú y yo nos beberemos el vino bueno cuando nos plazca, y tu dispensero y los guardiamarinas, cuando cojan a escondidas las botellas, aprenderán con la práctica a no robarle el vino a su capitán.

De nuevo oyeron pasos en la escalera.

—Disculpe, señor. —Thomas llegó con el aliento entrecortado—. Debería subir a cubierta.



3

La tormenta les retaba a acercarse con el rugido de sus truenos. Fellowes la observaba de frente, encaramado a la punta del bauprés. Delante los esperaba un muro tan sombrío que parecía la antesala de las puertas del infierno, pero el otro barco seguía persiguiendo su estela como la misma muerte. El capitán volvió a cerrar los ojos. El azote del viento helado en las alturas le arañaba los párpados, aunque, después de tanto tiempo a su merced, le parecía tan familiar como la caricia de una madre. Respiró hondo. Tenía claro lo que debía hacer.

Se deslizó por el madero hasta que sus botas tocaron las tablas del castillo de proa, con un suspiro de alivio de sus marineros, que habían estado aguantando el aliento con temor al verle tan cerca del vacío mientras tensaban para asegurar la cuerda de su arnés. Antes de descolgarse del todo, el capitán acarició la parte de arriba de la cabeza de leona que formaba el mascarón de proa, con las fauces abiertas y las garras extendidas. Sentía las miradas de todos los marineros posadas en su figura, así que procuró mantenerse erguido para hacerles llegar su aplomo. Necesitaba que confiaran en él para que lo siguieran en su locura. Sólo deseaba no estar arrastrándoles irremediablemente a la muerte.

Dos hombres se acercaron en cuanto posó las botas sobre la cubierta, esperando que confirmara sus órdenes. Cuando les había contado su plan por primera vez, McPhee, el contramaestre, le había asegurado que sus hombres resistirían allá donde les llevara su capitán; pero el maestro de carpinteros no estaba tan tranquilo. El señor Helsby era un hombre prudente y, aunque se había asegurado varias veces de que la estructura del barco estaba íntegra, también había insistido en su preocupación por los boquetes que lucía la gavia y que todavía no habían podido zurcir adecuadamente. Aun así, tendría que servir.

El capitán asintió y los dos hombres le saludaron con solemnidad, llevándose el primer nudillo a la frente con el puño cerrado.

McPhee sopló su silbato y los marineros reaccionaron al instante. Todos veían cómo se acercaba el muro de nubes negras, pero saber que iban directos a meterse en la boca del lobo intencionadamente era distinto. De pronto, el vértigo que les volteó el estómago no tenía nada que ver con la altura. El capitán vio a más de uno tirar compulsivamente de su arnés para asegurarse de que estaba bien sujeto.

Fellowes se reunió con los oficiales, que aguardaban más apartados. Cruzó las manos en la

espalda.

—Caballeros, los necesito a todos con mil ojos. Vamos a virar para adentrarnos en el corazón de la tormenta. Eso nos pondrá más a tiro durante unos minutos, pero nos acercará aún más a la zona peligrosa de las nubes y hará que los franceses tengan que elegir entre seguirnos al abismo o dar media vuelta. —Entonces, sonrió—. Esperemos que no estén tan locos como nosotros y sea lo segundo.

Los oficiales rieron con él.

—Sí, señor.

—Señor Byrne. —El capitán se giró directamente hacia él—. Al señor Helsby le preocupa que una de las velas se pueda romper en mitad de la maniobra, así que necesito que se suba y me informe de cualquier mínima tara que vea. Con lo grande que es usted, será más difícil que se lo lleve el viento.

El teniente asintió, pero se había puesto blanco como la cera.

—Con su permiso, capitán —intervino Phillip en ese momento, dando un paso al frente—. Si no tiene inconveniente, me gustaría ofrecerme voluntario para esa tarea.

Fellowes enarcó las cejas.

—Esas son unas palabras que jamás creí que salieran de su boca, señor Cox.

El guardiamarina desvió un momento la mirada al suelo, pero no retrocedió.

—Si me lo permite, insisto.

—Como quiera. —El capitán no quiso discutirlo más. Había demasiadas cosas que preparar—. Señor Byrne, se encargará entonces usted de supervisar las cuadrillas del señor Cox.

—Sí, señor.

Los oficiales se dispersaron, cada uno a su tarea. Phillip le entregó su sombrero y su chaqueta a uno de los marineros para que los guardara por él en la cámara de oficiales y se aupó a uno de los obenques por el costado del barco.

—¡Phillip! —le llamó Thomas antes de que comenzara a trepar por las cuerdas—. Gracias.

Phillip rio y le palmeó el brazo.

—No seré yo el que juzgue a un hombre con miedo a las alturas por enrolarse en la Marina Aérea, Tom —respondió—. Pero ve pensando cuántas guardias vas a cambiarme por esto.

Thomas le estrechó la mano.

—Ya hablaremos.

Mientras tanto, el capitán había ocupado su lugar en el alcázar.

—¿Todo listo, señor Singh?

El maestro de navegación, que no había quitado el ojo a la tormenta y a sus perseguidores, asintió.

—Ahora o nunca, señor.

Fellowes se dirigió a su timonel.

—Rumbo oeste-noroeste, señor Bjørgen.

—A la orden, capitán. Rumbo oeste-noroeste.

El timón rodó bajo su impulso como una ruleta desbocada. Los marineros se agarraron en sus puestos para guardar el equilibrio cuando el navío giró sobre su eje, escorando hacia estribor con el impulso.

Como esperaba, los franceses respondieron a su maniobra. Era un navío más grande que el suyo, así que su panza oronda de madera se bamboleó muy lentamente en comparación con la ligereza de la fragata. Para cuando pudieron estabilizar el rumbo, los ingleses ya podían oler y palpar la humedad creciente. Las primeras gotas se condensaron sobre la cubierta de la *Lionheart* y los truenos ya no resonaron tan lejanos.

Fellowes sonrió, enseñándole los dientes al horizonte. Había recuperado su expresión de cazador. Podía imaginarse cómo el capitán francés estaría apretando la mandíbula en aquel momento al ver cómo se le escapaban entre los dedos. Su tripulación se contagió de su sensación de triunfo, porque los vítores estallaron por toda la cubierta.

Pero el enemigo no se iba a conformar tan fácilmente.

—Señor, están frenando su avance. —A su lado, Singh iba narrándole cada movimiento con la precisión de su catalejo—. Están virando de nuevo. Van a ponerse perpendiculares a nosotros.

Fellowes le pidió su catalejo al teniente Marlow y enfocó al costado del navío enemigo, aunque no le hacía falta para imaginarse lo que estaba pasando. Su corazón se aceleró en un segundo de terror al ver cómo dos pisos de cañones se abrían paso a través de sus portezuelas para apuntar hacia ellos.

—¡Todo el mundo al suelo! —bramó—. ¡A cubierto!

Oyó el estallido antes de sentirlo. Se cubrió la cabeza con los brazos, pegando el cuerpo todo lo que pudo a la cubierta. Por encima volaron astillas, plomo y restos de carne. La mayoría de las balas pasaron de largo, rozando el barco únicamente con el aire que desplazaron a su paso, pero las que acertaron causaron sus destrozos con eficiencia.

Fellowes esperó un instante antes de incorporarse. El polvo de serrín y el humo le hicieron toser al levantar la cabeza. Por un segundo, no supo por qué veía todo tan negro, hasta que se dio cuenta de que un reguero de sangre le corría por la frente hasta los ojos. A su alrededor, los heridos gemían y gritaban; y los que seguían en pie lo hacían aún más, intentando reagruparse. Los marineros sabían por experiencia lo poco que tardaba en recargar los cañones una tripulación experimentada. Si no lograban ponerse a salvo en la tormenta a tiempo, estaban perdidos.

El capitán giró en redondo, haciendo un control de daños. El señor Singh se había levantado con dificultad hasta colocarse a su lado, pero parecía ileso. Del resto del alcázar no podía decir lo mismo. Uno de los maderos del palo de mesana había recibido un impacto y se había desmoronado sobre ellos, destrozándolo todo a su paso. Fellowes se había librado por muy poco.

—¿Marlow? ¿Björgen?

El señor Singh miró hacia atrás, a un lugar que Fellowes no alcanzaba a ver exactamente, y sacudió la cabeza.

—¡Capitán!

El hombre se volvió con brusquedad y vio a Thomas en medio de la carnicería en la que se había convertido la cubierta, arrodillado junto a un cuerpo y agitando los brazos, señalando hacia arriba. Fellowes soltó una maldición. También habían dañado el palo mayor, cuyas perchas horizontales se bamboleaban de un lado a otro, sujetas por apenas unos pocos cabos. Helsby tenía razón: la tela de sus velas estaba desgarrada por varios puntos, interrumpiendo peligrosamente el patrón de sus filigranas.

—Quiero a todo aquel que todavía pueda usar las manos ahí arriba asegurando ese mástil, señor Byrne —ordenó a voces, abriéndose paso como pudo entre los heridos y los que los transportaban al piso de abajo—. O lo estabilizamos o nos vamos a pique.

—¡Sí, señor!

La sangre volvía a impedirle la visión y Fellowes se frotó la frente con rabia con el puño de su abrigo. Miró hacia atrás, hacia los cañones que pronto volverían a embestirlos, y luego hacia las nubes negras. Casi habían desaparecido en su interior. Sólo les hacía falta un último empujón del viento.

—¡Señor, vuelven a sacar los cañones por las portas!

El capitán corrió hacia el alcázar y trepó por los trozos de madera masacrada hasta la rueda del timón, que giraba como un carrusel fuera de control. Consiguió mantener el rumbo con un esfuerzo sobrehumano. A su espalda oyó el silbido de las balas, pero se obligó a mantenerse erguido sobre la popa, ignorando el miedo. Más hombres cayeron.

—Vamos, mi Leona —le imploró a la fragata.

La metralla de madera estalló a su alrededor, pero el barco se había alejado lo suficiente como para que no fuera tan mortífera. El aire comenzó a hacerse más denso y la humedad, más intensa. La oscuridad los engulló como si el infierno los recibiese en sus entrañas. Pronto, los marineros no pudieron ni verse la punta de los dedos. Un trueno sonó tan cerca que vibró en sus oídos y pudieron sentir la electricidad erizándoles el vello. Los cañones enemigos volvieron a escupir fuego a su espalda, pero esta vez no consiguieron alcanzarlos.

La tripulación estalló en un rugido de rabia contenida y júbilo. Lo habían conseguido.

Fellowes respiró hondo. Les permitió regodearse unos segundos en el éxtasis antes de devolver el barco a la realidad. Aún no habían pasado lo peor.

—¡Silencio de proa a popa! ¡Todos a sus puestos!



4

En la Marina Aérea corría una leyenda que decía que las tormentas cantaban antes de llevarse a un barco al abismo. Fellowes la había oído por primera vez en boca de un marinero de un solo ojo llamado Ward, durante su primer viaje a bordo de un navío de guerra. No podía tener más de once años. Por aquel entonces llevaba tanto tiempo oyendo hablar de la sabiduría de los marineros curtidos que creyó a pies juntillas todo lo que aquel borracho, que se divertía haciendo rabiar a los grumetes, quiso contarle.

Tardó años en dejar de intentar escuchar aquella melodía del infierno cuando bramaba el trueno, aliviado cuando el presagio no se presentaba y nervioso por si alguna vez llegaba a oírlo. Más adelante, la mera mención de la leyenda le enfurecía y más de un marinero se había llevado una regañina de un joven teniente Fellowes por susurrarla en mitad de la noche.

Aquel día, sin embargo, el capitán de la *Lionheart* escuchaba el viento con la misma atención y desasosiego que cuando era niño, por si las nubes decidían entonar su melodía.

Después de librarse de la persecución del barco francés, habían navegado por el muro de nubes un trecho más, hasta que se aseguraron de haber perdido a sus perseguidores por completo. El capitán enemigo había demostrado ser ambicioso y audaz, pero no tan loco como para seguirles en el camino a la muerte. Cuando la electricidad y la condensación que les rodeaban fueron demasiado espesas como para que el barco pudiera soportarlo, Fellowes dio la orden de hacerlo descender.

El suspiro de alivio de la tripulación se unió a sus plegarias, porque más cerca del mar la situación no fue mucho mejor. El viento los golpeaba a rachas huracanadas desde ambos costados, haciendo cabecear el casco como si fuese un juguete en manos de un niño travieso. Además, un muro de agua caía incesante sobre ellos, aplastándolos con furia, mientras los truenos hacían retumbar el casco. Algún marinero incluso juró haber avistado un dragón entre el destello del relámpago.

El capitán seguía aguantando erguido junto al timón, manteniendo el rumbo como podía. Sabía que sus hombres lo observaban. Estaba seguro de que, si lo veían flaquear, toda su entereza podía desmoronarse.

—Parece que va a llover un poco.

Fellowes no había visto a Hansford acercarse. El mayor estaba empapado y tiritaba bajo su

uniforme, pero sonreía de oreja a oreja cuando se colocó a su lado.

—No sé por qué lo dices —respondió el capitán justo cuando un relámpago cayó atravesando el aire con un rugido apenas a un cable a sotavento.

—Iba a traerte una taza de té, pero se hubiera aguado por el camino. —Hansford le puso una mano en el brazo y le habló al oído, aunque tuviera que vocear para que se le oyera con la lluvia —. ¿Por qué no bajas tú también a comer algo, Samuel? Puedes dejar al mando a Byrne un rato. Necesitas descansar.

—Estoy bien.

—Pues entonces hazlo por él. —Señaló con la cabeza hacia la proa—. Deja que entierre la culpa con la responsabilidad.

Fellowes observó a su primer teniente. En ese momento estaba ayudando a unos cuantos hombres a asegurar unos aparejos, y lo hacía con verdadero afán. No había cambiado la expresión de seriedad en su cara desde el último ataque y se entregaba a cada objetivo como si su vida dependiera de ello, presentándose voluntario a cualquier tarea, por pesada que fuera. Cualquier cosa con tal de no pensar. No sentir.

—Lo que le ha pasado al señor Cox viene en el oficio y debería saberlo. No podemos sentirnos culpables por cada desgracia que sucede a bordo de este barco. ¿O debería hacerlo yo por cada vez que una de mis órdenes haga salir mal parado a un hombre?

Hansford bufó.

—Si de verdad creyera que lo dices en serio, te retiraría la palabra ahora mismo.

—Todos tenemos que vivir con las consecuencias de nuestras decisiones. Pronto Byrne asumirá el mando de su propio barco y, cuanto antes aprenda la lección, mejor.

—El pobre muchacho se siente culpable porque cree que debería haber sido él el que se desgraciara en lugar de su amigo, que se presentó voluntario para ocupar su puesto. ¿Y de verdad eso lo convierte en mal oficial?

«No, claro que no». Pero Fellowes también estaba enterrando su propia culpa en las excusas de la disciplina y las necesidades del servicio. Aunque a veces —sólo a veces— sabía cuándo ceder.

—¡Señor Byrne! —La voz profunda del capitán viajó por la cubierta hasta el teniente, que levantó la vista enseguida—. Venga aquí.

El joven soltó los aparejos, cuidándose de dejarlos en buenas manos, y corrió a obedecer la orden. Al llegar a la escalera, tuvo que agarrarse al pasamanos para no resbalar con la piscina de agua que se había formado en su base y subirla sin dar con los dientes en los peldaños.

—A sus órdenes, capitán.

Fellowes dio un paso a un lado, tendiéndole el mando del timón.

—Está usted a cargo hasta que regrese. Mantenga el rumbo todo lo que pueda y, si ve alguna salida de la tormenta, tómela. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Que no se hunda mi barco en su guardia, teniente.

Thomas tomó el mando con presteza, y bajo sus manos la *Lionheart* se estabilizó un tanto. Fellowes desechó una punzada de celos al ver que su navío respondía mejor a las caricias de otro, aunque no se libró del todo del resquemor hasta que su cabeza estuvo a cubierto en las entrañas de la bodega, a nivel del sollado. Allí, los marineros que habían recibido permiso para comer se apiñaban en las mesas colgantes, agarrando sus platos con ambas manos para no volcar su contenido. Alguno que otro vomitaba entre las sacudidas.

—Capitán —saludaban a su paso, con el primer nudillo en la frente.

Él respondía con una inclinación de cabeza y una pequeña curva en los labios. Hansford quiso conducirlo a la cámara de oficiales para que metiera algo en el estómago con el resto, pero él se negó. Quería pasar primero por la enfermería para ver el estado de su tripulación.

—Vaya cocinando un par de huevos mientras tanto para el capitán, Driscoll —le pidió el mayor al dispensero—. Ya me encargo yo de que se los coma antes de que se enfríen.

Fellowes les ignoró y corrió las cortinas que separaban las estancias del interior del barco para dirigirse hacia el cirujano.

—Señor Lloyd, ¿cuál es el balance?

El cirujano inclinó la cabeza al verlo, sin soltar la venda que estaba enrollando alrededor del muñón de un marinero que yacía inconsciente en su mesa, recién amputado a la altura del codo.

—Buenos días, capitán —dijo, sin responder a la pregunta.

Fellowes se la repitió, esta vez más alto. Lloyd no era mal cirujano, pero desde que recibió aquel golpe en la cabeza en mitad de una batalla se había quedado medio sordo, y a veces el capitán pensaba que medio tonto también. Le hubiera gustado poder sustituirlo, pero en tiempos de guerra los cirujanos navales escaseaban y a los que tenían algo de experiencia se los rifaban los mejores barcos. Y un cirujano mediocre era mejor que ninguno. Fellowes todavía recordaba con horror los tiempos en los que le había tocado hacerse al aire sin nadie que se encargara de la enfermería a bordo, cuando las amputaciones iban a cargo del ayudante del carpintero. Era mejor tener paciencia.

—Señor Lloyd, heridos y muertos —repitió por tercera vez.

—Ah, sí. Por supuesto —comprendió al fin.

El cirujano se limpió las manos con un trapo mugriento y le tendió la lista que había ido confeccionando su ayudante, que también hacía de escribiente a bordo, para el capitán.

—Doce muertos y treinta y siete heridos, seis de ellos graves. Dos puede que no pasen de hoy, ya veremos.

Fellowes leyó los nombres de la lista con una sombra de dolor. Para él, todos aquellos nombres tenían un rostro y habían caído bajo su mando.

—¿Y el señor Cox?

El cirujano se apartó para que el capitán pudiera ver uno de los coyotes que colgaban del techo a su espalda. Allí yacía el guardiamarina, todavía con su uniforme ensangrentado, los ojos cerrados y el cuerpo flácido. En su abdomen se apreciaba el bulto de una gran venda que lo comprimía para

mantener las tripas dentro y que apenas se levantaba y descendía el ancho de un dedo con cada respiración agitada.

—Uno de los garfios se le clavó en el abdomen con la caída, cuando el cañón destrozó el palo mayor —dijo Lloyd—. Tuvo suerte de quedarse colgando sólo por la pared muscular, sin perforar el peritoneo, y de que la punta se le quedara a un par de dedos del bazo. He hecho todo lo que he podido.

—¿Vivirá?

Lloyd se encogió de hombros.

En ese momento, un trueno resonó tan cerca que la madera tembló. Fellowes oyó gemir a sus hombres y las velas que alumbraban el interior del barco titilaron, como si ellas también sintieran el miedo. Desde la abertura hacia la superficie llegó un fogonazo y, siguiendo al relámpago, un poderoso rugido les sacudió de nuevo.

«Tengo que subir a cubierta».

Los marineros se abrieron en un pasillo para dejar pasar a su capitán, pero este no llegó a dar más de tres pasos. Cuando iba a alzar el pie para subir el primer escalón, el mundo se desmoronó y el cielo se partió en dos.



5

Thomas no sabía nadar. ¿Cómo iba a aprender? Se había criado en una casa en medio del campo irlandés de la que casi no guardaba recuerdos, y el resto de su vida se la había pasado surcando el aire, tomando tierra menos veces que un pájaro silvestre. Mucho menos había tenido tiempo de bañarse en el mar.

El teniente sólo sabía que debía agitar las piernas y los brazos para mantenerse a flote, pero ni siquiera eso estaba funcionando. Sentía su cuerpo torpe y pesado. Por cada brazada que intentaba dar, una nueva ola le cubría la cabeza y volvía a hundirse, hasta que pataleaba como un loco y la corriente de agua lo arrastraba por algún milagro a la superficie. Se hubiera debatido con la muerte de esa manera hasta agotarse de no ser por la mano que lo agarró por el pescuezo y lo subió a una tabla.

No sabía en qué momento había cesado la lluvia, pero la capa de nubes seguía siendo tan espesa que no dejaba pasar la luz del sol, y sólo gracias al resplandor de un rayo vio el turbante y la cara del señor Singh pegada a la suya, jadeante y satisfecho.

—Gracias —consiguió boquear Thomas entre un ataque de tos.

El cadáver de la *Lionheart* se recortaba a su lado, destrozada por el rayo que la había alcanzado de lleno en uno de los palos, hasta rajar sus paredes de parte a parte. Había volcado sobre el agua hasta quedar de costado, sacudiéndose a merced del oleaje como una ballena varada, oscura, con los restos del naufragio flotando a su alrededor en un campo desolado. Desesperado, Thomas buscó con la mirada superviviente, pero, hasta donde le alcanzaba la vista, los únicos cuerpos que vio flotaban inertes, fuera de su alcance. Si de verdad existían, las serpientes marinas se darían un festín de carroña esa noche.

—¡Cuidado!

La advertencia le salvó de volver a ser engullido por una ola más alta que el casco de un barco. Thomas se agarró a los tablones con todas sus fuerzas y aguantó el envite. El agua los sobrepasó hasta alcanzar el barco y lo empujó con fuerza contra las rocas hasta hacerlo crujir.

El teniente tardó un segundo en entender lo que había visto, pero, cuando lo hizo, la esperanza se avivó en su pecho como la mecha prendida de una bengala. Si había rocas, significaba que cerca había un pedazo de tierra, y quizá una playa hasta la que pudieran llegar antes de que alguna

criatura de dientes afilados decidiera convertirlos en su cena. Singh comprendió sus intenciones a la primera y juntos comenzaron a nadar en aquella dirección, intentando que la corriente no les arrastrara hacia los riscos que sobresalían por encima del agua.

A su paso tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para esquivar los cascotes, apartando a empujones trozos de vela, una jaula para animales vacía y varios barriles de pólvora. Thomas tuvo que contener su instinto de artillero para no intentar rescatarlos. Bastante tenía con salvar su propia vida.

Según se acercaban a las rocas, la corriente iba volviendo la balsa más ingobernable. Ya no bastaba con contrarrestar el peso y patear en dirección contraria. Singh al menos parecía manejarse en el agua con más soltura, pero Thomas se sentía como una estatua rígida de plomo hecha sólo para hundirse.

Siempre había sido torpe. Su enorme tamaño le había dado problemas toda la vida para trepar con facilidad por los cabos como el resto de marineros, incluso cuando era niño. En cuanto despegaba los pies del suelo, lo agarrotaba la acuciante sensación de que cualquier superficie a la que se encaramara iba a quebrar, incapaz de soportar su peso. Por eso tenía tanto miedo a las alturas, tan irracional que no habría desaparecido ni aunque hubiera podido permitirse unas botas encantadas para tener los pies más ligeros. Aun así, nunca se imaginó que fuera a morir arrastrado a las profundidades por sus músculos agotados.

El maestro de navegación trató de darle ánimos y él quiso responder, sabiendo que, si él caía, Singh no tendría ninguna posibilidad de llegar a tierra por sí mismo. Pero las olas lo engullían y su vista se nublaba. Cada vez le costaba más mantener la nariz y la boca por encima de la superficie. La última bocanada que tomó no le llenó de aire, sino de agua. Los pulmones le ardían. Intentó toser, pero sólo consiguió tragar más agua salada. Sus dedos se soltaron de la tabla, incapaces de resistir más tiempo. El océano lo aceptó en sus brazos y lo hundió en sus profundidades.



Empezó a plantearse que quizá no había muerto cuando escuchó graznar a las gaviotas. Nadie le había hablado de que hubiera gaviotas ni en el cielo ni en el infierno. Thomas gruñó. Los granos de arena le arañaron la mejilla cuando trató de moverse y en los labios notó el sabor salado de las costras de agua de mar cristalizada. Cogió aire y un ataque de tos amenazó con arrancarle los pulmones del pecho. Definitivamente, seguía vivo.

—¡Aquí!

Oyó los gritos y los pasos apresurados en la lejanía, pero no fue capaz de despegar los párpados. Varios pares de brazos lo levantaron en volandas con dificultad y lo apartaron de la orilla. Su cabeza se bamboleó sobre su cuello inútil, acrecentando la sensación de mareo.

—Está vivo, capitán.

Lo dejaron otra vez en el suelo.

—¿Byrne? ¿Puede oírme?

Podía, pero no conseguía responder. Una mano palmeó su mejilla.

—Tom, muchacho. Conteste.

Las voces eran familiares, aunque todavía no era capaz de ponerles nombre. Intentó tragar saliva, pero su lengua pastosa se pegó al paladar. Sus párpados temblaron. Poco a poco, la luz se fue filtrando y las sombras se transformaron en rostros ansiosos.

—Capitán —musitó en un suspiro.

Fellowes sonrió con ganas, aliviado.

—Bienvenido, teniente.

Thomas parpadeó despacio, organizando como podía sus pensamientos.

—¿El señor Singh?

—Le rescatamos hace unas horas. Está vivo.

El alivio fue un tremendo bálsamo para su conciencia. No había muerto por su culpa.

—La *Lionheart*..., el rayo... —Los recuerdos lo asaltaron—. Lo siento, señor. El barco se hundió en mi guardia.

Fellowes le puso la mano en el hombro.

—Nadie podía haberlo evitado, teniente. No se mortifique. Contra la naturaleza no hay pericia naval que valga.

Su cabeza también creía esas palabras, pero no su corazón. El fracaso siempre resucitaba los viejos fantasmas. En el fondo seguía siendo ese joven aprendiz de artillero asustado que aún no se había librado de su acento irlandés y que temía a todas horas que le acusaran injustamente de rebelde. De no ser lo suficientemente leal al rey y a Inglaterra. No importaba cuántos ascensos y medallas acumulara, la sombra de la duda lo acompañaría siempre. El miedo a que lo descubrieran como un farsante, como un mal marino que sólo aparentaba no serlo por el favor del azar, y lo echaran de una patada del único hogar en el que se había sentido feliz. Y ahora, además, había sido el responsable de hundir el barco del hombre que más le había apoyado en su carrera.

Thomas tuvo que coger aire varias veces hasta expulsar la congoja del pecho.

Aún tardó un rato más en convencer a sus músculos de que hicieran un esfuerzo por incorporarse y así poder observar la situación. El sol brillaba con tanta fuerza sobre sus cabezas que el calor casi se podía oler. Había al menos una treintena de hombres sanos y salvos en la playa que se afanaban en rescatar todo lo posible de los restos del naufragio. El capitán Fellowes, que le había dejado descansando mientras volvía a sus quehaceres, daba instrucciones desde lo alto de una roca. A lo lejos vio a *lord* Hansford hacer lo mismo con sus marines, casi en el borde de la selva que rodeaba el fin de la arena.

Por ahora habían apilado un montón de desperdicios fuera del alcance de la marea, y alguna que otra cosa de utilidad. En el mismo rincón se amontonaban baúles, aparejos, sacos de comida, dos cabras asustadas y unos cuantos barriles de pólvora; aunque dudaba de que ninguno hubiera podido librarse de la humedad. En aquel momento, la cadena humana que se había formado

peligrosamente desde los restos del naufragio hasta la playa —con hombres posicionados sobre las rocas más estables, cada pocas yardas— había conseguido rescatar unos cuantos mosquetes. Eso les sería útil.

Thomas apretó los dientes y luchó contra su propio cuerpo hasta lograr ponerse en pie. Cada paso lo sentía como un clavo que se incrustaba en su cerebro, pero se obligó a seguir. Consiguió llegar hasta una de las rocas que partían la playa y se apoyó en su superficie porosa e infestada de algas para llegar al otro lado. Una oleada de alivio lo embargó. No estaban todos muertos.

Al doblar el recodo, se encontró con muchos más hombres, heridos y exhaustos como él, más del doble de los que había visto hasta entonces. Aun así, la fragata había perdido a casi la mitad de sus tripulantes —a más de cien al menos, engullidos por el mar y sus bestias—, pero debía alegrarse por los pequeños triunfos.

En el extremo más alejado, Thomas distinguió al joven Atwood ayudar a transportar su instrumental al cirujano, que cojeaba de la pierna derecha. El teniente caminó despacio, reconociendo cada uno de los rostros que se iba encontrando. La pena volvió a embargarle al darse cuenta de que no todos aquellos cuerpos respiraban. Cogió aire de nuevo y lo soltó para aflojar la garra invisible que le desgarraba el pecho, buscando desesperadamente un aleteo de vida que le hiciera recuperar la esperanza. Un clavo ardiendo al que agarrarse. Lo que fuera.

Un rostro en concreto le hizo detenerse en seco.

—¡Phillip!

Thomas corrió hacia donde yacía el cuerpo de su amigo, que parecía milagrosamente entero, a pesar de sus heridas.

—Lo encontraron protegido en medio de unos sacos de harina que debieron de desplazarse de la bodega al volcar. Eso amortiguó su caída y lo salvó.

El teniente se giró hacia Singh, que se había acercado hasta él, y parpadeó varias veces para secar sus ojos llorosos por el alivio y el brillo cegador del sol.

—O quizá nos lo devolvieron las sirenas, incapaces de aguantar su insolencia —replicó, forzando una breve risa—. Me alegro mucho de verle, señor Singh. No me hubiera perdonado nunca que le hubiera pasado algo por mi culpa.

—Y yo de saber que está a salvo, teniente —respondió—. Nadie puede culparse de perder la batalla contra el mar.

Thomas no dudaba de sus palabras, aunque el sentimiento de culpa le gritara otra cosa. El maestro de navegación se había agachado junto a él hasta ponerle la mano en el hombro. Se había quitado la chaqueta del uniforme y llevaba a la vista el brazalete de hierro y el puñal ceremonial prendido de la faja —ambos extrañamente en bruto, sin rastro de ningún material que oliera a maleado alquímico— que llevaba enroscada sobre el abdomen. El teniente se alegró de veras al comprobar que no había perdido los objetos de su fe durante la tormenta.

—¡Tripulación, a formar! —se oyó la voz del capitán a lo lejos—. Todo aquel que pueda andar que acuda inmediatamente.

Thomas echó una última mirada a Phillip para asegurarse de que seguía respirando y acudió a la llamada para colocarse a la derecha del capitán, como era su deber.

Mientras los marineros se iban amontonando poco a poco en filas, el teniente vio por el rabillo del ojo cómo Fellowes vocalizaba sin emitir ningún sonido. Pasaba la mirada de un lado a otro con rapidez, calculando la cantidad exacta de efectivos con los que podía contar. El número pareció decepcionarle durante un segundo.

—Señores, todos los presentes nos hemos salvado de milagro —dijo con franqueza. Pero Thomas notó que había recuperado su tono firme y a la vez cautivador que hacía sentirse enardecidos a los hombres, dispuestos hasta a dar su vida por él en la batalla—. Pero no hemos dejado atrás el peligro. No sabemos dónde nos encontramos ni a qué rey pertenecen estas costas. Podríamos estar en medio de amigos o enemigos, o completamente solos en este pedazo de tierra. Que esto no nos desanime.

El teniente dejó que los cuchicheos corrieran unos segundos antes de intervenir:

—¡Silencio!

El capitán se lo agradeció con un gesto.

—Por ahora la prioridad ha sido rescatar todo lo posible del naufragio. —Aquella palabra le dolió en lo más profundo—. Pero es hora de ir más allá. Debemos descubrir dónde nos encontramos, hallar un sitio donde guarecernos para llevar a los heridos y, sobre todo, localizar una fuente de agua dulce. —Fellowes alzó el brazo y con un movimiento dividió a su tripulación en dos grupos—. Los de mi izquierda se quedarán en la playa, vigilando el cielo y cuidando de los heridos. Los de mi derecha vendrán conmigo a rastrear el terreno.

Hansford agarró del brazo al capitán y ambos se giraron para hablar mientras el contramaestre organizaba las dos cuadrillas.

—Yo voy contigo, Samuel.

—Preferiría que te quedaras.

—Los dos sabemos que el peligro está ahí en la selva, no en la playa —replicó—. Lloyd y Atwood ya se están ocupando de los heridos, que lo sigan haciendo. Si algún barco los ve y decide disparar, no podrán responder al fuego, estemos o no los marines con ellos.

Fellowes dudó.

—También quería llevarme a McPhee conmigo, para mantener el orden. Los marineros en tierra firme son imprevisibles. Y a Singh, por si llegamos a algún sitio desde el que poder ubicarnos y tal vez pedir ayuda. Nadie conoce los mapas mejor que él.

El teniente, que se había apartado de la conversación para no inmiscuirse en sus asuntos, decidió intervenir.

—Yo voy con usted, señor. Si me lo permite.

El capitán cerró los ojos un segundo, concentrado, antes de asentir.

—Claro, señor Byrne. Que los hombres hagan acopio de todas las armas que puedan, por si acaso. —Dirigió su mirada hacia la selva—. No sabemos con qué nos vamos a encontrar.



6

La humedad era tan intensa que resultaba casi imposible respirar. La espesura bloqueaba la luz del sol, que ya estaba alto en el cielo, pero el calor parecía el mismo que si estuvieran sufriendo bajo sus rayos. El sudor hacía que la ropa se pegara a sus cuerpos como una segunda piel, pegajosa y agobiante, del mismo modo que el manto verde, parecido al musgo, que parasitaba el tronco de los árboles más grandes que los rodeaban. Algunos alcanzaban con sus copas más altura que los muros de un palacio. A vista de pájaro, aquella isla debía de parecer una esmeralda en mitad del vasto océano, pero a ras de suelo el panorama no era tan brillante. Todo se vislumbraba de un verde exagerado y amenazador, y era extremadamente difícil avanzar. Las botas se hundían sin cesar en la capa de hojas mustias y tierra mojada que cubría el suelo, y más de uno estuvo a punto de resbalar y caer rodando hasta la playa. Por no hablar de los mosquitos que los acribillaban a oleadas.

Thomas se había desabrochado los botones de la camisa hasta abajo, siguiendo el ejemplo del capitán, pero cada pulgada de tela le molestaba según daba un nuevo paso. Se habría arrancado las chorreras que le colgaban a ambos lados de la prenda si hubiera podido.

Los veinte hombres caminaban en formación cerrada. Un pelotón en territorio hostil. No habían podido salvar muchas armas, pero fueron las suficientes como para que cuatro marines pudieran llevar sus mosquetes cargados y con las bayonetas acopladas, en guardia. Los oficiales portaban sus sables y pistolas, mientras el resto se las había arreglado para hacerse con trozos de madera como defensa improvisada. Aunque era difícil encontrar algo cuando no sabían lo que estaban buscando. Cualquier signo de amenaza, población amiga, una fuente de agua —o todo a la vez—, suponían.

El capitán caminaba al frente del grupo, abriendo camino entre arbustos de hojas afiladas y gigantescas, mucho más que cualquiera que hubieran podido encontrar en casa, a medio mundo de distancia. Conversaba con el maestro de navegación en un tono lo bastante suave como para que no se entendieran sus palabras desde lejos, pero no tanto como para que pareciera que estaban conspirando. Thomas no quería inmiscuirse en una conversación ajena, pero caminaba demasiado cerca como para no escucharla.

—Tiene que haber una forma de saber a quién sirve este trozo de tierra antes de que nos veamos

con un tiro en la cabeza.

—No sé qué decirle, señor. —Singh arrugó el gesto—. Estas islas han cambiado mucho de manos desde que los españoles pusieron un pie en ellas. Los únicos que no han podido reclamar su trozo del pastel son sus primeros dueños, que acabaron masacrados.

Thomas dio un respingo y se contuvo para no girarse de golpe hacia el hombre. Nunca hubiera pensado que Singh fuera un rebelde.

—Tenga cuidado con lo que dice, Ranjit —le advirtió el capitán, bajando el tono—. Que de criticar a un imperio se pasa muy rápido a hacer lo mismo con otro.

—Mis disculpas, señor.

No volvieron a hablar en un buen rato y, con el silencio, los sonidos de la selva parecieron multiplicarse. Oían pájaros graznar sobre sus cabezas, agitando las ramas y lianas, pero por más que estiraban el cuello a cada sobresalto, no alcanzaban a verlos. Thomas notaba que estaban sacando de quicio a los marineros. Varios murmuraban alguna salmodia, haciendo gestos para expulsar el mal de ojo. Gruñían y se agrupaban para caminar más juntos, y cada vez más despacio.

—Señores, los pies ligeros.

Pero su orden sólo recibió malas caras. El teniente los miró por encima del hombro, nervioso. Fellowes tenía razón, los marineros en tierra no se comportaban con normalidad. Parecían animales asustados, a punto de enseñar los dientes y arrojarse al cuello. Saltaban cada vez que algo se movía entre la maleza mientras abrían camino, y uno incluso comenzó a proferir alaridos cuando confundió la raíz de un árbol con la cola de una serpiente.

—¡Silencio ahí atrás!

Demasiado tarde. Ya había cundido el pánico. El grupo se dispersó en todas direcciones, empujándose unos a otros. Los marineros gritaban y maldecían a pleno pulmón. Un marine recibió un golpe que lo tiró al suelo y su arma se disparó. El estruendo de la pólvora asustó a los pájaros y a toda bestia a media milla a la redonda, haciendo que salieran huyendo en oleadas. Cualquier posibilidad de pasar inadvertidos en caso de estar en territorio enemigo acababa de esfumarse.

Fellowes se dio la vuelta, rojo de rabia, y comenzó a ladrar órdenes para tratar de restaurar la disciplina. Hansford llamó a su infantería a formación, sin éxito. Era un caos. Thomas intentaba agarrar a los hombres que huían despavoridos, temiendo que acabaran perdiéndose en medio de la jungla. A esas alturas, cualquiera en la isla, amigo o enemigo, los habría oído y localizado.

Un nuevo disparo rasgó el aire, pero esta vez no provenía de sus armas. Uno de los marineros cayó al suelo con un grito, agarrándose el hombro. Por sus dedos resbalaron finos ríos de sangre.

—¡A cubierto!

Corrieron a refugiarse tras los árboles, arrastrando al herido con ellos. Thomas oyó los estallidos de una nueva ráfaga, pero las balas se incrustaron en la corteza del árbol tras el que se había parapetado. Maldijo entre dientes por no poder responder él mismo al fuego, pero los casacas rojas no tardaron en reagruparse en dos filas bajo las órdenes del mayor, aprovechando que sus atacantes tenían que recargar. Sus disparos atravesaron la espesura, pero se dispersaron

sin ningún criterio. No sabían dónde estaba el enemigo ni cuántos eran. Por no saber, ni siquiera estaban seguros de que fueran enemigos.

Fellowes alzó la mano y Hansford ordenó a sus hombres que cesaran los disparos. El capitán quería ver qué hacía el enemigo. Por un momento, sólo los envolvió el silencio. Los otros también aguardaban su reacción. Thomas y el resto de los marineros lo observaron nerviosos, esperando sus órdenes. El hombre pareció dudar un momento, pero al final cogió aire y exclamó:

—¡Dios salve al rey Jorge!

Hansford le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¡Samuel, por Dios! ¿Qué haces? —siseó.

—Comprobar con quién nos enfrentamos.

Y, tras unos segundos de tensión, lo confirmó:

—¡Dios salve al rey! —respondió en inglés una voz lejana.

Aquello provocó un suspiro de alivio generalizado.

—¡Silencio, Keast! —oyeron discutir en la distancia. Luego, tras unos instantes, la segunda voz añadió con más fuerza—: ¿Quién va?

—Soy el capitán Samuel Fellowes, al mando de la fragata *HMS Lionheart*, al servicio de su majestad —respondió el capitán—. Con la tormenta nuestro barco encalló en la playa y estábamos explorando la isla en busca de refugio. ¿Quién pregunta?

—Mi nombre es Caleb Brown. —Hizo una pausa larga—. ¿Ha dicho Fellowes?

—Sí, señor Brown. Samuel Fellowes.

Hansford quiso impedirselo, pero el capitán ya se había incorporado y había salido de la protección de los árboles, exponiéndose al campo abierto. Durante unos segundos, nadie se movió, pero enseguida se distinguieron unas figuras que se acercaban tras las hojas de los árboles tropicales. Eran cuatro en total, tres de ellos todavía apuntándoles con sus armas y el dedo en el gatillo. El cuarto, un muchacho negro que no llegaría a los veinte años, se adelantó.

—¿Usted es el capitán Fellowes? —El chico, el propietario de la segunda voz, lo miraba con una mueca extraña en el rostro mientras el capitán asentía—. Si es así, deberían venir con nosotros.

Fellowes se envaró.

—Me temo que no puedo dar esa orden a mis hombres hasta saber dónde nos encontramos y a dónde quieren llevarnos.

Caleb alzó las cejas y se cruzó de brazos.

—Sinceramente, capitán, no está en disposición de poner condiciones —dijo con un tono casi divertido—. Podría decirle que están rodeados por un millar de hombres y no podrían saber si miento o no. Podría decirles que servimos al rey de España o a Bonaparte, que en esta isla nos comemos a los forasteros o que se los entregamos a los nativos para que los sacrifiquen a sus dioses. Pero todo eso da igual. Ustedes necesitan ayuda, nosotros hemos dejado de dispararles y estoy dispuesto a conducirles al único punto medianamente civilizado que existe en este pedazo de

tierra rodeada de océano. Así que ¿va a seguirnos por las buenas?

A Fellowes le palpitaba la vena del cuello de rabia, pero no tuvo más remedio que admitir que tenía razón. No contaban con más opciones que no incluyeran un posible suicidio. Hizo un gesto a sus hombres para que salieran de su escondite y se agruparan a su espalda. Los cuatro recién llegados les obligaron a entregar todas sus armas y se colocaron a su alrededor, sin dejar de apuntarles mientras caminaban.

—Os dije que no eran los fantasmas —cuchicheó uno de ellos hacia sus compañeros, aunque seguía tenso como un gato con el vello erizado.

No paraba de mirar en derredor, desconfiado de las sombras de la jungla que los rodeaban; mientras, otro no apartaba la vista del turbante azul de Singh con los ojos desorbitados, como si en vez de un hombre se le hubiera aparecido un demonio.

—¿Te fías de este mocoso, Samuel? —le susurró Hansford, molesto, llevándose una mano a su cinturón vacío.

—No, pero eso no le quita la razón. Hablan inglés, cosa que ya de por sí es bastante, y al menos uno de ellos brinda por el nombre del rey. —Dejó escapar una mezcla de risa y bufido—. Es más de lo que podíamos esperar.

Thomas les seguía en silencio, con el señor Singh apoyado en su brazo para aliviar la cojera, pues se había hecho daño en la pierna al echarse al suelo cuando comenzaron los disparos; por su parte, al otro herido lo llevaban sujeto por los hombros entre dos. El teniente no les quitaba un ojo de encima a sus cuatro escoltas. Él sí que no se fiaba nada.

Los recién llegados eran muy enclenques —comparados con él, al menos—, de manera que calculaba que podría llevarse a uno o dos por delante sin demasiada dificultad y arrebatárles los mosquetes, llegado el caso. Eso podría ser suficiente para que la tripulación recuperase el control, aunque para eso tendría que asegurarse de que no había más hombres armados y escondidos que seguían sus pasos. Debía esperar su oportunidad y también el beneplácito de su superior, lo que iba a ser más complicado de conseguir.

Caleb los condujo por un intrincado recorrido entre la frondosidad de la selva, sin dejar de mirar por encima del hombro cada pocos pasos. El camino era empinado y agreste, y Fellowes estaba seguro de que los estaba llevando por la ruta más larga a conciencia para despistarlos. Estaba funcionando, porque llegó un punto en el que supo que sería imposible que encontraran por sí mismos el camino de vuelta a la playa donde habían dejado al barco y al resto de la tripulación.

Poco a poco, la luz que se filtraba entre las ramas de los árboles pasó de colarse por pequeñas hendiduras a grietas más grandes sobre sus cabezas. Aparecieron troncos de árboles serrados por una mano humana y un sendero más o menos trazado en la hojarasca, sobre el que se adivinaba el efecto de suelas de botas allanándolo por el uso continuado.

El grupo se detuvo frente a una muralla levantada con maderos, de la altura de casi dos adultos. Parecía una construcción nueva y temporal, pero su estructura era firme y sus cimientos se asentaban en un murete de roca que delimitaba su perímetro, aunque hacía tiempo que la parte

superior había sido derruida. En sus puertas había dos vigías apostados, un hombre y una mujer, vestidos con ropa que había visto más de un remiendo, ambos con una pistola entre las manos.

Caleb silbó para anunciar su llegada y los guardianes lo saludaron agitando la mano, aunque no pudieron ocultar su sorpresa al verlos llegar acompañados. El hombre se metió en el recinto apresuradamente. El rumor de su llegada debió de circular muy rápido, porque poco después por los huecos del muro comenzaron a aparecer cabezas curiosas. Thomas se revolvió, incómodo, al sentirse observado.

Caleb terminó de hablar con la mujer y les hizo un gesto para que le siguieran.

—Entren conmigo —les indicó—. Tengo que llevarlos ante Adelaide.

Fellowes sabía que había perdido la batalla hacía tiempo, así que no tenía sentido protestar más. Fuera quien fuese esa mujer, Caleb había pronunciado su nombre con respeto, de modo que debía de ser alguien importante allí. Quizás ella pudiera aclararles dónde estaban y prestarles su ayuda, si no decidía ordenar que les pegaran un tiro allí mismo.

Ninguno de los marineros sabía muy bien qué se iba a encontrar al otro lado de la puerta del recinto, pero a todos les sorprendió. Ante sus ojos se abrió un asentamiento colonial en ruinas, con los muros señoriales derruidos y cubiertos de maleza entre las columnas descascarilladas, pero que habían empezado a ser reconstruidos con parches de madera recién cortada y hojas grandes, semejantes a las de un platanero. Sus límites se extendían hasta el fondo de un acantilado, donde intuyeron lo que en otro tiempo serían las murallas de un fuerte militar, y que ahora servían como pared trasera de varias construcciones que parecían almacenes. Entre las rendijas que dejaban las casas, en la parte trasera, se distinguían las cruces lejanas de un cementerio. Unas antiguas, completamente recubiertas de maleza, mientras que otras todavía lucían tablones recién cortados, a los que no les había dado tiempo a sufrir el peso del tiempo.

Pero eso no fue lo que más le llamó la atención. Thomas tardó unos segundos en percatarse, pero en cuanto se dio cuenta no pudo dejar de mover los ojos de un lado a otro. Mirara donde mirara, no había rastro del resplandor alquímico. Todo parecía estar construido en material bruto, sin pasar por las manos de un maestro maleador. Ni una filigrana en las cerraduras de las puertas para dotarlas de más resistencia, ni una marca en la pintura de la madera para hacerla impermeable a las lluvias.

«Si hasta el marinero más pobre puede pagarse un sortilegio barato de cierre en su baúl para evitar a los ladrones, de esos que realizaban los aprendices de primer año para ganarse unas monedas... —pensó el teniente con un nudo de aprensión en el estómago cada vez más grande—. ¿Qué clase de gente vive todavía en la Edad Oscura?».

No podía quitárselo de la cabeza. ¿De dónde había salido todo aquello? ¿Es que ninguno de sus dueños había pagado la cuota al Gremio? ¿No había vivido nadie allí desde el Segundo Renacimiento? Desde que los alquimistas recuperaron los conocimientos antiguos y aprendieron a explotarlos a niveles nunca vistos, no quedaba ni un rincón del mundo civilizado que no llevara su marca de chispas azuladas. Si aquel lugar había permanecido tan aislado del mundo que había

quedado fuera del alcance de la organización más influyente que había visto el mundo, ¿qué podían esperar? ¿En qué clase de sitio les había enviado a naufragar la Providencia?

Según avanzaban entre las casas, los trabajadores que se afanaban en ellas se asomaban con curiosidad. Hasta un grupo de chiquillos pasó corriendo a su lado.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Singh en voz baja, pero nadie le supo contestar.

Caleb les guio por la calle principal. En un momento dado, tuvo que pedir indicaciones a un grupo de hombres que descansaba a la sombra, pero pronto se detuvieron frente a uno de los edificios.

Era uno de los más grandes y más dañados, pero habían cubierto los muros de andamios, hechos de palos largos unidos por cuerdas que se alzaban hasta el segundo piso, paralelos a las columnas primitivas de estilo clásico que habían adornado la entrada, donde un boquete enorme atestiguaba la caída de uno de los tabiques exteriores en algún punto del pasado. A los pies de la casa, tres personas discutían a gritos, pero una de ellas llevaba claramente la voz cantante.

Era una mujer negra que rondaría los cuarenta años, con el cabello cubierto por un paño de color verde vivo que había anudado sobre la frente. Tenía las manos apoyadas en las caderas, con los brazos en jarras, y el ceño fruncido. Hasta su guía pareció cohibido cuando se acercó a ella. Sin duda, ella era la que estaba al mando.

—Parece una mujer muy agradable —dijo el mayor al oído del capitán, aguantando la risa al ver cómo Caleb se encogía en su presencia.

Los dos hablaron durante unos segundos, mirando de vez en cuando en su dirección. Apenas captaron unas cuantas palabras, aunque el nombre de «Fellowes» se repitió varias veces en boca de ambos. La mujer pareció deliberar unos segundos; después, se giró hacia el edificio y alzó la vista.

—¡Ellen!

Una cabeza se asomó por el hueco de la pared, haciendo equilibrios sobre uno de los maderos. Tras aquel pelo rubio apareció el cuerpo de una muchacha, vestida con una camisa blanca y ancha, por encima de la silueta del corsé, y unos pantalones oscuros. Su cara redonda estaba enrojecida por el esfuerzo, sobre todo en las mejillas, y algunos mechones que se habían soltado de su moño se le habían pegado a la frente con el sudor.

El corazón de Thomas dio un vuelco.

—Dios bendito. —Hansford intercambió una mirada de desconcierto con su amigo—. Samuel, es tu hija.

El capitán dio un respingo.

—¿Qué estás diciendo, Arthur?

—Es Ellie.

Pero al capitán le había entrado el pánico y se aferraba a su negación. Su hija no podía estar allí. Ella estaba a salvo, acompañada de la hermana solterona de Levertone.

—El calor te está afectando a la cabeza.

—Te digo que es ella —insistió el mayor.

Fellowes farfulló algo incomprendible, agitando los brazos en un aspaviento sin sentido. Thomas se recompuso lo suficiente como para dar un paso hacia delante, dejando a Singh a cargo de otro marinero.

—Con permiso, capitán —se atrevió a decir con un hilo de voz, sin poder despegar los ojos de ella—. Yo también creo que se trata de la señorita Fellowes.

El capitán se encaró con ambos.

—Pero ¿qué os ha dado a los dos? ¿No veis que es un muchacho?

El hombre ya no sabía ni qué decir, pues claramente se habían vuelto todos locos. Pero Hansford seguía obstinado:

—Yo mismo le regalé ese traje de montar, Samuel —dijo—. No me mires así, era imposible enseñarle esgrima con esas faldas.

Mientras tanto, la muchacha se había descolgado del andamio por una cuerda, resbalando por ella con el talón de las botas y el cuero negro de sus guantes, hasta presentarse ante Adelaide. La mujer le dijo algo y ella miró en su dirección por primera vez. Su sonrisa desenfadada se le congeló en el rostro, que mutó en una expresión de sorpresa. Dio un paso adelante, pero luego se detuvo, como si dudara.

Fellowes la observó, petrificado, y estiró una mano inconscientemente en su dirección.

—Ellie.

La muchacha echó por fin a correr hacia él.

—¡Padre!

Fellowes avanzó a grandes zancadas, acortando enseguida la distancia entre ambos, hasta que ella saltó a sus brazos. El hombre la estrechó con tanta fuerza que temió hacerle daño.

—Mi niña.

Ellen escondió la cara en su hombro, incapaz de hablar. Aquel era el último sitio donde hubiera imaginado que se encontrarían.



7

Ellen se sintió estúpida. Después de semanas esculpiendo su determinación en piedra, sin permitirse ni un segundo de debilidad, había bastado la mera visión de su padre para que un sollozo le cortara la respiración y le temblaran las piernas. Había corrido hacia sus brazos como una niña pequeña, segura de que aquel hombre —el mejor del mundo, su héroe— había aparecido para salvarla y protegerla de todos los peligros. Se permitió soñar con que la *Lionheart* había surcado los cielos del Atlántico para ir a rescatarla y que la llevaría de vuelta a Inglaterra con sus velas hinchadas, desafiando a todos los vientos.

Pero el pragmatismo acabó por imponerse a su fantasía infantil.

Llevaban setenta y cuatro días varados en aquella isla, sin poder mandar ni un mensaje al exterior pidiendo auxilio. Nadie sabía que estaban allí, ni siquiera que habían naufragado. El bloqueo francés había cortado eficazmente las comunicaciones entre las colonias británicas en las Indias Occidentales y la metrópolis, así que nadie que la conociera podría haber dado la voz de alarma sobre su desaparición. En Inglaterra seguirían pensando que estaba en la plantación de los Levertone, mientras que, para los que la conocían en las Antillas, la joven había partido hacia su hogar y allí había aterrizado sana y salva.

La posibilidad de que el capitán Fellowes y su tripulación hubieran sufrido una desgracia parecida a la suya era mucho más real. Y más con el aspecto tan desastroso que lucían sus hombres ante ella, con los uniformes a medio vestir en el mejor de los casos y empapados de barro, agua marina y sudor.

Terminó por convencerse de que su rescate no se produciría por arte de magia, como en las historias de hazañas épicas y héroes que narraban los folletines, y eso la hundió de nuevo en la realidad. La seguridad de los brazos de su padre era un espejismo que no podía aceptar. Las ensoñaciones eran para quien pudiera permitírselas, y Ellen Fellowes no se dejaba llevar por fantasías. La vida ya se había encargado de arrancárselas hacía mucho tiempo. Su ánimo se desinfló y la muchacha aflojó el abrazo.

El capitán, sin embargo, todavía no había bajado de la nube. La estrechó contra su pecho con los ojos cerrados, hasta que se dio cuenta de la fuerza con la que estaba apretando los brazos sobre su espalda y la soltó enseguida, con una punzada de miedo en los ojos; pero su hija no se volatilizó

ante sus ojos.

La besó en el pelo y la depositó en tierra con suavidad, agarrándola de las mejillas para observarla mejor, asegurándose de que estaba entera. Se sintió absurdamente aliviado al comprobar que seguía teniendo los mismos ojos claros que él en su rostro ovalado y el cabello pajizo; aunque estaba más morena y más delgada que la última vez que la vio.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está la señorita Levertone?

Eran demasiadas preguntas para contestar de una vez, y más aún con la que se había callado en el aire. Ellen veía cómo la mirada de su padre se desviaba sin querer hacia su atuendo, lleno de barro. Se estremeció. La había visto saltar de un andamio a otro y descender por la cuerda a toda prisa. Podía evocar perfectamente su cara, pálida como la cal, al imaginarse cada paso en falso que habría dado en el camino hasta tierra firme.

No era sólo el miedo normal de un padre, temiendo por su hija. Era la sombra de un instinto protector asfixiante que le carcomía por dentro, a pesar de que la muchacha notaba que el capitán se estaba esforzando por no empañar la alegría. Conocía bien aquella expresión de preocupación y culpa. Llevaba años asomándose a los ojos de su padre cada vez que posaba la mirada en ella.

Eso hizo que la garra invisible que a veces la acechaba por las noches también volviera visitarla, atravesándola con una puñalada. Ella tenía arraigada también su ración de culpa a cada paso que daba. Podía escuchar la voz de su madre en su cabeza, gritándole —rogándole— que dejara de correr por el jardín y volviera a casa. A salvo. Donde el aleteo de una mariposa no pudiera desgarrarla por dentro y hacerla caer fulminada al suelo. Donde la maldición que llevaba en su interior no se sintiera tentada de reclamar su tributo.

Una vida de prestado. Muerta en vida.

Por primera vez en mucho tiempo, la congoja volvió a golpearle el pecho. A duras penas contuvo el instinto que quería que echara a correr y se escondiera para que el miedo no la alcanzara.

—Déjala respirar, Samuel —dijo *lord* Hansford mientras colaba los brazos entre ambos y apartaba al capitán, salvándola de sus propios fantasmas—. Ya has acaparado bastante a la niña. Es el turno del padrino.

Aquella distracción hizo que Ellen pudiera silenciar las voces durante un segundo. Sonrió.

—Tío Artie —saludó mientras su padre la liberaba con un gruñido no del todo fingido.

—Veo que sigues trepando por los árboles como una comadreja e ignorando a tus mayores, querida mía, como cuando eras pequeña.

El mayor la agarró de ambas manos y las besó en el dorso. La muchacha sintió cómo la tensión de su cuerpo se relajaba un tanto. El cariño sin fisuras que le transmitía la mirada de Hansford tenía la virtud de calmarla como un bálsamo. No importaba el momento ni quién los rodeara, su padrino la hacía sentir más especial que la reina de Inglaterra. Aunque enseguida se apartó, en cuanto vio aparecer una sombra de tristeza en los ojos de su padre.

Un carraspeo a su espalda les interrumpió.

—Con el permiso del capitán —McPhee se había adelantado y los miraba, nervioso, mientras estrujaba su sombrero de paja entre las manos—, pero, si es en verdad la señorita Fellowes, a los muchachos y a mí nos gustaría saludarla como es debido.

Fellowes se sorprendió en un primer momento, pero inmediatamente después giró medio cuerpo para no darle la espalda al contraмаestre y dejar vía libre para que su tripulación pudiera ver a Ellen.

—Por supuesto.

El hombre se lo agradeció agachando la cabeza y se inclinó de nuevo ante Ellen.

—Cormac McPhee, señorita. Contraмаestre de la *Lionheart*. No sé si se acuerda de mí.

—Claro que sí, señor McPhee. —Ellen sonrió con dulzura e hizo una pequeña reverencia que le resultó extraña, a pesar de haberla repetido mil veces en su vida. No se había percatado hasta ese preciso instante de que nunca la había practicado con pantalones en vez de falda—. Usted me subió a bordo la primera vez que pisé la *Lionheart*. Yo debía de tener unos seis años, no más, y usted era un marinero de primera. Me cogió en brazos porque me daba miedo saltar del bote.

El contraмаestre ensanchó su sonrisa.

—Eso es, señorita —dijo, emocionado—. Yo recuerdo verla crecer cada vez que venía a despedir a su padre en Portsmouth. Y la doble ración de grog con la que nos obsequió su padre el día que llegó la noticia de que su madre estaba embarazada de usted.

Hansford se echó a reír y McPhee le echó una mirada de reojo algo avergonzada al capitán Fellowes, como si hubiera metido la pata al decirlo. Pero Ellen puso las manos sobre las del marinero para tranquilizarle.

—Estoy encantada de volver a verle, señor McPhee —dijo sinceramente.

El contraмаestre se inclinó de nuevo y retrocedió para dejar sitio al resto de los hombres. Ellen conocía de oídas a muchos de los marineros de su padre, aunque no en persona, y saludó a todos cortésmente mientras ellos se llevaban los nudillos a la frente. No dejó de notar que más de uno llevaba la vista a sus pantalones, pero se preocupó más por los que estaban heridos entre ellos, aunque estos le quitaran importancia. Ellen no se quedó convencida del todo hasta que el señor Singh le insistió tres veces en que su pierna estaba bien.

—Y al teniente Byrne ya le conoces, por supuesto.

Fellowes había dejado al teniente para el final, pues este se había colocado en la esquina más alejada cuando el grupo se acercó. No quería que nadie notara su rostro encendido —aunque estaba seguro de que sus mejillas le traicionarían— y quizás así su lengua tendría tiempo de deshacer el nudo que había formado nada más verla. Pero según crecía la anticipación, también lo hacía su nerviosismo, hasta hacer galopar a su corazón tan rápido que estaba convencido de que no podía ser sano.

—Me alegro de verle, Thomas —dijo ella con una sonrisa amable—. Hacía meses que no nos encontrábamos.

«Ciento ochenta y seis días», pensó él, pero se calló a tiempo.

No había forma decorosa de reconocer que había contado cada una de las horas desde que se despidieron a la puerta de la casa de los Fellowes; después de que el capitán, en un derroche de amabilidad, le invitara a pasar las semanas que estuvieron en tierra con ellos. Se había negado a aceptar un no por respuesta en cuanto llegó a sus oídos que apenas tenía dinero suficiente como para pagarse una pensión en la ciudad mientras esperaban nuevas órdenes.

Pero su vergüenza se acrecentó aún más cuando vio que los ojos de Ellen se detenían con preocupación unos segundos en sus mejillas, sobre su cicatriz. A veces se olvidaba de que aquella marca le surcaba el rostro de parte a parte, ahora que había dejado de picarle y se había acostumbrado a ver tan sólo a medias por el ojo izquierdo.

—Una escaramuza con un barco francés —carraspeó, desviando la mirada—. Es menos grave de lo que parece.

Ellen se recompuso enseguida y le dirigió una mirada penetrante. Su última intención había sido incomodarle.

—Las cicatrices por el rey son más valiosas que las medallas en el uniforme, teniente. No tiene nada de lo que avergonzarse.

El capitán, que todavía no se había recuperado del todo, consiguió a duras penas enderezarse ante sus palabras. Le rodeó los hombros con el brazo, orgulloso, y la besó en la frente.

—Muy bien dicho, cariño.

Aquello desvió la atención lo suficiente de Thomas como para que respirara hondo y se obligara a pensar con claridad, pues sentía que, de haberse atrevido, se habría postrado a los pies de la señorita Fellowes allí mismo.

—¡Ellen!

La voz de Adelaide la sobresaltó. La mujer los observaba con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión que no admitía demora. Ya les había dado margen suficiente como para ponerse al día, era hora de dar explicaciones. La muchacha se envaró al darse cuenta, avergonzada por haber olvidado su lugar, y se giró hacia ella.

—Perdonadme —dijo, mirando a Adelaide y a todos los que la observaban. En el tiempo que había estado saludando, se había ido reuniendo un grupo bastante grande de curiosos—. Este es mi padre, el capitán Fellowes, y estos son los hombres de su tripulación.

La mujer los observó con una mirada sentenciosa, sin mudar ni un instante el rostro.

—Le preguntaría si esto es una misión de rescate, capitán. Pero no creo que deba albergar muchas esperanzas.

Ellen se volvió hacia su padre, disculpando los modales de Adelaide con un gesto ligeramente avergonzado.

—Y ella es Adelaide, nuestra... líder por aquí. —No sabía cómo empezar a explicarlo—. Su gente ya llevaba un tiempo atrapada en la isla cuando nuestro barco naufragó y nos acogieron. Es la que ha organizado todo este asentamiento.

El capitán se inclinó respetuosamente, aunque no le gustaba nada la expresión de la mujer.

Tampoco el deje afrancesado de su acento.

—Le agradezco infinitamente todo lo que ha hecho, señora.

Adelaide pareció dudar, pero finalmente aceptó sus palabras con un asentimiento.

—Si no me ha corregido, supongo que también está en esta isla por accidente.

—La tormenta de anoche nos derribó y acabamos por pura suerte en esta orilla —confirmó el capitán—. Haberme encontrado con mi hija en estas circunstancias debe de ser una señal divina.

—Más bien obra de las corrientes que surcan estas aguas, que traen todo lo que pueden a nuestra bahía —replicó ella, pero rápido rebajó la beligerancia de su tono—. ¿Hay más hombres con ustedes? ¿Algún herido?

—Adelaide es partera —se apresuró a añadir Ellen en voz baja—. Ella y su hija Nanette han montado una enfermería de campaña con lo poco que tenemos.

Fellowes asintió.

—Dos de los aquí presentes —dijo, mirando hacia atrás—. El resto de mi tripulación ahora mismo cuenta con unos setenta supervivientes, señora. Al menos veinte de ellos también están heridos. Los hemos dejado en la playa mientras buscábamos un refugio mejor.

Caleb se acercó al oído de Adelaide y le susurró algo. Ella reflexionó un instante y respondió en el mismo tono. El chico insistió hasta que la mujer acabó cediendo.

—De esos dos nos ocuparemos enseguida. Con el resto no sé cómo lo vamos a hacer, pero los intentaremos acomodar a todos, ya que Ellen responde por ustedes. —La muchacha asintió—. ¿Han podido rescatar alguno de sus víveres? Eso nos sería de gran ayuda.

—Hemos recuperado algunas cosas del barco, pero todavía no puedo asegurarle cuáles. Dejé encargado a mis hombres que siguieran con la búsqueda.

—Había al menos dos cabras vivas cuando dejamos la playa —añadió McPhee, voluntarioso.

—Algo es algo —replicó Caleb con sorna.

Adelaide abrió la boca, pero un estallido en el aire la interrumpió antes de que pudiera articular la primera palabra. Durante una fracción de segundo, todo el mundo se quedó quieto. Tanto que ningún corazón se atrevió a latir. Cada persona de aquella isla sabía reconocer el sonido de la pólvora al detonar un cañón. Antes de que el estruendo se disipara en sus oídos, todos habían hincado una rodilla en tierra como si se tratara de un ejercicio sincronizado.

Adelaide se giró hacia el capitán.

—¿Es de los suyos?

—Imposible, todos nuestros cañones están bajo el agua.

La mujer preguntó algo más, pero Fellowes no siguió escuchando. Se había vuelto rápidamente hacia su hija, dispuesto a protegerla a toda costa, pero no la encontró como el cervatillo tembloroso que esperaba. En vez de eso, la muchacha había adoptado la misma posición defensiva que los hombres que la rodeaban, con la vista puesta en Adelaide. En su rostro había una expresión que el capitán conocía muy bien y que le aterró: la de un soldado a la espera de órdenes.

Los habitantes de la isla fueron reaccionando a la amenaza en oleadas y comenzaron a correr de un lado a otro. Su líder se había incorporado y gritaba sus instrucciones. Unos la obedecían con más diligencia que otros —el capitán notó incluso alguna mirada hosca hacia ella—, pero la autoridad de su voz de mando estaba más que clara entre aquella gente.

—¡Abrid el camuflaje! ¡Los niños, a la bodega! ¡Ellen, te necesito!

La muchacha ya corría hacia ella, ignorando el gesto de su padre para detenerla.

—Adelaide, no estamos preparados —jadeó—. No hemos tenido tiempo de recolocar las defensas antiaéreas.

—¿No podemos responder al fuego?

—Si vienen desde arriba, imposible. Y, en el peor de los casos, puede que delaten nuestra posición.

La mujer soltó un juramento, pero asintió.

—Seguiremos escondiéndonos si no hay más remedio. Y, en todo caso y con un poco de suerte, si izamos la bandera amarilla de cuarentena, hará que se lo piensen dos veces. Pero hay que hacer algo con los cañones. Incluso si creen que están abandonados, son un botín lo suficientemente bueno como para que a quien sea se le ocurra desembarcar en la isla.

—Entonces, déjame que suba hasta ellos —se ofreció la muchacha—. No podré ponerlos a cubierto, pero sí camuflarlos con la maleza.

Adelaide dudó un segundo, pero la decisión no podía demorarse mucho más.

—Está bien. Coge un caballo, que será más rápido al menos un trecho del camino. Pero que no te vean. —Miró hacia ambos lados—. Y llévate a Caleb para que te ayude, por si acaso.

Caleb asintió a la orden y echó a correr para prepararse. Pero, mientras hablaban, el capitán se había recompuesto y se había plantado ante ellas en tres grandes zancadas.

—Ellen, tú no vas a ninguna parte. —Se giró, airado, hacia Adelaide—. No sé lo que planea, señora, pero he oído hablar de cañones en la misma frase que de mi hija y no pienso permitirlo.

La mujer lo miró de una forma que habría hecho dar un paso atrás a la mayoría de los hombres.

—Señor Fellowes...

—Capitán Fellowes.

—Capitán —se corrigió a regañadientes—, en su barco puede hacer lo que le venga en gana, pero en esta isla no tiene ninguna autoridad. Llevamos meses defendiéndonos muy bien solos y no permitiré que un recién llegado empiece a dar órdenes sin saber nada de la situación y a ponernos a todos en peligro. —Ellen aprovechó que ambos se habían encarado para dar un paso atrás y escabullirse a toda prisa—. Si quiere evitarle más problemas a su hija, le recomiendo que piense si en su naufragio puede haber quedado algo en los restos que haya dirigido a sus enemigos hacia aquí, poniéndonos a ella y a todos en peligro.

Por la mente de Fellowes apareció la imagen de la *Lionheart* varada en la playa y los supervivientes de su tripulación recuperándose en ella. Con el cielo despejado después de la tormenta, sería imposible no ver aquella estampa desde las alturas para cualquiera que pasara por

encima. Eso si no los habían visto precipitarse al vacío como una estrella fugaz. ¿Podría ser que finalmente el barco francés los hubiera seguido entre la tempestad y hubiera sobrevivido a ella?

—Es posible —admitió.

—Pues le aconsejo que haga algo al respecto. Camúflela, dispare con sus cañones, aunque sea desde el fondo del océano, o finja que están todos muertos. Lo que haga falta. Pero que nadie se acerque a este asentamiento por su culpa o le haré personalmente responsable, y entonces hasta echará de menos los consejos de guerra.

Fellowes hervía de rabia, pero la contuvo para otro momento. La batalla no era lugar para rencillas personales, y estaban metidos en una hasta que se demostrase lo contrario. Debía regresar con sus hombres y evitar que los descubrieran y capturaran, y también que su hija se viera envuelta.

—*Lord* Hansford, agrupe a sus tropas, volvemos a la playa. McPhee, usted a los marineros. Ellen... ¿Ellen?

El hombre miró hacia todos lados, buscando como loco a su hija.

—Salió corriendo hace unos segundos, señor. Cuando discutía con la otra mujer.

—¡Pues no se quede ahí parado, Byrne! ¡Vaya a por ella! —gritó, rojo de rabia y preocupación.

El teniente no se demoró ni un segundo en cumplir la orden. Ya había estado a punto de echar a correr hacia ella cuando la muchacha se escabulló, pero su sentido del deber le había impedido abandonar a su capitán cuando estaban a punto de entrar en batalla. Aquella orden liberó su conciencia.

La había visto entrar en la planta baja de uno de los edificios cercanos y la siguió hasta allí, desde donde llegaba un fuerte olor a cuadra.

—¡Señorita Fellowes! —la llamó antes de pasar al interior.

La encontró casi subida a su caballo, con un machete tan grande como su antebrazo y dos pistolas colgando de su cinturón. No tuvo tiempo ni de sorprenderse por ello. La muchacha se volvió de golpe hacia él mientras terminaba de pasar la pierna sobre el lomo del animal.

—Thomas, ¿qué hace aquí?

Thomas se acercó con rapidez y agarró las bridas. Era tan alto que apenas tuvo que alzar el cuello, su cara quedaba prácticamente a la altura de las orejas del caballo.

—Su padre me ha mandado a buscarla. —La miró a los ojos, suplicante. Aunque enseguida giró la cabeza y echó un vistazo rápido hacia atrás; no estaba seguro de si estaban solos—. Venga conmigo, es peligroso.

Ellen se inclinó para retirarle las manos de las riendas, aun cuando notó la ansiedad en su voz.

—Tengo que ir. No puedo dejar que nos descubran.

Él cerró los puños sobre sus dedos.

—Pues déjeme que vaya en su lugar.

La muchacha no pudo evitar una leve sonrisa, conmovida por su ofrecimiento, pero se mantuvo firme.

—No conoce el camino, Thomas —respondió—. Ni tampoco sabe montar a caballo.

No fue una burla ni un reproche, pero el teniente sintió cómo esas palabras le apuñalaban en el orgullo. Odiaba sentirse inútil.

—Pero yo sí sé.

Hansford apareció en el establo, con su arma bajo el brazo recién recuperada. Antes de que su ahijada pudiera protestar, ya se había impulsado hasta la grupa del último caballo que quedaba, que bufó al sentir el peso sobre su grupa.

—Ese tal Caleb Brown nos está esperando fuera, según tengo entendido. Aunque no sé si fiarme de que nos guíe, tiene cara de susto —dijo con una mueca. Luego, se giró hacia Thomas—. Yo cuidaré de ella, teniente. Vuelva con el capitán, que yo respondo ante él.

El mayor espoleó su montura y salió del edificio. Ellen se quedó rezagada un segundo más, todavía con las manos de Thomas sobre las suyas.

—Nos veremos a la vuelta.

Él se resistió un poco más a rendirse.

—Tenga cuidado.

Ellen soltó los dedos.

—Y usted, teniente.

La muchacha le sonrió una última vez antes de salir al trote, agachando la cabeza con el cuerpo pegado al cuello de su montura al traspasar el umbral.

Thomas se forzó a olvidarse de la garra del miedo clavada en su pecho y centrarse en lo que estaba en juego. Se encaminó también hacia la salida, sintiendo un cosquilleo en la mejilla. Debía de haber sido involuntario, pero juraría que, justo cuando Ellen recogió de nuevo las riendas, uno de sus dedos le había rozado la cicatriz.



8

Salieron del asentamiento al galope, pero pronto tuvieron que reducirlo a un mero trote, mucho menos ligero de lo que hubieran deseado. El tiempo apremiaba, pero, según abandonaron el oasis que la civilización había conquistado y se adentraron en los dominios de la selva, los caballos se topaban con más obstáculos para avanzar. Sus patas se enredaban con las raíces nudosas que sobresalían entre la tierra húmeda y sólo encontraban el camino parcheado, con parcelas enteras reclamadas por la maleza incansable que debían esquivar.

Caleb lideraba el grupo, seguido de Hansford —al que no paraba de mirar de reojo con el ceño fruncido— y Ellen, que cerraba la comitiva. Los tres avanzaban en silencio, espoleando de tanto en tanto a sus monturas, cada vez que oían el rugido de un cañón en la lejanía.

—¿Te has olvidado algo? —le preguntó su padrino la enésima vez que la muchacha se giró sobre su hombro para mirar atrás.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no —se apresuró a decir, haciendo avanzar a su caballo para sobrepasarle.

Pero el mayor no se quedó rezagado. Enseguida se puso a su altura con un movimiento elegante de su caballo, de color pardo y que respondía al nombre de *Dun*. Obedecía las órdenes como si fuera uno de los que él mismo había entrenado en las cuadras de Lilacfield House, en Inglaterra, esquivando con el codo una hoja enorme que había salido a su paso de improvviso desde un tronco cercano.

—Cuéntame adónde vamos exactamente, querida —dijo mientras volvía a levantar el brazo para detener el retroceso de la rama que acababa de apartar y que había vuelto a él como un muelle—. Si tu padre me va a matar cuando volvamos por dejarte dar tumbos sobre un caballo, al menos que sepa que ha merecido la pena. Tenía que haberle dicho a Byrne que mantuviera la boca cerrada..., aunque no me habría hecho ningún caso. Maldito sentido del honor.

Ellen intentó sonreír, tensando instintivamente los músculos de la espalda, como si así pudiera evitar que las piedras del camino la hicieran bambolearse sobre la grupa. Aun así, estaba dispuesta a seguir adelante aunque tuviera que saltar de barranco en barranco.

—A la parte alta de la isla —respondió ella, aclarándose la voz—. Cuando perdimos el control de nuestro barco, acabó chocando contra las rocas, colina arriba, y allí siguen los restos.

Habíamos empezado a montar unas defensas antiaéreas con los cañones que pudimos rescatar, de ese y de los otros naufragios; pero las lluvias no nos han dado tregua estos últimos días, y hace una semana hubo un corrimiento de tierra que arrasó media isla. El anclaje de los cañones no aguantó y el lodo se los llevó ladera abajo. Habíamos conseguido volver a izarlos con poleas hasta la mitad de la pendiente, pero no más. Ahora son inútiles para nosotros, y encima nos ponen en peligro porque están expuestos.

—¿Naufragios? ¿En plural?

—Sí. Cuatro en los últimos meses, al menos. Lo pequeña que es esta isla y lo mucho que atrae la desgracia. —Ellen rio, a su pesar—. Por lo que sé, el grupo de Adelaide fue el primero en llegar aquí. Ellos iban en dirección a Boston desde las Guyanas, pero unos piratas persiguieron su barco y lo destrozaron tras llevarse todo lo de valor en su cargamento. Consiguieron hacer planear los restos lo suficiente como para llegar a esta isla, que encontraron desierta, salvo las ruinas que llevaban abandonadas un tiempo. Todavía no hemos podido averiguar a quién pertenecieron y por qué nadie ha vuelto a reclamarlas. Aunque corren historias.

—¿Algo que ver con que oyera unas cuantas veces las palabras «fantasmas» y «selva» entre tus vecinos cuando nos preparábamos para salir?

Ellen suspiró con una expresión de hartazgo.

—Sí, pero no te preocupes por eso. Son sólo historias.

Un nuevo cañonazo volvió a estremecerles.

—Pues tú me estabas contando una historia sobre la bahía que atrae naufragios —le recordó Hansford para intentar que ambos pensaran en otra cosa que no fuera en imaginarse destrozados por el fuego de morteros.

—Ah, sí. —La muchacha se centró de nuevo—. Un barco mercante holandés también arribó por irse a pique, pero ese fue mucho más lejos de la costa, mar adentro, y para cuando consiguieron llegar a la playa apenas quedaban supervivientes. La nave que debía llevarnos a la señorita Levertone y a mí a Inglaterra fue la siguiente, y ahora habéis aparecido vosotros.

—Vaya suerte, o desgracia, que hemos tenido todos de juntarnos aquí. Es como si la providencia hubiera jugado al ajedrez con nuestras fichas. ¿Estás segura de que las sirenas se han extinguido también por estas aguas? A lo mejor a los alquimistas se les escapó alguna.

—Más las corrientes del océano que la voz de unas bestias —repuso ella—. Varias rutas comerciales sobrevuelan estas aguas y la época de tormentas no perdona en el trópico. Se lo dije a la señorita Levertone cuando insistió en regresar a Inglaterra a toda costa, incluso con las noticias del bloqueo de la flota napoleónica, pero no hubo manera. Al final, por esquivar a los corsarios y los huracanes acabamos por sucumbir a la negligencia de un capitán incompetente, el único que accedió a embarcarnos en esta locura. Fue un milagro que consiguiéramos siquiera llegar a tierra. Aunque fuera a las bravas.

Hansford se estremeció sólo de pensar en poder perderla.

—¿Y la señorita Levertone? —recordó de pronto—. ¿Dónde está?

Ellen se estremeció.

—Está... Hace semanas que... —Se trabó varias veces en la frase hasta que consiguió ordenar las palabras—. Resulta que poco después de llegar nosotros descubrimos que los holandeses habían traído el tifus con ellos. Fue... desagradable. Se extendió muy rápido. Sucumbieron muchos en la isla, y ella estaba muy anciana y muy débil por el viaje. La enterramos hace semanas. —Ellen bajó la cabeza—. No sé cómo se lo voy a contar a los Levertone.

El mayor se inclinó sobre el caballo para acariciarle la mejilla.

—No fue culpa tuya, niña. La vieja debería haber cuidado de ti, no al revés.

Arrugó los labios.

—No seas ruin con los muertos.

—Si puso en peligro a mi ahijada por cabezota, le guardaré rencor hasta que le pueda decir cuatro cosas en el infierno. Y al perro del almirante Levertone también, cuando pongamos un pie en casa.

Ella intentó sonreír sin demasiadas ganas.

—Al menos sólo tendré que preocuparme por ello si conseguimos volver alguna vez a Inglaterra.

Por delante, Caleb silbó para hacerles notar que se había detenido. Ambos recogieron las riendas de sus monturas y tiraron con brusquedad para detenerlas antes de que se despeñaran.

—Quieto, *Ruddy* —regañó Ellen a su caballo cuando hizo amago de encabritarse, acariciando el pelo rojizo de su cuello.

En medio del camino, arrastrando rocas y árboles enteros a su paso, un río de lodo y arcilla había arrasado la mitad de la colina, lo que había creado una nueva pendiente intransitable. La lengua de tierra compactada llegaba hasta más allá de la frontera de las rocas y el aire, perdiéndose en un salto al vacío que moría en el mar.

—Esto no estaba aquí ayer.

Ellen frunció aún más el ceño mientras él maldecía por lo bajo.

—Ha debido de ser la tormenta de anoche. El terreno ya estaba debilitado y no ha aguantado una nueva tromba. —La muchacha miró de reojo a Caleb y musitó en voz baja—: No es más que eso, Caleb. No te dejes llevar por ideas raras.

Hansford, ajeno a la mirada que intercambiaron, se colocó en medio de los dos.

—Y, ahora, ¿qué hacemos?

La chica desmontó de un salto y se acercó con cautela hasta el borde del muro de lodo.

—De atravesar esto ni hablamos, ¿verdad? —dijo mirando a Caleb.

El muchacho la imitó y dejó a un lado a su caballo con una palmada cariñosa en el cuello antes de agacharse para comprobar la textura del terreno. Respiró hondo. Su mano se hundió casi sin hacer fuerza. Una placa de tierra se desprendió bajo sus dedos, agrietándose por varios puntos, y se deslizó lentamente por la rampa hasta caer por el precipicio. Lo tomó como un claro augurio del destino que les esperaba si tomaban aquel camino.

—Yo diría que no.

El mayor se bajó del caballo, incómodo al ver que era el único que seguía en lo alto sin hacer nada útil.

—¿Hay otro camino?

Ellen se giró hacia su compañero.

—¿Caleb? Conoces esta isla mejor que yo.

El muchacho se rascó el pelo, pensativo, y miró hacia la selva con aprensión, pero se obligó a concentrarse.

—Podríamos crear uno. Si encontramos el origen del desprendimiento, podremos rodearlo y llegar al otro lado.

Ella taconeó en el suelo, nerviosa.

—Eso nos llevará un buen rato.

—Es eso o darnos la vuelta.

Un nuevo estruendo surcó el aire, dándoles la respuesta. Ellen asintió.

Caleb cogió las riendas de los tres caballos y los guio hasta girarlos en el sentido opuesto del camino. Sólo *Gilt*, el más joven y rebelde, opuso algo de resistencia; pero el muchacho sabía qué hacer para calmarlo. Los acarició a los tres con cariño, susurrando quedamente, y luego les palmeó la grupa para que trotaran de vuelta a casa.

—Vamos.

El chico desenvainó su machete y comenzó a atravesar por la espesura, ladera arriba. Sus manos temblaban, pero su paso era firme. Ellen hizo lo mismo, seguida por *lord* Hansford, con su arma en ristre.

—¿Este muchacho sabe adónde vamos? —jadeó a su espalda, con la frente ya perlada de sudor cuando apenas habían avanzado unas pocas zancadas.

—Caleb y los suyos llevan aquí casi un año, tío. Sabe lo que hace.

—¿Un año?

—Llevaban ocho meses varados cuando nos rescataron a nosotros —respondió—. Este trozo de tierra no es tan grande, y se lo ha recorrido varias veces.

El mayor seguía sin parecer convencido.

—Como te coma un jaguar en medio de la selva bajo mi cargo, tu padre me mata. Y tu madre me arranca la cabeza después.

Ellen apenas pudo contener la carcajada.

—Aquí no hay jaguares, tío Artie —replicó.

—Pues los fantasmas esos de los que hablaban.

Ellen dio un salto, con la cara desencajada.

—¡Shh! —le hizo callar.

—¿Qué pasa?

Ella le hizo otro gesto para que guardase silencio y miró de reojo hacia arriba, pero Caleb

seguía dándoles la espalda, sin haberse enterado de nada.

—Hay cosas de las que es mejor no hablar aquí fuera.

—No me regañes como si fuera un niño, Ellie.

—Es que ahora mismo no estoy tan segura de quién está a cargo de quién.

Hansford, por una vez, tuvo que mantener la boca cerrada.



9

Sus peores temores se confirmaron en cuanto Fellowes y el resto de la tripulación de la *Lionheart* se acercaron a la playa. Adelaide les había prestado a los tres hombres que quedaban del grupo que les habían encontrado para que les hicieran de guías por la selva y les había devuelto las armas, así que el batallón se parapetó tras la última línea de maleza de la ladera lo bastante alta como para ocultarlos. Por desgracia, la mujer no se había equivocado: los atacantes habían visto los restos de su barco desde las alturas —o quizá los vieron caer desde el aire— y venían a por él como buitres a la carroña.

Singh hubiera sabido decirle con un simple vistazo a la silueta del navío que planeaba sobre ellos a qué armada pertenecía —e incluso el astillero y el año de su construcción, según el patrón que seguía el brillo de sus filigranas—, pero se había quedado atrás, con la pierna rota. Tampoco importaba demasiado en aquellos momentos. Un enemigo era un enemigo. Y uno poco honorable, además, puesto que ni siquiera había izado sus colores antes de disparar.

Pero Fellowes estaba más pendiente de la parte práctica que de la política, y sus ojos estaban clavados en el casco de aquel barco —más ligero y pequeño que el suyo, pero no menos peligroso—, que el segundo timón había hecho inclinar sobre el costado de babor hasta alcanzar casi los noventa grados. La maniobra obligaba a tener a toda la tripulación a bordo bien sujeta con los arneses, pero a cambio permitía que los cañones dispararan con precisión sobre los pobres desgraciados que bajo ellos intentaban ponerse a cubierto desesperadamente. Era un movimiento arriesgado por parte de su capitán, y lo peor es que les estaba saliendo bien. De los más de cincuenta hombres que había dejado atrás cuando se marchó unas horas antes, vio que al menos veinte languidecían en la arena, destrozados por la lluvia de plomo.

«Ojalá estén ya muertos», pensó, pues no había forma de que nadie pudiera llegar hasta ellos a tiempo, ni siquiera para librarles de su agonía.

El resto de su tripulación se había refugiado tras las rocas, devolviendo el fuego con sus mosquetes únicamente para acallar su orgullo, dado que a esa distancia cada tiro era un gasto inútil de balas y pólvora. Sobre todo cuando, además, muchos disparos no llegaban ni a detonarse, ya que la pólvora estaba mojada.

—¿Qué quiere hacer ahora, capitán?

Fellowes se volvió hacia el hombre que estaba a su lado. Keast se llamaba, si no recordaba mal. Era el que había respondido a su brindis en el nombre del rey cuando los encontraron en medio de la selva. Sólo con eso sumaba puntos a su favor, pero la mano que tenía sobre la culata de su pistola temblaba demasiado y su respiración se aceleraba cada vez más como para confiar en que se mantuviera firme en la batalla. Eran demasiado jóvenes y demasiado inexpertos. Muchachos que jugaban con sus armas cargadas a ser soldados.

—Será mejor que se queden atrás. Si caemos aquí, tendrán que correr para avisar a los que quedan en el asentamiento. Usted conoce el camino, Keast —dijo, viendo cómo el alivio se extendía hasta suavizar su rictus de pánico—. Byrne, conmigo.

El teniente se arrastró en cuclillas tras la maleza para intercambiar posiciones con Keast, intentando compactar todo lo posible su enorme envergadura tras las hojas de los arbustos.

—Capitán —saludó—. ¿Cree que podemos llegar hasta ellos?

Con la cabeza señaló al resto de sus compañeros de tripulación que luchaban por sus vidas en la playa. Había varios cuerpos que habían conseguido arrastrar hasta la retaguardia, no sabía si vivos o muertos, y distinguió la figura de Atwood dando órdenes con su voz chillona a los marineros que seguían en pie. Debía de estar muerto de miedo y, sin embargo, estaba liderando a los demás como el oficial que era. Thomas miró hacia Fellowes, que también observaba la escena con atención y el pecho hinchado de orgullo.

—No lo sé, pero algo hay que hacer —masculló—. No pienso dejar que los masacren como a cerdos en el matadero delante de mis narices. Ya he perdido a bastante gente en estos días.

El teniente sintió la sombra de la impotencia en los ojos de su superior y supo que, de haber podido, el capitán hubiera salido corriendo a pecho descubierto para desviar las balas si con eso pudiera salvar a su tripulación. Apretó los puños, notando cómo el fuego que anticipaba la batalla comenzaba a correr por sus venas.

—Capitán, allí arriba —bisbiseó McPhee por detrás.

Los cañonazos habían cesado y el navío volvía poco a poco a enderezarse en el aire. El capitán enemigo debía de haberse hartado de cazarlos como conejos y quería cobrar lo más rápido posible su botín. Las divisiones de artillería habían dado paso a las de vanguardia, y de ambos costados comenzaron a salir planeando botes de remos que descendieron sobre la playa como las abejas en su enjambre.

—¿Por qué bajan ahora, cuando todavía hay supervivientes? —preguntó Thomas, observando cómo aquellos hombres remaban contra el viento para posarse en la playa.

—Quizá tengan prisa por terminar, o se les esté acabando la munición —respondió Fellowes—. Esperemos que sea lo segundo, porque es nuestra oportunidad de darles su merecido. Señores, en posición.

A un gesto de su capitán, todos los hombres desenvainaron sus sables y amartillaron sus armas.

—Marines, a mí —ordenó a sus espaldas el sargento Fitzroy, que había quedado a cargo de la infantería en ausencia del mayor Hansford—. En formación a mi señal.

Thomas fijó la vista al frente. Sus dedos se enroscaron sobre la empuñadura con un ligero cosquilleo. En los minutos previos a la batalla siempre sentía un peso en el estómago, pero sabía que el frenesí de la pólvora y la sangre se lo empañarían enseguida.

El capitán esperó a que los botes tocaran tierra. Mientras descendían, los hombres que viajaban en su interior habían disparado alguna vez, pero sólo como aviso. La verdadera carga comenzaba ahora. El enemigo, sin uniforme ni emblema, saltó a la arena y comenzó a correr en dirección a las rocas donde estaban escondida su tripulación en oleadas, según iban aterrizando. Al menos treinta hombres gritando como bestias, con las armas en alto y sedientos de sangre.

«Piratas».

Fellowes tensó los músculos, esperando su momento, y el resto lo imitaron.

—¡Ahora!

Los marineros cargaron ladera abajo con un grito que les desgarró la garganta. La marea estaba baja y la arena, firme, así que pudieron avanzar con rapidez sin que se les encallaran las botas en cenagales. Mientras corrían, a sus espaldas la infantería formó en dos filas y comenzó a disparar a la tripulación enemiga desde lo alto, haciéndoles caer bajo sus balas incluso antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando. Algunos de los piratas siguieron corriendo hacia las rocas, cegados por su propia exaltación, pero la mitad, al menos, se volvió hacia los recién llegados para encararse con ellos.

—¡Por el rey! —gritó Fellowes antes de descargar su primer mandoble.

El choque resonó en sus oídos como un terremoto. Por todas partes veía volar acero, pólvora y arena. Thomas notaba el sabor de la sangre en los labios, aunque no estaba seguro de que fuese suya. Había saltado con un rugido sobre un hombre que pretendía apuñalar al capitán por la espalda, derribándolo con el impulso, y le había clavado el sable en el abdomen hasta la empuñadura. La sangre le había salpicado por todas partes al liberar la hoja, pero ni se percató de ello.

La euforia ya se había apoderado de él.

Disparó su arma sobre un hombre que intentó pillarle por sorpresa desde el flanco, pero fue más rápido. La bala le reventó la mandíbula y el cráneo. Tiró el arma, con el cargador ya vacío, y se abalanzó sobre su siguiente víctima. Dos hombres más cayeron bajo su sable antes de que volviera a coger una bocanada de aire. Nadie podía detener a aquel gigante poseído por la rabia.

Un alarido de triunfo llegó desde las rocas cuando los marineros atrapados se dieron cuenta de que sus compañeros habían llegado al rescate. Entre el caos pudo distinguir a Atwood erguido sobre uno de los riscos cubiertos de algas, con el arma en la mano.

—¡Adelante!

Envalentonados por aquel giro del destino, los marineros cargaron contra los piratas desde ambos frentes, rodeándolos. Algunos disparaban desde el abrigo de las rocas. Thomas creyó distinguir la cabeza de Phillip tras uno de los mosquetes, pero debía de ser un espejismo.

Los cuerpos seguían cayendo sobre la arena, pisoteados por un mar de botas, mientras los gritos

de dolor se mezclaban con los aullidos de los combatientes, enardecidos por el empuje de la batalla. Los marines abandonaron la colina y cargaron junto a ellos, con las bayonetas por delante, como las garras de un ave de presa. A Thomas le sangraba la nariz de un puñetazo que le habían asestado, pero él había mordido el brazo de su atacante antes de degollarlo. El círculo en torno a los asaltantes se iba estrechando cada vez más. Estaban a punto de vencer.

En ese momento, volvieron a resonar los cañonazos. El teniente miró hacia arriba, hacia el barco, pensando que quizá los piratas iban a enviar una segunda oleada de asalto; pero este seguía tan inmóvil como antes. Un nuevo trueno estalló junto a ellos cuando la bala de cañón explotó a escasas yardas, llevándose por delante a varios hombres de las dos tripulaciones en una nube de arena, carne y fuego.

—Viene de la selva —masculló el capitán Fellowes a su lado.

En sus ojos había miedo, pero no por su vida. Thomas se giró para ver el fulgor de una nueva detonación entre los árboles. Él también sintió una oleada de pánico en el estómago. Allí, en lo alto, era donde se suponía que había ido Ellen a ocultar los cañones.



El estallido que mordió el aire retumbó también en el centro de su esternón. Ellen se encogió, ahogando un jadeo. Había sonado demasiado cerca. Miró a Caleb, que también había pegado un respingo, y se llevó un dedo a los labios. No sabía si se había dado cuenta de cuánto le temblaban las manos.

Mientras se agachaba para arrastrarse por el suelo, se recordó a sí misma que debía respirar despacio. Como les decía a sus hermanas cuando se despertaban en mitad de la noche y corrían a su habitación, aterradas por una pesadilla. Si quería volver a verlas a todas ellas, igual que al pequeño Samuel, debía conservar la cabeza fría y domar los nervios.

Habían conseguido escalar el monte hasta llegar a un punto por el que pudieron cruzar al otro lado del río de lodo —aunque habían acabado completamente embarrados en el proceso—, pero según sus cálculos los cañones no podían haber quedado a más de unas pocas yardas. De ahí es de donde tenía que provenir el sonido, y eso no era buena señal. La muchacha reptó hasta un saliente de la ladera, sobre el que se enroscaban las raíces de un arbusto con hojas en forma de sable, pero lo bastante grandes como para cubrir su presencia, y desde allí miró hacia abajo para evaluar la situación.

Sobre una pequeña terraza natural que había formado la colina, casi a dos pisos de distancia, Ellen distinguió a cinco personas manejando dos de los cañones que habían ido a buscar. Del tercero no había ni rastro, quizás arrastrado por el corrimiento de tierra. Un poco más allá, a su izquierda, distinguió las pocas ruinas que quedaban en pie del barco de los Levertone.

Un nuevo estruendo sacudió la colina en cuanto la mecha terminó de prender, y al fogonazo de la pólvora se le unió el brillo de las marcas alquímicas que estaban labradas en el metal. Con el naufragio, algunas series se habían quebrado y su brillo refulgía en parches; pero, aun así, su poder hizo que las balas salieran disparadas a una distancia que de otra forma habría sido inalcanzable.

Ellen se echó a temblar.

Los recién llegados vestían ropas gastadas y de colores dispares, sin ningún tipo de disciplina en el atuendo, cada uno adornado como le parecía. Uno de ellos, el más moreno, llevaba tatuado cada palmo visible con tinta que se iba deslizando por la piel como pequeños ríos, formando

monstruosas figuras cambiantes. Otro, una barba pelirroja tan larga que le rozaba el borde de la camisa desabrochada. Estaba claro que no eran soldados franceses. Eran piratas. Aquella idea le dio escalofríos.

Junto a ellos, apoyado sobre una pila de balas de cañón, descansaba un bote en cuyo interior consiguió divisar un par de remos, varios saquillos de pólvora y los aparejos necesarios para crear una polea. La chica los maldijo por lo bajo. Habían utilizado el propio mecanismo que Nanette y ella habían ingeniado para remontar ladera arriba los pesados cilindros de plomo, para acomodarlos a una posición desde la que poder disparar. Y en aquel momento los estaban usando para masacrar a los hombres de su padre en la playa, a los que veía correr en busca de refugio como hormigas en la distancia.

Ellen se giró hacia atrás y levantó los cinco dedos de la mano hacia donde la esperaban los otros dos. Hansford le hizo un gesto apremiante para que se arrastrara de vuelta, pero ella sacudió la cabeza y liberó una de las pistolas de su cinturón. Tenía que impedir como fuera que siguieran disparando.

El rostro del mayor se contrajo en una mueca de pánico al comprender lo que pretendía y se arrastró hasta su ahijada todo lo rápido que le permitieron los codos y las rodillas, seguido de Caleb.

—Estás loca —le dijo al oído al llegar hasta ella, haciendo verdaderos esfuerzos por no levantar la voz más allá de un susurro, aunque los piratas a los que espiaban debían de tener los oídos acribillados por el estallido de la pólvora—. Aquí no estamos jugando a los duelos, Ellie. Ni es una práctica de tiro.

La muchacha se zafó de él.

—Los que están ahí abajo tampoco están jugando, *lord* Hansford. Unos hombres que son sus compañeros de armas. Mi familia y la suya —le reprochó con frialdad—. Y, por si no se había dado cuenta, hace tiempo que dejé de jugar a ser adulta.

A su lado, Caleb había preparado su arma y esperaba su señal. El mayor contuvo un bufido. Aquello era una locura. Una cosa era permitir que la chiquilla trotara por la selva y se ocupara de ocultar unos cañones, sabiendo que al menos así se mantendría alejada del campo de batalla; y otra, enfrentarse a una banda de maleantes con una tonelada de plomo y pólvora entre las manos, y armados hasta los dientes. Incluso aunque no arrastrara la maldición dentro de ella. Fellowes le iba a matar, si es que salían los dos con vida.

Se habían metido en un lío muy grande, pero tampoco veía otra salida. Por mucho que quisiera llevársela a rastras de allí por la oreja, Ellen tenía razón. No podían abandonar a Fellowes y a sus marineros, y tampoco podía estar seguro de que huyendo evitarían el peligro de ser descubiertos. Los hombres de la Marina Aérea siempre decían que, cuando se estaba entre la espada y la pared, no había más remedio que elegir la menos puntiaguda.

Hansford apoyó la culata de su mosquete en el hombro derecho.

—Sé que tu puntería es buena, que para algo te enseñé yo a disparar. ¿Qué hay de ti, muchacho?

Caleb frunció el ceño, ofendido.

—Es lo suficientemente bueno —se apresuró a añadir ella.

El hombre asintió, centrando su mirada hacia abajo.

—Yo me encargo del de la derecha, que es el que está disparando —dijo Hansford mientras apuntaba—. Tenéis un solo tiro hasta que dejemos a descubierto nuestra posición, así que, si podéis, dejad fuera de combate al calvo y al de la barba. Parecen los más peligrosos en un cuerpo a cuerpo.

—Bien —replicó Ellen, amartillando su pistola—. El barbudo para mí.

Por debajo de ellos, los piratas recargaban de nuevo los cañones entre carcajadas y aullidos de triunfo. No podían dejar que dispararan una nueva andanada.

—Una vez que disparemos, no habrá vuelta atrás —le recordó en tono suplicante una última vez a su ahijada, aun sabiendo que no podría convencerla de lo contrario, y tampoco muy seguro de que en el fondo quisiera hacerlo.

—Preparada —dijo ella mientras apuntaba.

Caleb asintió.

Hansford cogió aire y lo aguantó en el pecho.

—¡Fuego!

Su bala atravesó el cráneo del pirata justo en el centro, y el cuerpo sin vida se desmoronó sobre la mecha del cañón con un golpe seco, que resonó como una campana dando la hora. El hombre de la barba también cayó un instante más tarde bajo el fuego de Ellen, con un cerco de color escarlata en mitad del pecho que empapó su camisa hasta que tocó el suelo. El tercero, sin embargo, reaccionó con la suficiente rapidez como para que la bala que llevaba su nombre tan sólo le rozara la oreja, llevándose por delante un mordisco de piel y cartílago. Se llevó la mano a la mejilla, en un acto reflejo, y notar aquel reguero cálido de sangre corriendo por ella no hizo sino enfurecerlo más.

Los otros dos, tras comprobar que habían salido indemnes, se giraron hacia el lugar de donde habían surgido los disparos. Uno de ellos, una mujer de piel morena que llevaba la cabeza rapada, levantó la vista y apretó el gatillo. Caleb pegó el cuerpo al suelo a tiempo, pero con el empuje Ellen se movió un tanto de su posición y el metal le desgarró la piel a la altura del hombro izquierdo.

La muchacha apretó los dientes con un gruñido de dolor, pero aguantó aquella cuchillada lacerante y sacó la segunda pistola de su cinturón. Intentó apuntar con ella, pero el dolor le hacía temblar el pulso. Hansford la vio y le arrebató el arma de la mano antes de que pudiera protestar. Se incorporó durante un segundo en su posición, apoyado en la rodilla izquierda, y le reventó la cara de un disparo a la pirata que había herido a su ahijada. Hacía mucho que no sentía una satisfacción tan grande en la revancha como cuando vio aquellos sesos saltar por los aires.

Mientras tanto, Caleb se había levantado, con el machete en la mano, y vio cómo los dos piratas que quedaban con vida habían comenzado a escalar la ladera, ayudándose de la maleza que la

cubría. En sus ojos se veía reflejada la rabia más pura. El muchacho se abalanzó sobre uno de ellos con un alarido, y ambos cayeron rodando hasta que el carro de los cañones los frenó.

—¡Necio! —gritó Hansford, horrorizado al advertir lo cerca que se habían quedado del precipicio.

Ellen agarró una roca del suelo con su brazo bueno y se la lanzó a la cabeza al hombre que quedaba, pero él la esquivó con facilidad. En un último empujón se aupó hasta la cima. El mayor desenvainó su sable y se encaró con él.

—Quédate atrás, Ellen —le ordenó mientras detenía el primer ataque con su hoja y le asestaba un golpe en la cara con la culata de la pistola vacía que sujetaba en la otra mano—. Obedece por una vez. Estás herida.

Pero ella no le escuchaba. En la lejanía, el barco pirata había cobrado movimiento de nuevo. Su capitán, al comprobar cómo se resistían los marineros de la playa, no había querido malgastar más hombres por un botín desconocido; pero al ver que la avanzadilla que había enviado a hacerse con los cañones de la colina había tenido éxito y volvían a tener ventaja, decidió mandar dos nuevos botes para acabar con la última resistencia. Incluso izó la bandera negra. Ellen observó con horror cómo una nueva oleada de piratas descendía sobre los marineros de la *Lionheart*.

No se lo pensó dos veces. El brazo izquierdo le colgaba inservible por el dolor, pero se lo agarró con firmeza con la otra mano y saltó. Sus botas tropezaron con la tierra y se enredaron con las hojas y raíces, llevándose todo por delante, pero consiguió aterrizar junto a los cañones tan sólo con una rodilla y un tobillo magullados. Oyó su nombre en boca de Hansford detrás de ella entre el sonido del entrecuchar de las espadas, pero lo ignoró. Si la caída no la había desgarrado por dentro, es que ese día la muerte había decidido reclamarla todavía para ella.

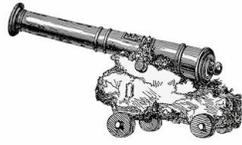
Caleb forcejeaba con el pirata contra el que había cargado a un palmo de distancia, ambos con la cara y los nudillos llenos de sangre. Cada uno tenía bloqueada la hoja del contrario con su propio cuchillo y bufaban como animales salvajes, casi rozándose las caras. Ellen aprovechó el momento en el que el pirata consiguió colocarse sobre su compañero para sacar su machete y clavárselo en la espalda, atravesándolo de parte a parte junto a la columna. El metal se deslizó por sus entrañas mientras él ahogaba un quejido de sorpresa hasta desplomarse entre espasmos. La chica sacó la hoja del cuerpo con esfuerzo, apoyando el tacón de su bota en él, y Caleb se quitó al suyo de encima de una patada.

—Gracias.

Ellen se quedó mirando cómo corría la sangre por el filo del machete durante un segundo antes de volver a centrarse. A su espalda, Hansford había logrado desarmar la defensa del bucanero que restaba y le había rajado la garganta en un movimiento elegante. La muchacha respiró con alivio al darse cuenta de que, por primera vez, estaban a salvo. Ahora tenían que recuperar el control de los cañones, que los piratas habían dejado listos para disparar.

—Ayúdame a ajustar el carro —le pidió a Caleb, señalando la palanca de metal que habían dejado tirada en su costado—. Hay que subirlo.

El muchacho obedeció y se apresuró a encajar la barra en la parte baja del cañón, utilizando el peso de todo su cuerpo para desplazarlo de su posición. Ellen, agachada junto al cascabel trasero, le hizo un gesto para que se detuviera cuando logró el emplazamiento que buscaba. Pegó su nariz al metal y comprobó que había alineado la boca lo justo por encima de la silueta del navío pirata, para que la bala trazara su arco por el aire. Nunca había disparado un cañón ella sola cuando había vidas en juego, pero debería ser lo mismo que cuando practicaba con toneles vacíos. Rezó por haber apuntado bien mientras prendía la pólvora con el pedernal de una de sus pistolas.



Los hombres alzaron los puños en un clamor de júbilo al ver cómo el casco del barco pirata se estremecía por el impacto de las balas y sus grabados titilaban peligrosamente.

Los dos botes que habían salido de él en dirección a la playa dieron media vuelta de inmediato y volvieron a ascender como si los persiguiera el mismo demonio. Los pocos supervivientes que quedaban de las cuadrillas de asalto, viendo que estaba todo perdido, se apresuraron a subir a una de las barcas que los habían llevado hasta allí y comenzaron a remar hacia el aire como locos, alejándose de la tierra perseguidos por los últimos disparos de la tripulación inglesa.

Thomas unió su voz a la de sus hermanos, alzándose por encima de las demás, descargando los restos de la emoción vibrante de la batalla que todavía le corrían por la sangre. La victoria era suya y seguían vivos. La mayoría, al menos.

Fellowes dejó que sus marineros liberaran la tensión acumulada unos instantes y luego empezó a organizar el auxilio a los heridos. Muchos de los que habían sufrido alguna herida durante el naufragio habían podido refugiarse tras las rocas y estaban al cuidado del señor Lloyd, pero también tenían que cargar hasta un lugar seguro con los que habían caído en la refriega.

En aquel momento, como si fueran actores entre bambalinas esperando su señal para entrar en escena, un grupo salió de entre los árboles. El capitán se envaró, con los dedos de nuevo sobre la empuñadura de su arma, pero se relajó al ver que era Keast quién encabezaba aquella avanzadilla. A su lado caminaba una muchacha que era la viva imagen de Adelaide, sólo que veinte años más joven.

—Señor Fellowes, esta es Nanette. Ha traído algo de ayuda.

El capitán se sentía tan agotado de repente que dejó correr el error de su título. La chica titubeó un segundo antes de hablar, como si no se sintiera segura. Miraba el uniforme de la marina con una sombra de temor y, al acercarse él, había visto cómo se contenía para no dar un paso atrás.

—No ha sido fácil convencer a mi madre, pero no podíamos dejarles abandonados con tanta gente herida —respondió al fin, con la mirada esquiva. Aunque, durante un segundo, alzó la vista directamente hacia el capitán—. Me ha dicho que usted es el padre de Ellen.

Fellowes se esforzó por sonreír educadamente e inclinar la cabeza. Se sentía agradecido de veras por la ayuda, pero en aquel instante sólo quería asegurarse de que dejaba a sus hombres a

salvo y correr a la selva a averiguar qué había pasado con Ellen y el mayor Hansford.

—Así es, señorita. Y mi hija me dijo antes que usted había sido una de las que había instalado una enfermería en esta isla. Una empresa muy loable.

Nanette bajó de nuevo la cabeza, algo sonrojada.

—Alguien tenía que hacerlo.

Mientras ellos hablaban, los hombres y mujeres del grupo que había venido con la muchacha desde el asentamiento se habían disgregado en todas direcciones para ayudar a los marineros a cargar con sus compañeros malheridos. A los muertos tuvieron que dejarlos donde estaban, por ahora, pero entre todos —bajo las instrucciones caóticas y a pleno pulmón del señor Lloyd— consiguieron agrupar a los heridos y clasificarlos. Habían traído con ellos botiquines rudimentarios con los que pudieron vendar heridas y parchear a los más graves hasta que pudieran llevarlos a la enfermería. El cirujano ya había marcado dos brazos para amputar, y había que reducir y alinear varios miembros fracturados.

Thomas ayudó a mover hombres hasta las camillas improvisadas con telas y palos recién recogidos de la selva. En su fuero interno iba haciendo un recuento de supervivientes, añadiendo a cada número una cara que conocía bien. La tarea se convirtió en monótona al poco tiempo y ya la ejecutaba sin pensar, pero hubo un rostro que le devolvió la mirada, sonriente, cuando le ofreció su brazo.

—Veo que esos piratas le han afeado la cara un poco más, teniente —dijo Phillip con la voz ronca.

Se le iluminó la cara. No había sido un espejismo.

—¡Phillip!

El guardiamarina se apoyó en él con una mueca de dolor, sujetando con una mano el mosquete con el que había estado disparando, a modo de bastón; y con la otra aferrándose la herida que todavía le torturaba en el abdomen.

—Me alegro de que estés vivo, amigo mío —dijo, jadeando por el esfuerzo—. Y de estarlo yo también.

Thomas le quitó el mosquete de las manos y le pasó ese brazo por encima de sus hombros para cargar él mismo con todo el peso de los dos. Caminó despacio para dar tiempo a su amigo a recuperarse, animándolo a cada trecho, hasta que pudo depositarlo sobre una de las camillas para que se lo llevaran de allí.

—¿Dónde está herido? —preguntó Nanette, que se había acercado al verlos aparecer.

El teniente se apartó para dejar paso a la muchacha, que sería de más ayuda que él para Phillip en ese momento.

—El abdomen.

Ella pidió permiso con una mirada rápida y le levantó la camisa para inspeccionar la herida.

—No es para tanto.

Phillip quiso hacerse el valiente, pero, en cuanto los dedos de Nanette rozaron la sutura, se

encogió de dolor y gimió. La muchacha devolvió la tela a su sitio.

—Le echaré un vistazo más detallado luego, pero parece que por ahora no se va a morir —le dijo con una sonrisa tímida antes de pasar a su siguiente paciente.

Phillip la siguió con la mirada mientras se marchaba.

—Me gustan estas manos en las que me dejas.

Thomas rio en voz baja y le puso una mano en el hombro para despedirse mientras se lo llevaban en la camilla. Justo entonces, oyó la voz del capitán Fellowes a su lado:

—Byrne, ahora que está todo tranquilo, le dejo al mando.

—¿Señor?

—Voy a averiguar qué ha pasado con mi hija y *lord* Hansford. No sé muy bien qué ha ocurrido, pero esos cañones que se suponía que iban a esconder primero nos dispararon a nosotros y luego al barco. No debe de haber sido una excursión tan tranquila como prometieron.

El teniente tragó saliva.

—¿Usted solo?

—Pediré a Keast que me acompañe, ya que conoce la isla. Supongo que deberíamos estar de vuelta antes del anochecer —dijo, mirando hacia la selva—. Espero que con buenas noticias.

Uno de los hombres que había puesto a vigilar el perímetro, por si acaso algún pirata se había quedado atrás, dio la voz de alarma. Los dos oficiales echaron a correr hacia allí, apartando a la muralla de hombres que habían vuelto a sacar sus armas.

—He visto algo en la espesura, capitán —dijo en cuanto el hombre se plantó ante él.

—¿Sabe qué ha sido?

—No, señor. Sólo algo que se movía.

Fellowes notaba a sus hombres tensos, demasiado. Tanto como para poder provocar algún disparo que no debía salir de la recámara. Hizo un gesto para que bajaran las armas.

—¿Quién va? —gritó.

Entre los primeros matorrales, creyeron ver una sombra moverse.

—¡Capitán Fellowes, ríndase!

La voz que les llegó era grave y hablaba en inglés, aunque con un marcadísimo acento francés.

—Me temo que no puedo hacerlo, señor.

—*Captain*, no tiene más opción. Tengo en mi poder algo muy valioso para usted. —El corazón de Fellowes se saltó un latido al evocar la imagen de Ellen en su cabeza—. ¡El pelo de su coronilla!

Un coro de risas ahogadas se propagó a su espalda mientras el capitán contenía la indignación como podía.

—¡*Lord* Hansford!

El mayor salió de entre los matorrales, apoyándose en el tronco de una palmera para no volver a caer al suelo entre los espasmos de las carcajadas. Tras él apareció la silueta de Caleb, que servía de muleta para Ellen. La muchacha tenía un desgarrón de tela en vez de la manga izquierda,

cubierta por una mancha entre marrón y grana, y cojeaba un poco al andar. Pero estaba viva y también sonreía. Eso hizo que la cólera del capitán se suavizara, aunque el pánico no tardó en agarrotarle el estómago.

Pero Thomas fue más rápido. No veía nada más que el reguero de sangre sobre el brazo de Ellen. Adelantó al capitán en un impulso y se acercó hasta donde estaba ella.

—Está herida —fue todo lo que pudo decir.

—Sólo es superficial.

Caleb le miró, suspicaz, pero la chica asintió y su compañero la soltó de su agarre para que fuera el teniente quien le sirviera de apoyo. Este se agachó para que Ellen pudiera pasarle el brazo bueno alrededor del cuello, pues la cabeza de ella le quedaba un poco más baja que a la altura del hombro. Mientras se acomodaban, dudó un instante, pero consiguió expulsar al pudor con la excusa de la caballerosidad y la sujetó de la espalda y la parte de atrás de las rodillas, para luego levantarla en brazos.

—¿Así está bien? —preguntó, sin mirarla demasiado a los ojos. Su cara estaba demasiado cerca y notaba cómo sus mejillas comenzaban a enrojecer.

Ella asintió, apoyando la mano libre sobre su camisa. Por un momento, se quedó mirándolo con la misma intensidad que antes, al fijarse en su nueva cicatriz, y estuvo a punto de alzar el brazo hacia la costra de sangre seca que le cubría la nariz y los labios, pero se detuvo en mitad del movimiento. Thomas apartó la vista, turbado, y la fijó en el frente, avanzando hacia donde se encontraba el capitán.

Fellowes sólo tenía ojos para su hija y se apresuró a examinarla en cuanto la tuvo a su alcance, dedicándole una breve mirada de agradecimiento a su primer oficial.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿Y toda esa sangre?

—Es sólo un corte, padre —replicó antes de bajar la voz—. Todo sigue en su sitio.

Hansford apareció tras ellos.

—Los piratas llegaron antes que nosotros a los cañones y, bueno, hubo un poco de refriega. — El mayor se encogió ante la mirada furibunda de su amigo, aunque ya se la esperaba—. Tu hija fue muy valiente.

—Todos lo fuimos. Allí arriba y aquí en la playa —replicó ella. Luego miró al capitán—. Padre, estoy bien. De verdad.

Él no estaba del todo convencido, pero se apartó para dejarles paso. Ya tendría tiempo de descuartizar a Hansford con sus propias manos en otro momento.

—Llévela con el resto de los heridos, Tom. Y luego vuelva a ayudarme a organizar todo esto.

Thomas asintió, pero se alejó por la playa con pasos cortos y lentos. El contacto cálido de Ellen le ponía más nervioso que la propia batalla, pero aun así notó hasta un pinchazo de dolor cuando tuvo que dejarla en el suelo, al cuidado de Nanette. Esta ya había terminado de evacuar a los heridos más graves y ahora se encargaba de los cortes y las magulladuras.

—A partir de aquí me encargo yo de ella —dijo la chica mientras se apresuraba a recogerla de

los brazos del teniente.

—Gracias, Tom—dijo Ellen.

Thomas esbozó una sonrisa mientras ambos se despedían con una mirada que a él le pareció eterna. Tuvo que obligarse a romperla con un carraspeo, inclinando la cabeza, antes de darse la vuelta para cumplir sus órdenes.

Ellen se dejó caer en la arena mientras su amiga le examinaba el brazo.

—¿Un disparo?

—Sí, pero sólo me ha rozado—respondió mientras aspiraba entre dientes—. Escuece.

Nanette le dedicó una pequeña mueca de disculpa antes de acercarse más y susurrarle al oído con voz pícaro:

—¿Ese es el oficial con el que te vas a casar?

Ellen se tensó de golpe, como un gato con el pelo erizado.

—No—respondió con brusquedad—. No es Benjamin.

La chica sabía cuándo su amiga se había puesto a la defensiva, así que no añadió nada más mientras terminaba de limpiarle la herida de restos de tierra y le separaba la tela desgarrada de la sangre seca. Tampoco comentó nada cuando vio que le habían empezado a temblar las manos ni cuando se secó una lágrima furtiva de rabia antes de que se despegara de sus pestañas. Algo le decía que no era con ella con quien Ellen estaba enfadada.



Tardaron varios días en completar el control de daños.

Llegar hasta donde languidecía el cadáver de la *Lionheart* era complicado, y sólo podían acercarse desde las rocas cuando la marea estaba baja. Además, casi la mitad de la tripulación que había sobrevivido al naufragio había salido herida en este o en la batalla posterior, por lo que contaban con pocas manos útiles. Adelaide ya había sido muy generosa al acogerlos en uno de los edificios en ruinas que habían restaurado lo suficiente como para que resultara habitable —aunque sólo fuera por deferencia a Ellen—, y no podía prestarles también el personal que necesitaban en el asentamiento. Sólo unos cuantos voluntarios bajaron con ellos a la playa para ayudar con la tarea; todos parte del grupo que había naufragado en el camino desde la hacienda de los Levertone, y de los más deseosos de poder embarcar de vuelta a Inglaterra.

Aun así, habían conseguido recuperar mucho más de lo esperado. Al haber caído de costado sobre el agua, la mitad del barco había quedado más o menos sobre la superficie, y parte del cargamento que portaba se había salvado de las garras húmedas del océano. Formando una cadena humana desde las rocas y atolones de arena, habían conseguido sacar sacos de grano, baúles personales e incluso algunas de las gallinas ponedoras, que se unieron a las cabras que habían rescatado el primer día. Además, en el rincón más apartado de la playa fueron amontonando algunos restos inservibles, como los maderos ennegrecidos y carcomidos por las algas que debían ser el último vestigio de otro naufragio anterior y que hallaron incrustados en las rocas, con su magia apagada para siempre. También encontraron cadáveres, que honraron con el resto.

Sacar los cañones, de doce libras cada uno, iba a ser más complicado. Gracias a la huida precipitada de los piratas, los marineros contaban con dos botes extra desde los que poder izarlos con las poleas, pero primero tenían que llegar hasta ellos, liberarlos de los escombros de madera y asegurar los cabos para que aguantaran bien el peso. Atwood, además de demostrar inesperadamente ser un aguerrido oficial, también había resultado ser un excelente nadador. Él y Caleb, que cada vez mostraba menos recelo por los recién llegados, se sumergían de forma periódica para trabajar bajo el agua, como si fueran buceadores en busca de perlas.

Thomas observaba la empresa desde la orilla, con un reloj de bolsillo en la mano. Los dos jóvenes realizaban sus escaramuzas con los arneses que utilizaban los marineros en el aire bien

sujetos a la cadera. Si, por la razón que fuera, se retrasaban más de lo debido en subir a la superficie, el teniente daba una voz y su enlace pegaba dos tirones de la cuerda para avisarles. Si tras dos avisos seguían sumergidos, los hombres tenían órdenes de tirar del cabo con todas sus fuerzas para sacarles de allí como fuera. Cada cuerda tenía a cuatro hombres en fila sobre las rocas, preparados para jalar.

—¡Señor Byrne, ya salen! —avisó uno de los grumetes.

—Gracias, señor McAvoy.

Thomas consultó el segundero y apuntó los nuevos tiempos en su cuaderno.

«Dos minutos, cincuenta y tres segundos».

Los marineros agarraron a los dos muchachos de los brazos y tiraron hacia arriba para sacarlos. Ambos se quedaron un momento sentados en las rocas, resollando. Iban descalzos y sólo llevaban puestos unos pantalones de lona, con el pecho descubierto. La piel de Atwood parecía el reflejo mortecino de un fantasma al lado del otro.

—¿Han conseguido fijar el nudo?

—Eso parece.

Singh se había acercado arrastrando su pierna mala, recubierta por vendas y fijada con una férula que le impedía doblar la rodilla. Por suerte, Adelaide les había asegurado que el daño había sido menos grave de lo que parecía —un desgarró en un tendón y no una fractura—, pero no podía caminar todavía sin la ayuda de la muleta que habían improvisado para él en la enfermería. Fellowes había intentado que se quedara unos días más convaleciente, pero el maestro de navegación había insistido en unirse a sus compañeros de tripulación en la playa, aunque no fuera de mucha ayuda.

Al final, para hacerle sentir útil, le habían puesto a clasificar un montón de papeles que habían conseguido rescatar de los restos. La mayoría estaban empapados por el agua de mar y con la tinta corrida, pero algunos todavía eran legibles y la moral de los marineros —tocada después de tanta desgracia— subió al recuperar las cartas de sus seres queridos. Hasta el señor Singh sujetaba con cariño un papel amarilleado por el tiempo entre las manos.

Los dos oficiales se llevaron la mano al sombrero para saludar al capitán cuando pasó ante ellos. Fellowes había ido de cuadrilla en cuadrilla por la playa, supervisando cada uno de los trabajos que había encomendado sus hombres, acompañado de *lord* Hansford. Intentaba mostrarse tranquilo y confiado delante de su tripulación, pero no podía ocultar en el taconeo de sus botas sobre la arena que en realidad se encontraba nervioso.

Su humor seguía ensombrecido desde que ofició los funerales por los caídos, leyendo aquella lista interminable de nombres y rangos que llevaría siempre como clavos en la conciencia. Y ni siquiera había podido darles una despedida digna al estilo de la Armada. Deberían haber devuelto sus cuerpos al mar con toda la ceremonia que merecían, en el único momento que un navío aéreo de su majestad debía posarse sobre el agua fuera del puerto, por respeto a los muertos que habían dado la vida por él. Pero debían hacerlo mar adentro, o las corrientes arrastrarían de vuelta sus

cadáveres a la playa, y no podían desperdiciar munición para hacer de contrapeso. Así que, en vez de obedecer la tradición, habían tenido que quemar los cuerpos en la playa en una enorme pira, como si fueran animales.

Aun así, Singh se atrevió a acercarse, con su pierna renqueante y la muleta bajo la axila.

—Veo que usted también ha conseguido recuperar algo de entre los restos, señor Singh — comentó Hansford al verlo aparecer.

Singh sonrió.

—Con el permiso del capitán —dijo, quitándose el sombrero—. He pensado que quizá le gustaría ver esto. Creí que la había perdido y, sinceramente, me hubiera dado mucha pena. Llevo guardándola muchos años.

Fellowes se sentía incapaz de mantener una conversación civilizada en aquel momento, pero recogió el papel que le tendía el maestro de navegación por deferencia. No podía imaginar sentir ningún entusiasmo por nada que el hombre hubiera hallado en el naufragio, pero su expresión cambió en cuanto empezó a leer. Hasta las arrugas de su rostro se suavizaron. Era una misiva extremadamente corta, con trazos grandes y toscos. La caligrafía de un niño.

Estimado señor Singh:

Disfrute mucho del aire del mar y, por favor, cuide mucho de mi papá.

Sinceramente,

Ellen Fellowes

Hansford sonrió, leyendo por encima del hombro de su amigo.

—¿Cuántos años tenía la señorita Fellowes cuando escribió esto?

—Seis años —respondió Singh con una expresión de cariño—. Lo recuerdo porque es apenas unos meses mayor que mi sobrino Arshad. Fue la primera carta que me escribió, y la conservo desde entonces.

«Antes de la maldición. Antes de que yo la condenara a muerte».

—Gracias, señor Singh —dijo el capitán, con un nudo en la garganta, después de releer cada línea varias veces—. Era lo que necesitaba ver hoy.

Le devolvió la carta y el hombre se marchó tras saludar, sabiendo cuándo era mejor no resultar inoportuno.

—Ellen siempre ha sido un encanto —comentó Hansford—. Cuando quiere.

Fellowes respiró hondo antes de contestar, con la vista puesta en el horizonte.

—No se lo digas al resto de mis hijos, pero ella siempre será mi favorita.

—Y ama a la Marina Aérea tanto como tú.

La hija del capitán Fellowes mantenía correspondencia regularmente con cada oficial que servía a bordo de la *Lionheart* desde hacía años. Cuando era pequeña, mientras le escribía cartas al capitán cuando estaba embarcado con la ayuda de su madre, descubrió que ninguno de los oficiales a su cargo tenía hijos, así que, temiendo que no fueran a recibir correspondencia como lo

hacía su capitán, decidió hacer lo mismo con el resto. Pronto aquella decisión infantil se convirtió en tradición y, cada vez que llegaba un paquete con correo a bordo del navío, todos los oficiales sabían que al menos una carta tenía su nombre escrito en el sobre, con la caligrafía redondeada de Ellen. Los que servían en la *Lionheart* eran la envidia de la Armada.

Hansford había descubierto hacía poco que algunos oficiales se seguían carteando con ella incluso después de ser transferidos a otro barco. En una profesión que podía llegar a ser tan solitaria como la de marino, saber que alguien en tierra se preocupaba por su bienestar lo suficiente como para invertir el tiempo en escribir era reconfortante, y Ellen no sería capaz de dejar de lado a un oficial de la marina. Aunque parecía que el mayor había sido el único en darse cuenta de que, desde la última vez que embarcaron, las cartas que iban dirigidas al teniente Byrne eran las más abultadas de todo el lote.

—Tenemos que acabar con todo esto cuanto antes e intentar reflotar la *Lionheart* —dijo el capitán en voz queda, volviendo a la realidad mientras su corazón se partía al ver a su Leona inmóvil, postrada en el mar—. Esta isla es una trampa mortal.

—¿Crees que los piratas volverán?

—Si no son esos mismos, serán otros maleantes que nos vuelvan a divisar desde el cielo. O incluso los franceses. No me creo que ese capitán obstinado que nos empujó a la tormenta haya dejado de buscarnos. ¿Cuánto crees que pagaría Boney, o cualquiera de sus oficiales, por la información de dónde se encuentra el barco y la tripulación que rompió su bloqueo del Atlántico? Atraparnos, o masacrarnos, sería un golpe de efecto en la guerra y para cualquier carrera en ascenso.

Hansford se frotó la nuez de la garganta.

—Le tengo mucho aprecio a mi cuello como para que acabe en la guillotina del Gato con Botas. Fellowes estaba tan irritado que ni siquiera se rio de la broma.

—Por no hablar de nuestros compañeros de cautiverio. No me fio.

—Han cuidado de Ellen, no seas injusto.

—Claro, y por eso en el tiempo que ha pasado aquí mi hija ha estado trepando por los árboles como un mono, en medio de una epidemia de tifus y se ha enfrentado a bucaneros machete en mano. ¡Ha matado a dos hombres! ¡Podría haber...! —La voz se le quebró—. Ya sabes lo frágil que es su estado.

—Lo sé perfectamente, Samuel. Me lo repetiste el otro día a voces mientras me estampabas contra la pared de esa cabaña inmunda en la que vivimos ahora por poner a tu hija en peligro. —Se frotó inconscientemente las marcas del cuello—. En defensa de Adelaide debo decir que sólo la primera parte ha sido culpa suya. Y nadie ha obligado a Ellen a hacer ninguna de esas cosas.

—Lo sé. Que se sienta en la obligación de ayudar a todo el mundo y cumplir con su deber le viene de familia. De mi rama de la familia. —Fellowes volvió a taconear—. Pero no podemos permitir que se siga poniendo en peligro. No es seguro. Por no hablar de que ahora le tengo que decir al almirante Levertone que su querida hermana lleva semanas muerta en esta isla.

—Eso tampoco es culpa de nadie más que de esa vieja bruja. Ella sí que metió a la niña en un buen lío cuando decidió que volver a tiempo para tomar el té en Inglaterra era más importante que una guerra en medio del océano.

—Eso mismo le voy a decir al futuro suegro de mi hija en cuanto lo tenga delante. Arthur, qué haría yo sin ti.

Hansford ignoró el sarcasmo.

—¿Qué es lo que te preocupa de verdad?

—¿Aparte de que mi hija mayor tenga por mi culpa una maldición viviendo en sus entrañas sin que pueda hacer nada para salvarla? Que Ellie se meta en un lío por ser demasiado noble —reconoció al fin, con una carcajada de pura desesperación—. Me ha asegurado que venían en un barco mercante desde las Guyanas, pero ¿tengo que creerlo sin más? Ya has oído el acento de Adelaide cada vez que habla, esa mujer se ha criado hablando francés. Dice que fue esclava, pero que le devolvieron la libertad cuando aún era pequeña, ¿y si no es cierto? ¿Y si es una esclava fugitiva? ¿Y si es una espía de Boney en sus colonias?

—No creo que la nacionalidad de los que se dedicaron a mercadear con su familia como si fuesen posesiones, y no personas, sea un crimen que podamos achacarle.

—Por supuesto que no, pero tampoco me tranquiliza no saber de qué lado caen sus simpatías.

—Y, por lo que sabemos, también hubo unas cuantas manos inglesas implicadas.

—Aún más razón para que nos odie.

—¿Y a quién espía en esta isla perdida, Samuel? —replicó el mayor—. ¿O de verdad crees que fingió su naufragio, meses antes de que apareciéramos, únicamente por la remota posibilidad de que también acabáramos atrapados aquí, engatusando a tu hija de por medio?

Fellowes se llevó dos dedos al puente de la nariz y suspiró, cansado.

—Quizás estoy siendo demasiado desconfiado —reconoció—. Pero dime que tú también has notado la forma en que mira nuestro uniforme. Lo hace con suspicacia.

—Puede haber mil razones para ello que no impliquen estar huyendo de la horca.

El capitán no respondió. Le daba igual que fuera irracional y que estuviera siendo injusto, él sólo podía pensar en sacar de aquella isla y devolver a Inglaterra a todos los que estaban a su cargo cuanto antes, sanos y salvos.



Adelaide trazó varias cruces sobre el mapa.

—Hay que hacer reparaciones aquí y aquí. —Frunció los labios un segundo, pensativa, y luego añadió—: Y aquí también.

En la mente de Ellen, las líneas perfiladas en negro se transformaron poco a poco en una imagen nebulosa de los edificios que componían el perímetro del asentamiento. Trabajaba mejor haciéndose una composición de lugar en su cabeza que sobre las dos dimensiones del papel. O de la hoja de una planta a la que nadie sabía dar nombre, en este caso, parecida a una oreja de elefante, y que solían usar como lienzo una vez secada y estirada. Aunque el material era lo de menos para ella. Nunca se le había dado bien plasmar sus pensamientos en una superficie plana, ni con el carboncillo ni con la aguja. Se sentía tan inútil que, desde pequeña, se le revolvía el estómago cada vez que la obligaban a intentarlo.

Su padre era el verdadero artista de la familia, y sólo su hermana Phoebe parecía haber heredado algo de su lado. Había sido él quien había dibujado aquel mapa siguiendo sus instrucciones, cuando la encontró desesperada mientras desayunaba, intentando cuadrar la escala para que las letrinas no fueran unos rectángulos más grandes que los muros del propio fuerte. Era un boceto muy esquemático —tenía prisa por bajar a la playa para supervisar las tareas de recuperación—, pero lo suficientemente claro como para que las dos mujeres pudieran trabajar sobre él.

—Entonces tendremos que cambiar a los niños de sitio —dijo la muchacha—. No quiero montar los andamios justo al lado de su barracón cuando no paran de correr de un lado a otro; podríamos caer encima de ellos.

—«Podríamos» no, Ellen. Tú no vas a subir a ninguna parte hasta que no te hayas curado bien esa pierna y ese brazo.

—Sólo me he torcido el tobillo —replicó ella—. Llevo días con la pierna en alto y ya ha bajado la inflamación del todo. Estoy bien.

—También tienes un tiro en el hombro.

—Pero sólo me duele si levanto el brazo.

—¿Y quieres trepar con el cabestrillo?

Lo que no quería era quedarse atrás y delegar sus funciones. Hasta que llegó a la isla, el grupo de Adelaide había hecho lo posible por adecentar las ruinas, pero no había bastado para poder hacer algo mejor que sobrevivir. Los diseños que Ellen había confeccionado —con la ayuda de Nanette— para construir andamios y poleas habían aligerado tanto el trabajo que en pocas semanas su nuevo hogar había quedado irreconocible. Y siempre había sido ella la primera en ofrecerse voluntaria para poner la primera cuerda y el primer clavo, trepando por los muros derruidos o los mismos árboles como una ardilla inquieta.

La señorita Levertone había puesto el grito en el cielo cuando la vio por primera vez encaramada a una rama, con la cuerda enrollada sobre su cuerpo desde el hombro a la cadera, pero pronto había dejado de poner inconvenientes a su tarea. Sólo que Ellen hubiera deseado que fuera por mejores razones que la muerte de la anciana.

Nunca se había planteado lo pesada que era la maldición que cargaba a todas partes, incrustada en lo más profundo, hasta que no tuvo a nadie alrededor para recordársela. Llevaba con ella prácticamente desde que tenía memoria. Pero allí no había gritos de advertencia a cada paso que daba ni miradas compasivas. Nadie la miraba como si tuviera la huella de la muerte en las mejillas, marcándola para reclamarla como suya en cualquier momento. A veces, cuando tenía la mente lo bastante ocupada, hasta conseguía acallar la voz de su propia conciencia.

Allí era útil. Importante. Así que la posibilidad de perder su sitio en aquella pequeña sociedad le daba más miedo que el riesgo de romperse la cabeza en un mal paso. Era difícil bajarse del pedestal cuando uno se creía imprescindible, y la muchacha temía más que a nada transformarse de nuevo en una muerta en vida a ojos de todos si no seguía acarreado el mundo sobre sus hombros.

—Ellen, ¿qué te parece?

Adelaide había seguido hablando, pero su mente se había inmerso demasiado en su bucle de inseguridad como para darse cuenta. La chica se quedó un instante en blanco, demasiado avergonzada como para atreverse a pedir que repitiera lo que acababa de decir. El crujido de la puerta al abrirse la salvó.

—Perdón por la tardanza.

La señora Van Nieel entró en la habitación de Adelaide con la timidez que la caracterizaba. Era una mujer menuda y rolliza, siempre bien vestida y su moño rojizo impecable, a pesar de las dificultades que entrañaba vivir en medio de la jungla, y de gesto amable. Nunca alzaba la voz y odiaba tener que llevar la contraria a nadie. Tanto era así que ni había tenido corazón para expulsar al lagarto que se coló bajo su catre una noche, de modo que lo había adoptado como mascota y su hijo Hans le había puesto de nombre *Aar*.

Aun así, los pocos holandeses que quedaban en la isla la habían elegido como su representante, al ser la única que hablaba más de dos palabras en otro idioma. La mujer había aceptado porque no había tenido más remedio, pero cada vez que tenían una de sus reuniones la pobre demostraba ser una criatura delicada, más nerviosa que concentrada, y que lo único que deseaba era poder

retroceder en el tiempo y no haberse embarcado nunca en aquel viaje para seguir a su marido hasta las Américas con su hijo pequeño a cuestas.

Y, a pesar de todo, había demostrado ser una persona más que cabal y la principal razón por la que casi ninguna voz se había alzado entre sus compatriotas en contra del mandato de Adelaide, aunque no había podido hacer nada con las miradas torvas que aún la perseguían. Pero, mientras Ellen también siguiera controlando a la facción de los Levertone, manteniendo el equilibrio de su precaria alianza, Adelaide podía continuar durmiendo tranquila por las noches.

—Adelante, Lotta —dijo Adelaide, esforzándose por sonreír de forma tranquila—. Acabamos de empezar.

La mujer se lo agradeció con un asentimiento; pero, antes de que pudiera cerrar la puerta, apareció una mano para detenerla.

—Perdón.

Adelaide no fue tan benevolente con su hija y no dejó de fruncir el ceño mientras esta corría para colocarse a su lado, con la cabeza gacha para no tener que mirarla a los ojos.

—Mucho trabajo en la enfermería, supongo.

—Sí, madre.

Para entonces, Ellen se había ubicado lo suficiente como para intervenir.

—Estábamos hablando de las próximas reparaciones que hay pendientes —dijo para desviar la atención de su amiga en ella, y Nanette se lo agradeció en silencio.

La mujer frunció los labios, sin dejar de mirar de reojo a su hija, pero lo dejó pasar.

—Hay algunas que son imprescindibles —continuó—. Sobre todo ahora que nos hemos multiplicado casi en una tercera parte, vamos a tener que adecentar al menos un edificio más si no queremos estar hacinados como ratas.

—Nuestra cabaña también necesita ayuda —intervino Lotta—. Hay una parte del techo que se desmoronó con la tormenta y todavía no se ha arreglado.

—¿Es muy grave? —preguntó Ellen.

—Depende de si llueve o no en los próximos días —respondió la holandesa—. Pero para ver las estrellas de noche viene bien.

Nanette y Ellen rieron, y ella se sonrojó, sorprendida por su propia broma.

—Señoras, centrémonos —las reprendió Adelaide.

Las dos muchachas guardaron silencio, aunque intercambiaron una breve mirada de complicidad.

—Creo que deberíamos centrarnos en las cosas que realmente sean importantes, como asegurarnos de que la canalización del manantial está en su sitio para que no se contamine el agua —intervino Nanette, al fin, y señaló un punto en el mapa. Se giró hacia Ellen—. ¿Crees que el señor del turbante podrá ayudarnos?

—¿El señor Singh? —preguntó la muchacha, confusa.

—¿No es el que se encargaba de que volara el barco? Me dijiste que siempre había un

alquimista a bordo.

Ellen tardó un instante en atar cabos.

—¡Ah! —exclamó al comprender—. Pero no funciona así. El señor Singh es el maestro de navegación de la *Lionheart*, y como tal es miembro de la Real Sociedad de Alquimistas, pero no es un maestro de pleno derecho. Fue un acuerdo al que llegaron hace tiempo la Marina Aérea con el gremio primitivo, cuando la flota creció tanto que no había suficientes como para que hubiera un alquimista a bordo de cada navío para mantenerlos en el aire.

—Entonces, ¿no sabe utilizar la alquimia? ¿No malea los materiales?

—En su parte más básica, sí. Pero no lo suficiente. El gremio accedió a transmitir conocimientos básicos a ciertos oficiales para realizar reparaciones rápidas de los grabados alquímicos y que, en caso de avería, pudieran mantenerse en el aire para llegar a puerto; pero nada más. El señor Singh conoce las filigranas de la *Lionheart* al dedillo, por supuesto...; después de todo, lo importante es el material, el resto es decoración según la artesanía y el ego del maestro maleador..., pero sería incapaz de fabricar un arma que disparase tan lejos como estas —dijo mientras acariciaba los grabados que titilaban con destellos azulados en la culata de la pistola que llevaba colgada del cinturón, un regalo de su padrino cuando cumplió los quince años—, y mucho menos crear un sistema de canalizaciones impermeable a las filtraciones, por ejemplo.

—Pero quizá...

Adelaide bufó.

—Esto no es Londres, Nanette. Aquí no hay alcantarillado que haga correr el agua cuesta arriba ni farolas que mantengan la llama bajo la lluvia. Ni nadie ha llegado a ofrecernos milagros, por mucho que vengan del cielo. Bastante tenemos con que no se nos abra el suelo bajo los pies.

—Pero ha sido una buena idea —se apresuró en añadir Ellen.

Su amiga se lo agradeció con una pequeña sonrisa antes de atreverse a continuar, aunque siempre con una mirada de reojo clavada en la expresión de su madre.

—Entonces tendremos que hacerlo a la antigua, sellando las grietas una a una. Al menos las importantes. El resto de las reparaciones del asentamiento, salvo que sean daños estructurales muy importantes, podría aguantar sin demasiados problemas.

—¿Aguantar hasta cuándo?

—Hasta que nos vayamos.

Adelaide se volvió hacia su hija con brusquedad. La sangre había abandonado sus mejillas.

—¿Cómo?

Nanette bajó la mirada de nuevo, incapaz de aguantar la intensidad con la que la taladraba su madre.

—El capitán Fellowes ha prometido llevarnos a todos con él cuando su barco esté reparado —respondió a media voz—. No merece la pena que dediquemos el tiempo a cosas que no son esenciales.

La mujer se giró entonces hacia Ellen.

—¿Es eso cierto?

La muchacha no sabía muy bien por qué estaba tan alterada de repente.

—Creí que lo sabías —dijo, reprimiendo las ganas de dar un paso atrás—. El maestro carpintero, el señor Helsby, salió hace dos días de la enfermería y le echó un vistazo a la estructura: está prácticamente íntegra. Y el señor Singh se ha asegurado de que los grabados alquímicos no han quedado tan dañados como para que no pueda repararlos. Creen que, si conseguimos enderezarla y realizar algunos arreglos, la *Lionheart* puede volver a volar.

A pesar de la tensión, la esperanza se reflejó en su rostro mientras pronunciaba esas palabras.

—Nosotros también recibimos esa promesa del capitán Fellowes —dijo Lotta con suavidad. Temblaba como un cervatillo asustado, sin saber dónde meterse.

Adelaide respiró hondo, tratando de calmar sus nervios.

—No creí que eso fuera posible con el barco tan dentro del agua, es todo.

—Los navíos descienden continuamente a tierra y luego vuelven a alzar el vuelo —respondió Ellen—. Los nuestros quedaron demasiado inservibles como para poder repararlos, pero la *Lionheart* sólo tiene una grieta. Una muy grande, por el rayo, pero reparable.

—¿Y los hombres de tu padre cuentan con madera suficiente como para hacerlo?

—Helsby cree que sí, pero la tienen que sacar rápido de la bodega antes de que se pudra. Igual que el resto de la estructura. El barniz y la pintura nos darán cierto margen, pero se fabricaron pensando en protegerla de la humedad de las nubes, no de la carcoma del agua salada. Por eso se están dando tanta prisa con los cañones. —Ellen sólo podía pensar en la fragata de nuevo en el aire, de vuelta a casa—. Y, en todo caso, podemos intentar recuperar algo de los restos que quedan por la isla. Vuestro barco se hundió hace demasiado tiempo, pero el de los Levertone está todavía encallado al otro lado de la colina, lejos del agua. Iremos hasta allí a recuperar tablones si hace falta. Con que quede una chispa de poder en sus grabados bastará para que el señor Singh los haga despertar.

Adelaide frunció los labios.

—Porque supongo que los árboles que tenemos por aquí no sirven.

Ellen sonrió y sacudió la cabeza, conteniendo una carcajada para no parecer condescendiente.

—No, los alquimistas hacen maravillas, pero no milagros. El *material* con el que se fabrican los objetos es la clave de todo. Los navíos aéreos están hechos de un tipo de roble distinto —respondió. Los ojos le brillaban. Aquel era uno de sus temas favoritos. Mientras hablaba, no podía parar de escenificar cada paso con las manos—. Un cruce entre especies que se da únicamente en plantaciones controladas. Cada país tiene las suyas custodiadas por más ejércitos que las joyas de la Corona. Una sola semilla de roble aéreo podría valer más que un diamante del tamaño de mi puño. Producen un tipo de madera muy ligera y que se lija hasta hacer planchas muy finas, que se van superponiendo una tras otra para confeccionar el casco. Los poros entre las vetas hacen que se cree una corriente entre ellas, y basta con malear unos pocos grabados tallados a lo

largo del casco para que hasta el alquimista más torpe pueda modificar su esencia y hacer que se eleven en el aire. En realidad —dijo, volviéndose de golpe hacia Lotta—, fue la Armada holandesa la que consiguió hacer volar sus barcos por primera vez.

La mujer asintió.

—Y toda Europa no tardó en derribarlos para obtener el secreto.

Ellen levantó las manos.

—Cosas de la guerra —respondió, encogiéndose de hombros, sin avergonzarse del todo—. Nosotros los mejoramos.

Lotta fue a replicar, pero Adelaide la interrumpió:

—No creía que fueras una experta en el tema.

—Soy hija y nieta de marinos. Llevo el mar y el aire en la sangre —respondió Ellen con orgullo—. Y he leído todos los libros que hay sobre navegación en la biblioteca de *lord* Hansford. Te encantaría ese sitio, Nanette. Es un ala de Lilacfield House entera que ocupa lo que dos edificios como este.

Su amiga la miró con envidia, esquivando los ojos de su madre.

—Sería maravilloso verla algún día.

Ellen le apretó la mano.

—Vendrás conmigo cuando regresemos a casa —le prometió, emocionada—. Mis hermanas y yo también coleccionábamos los folletines que traen noticias sobre la guerra y las hazañas de la marina..., supongo que lo seguirán haciendo. Los tenemos de antes de que apareciera Bonaparte, incluso. Los tengo todos guardados en un baúl de mi habitación desde que era pequeña.

—¿Hablan de tu padre?

—Sí, en algunos. Lo mencionan en la crónica de la batalla del cabo de Santa María. Y en la del Nilo, con Nelson, que es su favorita —respondió—. Y muchos de los oficiales que han servido con él. A mi padre le encantaba traerlos a casa cuando era niña. Me sentaba en sus rodillas después de la cena y me hacían rondas de preguntas sobre los barcos de la flota. Yo me sabía de memoria los nombres y las características de todos ellos. —Sonreía mientras recordaba—. Más tarde me enteré de que hacían apuestas a mi costa, cosa que a mi madre no le hacía ninguna gracia; pero a mi padre no le hice perder ni un chelín.

Nanette y Lotta sonreían con ella, pero Adelaide mantuvo su gesto serio.

—Nos estamos desviando del tema —dijo para cortar sus ensoñaciones—. Ese barco sigue hundido, por ahora, y eso es con lo que tenemos que trabajar. No podemos dejarnos llevar por esperanzas vagas. Y más si, como dices, el señor Singh es un advenedizo en temas mágicos, siendo generosos. Si al final el capitán Fellowes cumple con su promesa, tanto mejor; pero no dejaré que todo nuestro trabajo se desmorone por una fantasía.

Eso hizo que Ellen pusiera de golpe los pies en la tierra.

—Tienes razón, Adelaide. Lo siento. Nos pondremos enseguida a ello.

Ambas volvieron a concentrarse en el mapa, pero un carraspeo de Lotta les hizo levantar la

vista.

—Pero, aun así, la fiesta de mañana sigue en pie, ¿verdad?

Adelaide se controló para que su rostro no reflejara todo lo que sentía.

—¿Fiesta?

—Los rumores llevan corriendo todo el día de un lado a otro. Con las provisiones que han recuperado de la fragata, los marineros iban a montar una celebración.

La mujer enarcó una ceja.

—Me cuesta creer que estén de humor después de enterrar a sus muertos.

—Quizá por eso, para celebrar que ellos siguen vivos.

—¿Y el capitán Fellowes ha dado su consentimiento?

Ellen no tuvo más remedio que admitir que no sabía de qué estaban hablando.

—Yo creo que sería bueno para todos, madre —se atrevió a decir Nanette—. Hace mucho tiempo que no hacemos nada más que trabajar y preocuparnos por el futuro.

—Más nos preocuparemos cuando nos quedemos sin reservas dentro de unos meses.

—No tiene por qué descontrolarse, Adelaide. Y por ahora nunca hemos tenido problemas para encontrar comida en la isla, aunque sean siempre esos mismos frutos amarillos que traen las cuadrillas de recolección —replicó Lotta—. Y, además, no creo que a estas alturas haya forma de pararlo.

Los argumentos se le acumulaban en los labios, dispuesta a oponerse con todo su ser a aquella majadería, pero de repente entendió que era demasiado tarde. Le bastó ver cómo las otras tres se miraban, emocionadas ante la perspectiva. Tenían razón. Si ellas estaban así, el resto del asentamiento también vibraría de nervios y excitación. Esa fiesta se iba a celebrar con su beneplácito o sin él. Adelaide no tenía más remedio que asentir y ceder. Si algo salía mal, ya se encargaría ella de recordarles de quién había sido la culpa.



La enfermería nunca había estado tan desierta. Esa noche, todo aquel que pudiera mantenerse en pie había salido a disfrutar un rato de la música y la comida que habían preparado en la explanada frente a los restos del fuerte. Los habitantes de la isla se habían vestido con sus mejores galas, o lo más parecido a ellas que habían podido juntar entre sus pertenencias, dispuestos a olvidar por unas horas sus penurias. Quizá más adelante se arrepintieran, cuando tuvieran que empezar a racionar el aceite de las lámparas —ya que en los naufragios habían perdido todas las que contaban con una llama azulada, perenne hasta bajo el azote de la tormenta— y tuvieran que cazar alimañas correosas que poblaban aquel trozo de tierra para tener algo de carne con la que alimentarse, como decía Adelaide. Pero en aquel momento no importaba. Por una noche, por primera vez en mucho tiempo, iban a disfrutar sin más.

Thomas se adentró en la planta baja del edificio, en la que los primeros habitantes habían tirado todos los tabiques interiores para convertirla en la estancia más amplia de todo el asentamiento e instalar varias camas rudimentarias. Algunas de ellas estaban alumbradas por pequeñas velas, cuya cera se había reciclado varias veces, y estaban separadas unas de otras por cortinas ajadas a modo de biombo para dar algo de intimidad. Al apartar una de esas telas, Thomas estuvo a punto de chocarse con Nanette. Él se disculpó y se apartó para que pasara, inclinando la cabeza. La muchacha le dedicó una sonrisa avergonzada con una torpe reverencia, y se alejó apresuradamente hacia la salida. El teniente no tuvo que hacer demasiado esfuerzo para deducir que venía de visitar a Phillip.

—¿Una buena noche? —preguntó en voz baja cuando llegó hasta donde estaba su amigo, para no despertar al resto de los pacientes.

Phillip se incorporó al verle, sin disimular la sonrisa, aunque el gesto le provocó un gruñido de dolor.

—Preferiría estar ahí fuera zampando y bailando, pero no me puedo quejar —respondió—. ¿Qué haces tú aquí en vez de estar disfrutando por los que no podemos?

Thomas echó hacia atrás los faldones de la casaca y se sentó en una esquina de la cama, haciendo crujir bajo su peso la broza que rellenaba el colchón.

—Venía a preguntarte si querías que te trajera algo de la cena, pero veo que se me han

adelantado —respondió, y señaló el cuenco vacío que descansaba junto al brazo de Phillip.

—Nanette es muy previsora.

—Y muy diligente en el cuidado de los pobres hombres heridos en batalla. ¿Ha traído raciones para todos o sólo tú tenías pinta de famélico?

—Yo era el que le daba más pena —replicó mordaz—. Aunque también ha estado recitando en voz alta un rato esta tarde para entretenernos a todos, por si te interesa, listillo.

—No la he visto salir con ningún libro.

—Porque no le hace falta, lo tiene todo aquí. —Phillip se golpeó la sien con el dedo—. Le basta ver una sola vez una imagen para no olvidarla nunca. Se sabe textos enteros sólo de ojearlos alguna vez hace años, mientras limpiaba la biblioteca de su antiguo señor. ¿Te imaginas tener eso para el examen de teniente? Ojalá pudiera hacerlo por mí.

Thomas enarcó una ceja.

—Me estás tomando el pelo.

—Te lo prometo. Es la persona más inteligente que he conocido, de verdad. Y la mejor.

—¿Y aun así te aguanta? A saber qué le has prometido con tus encantos.

Phillip se obligó a no picar el anzuelo.

—Sé a dónde quieres ir a parar, Tom. Pero no te preocupes, tendré cuidado.

—Eso espero.

Se quedaron un instante en silencio, hasta que Phillip no aguantó más:

—¿Me vas a decir de qué te estás escondiendo? ¿O piensas pasarte toda la noche invadiendo mi cama, juzgándome?

Thomas se envaró.

—No me escondo de nada. Sólo he venido a visitarte —replicó, ofendido.

—Claro. —Phillip le dedicó una sonrisa con demasiados dientes—. En mitad de la noche, justo cuando tenemos la primera fiesta como Dios manda en meses. Al menos podrías haber traído un trago de grog para hacer creíble la excusa.

El teniente alzó una ceja.

—¿Ah, sí?

Sin mutar la expresión seria, se llevó una mano al bolsillo interno de la chaqueta e hizo aparecer gradualmente una petaca plateada. A Phillip se le iluminó la cara.

—Sabía que no me fallarías, amigo mío.

Thomas desenroscó el tapón y brindó hacia él antes de dar el primer trago.

—Con los mejores deseos del mayor Hansford, y a la salud del rey.

—Porque nunca se acaben las despensas ni las bodegas de los lores bienintencionados —respondió Phillip cuando le tendió la petaca, imitando su gesto—. Ligeros como plumas, compañero.

—Firmes como rocas —respondió su amigo.

—¡Y duras como cañones! —exclamó, soltando una carcajada al ver cómo Thomas enrojecía

hasta la raíz del pelo y le chistaba, mirando hacia todos lados, temeroso de que alguien que no debiera pudiera oírlos. Pero Phillip no le hizo caso y se llevó la petaca a los labios. En cuanto la probó, se le iluminó aún más el gesto—. ¡Es whisky!

El teniente esperó a que terminara de beber para extender la mano y que se la devolviera, pero Phillip se la guardó bajo la almohada.

—¡Eh, que es mi turno!

—De eso, nada. Esta me la guardo yo para emergencias. Que seguro que ya has vaciado la mitad antes de venir a verme —replicó, echándose en la cama y cubriéndose con la sábana hasta los hombros—. Ahora, deja descansar a un pobre convaleciente y vete a beber tu propio alcohol a la fiesta. Y apostarí a mi paga de un año a que todavía no has sacado a cierta señorita a bailar.

—Phillip...

Pero Phillip no hizo caso a sus protestas. Le empujó con el pie para que se levantara de la cama y se dio la vuelta con brusquedad hasta darle la espalda. Thomas quiso insistir, pero sólo le respondieron los ronquidos fingidos de su amigo. No tuvo más remedio que rendirse con un suspiro y salir de la enfermería.

El aire fresco, en vez de despejarle, le apretó el nudo del estómago. ¿Cómo era posible que fuera capaz de enfrentarse a una batalla con una sonrisa y le aterrorizara un baile? El juego de pies en la esgrima era una cosa, pero, cuando se trataba de seguir el ritmo de la música, parecía tener dos pezuñas de asno en lugar de zapatos.

Sólo tuvo que seguir el eco de la música y el resplandor del fuego para encontrar el camino de vuelta a la fiesta. En un rincón de la plazuela se habían colocado los músicos improvisados, con el señor McPhee a la cabeza. El contramaestre tocaba una animada melodía escocesa con el violín que había conseguido reparar milagrosamente el maestro carpintero, que seguía su tonada con la flauta. Helsby había perdido una pierna en el naufragio, pero se bamboleaba en su asiento al ritmo de la música con una energía contagiosa. El resto de los habitantes de la isla habían abierto un círculo, en cuyo centro se situaba la gran hoguera que calentaba el cuerpo y el ánimo. Hasta los holandeses, tan celosos de su círculo, se habían unido al jolgorio general. Unos cuantos daban palmas, observando a los que se habían atrevido a salir a bailar.

Thomas debía de ser el único en Inglaterra que nunca había pisado los famosos salones de Bath, pero sí había sido invitado a unas cuantas fiestas, y era la primera vez que veía un baile en el que había más caballeros disponibles que damas. La llegada de la tripulación de la *Lionheart* había polarizado aún más las proporciones de aquel vecindario accidental. Eso le tranquilizó un tanto. Al menos no se sentiría en la obligación de salir a bailar una pieza tras otra para no dejar a ninguna señorita sentada.

Distinguió la silueta del capitán Fellowes al otro extremo, con una copa en una mano y su pipa en la otra, charlando con el señor Van Nieel con grandes aspavientos para hacerse entender sin que compartieran ningún idioma común, pero alentados por el vino. Al final, la esposa del holandés reclamó su presencia y ambos se despidieron, lo que el teniente interpretó como una

señal para encaminarse hacia allí, rodeando a la multitud.

Entre los huecos que dejaban los corrillos distinguió varias parejas que daban saltos y vueltas por la pista de baile. Hansford había sacado a bailar a Adelaide, que sonreía —claramente a su pesar— como nunca la habían visto hacerlo hasta el momento, mientras el joven Atwood bailaba con Nanette. Tropezaba, más bien, porque ninguno de los dos parecía tener demasiada idea de cómo había que moverse. Caleb y Ellen giraban a su alrededor con mucha más coordinación. Incluso cuando se notaba que todavía le quedaba algún rastro de cojera y que no podía levantar mucho el brazo izquierdo, la muchacha se movía con gracia. Los dos parecían estar disfrutando el uno con el otro, pero no todos en la fiesta opinaban lo mismo.

El teniente pasó por detrás de un grupo de cinco hombres, algunos marineros de su tripulación, que no paraban de cuchichear entre ellos con gesto hosco. Uno de ellos gruñía más que el resto, mirando alternativamente a la pareja y al capitán Fellowes, que movía la cabeza con despreocupación mientras disfrutaba de su pipa.

—¿Es que no va a decir nada? ¿Se va a quedar ahí parado mientras su hija hace lo que le viene en gana con ese cimarrón?

—Hasta le he oído llamarla por su nombre de pila.

—¿Y te extraña? Si incluso deja que se vista con esos pantalones como si fuera una vulgar pirata en las Bahamas. ¿Qué clase de caballero que merezca el nombre puede consentir algo así? En cualquier otra parte, ya se hubiera montado un escándalo.

—Sólo le falta sacarse el corpiño por fuera, como una...

Thomas se paró en seco.

—¿Algún problema, señor Lawrence?

Los marineros se giraron hacia él de inmediato, llevándose la mano al frente y agachando la cabeza mientras el resto daba un prudente paso hacia atrás.

—Ninguno, señor.

Lawrence, el cabecilla, no quería mostrarse servil, pero no era tan necio como para enfrentarse abiertamente a un superior; y menos a uno que le miraba desde arriba como si estuviera dispuesto a arrancarle las tripas a mordiscos.

—Pues, entonces, disfruten de la fiesta en silencio y guárdense sus pensamientos. ¿Estamos?

El hombre asintió y el teniente tuvo que darse por satisfecho. Tampoco quería montar un espectáculo en medio de una fiesta para darle motivos de queja delante del resto de la tripulación. Prefería dejarlo correr después del reproche y seguir su camino.

Para cuando se unió al capitán, la música había dado paso a la siguiente pieza y Ellen había cambiado las manos de Caleb por las del mayor Hansford.

—Ah, señor Byrne. Por fin llega —saludó Fellowes con una sonrisa desenfadada—. ¿Qué tal se encuentra el señor Cox?

—Bastante bien. Gracias por preguntar, señor.

—Me alegro, de verdad. No todos los días tenemos milagros como ese en el servicio de la

Marina Aérea. Ese muchacho debió de gastar en esa caída buena parte de la buena suerte que le corresponde en esta vida.

—Espero que todavía le quede un poco más, señor.

Fellowes rio, con las mejillas arreboladas por el alcohol y el calor de la lumbre. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan relajado. La energía que desprendía era diferente a la crispación de los últimos días y, como siempre, contagió esa emoción al teniente, que notó como poco a poco el nudo se iba deshaciendo. Hasta se animó a dar palmas para acompañar al violín mientras terminaba de dar las últimas notas.

—Una velada maravillosa —dijo Hansford, exultante, cuando se acercó a ellos, casi arrastrando a Ellen para salir de la pista de baile, con su mano sobre el antebrazo. La muchacha sonreía, pero se paró en seco en cuanto se dio cuenta de que había aparecido junto a su padre. Comenzó a mover los ojos en todas direcciones, nerviosa, evitando a toda costa posarse en los de Thomas. El mayor, en cambio, se dirigió a él—: ¿No es así, teniente?

—Claro, *lord* Hansford. Hacía meses que no teníamos una así.

—Aunque creo que me he emocionado demasiado y en alguno de esos saltos he debido de romperme algo en la espalda, porque noto como un tirón que me baja desde el cuello hasta la rabadilla. Vas a tener que perdonarme, Ellie, querida, por no bailar contigo más por hoy —dijo, y se inclinó para besarle el dorso de la mano—. ¿Por qué no la saca usted, teniente? Aproveche que es todavía joven y no le dan achaques.

Ellen se giró hacia el mayor, tensándose de repente, pero ya era demasiado tarde. Desde que Nanette lo confundiera con su prometido, la muchacha había intentado mantener una distancia prudente, aunque sólo fuera para esconderse de la vergüenza que la asaltaba cada vez que pensaba en ello. Un sentimiento absurdo. Después de todo, el teniente sólo era el protegido de su padre. Una compañía agradable mientras había estado en casa, atento con ella y con sus hermanas por pura cortesía. Sólo eso. Y ella se estaba comportando como una chiquilla recién presentada en sociedad ante el primer caballero que le pedía un baile. Porque debía de ser eso, recato, lo que hacía que le diera un vuelco el estómago y el calor arrebolara sus mejillas.

Pero, en aquella ocasión, no había recodo que doblar ni árbol tras el que esconderse al ver aparecer al teniente; ni tampoco había forma de retirar el guante que el mayor había lanzado por ella sin parecer maleducada. Aunque, después de todo, tampoco pasaría nada si colocaba su mano sobre la del teniente y bailaban juntos a la luz de la hoguera. Por cortesía.

Por su parte, Thomas notó que la sangre le abandonaba el cuerpo.

—La señorita Fellowes sabe por experiencia que lo mío no es el baile, milord —balbuceó.

—Todavía estoy dolorida, teniente, así que no seré muy exigente con usted —prometió ella, atreviéndose por fin a mirarle a los ojos durante un segundo—. Pero por un baile más no va a pasar nada.

«Un baile más». El capitán Fellowes, que hasta entonces había seguido en su nube de euforia, sintió como si la realidad le hubiera echado un jarro de agua fría en la cara. Su rostro se crispó de

pronto.

—No creo que sea prudente, Ellie. Ya te has esforzado bastante. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Pero, padre...

—No seas cría y hazme caso. Sabes de sobra por qué te lo digo.

Aquella frase fue peor que si le hubiera asestado una bofetada. La sonrisa se le congeló en el rostro. Durante un segundo, el pánico la embargó como la corriente de una presa a la que hubieran abierto de golpe las compuertas. Un escalofrío le recorrió la espalda a medida que la imagen de su maldición desgarrándola por dentro desplazaba cualquier otro pensamiento.

Pero sólo duró un instante.

La muerte y ella ya eran viejas compañeras y, si algo había aprendido en aquellos meses, era que podía pronunciar el nombre de cualquiera sin previo aviso. El suyo, simplemente, estaba más cercano a sus labios; y lo iba a seguir estando tanto si saltaba desde un acantilado como si languidecía inmóvil sobre su lecho. Aquella revelación hizo que el frío que le había helado la sangre se transformara en fuego.

La muchacha se envaró y apretó la mano del mayor hasta que los nudillos se volvieron blancos. Notaba cómo poco a poco todo el mundo volvía la mirada hacia ellos, sintiendo la tensión creciente como una descarga eléctrica. ¿Con qué derecho la humillaba delante de los demás? Todas sus dudas se habían despejado de repente, eclipsadas. Si quería bailar, lo haría con cada caballero de la fiesta, si hacía falta. El peso de la maldición no era nada en comparación con el ardor del orgullo herido.

Hansford olió el peligro antes siquiera de que acabara de fraguarse. Debía intervenir antes de que la tensión estallara como un volcán.

—Samuel, no creo que por una noche vaya a pasar nada si...

—Es tentar a la suerte. Y ya tuvimos bastante de eso cuando decidió por su cuenta y riesgo llevarse a mi hija a saltar como un mono en la selva y a luchar contra piratas, *lord* Hansford —replicó Fellowes, mordaz.

El mayor agachó la cabeza, asumiendo su culpa, y lo habría dejado estar si no hubiera sido porque prefería mil veces que la ira de su amigo cayera sobre él que sobre su hija. Podría soportarlo e incluso, con un poco de suerte, hacerle entrar en razón.

—Es un baile, Samuel —dijo bajando el tono junto a su oreja y agarrándole del brazo para que no pudiera escaparse—. Deja que la chiquilla se divierta unos minutos más y yo mismo la convenceré para que se esté quieta el resto del tiempo.

—No pienso permitir que...

—Lo va a hacer tanto como si das tu permiso como si no. Y si no es con Byrne, que el pobre no querrá desobedecerte por miedo a que le fulmine un rayo, bailará con cualquier otro sólo por darle a su padre en las narices. —Hansford suspiró—. Hazme caso tú, Samuel. Sólo un baile.

Fellowes apretó los dientes. Él también tenía su orgullo. Pero no podía negar que, conociendo a

su hija, el mayor tenía más razón de la que le hubiera gustado concederle.

Se giró para mirar a Ellen y después a Thomas.

—Sólo un baile —advirtió.

La muchacha no ocultó que el fuego seguía ardiendo en sus ojos, pero lo disimuló con una sonrisa. Aquel triunfo le valía, por ahora.

—Claro, padre —respondió, tan mansa como un lobo con piel de cordero.

Thomas se apresuró a inclinarse ante el capitán, presa de los nervios. Lo último que hubiera querido era ser el causante de una discusión entre ambos, pero se había visto metido en medio sin saber muy bien cómo, sin tener escapatoria. Apenas acertó a inclinarse ante Ellen.

—No quiero hacerla tropezar y empeorarlo —insistió una última vez, con la esperanza y el miedo de que la muchacha se echara atrás en el último momento.

—Creo que, después de todos los pisotones que me dio cuando practicábamos en casa, me he vuelto una experta en esquivarle —respondió ella con una sonrisa que le desarmó por completo.

Phillip tenía razón: aunque su parte más cobarde siguiera buscando una nueva excusa a toda prisa, se moría por bailar con ella. No sabía si era el whisky que empezaba a subírsele a la cabeza, pero el teniente cogió aire, aplastó el nudo de su estómago hasta el fondo y extendió la mano. Ellen sonrió y colocó los dedos sobre su palma mientras el mayor Hansford se llevaba discretamente a su amigo a un segundo plano.

—¿Podría tocar algo que no sea muy movido, señor McPhee? —le pidió la muchacha cuando pasaron a su lado, de camino a la pista improvisada.

—Claro que sí, señorita.

Thomas agradeció en el alma aquella melodía más lenta que comenzó a sonar. Al menos podría concentrarse en dónde estaban sus pies si, además, no tenía que estar pendiente de no hacer el ridículo dando saltitos y tratando de recobrar el resuello. Su cuerpo de gigante no estaba hecho para ser grácil. Y menos cuando sentía la mirada del capitán clavada en su nuca.

Aun así, Ellen no le reprochó ninguno de sus tropiezos. Era una compañera benevolente, que cambiaba el ritmo de su giro cuando él se atascaba para que ambos acabaran de frente al terminar cada figura. Él se lo agradeció con una sonrisa nerviosa.

—Creo que ha mejorado desde la última vez, Tom —le dijo en un momento en el que el baile volvió a juntarlos—. ¿Ha estado practicando?

—Debe de ser el aire del trópico, que le hace mirarme con buenos ojos, señorita. Porque cada vez estoy más seguro que la naturaleza me maldijo con dos pies izquierdos —respondió—. Y en la *Lionheart* tampoco tenía a nadie con quien practicar.

—Seguro que el señor Atwood le ayudaría encantado —bromeó mientras miraba con disimulo al guardiamarina, que había vuelto a tropezarse estrepitosamente con la pareja que tenía al lado.

—Nadie sería tan buen maestro como su hermana Caroline.

—Le hizo pasarlo mal, ¿verdad? Sólo once años y ya tiene más genio y voz de mando que un almirante.

—A veces me daban ganas de cuadrarme en su presencia.

Ellen rio.

—Si se aplicara a ella misma la disciplina que le exige a los demás, no habría forma de pararla.

El baile les obligó a separarse de nuevo y cortó la conversación. Thomas aprovechó para observarla mejor, a unos pasos de distancia. Era raro verla sin la ropa de trabajo, tal y como la recordaba en Inglaterra. De hecho, llevaba el mismo vestido de color crema, con el pelo recogido y adornado con pequeñas cuentas, que la última vez que habían bailado juntos, en casa de *lord* Hansford. Pero su mirada debía de resultar demasiado intensa, porque ella se sonrojó y apartó los ojos.

—No es el único que lleva toda la noche esperando a que me salgan unos pantalones por debajo de la falda, teniente —dijo cuando volvieron a reunirse, con un leve deje de reproche.

—No pretendía incomodarla, señorita Fellowes —le aseguró—. Creo que sólo nos resulta extraño.

Ellen hizo una mueca.

—Supongo que es un alivio para todos verme así, como una buena señorita. Decente y recatada.

—Yo creo que está maravillosa de ambas formas —reconoció el teniente antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo, pero ver cómo se iluminaba su expresión de tristeza lo alentó a seguir—. Usted es uno de los pilares de este sitio, y su trabajo ha sido extraordinario. Ha salvado la vida de toda esta gente. Les ha dado seguridad y un objetivo por el que trabajar. Si alguien la ve y siente algo que no sea admiración, es que está ciego. Con pantalones o sin ellos.

La pausa que siguió fue tan larga que Thomas temió haberse sobrepasado. Pero ella sólo estaba intentando controlar la emoción.

—¿Lo dice en serio?

—No podría creerlo más.

Esta vez, fue Ellen la que clavó sus ojos en él.

—Gracias, teniente.

El silencio volvió a rodearlos, pero ocultaba tantas palabras no pronunciadas que resultaba ensordecedor. Thomas notaba cada roce de su piel con la de Ellen, cada vez que la tela de su vestido le acariciaba al girar sobre sí misma. Tenía que estar volviéndose loco, porque juraría que no era el único que alargaba cada contacto de sus dedos un segundo más de la cuenta, que ella también contenía la respiración al quedarse frente a frente y acortaba los pasos para no separarse demasiado.

«Está prometida —se recordó a sí mismo—. Es la hija de tu capitán».

Para cuando la música dio su última cadencia y ambos se inclinaron frente al otro, él ya había vuelto a convencerse de que lo del espejismo de antes era cosa del alcohol y que la sonrisa de ella era sólo de amabilidad y afecto por un oficial al mando de su padre, nada más.

Thomas desechó aquellos sentimientos. Se obligó a comportarse como era debido y le ofreció el brazo para conducirla de nuevo hasta donde estaba el capitán Fellowes, como había prometido.

Pero en cuanto Ellen vio que estaban hablando en un corrillo esto de oficiales de la *Lionheart*, se detuvo.

—Vaya con ellos si quiere, Tom —dijo—. Parece que mi padre está ocupado y yo prefiero no interrumpir.

—¿Interrumpir?

La muchacha señaló con la cabeza hacia donde estaba el capitán, que en ese momento había estallado en una carcajada por algo que había dicho Singh hasta doblarse sobre sí mismo y apoyarse para no caer en el hombro de Atwood, que trastabilló bajo su peso. Parecía que ni siquiera se acordaba de haber discutido con ella hacía unos minutos. Eso la enfureció, pero aquel sentimiento enseguida se transformó en otro tipo de dolor.

—Hace días que mi padre y el resto de sus hombres no se comportan relajadamente, como cuando están a bordo de la *Lionheart*. En tierra tienen que dar otra cara que no es la misma que en el aire, y me alegra que hoy, al menos, puedan disfrutar. Vaya, de verdad.

Pero el teniente, en vez de obedecer, la llevó fuera del círculo de baile, hasta uno de los muretes derruidos del fuerte, y se quedó con ella.

—No entiendo por qué lo dice, señorita. Aunque a veces sea... áspero, el capitán Fellowes adora su compañía.

—Y yo la de mi padre, aunque a veces no lo parezca. Pero ya ha visto cómo se ha puesto. No me ve como a usted..., como a ellos. Y no es el único. No me negará que los hombres se comportan de un modo diferente delante de una dama. —Thomas abrió la boca para rebatirlo, pero no se le ocurrió cómo. Ella sonrió ante su cara de desconcierto—. ¿O acaso estarían cantando a voces, como acaban de empezar a hacer, si yo estuviera entre ellos en ese corro?

Thomas dudó un instante.

—No lo creo —acabó reconociendo.

Ellen se sentó sobre las piedras y bajó la mirada hacia los pliegues de su falda.

—Hay parte de la vida de los hombres en la que las mujeres no somos bienvenidas. Con pantalones o sin ellos.

—Pero..., quiero decir, eso es...

—Verdad, teniente.

—Iba a decir injusto.

—Pero así son las cosas. —Ellen ni siquiera parecía triste, había sobrepasado ese punto. El fuego había desaparecido. En ese momento sólo parecía resignada, aunque sí se infiltró una nota de resquemor en la voz—. Sé que cree de corazón en lo que me dijo antes, Tom. Y le aseguro que no le guardo rencor a ninguno de ustedes. Sólo que desearía que las cosas fuesen diferentes. Pero, mientras tanto, prefiero vivir en la ignorancia sobre qué hace mi padre cuando no está en casa.

Thomas notó que se sonrojaba por la insinuación.

—Su padre es un caballero, señorita Fellowes —le aseguró con vehemencia.

Ellen agradeció sus palabras.

—No lo pongo en duda, teniente, aunque a veces tenga la cabeza más dura que una piedra... y le aseguro que estoy convencida de que mi padre ama de verdad a mi madre. Que más de una vez que he tenido que sacar a mis hermanas de casa cuando mi padre volvía después de un tiempo largo en el aire. —Aquello hizo carraspear a Thomas—. Pero precisamente por eso no puedo decir que lo conozca. No sé qué hace a bordo del *Lionheart* más que por sus cartas, y sé muy bien que en ellas sólo cuenta las cosas buenas. Y se lo agradezco. Prefiero no saber si mi padre tiene bastardos en cada puerto y tener que retirarle la mirada.

El honor del teniente no le permitió dejar aquel silencio vacío sin volver a defender a su capitán. Dudó antes de sentarse junto a ella, pero al final lo hizo para poder hablar a la misma altura.

—Ellen, le prometo que en todos mis años sirviendo bajo su mando no he visto ningún comportamiento que pueda reprocharle ni que pueda ofenderla a usted —repitió en un ruego para que le creyera—. Ni tampoco a su esposa.

Ella asintió para tranquilizarle.

—Gracias, Tom —dijo—. Y perdóneme por haber sacado el tema, no quería ponerle en un aprieto. Es usted demasiado bueno y leal.

Thomas sabía que seguía sin estar convencida, pero era mejor dejarlo correr.

—Si no quiere ir con su padre, al menos déjeme que la acompañe con Nanette —se ofreció mientras se giraba hacia ambos lados, buscando a la muchacha—. Aunque ahora mismo no la veo.

—Habrá vuelto a la enfermería —dijo Ellen con una sonrisa pícaro.

Él no tuvo más remedio que sonreír también, pero menos convencido.

—Ya le dije antes a Phillip que tuviera cuidado, porque me da que los dos se están creando castillos en el aire.

Ellen le miró sin comprender.

—¿Por qué lo dice?

Thomas torció el gesto.

—No estoy diciendo que hayan hecho nada malo, y Phillip jamás haría nada reprochable. Aunque a veces no lo parezca, él también es un caballero. —Tenía la sensación de que estaba soltando la lengua más de lo que debía, pero el whisky había acabado por subir de su estómago a la cabeza—. Sabe muy bien dónde está la línea. Después de todo, su prometida le espera en casa.

La muchacha tardó un segundo en procesar lo que acababa de oír, pero enseguida su cuerpo entero se tensó.

—¿Cómo?

—¿No se lo ha dicho Nanette?

—No creo que lo sepa.

Thomas se maldijo a sí mismo en silencio.

—No debería haber dicho nada.

—No, teniente. Se lo agradezco. —Ellen se levantó, muy seria de repente—. Vaya con el resto

de sus compañeros, se lo ruego. Es hora de que me retire. No hace falta que me acompañe.

Él se quedó allí plantado, viendo cómo los últimos pliegues de su vestido se perdían entre la gente. No sabía muy bien cómo había llegado a ese punto, pero acababa de meter en un lío a su amigo cuando quería defenderlo. Miró hacia la esquina donde el resto de oficiales seguían riéndose y contando historias, pero no se sentía con ánimo para unirse. Ni siquiera hizo caso a los marineros que se acercaron a él para que cantara una canción con su voz profunda, como lo hacía en los días de fiesta a bordo de la *Lionheart*. Para él, la celebración había terminado.



A Ellen siempre le costaba admitir que se había equivocado, pero esta vez estaba convencida de llevar la razón. Después de hablar con Thomas, había ido corriendo en busca de su amiga, como era su deber. No podía dejar que la engañaran. Pero Nanette no había reaccionado como ella esperaba. Tras enterarse de que Phillip había estado jugando con ella, hubiera sido normal que se derrumbara o se enfadara al sentirse traicionada; pero Ellen nunca se imaginó que dirigiera su furia contra ella.

—No sigas, Ellen. No es asunto tuyo —le había advertido en cuanto empezó a hablar.

Pero ella no podía parar. Tenía que decírselo. Por eso la había interceptado justo cuando iba a volver a entrar en la enfermería y se la había llevado a un aparte, lejos de las miradas de los que seguían en la fiesta. Nanette intentó hacerla callar varias veces, pero ella siguió hablando, obstinada, hasta que sacó la última palabra que le quemaba la garganta. Y, aun así, su amiga se negó a escucharla.

—¡Te ha estado engañando, Nanette! No merece que lo defiendas.

—No sabes de lo que hablas.

—Es la verdad, aunque no lo quieras ver.

—¿Y tú me hablas de ceguera?

—¿Cómo puedes ser tan tonta?

Ahí fue cuando llegó la bofetada. Horas más tarde, aún le dolía la mejilla cuando se rozaba la piel enrojecida del pómulo. Y seguía sin entender por qué Nanette había reaccionado así para luego salir corriendo a los brazos de Phillip Cox. Debería estar agradecida de que le hubiera abierto los ojos. Ella lo estaría si alguien le contara que había otra persona en la vida de...

«Benjamin», se dijo a sí misma rápidamente, antes de que su mente pudiera pensar en otro nombre.

Phillip no era el único que tenía un compromiso pendiente en Inglaterra. A ella le esperaba su capitán Levertone, héroe de la marina inglesa, con una prometedora carrera que acabaría sin duda en uno de los sillones de los Lores del Almirantazgo. Cualquiera muchacha con un poco de sentido común habría sabido que aceptar la proposición de un partido así era la decisión más sensata que podía tomar, y Ellen no era una excepción. Pero ella además lo había hecho con una alegría

desbordante.

Todavía se avergonzaba al recordar las chiquilladas que había hecho de lo enamorada que estaba, dejándose llevar y sin pararse a pensar en las consecuencias. ¿Por qué hacerlo si lo más probable era que la maldición le arrebatara su futuro en cualquier momento? Si su corazón estaba destinado a congelar sus latidos de repente, como alcanzado por un rayo, ¿qué importaba si se aceleraba demasiado? Mejor hundirse en la tierra llena de dicha que marchitada como a una flor a la que no le permitían ver el sol.

¿Cuántas veces se habían escabullido por los jardines que rodeaban la casa de los Hansford para huir de la tía de Benjamin, la señorita Levertone, que les hacía de carabina? Pero por aquel entonces a la Ellen de diecisiete años no le importaba nada más que pasar todo el tiempo posible con su flamante prometido. Y Benjamin era un buen hombre. Durante una temporada, pensó que el único.

¿En qué momento dejó de sentir cosquillas en el pecho al pensar en él? ¿Cuándo dejó de emocionarse por recibir sus cartas? Mucho antes de poner un pie siquiera en esa isla, eso seguro. Probablemente antes de dejar Inglaterra. Su amor se había sido tan intenso que no se había dado cuenta de cómo se diluía poco a poco, como la tinta en el agua, hasta que ya no quedó ni rastro.

Por un tiempo pensó que era normal, que las llamas del enamoramiento tarde o temprano tenían que convertirse irremediamente en brasas. Se convenció de que aquel matrimonio era una buena idea, a pesar de todo, y siguió adelante. Tampoco es que fuera a verlo mucho, una vez casados; incluso aunque viviera lo suficiente como para ver correr a sus nietos. Pero no contaba con que aquella yesca volviera a prender. Porque podía seguir negándolo cuanto quisiera en voz alta, pero su estómago había sentido de nuevo las chispas saltando por los aires al bailar en brazos de otro.

¿Cuándo había sucedido? Llevaba días repasando mentalmente cada instante que pasaron juntos en las semanas que su padre lo había acogido, y no recordaba ese cosquilleo en el pecho mientras tomaban té en el salón de su madre o mientras charlaban en lo alto del acantilado que había junto a la casa, observando con el catalejo cómo los barcos alzaban el vuelo desde el puerto más cercano. Aunque quizá sí. Quizás alguna mirada o algún roce...

«¿Y tú me hablas de ceguera?», le había dicho Nanette. Su amiga lo había visto venir antes que ella misma.

Ellen sintió que una oleada de pánico comenzaba a invadir su cuerpo. No podía dejar que aquello continuara. Se había arriesgado demasiado al dejar caer su muro y bailar con él. Debía ahogar ese fuego antes de que se descontrolara. Sus sentimientos no importaban. Tarde o temprano desaparecerían, como todos. Benjamin era su futuro. Iba a ser la señora Levertone. Hija, nieta y *esposa* de marinos. Cualquier otra cosa no era más que una ilusión, un engaño, que acabaría por desvanecerse. Debía concentrarse en el trabajo, como siempre, y mirar hacia delante.

—Ellen, ¿estás bien? —le preguntó Caleb, sobresaltándola.

La muchacha sacudió la cabeza, recordando de repente dónde estaba. Taconeó un par de veces

con sus botas sobre la madera para deshacerse de la neblina de recuerdos que le empañaba la vista. Debía centrarse. Por delante tenían una operación complicada.

—Sí, perfectamente —respondió, forzando un gesto de ligereza—. ¿Preparados?

—Cuando quieras.

Ambos se encontraban de pie sobre unos cuantos tablones que desafiaban el vacío del acantilado. El muro del fuerte defensivo que coronaba la isla estaba diseñado de tal forma que desde la playa era casi imposible divisarlo —o al menos, no confundirlo con una estructura rocosa natural—, pero Adelaide había mandado construir hacía tiempo una plataforma de madera que sobresalía lo suficiente como para poder enviar y recibir mensajes.

Frente a ellos, a pocas yardas del acantilado, cuatro botes planeaban sobre los restos de la *Lionheart*, cada uno con dos pares de cabos colgando de sus costados. Caleb alzó los brazos y les dio la señal. Con un destello azulado de la madera, los botes iniciaron su descenso hacia la superficie del agua; mientras la propia Adelaide observaba la operación desde atrás, acompañada de los Van Nieel, y con el gesto serio.

Cuando llegaron a la mitad del camino, Ellen levantó la bandera que sujetaba con ambas manos y la ondeó todo lo alto que pudo. Esperaba que los tripulantes la estuvieran mirando, porque ella se negó a bajar el cuello, procurando por todos los medios no mirar hacia abajo. Más concretamente, hacia el punto de color azul oscuro que destacaba entre todos los demás.

Los hombres de la playa respondieron con la señal correspondiente de sus banderines, aunque la orden del teniente Byrne llegó a destiempo. Fellowes le reprendió con la mirada para que se centrara.

La mañana tampoco estaba siendo buena para Thomas.

Al sabor agridulce de los recuerdos de la fiesta se le unía el dolor de estómago que el alcohol de la noche anterior se había tomado como revancha. Una bola ácida subía y bajaba por su esófago cada vez que tragaba saliva, sin darle ni un descanso, mientras intentaba concentrarse en la tarea que tenía delante. La nube de la resaca que le embotaba la mente tampoco ayudaba nada.

La tripulación de la fragata aseguró los extremos de los cabos a los enganches que había preparado Atwood y el contramaestre hizo sonar su silbato tras recibir la confirmación de cada jefe de cuadrilla de que los nudos estaban listos. El banderín ondeó de nuevo.

Ellen divisó el mensaje con su catalejo y gritó a los hombres que tenía a su cargo:

—¡Arriba!

Los botes volvieron a ascender con el impulso de los remos hasta tensar las cuerdas. El esfuerzo se notaba en la tensión de los músculos de los remeros, pero siguieron remontando el aire, palmo a palmo. Bajo el agua, la madera del barco crujió al desprenderse de sus cañones, que fueron aflorando sobre el agua como las ballenas al respirar. Hasta el metal parecía gruñir al ser arrancado de su descanso. McPhee volvió a hacer sonar su silbato.

—¡Preparados!

Los remeros cambiaron de posición, aguantando como podían la elevación del bote, para

modificar el rumbo y virar en dirección a la playa y depositar los cañones en ella. Desde abajo, Thomas daba instrucciones y Caleb las trasladaba a los hombres de los botes según iban cambiando los banderines.

Estaban a punto de volver a descender cuando uno de los cabos pegó una sacudida. El bote se tambaleó, amenazando con lanzar al vacío a sus ocupantes. Sus filigranas titilaron como la llama de una vela sacudida por el viento.

—¡Cuidado! —gritó una mujer desde otra de las embarcaciones.

Los remeros consiguieron mantener el equilibrio, pero los cañones que transportaban no tuvieron la misma suerte. Desde la playa llegó un grito de advertencia y toda la tripulación se apartó mientras aquellos pesados cilindros de plomo se precipitaban abajo.

Uno se clavó en la arena, creando una nube de polvo, pero lejos de cualquiera a quien pudiera dañar. El otro, sin embargo, todavía no había sobrepasado la línea del agua cuando se soltó de su enganche. Rebotó contra una roca y luego contra el casco del navío que sobresalía del mar. Rodó por la madera como en un juego de bolos, buscando a quién derribar. La mayoría de los marineros ya habían saltado al agua para ponerse a salvo, pero uno de ellos fue demasiado lento y aquel peso lo arrastró consigo hasta el fondo de la bahía.

—¡Orson! —gritó McPhee, impotente, mientras todos sus compañeros se precipitaban hacia allí.

Atwood no se lo pensó dos veces y se sumergió tras él.

En lo alto del fuerte, Ellen se lanzó hacia el borde de la plataforma y observó la escena con horror. Adelaide la empujó a un lado.

—¡Asegurad los otros cañones! ¡Bajadlos hasta que toquéis tierra! —ordenó la mujer mientras se encaramaba al muro. Luego se dirigió a los remeros a los que se les habían soltado los cañones —. ¡Darby, Keast, traed el bote hacia aquí ahora mismo!

Ellos obedecieron enseguida, remando hasta que la madera tocó la roca, y se apartaron para que Adelaide, Caleb y Ellen pudieran subir a bordo. Descendieron tan rápido hacia la playa que casi se convirtió en una caída libre. Los dos remeros consiguieron frenar a pocos pies de tocar tierra, haciendo fuerza con los remos para contrarrestar la corriente de aire. Ellen no esperó a que se hubieran detenido del todo y saltó a la arena, con Caleb pisándole los talones.

Al borde del agua, los marineros se congregaron en un corrillo, conteniendo la respiración.

—¡Abrid paso! —Fellowes apartó a sus hombres hasta quedar en primera fila.

Del agua emergió por fin la cabeza de Atwood para coger una bocanada de aire. Tosió varias veces antes de nadar hacia la orilla, donde sus compañeros le ayudaron a salir tirando de su ropa empapada. Entre los brazos agarraba un cuerpo.

—Lloyd, vaya a ver cómo está el señor Orson —dijo el capitán mientras se acercaba.

El cirujano no necesitó oír la orden para obedecerla. Se había acercado corriendo hasta donde estaba el guardiamarina y, tras comprobar rápidamente que sólo necesitaba recuperar el resuello, se inclinó junto al rescatado. Pero no había nada que pudiera hacer por el ayudante del carpintero:

Orson tenía la mitad del cráneo hundida por el impacto del cañón.

—Está muerto, señor.

Ellen llegó a tiempo para ver cómo cubrían el cadáver con su propia chaqueta. La muchacha respiró hondo, aliviada. Quizás aquella fuera la prueba de que Nanette tenía razón y era una persona horrible, pero no podía evitar sentir que su corazón latía más ligero al saber que había sido aquel hombre y no otro al que le había dejado de sonreír la suerte. Intentó captar la mirada de su padre para ver cómo se encontraba, rozando de soslayo el rostro compungido de Thomas, pero el capitán ya había adoptado su rictus de seriedad y disciplina en el que se refugiaba cada vez que ocurría una desgracia.

—Señor McPhee —llamó al contraamaestre con un tono tan grave que les hizo estremecer a todos—. ¿Se puede saber qué demonios ha pasado?

—Parece que el nudo se ha soltado, señor. No estaba bien apretado —respondió el hombre, compungido, que ya se había encargado de examinar el lugar del accidente—. Lo siento, capitán.

Fellowes cogió aire antes de hablar, controlándose. Si había algo que no soportaba bajo su mando, era la incompetencia.

—¿Quién era el jefe de la cuadrilla que se encargaba de ese cañón? —dijo, volviéndose hacia el resto.

Se hizo el silencio.

—Señores, el capitán ha hecho una pregunta —dijo Thomas con el gesto serio.

Al ver que nadie daba la cara, el contraamaestre tuvo que responder:

—El señor Lawrence, capitán.

Todas las cabezas se volvieron hacia una esquina, donde Lawrence se había ocultado. El hombre, al verse descubierto, sacó pecho y alzó el mentón con altanería, como si fuese un desafío.

—Señor Lawrence, ¿comprobó usted ese nudo? —le preguntó Fellowes.

—Sí, señor.

—¿Cuántas veces?

—Dos, señor. Como ordenó el señor McPhee.

—¿Quién hizo el nudo, señor Lawrence?

Sopesó la pregunta un instante, haciendo memoria.

—Fue Smitty.

El capitán se volvió hacia el interpelado, que dio un respingo y se encogió sobre sí mismo.

—Señor Smith, el señor Lawrence dice que usted hizo el nudo que se soltó; ¿es eso cierto?

El hombre tragó saliva.

—Sí, señor —respondió con un hilo de voz en su cadencia dublinesa.

—¿Estaba ese nudo bien hecho?

Se encogió aún más.

—Yo creía que sí, señor.

—¿Le indicó a su jefe de cuadrilla que el nudo estaba listo para que lo comprobara?

—Sí, señor.

—¿Y lo comprobó el señor Lawrence?

Smith no sabía dónde meterse. Estrujaba su sombrero de paja entre las manos con nerviosismo.

—Conteste a la pregunta —ordenó Thomas.

—No lo sé, señor.

—¿Cómo que no lo sabe? —Fellowes hervía de rabia—. Haga el favor de esforzarse, señor Smith. Este accidente ha causado la muerte de un compañero de tripulación.

El marinero bajó la vista hacia sus botas.

—No le vi hacerlo señor.

—¡Eso es mentira! —estalló Lawrence.

—Señor Lawrence, compórtese —le ordenó el capitán, apretando los dientes—. Si tiene algo que decir en su defensa, hágalo cuando le toque.

—¡El muy cobarde está mintiendo!

—Lawrence, ya ha oído al capitán —dijo Thomas.

—Ese inútil me quiere cargar a mí con las culpas.

—¿Comprobó o no comprobó usted el nudo, señor Lawrence? —insistió el capitán con un tono cada vez más peligroso.

—Fue quien la pifió al hacerlo, no yo.

—Eso no ha sido lo que le ha preguntado el capitán —le interrumpió Thomas.

—Sólo quiere echar las culpas a otros, como siempre. Maldito cobarde irlandés. —Lawrence escupió al suelo—. Sólo queréis echarnos mierda encima a los ingleses honrados mientras nos apuñaláis por la espalda.

Thomas dio un paso hacia él, con cada músculo de su cuerpo en tensión.

—Señor Lawrence, ¿comprobó el nudo, sí o no?

Pero el marinero ya se había puesto a la defensiva, rojo de rabia, y no atendía a razones. Uno de sus compañeros trató de ponerle una mano en el hombro y pararle antes de que fuera demasiado tarde, pero él se sacudió.

—Así que usted le defiende también, ¿verdad, señor Byrne? ¿O debería decir O'Byrne? No me sorprende. ¿Cree que no sabemos todos que se cambió el apellido para que no nos diéramos cuenta de que apestaba a traidor separatista, como su padre? Tuvo suerte de que sólo le ejecutaran a él. Y ahora defiende a los inútiles y a los cobardes de este barco sólo porque vienen del mismo agujero de mierda que usted.

—¡BASTA!

La voz de Fellowes se elevó por encima de los gritos como el rugido de un león y los acalló a todos. Thomas estaba tan rabioso que podría haber empezado a echar espuma por la boca, pero se obligó a cuadrarse cuando el capitán pasó a su lado.

—Sargento Fitzroy, póngale unos grilletes ahora mismo al señor Lawrence. —Fellowes había bajado el tono hasta volver casi un ronroneo, todavía más intimidante que sus gritos—. Puede que

por ahora no tengamos cabestrante en el que ejecutar los castigos como Dios manda, pero esta sigue siendo una tripulación de la Armada de su Majestad y como tal se va a comportar. Esta misma tarde se leerán las ordenanzas militares y usted, señor Lawrence, recibirá dos docenas de latigazos por insolencia con un superior. Y dé gracias porque le haya cortado antes de que se le ocurriera hacer una majadería mayor.

Lawrence se resistió cuando los marines lo agarraron de ambos brazos, pero, tras ver como el cañón de uno de sus mosquetes se le acercaba peligrosamente a la cabeza, acabó por claudicar y permitió que se lo llevaran de allí respondiendo solamente con un gruñido.

—Adelaide, ¿hay algún sitio donde podamos encerrar a ese hombre? —preguntó el capitán, volviéndose hacia ella.

La mujer, que se había quedado apartada hasta entonces, dio un paso adelante.

—Puede utilizar una de las bodegas que usamos para esconder a los niños en caso de ataque. Sólo tiene una puerta para salir y entrar que se abre por fuera, aparte del hueco de ventilación, que está cerrado con una reja. Está oxidada, pero sigue siendo resistente.

Fellowes asintió.

—Bien. Así lo haremos, gracias —dijo antes de volver a poner a trabajar a su tripulación.

Estaba claro que aquel día no conseguirían poner a salvo por completo los cañones, pero debían asegurarlos para que el mar no se los llevara antes de que pudieran intentarlo otra vez.

Adelaide hizo un gesto a los suyos para que la acompañaran de regreso al fuerte. Tenían que cerciorarse de que el resto de los botes habían cumplido su parte sin más desgracias. Pero no todos estaban tan conformes.

—¿Y ya está? —dijo entonces Darby, uno de los remeros, mientras se alejaban por la playa—. ¿Ese inútil casi nos mata y se va así de rositas?

—Ya le van a azotar por insolencia, no creo que podamos pedir más —replicó Caleb.

—Digo al irlandés.

—Era responsabilidad de Lawrence como jefe de cuadrilla asegurarse de que todos los nudos estuvieran bien firmes. Trabajando en cadena, a varios niveles, es como se evitan accidentes —dijo Ellen, esforzándose por mantener un tono neutro.

Nunca le había gustado Darby. Era uno de los hombres que la habían acompañado en su viaje, al servicio de la familia del almirante y al cuidado de los caballos que la señorita Levertone había querido llevar de vuelta a Inglaterra; aunque estaba claro que nunca le habían gustado esos animales. Ni los caballos ni ella misma. Por la forma en que la miraba, siempre arrogante, Ellen estaba segura de que nunca la había considerado digna de unirse a esa familia, aunque no lo dijera en voz alta.

Pero aquel día tampoco estaba prestando demasiada atención a sus palabras. Mientras caminaba, sus ojos estaban puestos en las figuras uniformadas que le daban la espalda en la playa. Por un segundo, le pareció que Thomas hacía amago de volver la cabeza también, y apartó la vista enseguida para evitar que sus miradas se cruzasen.

—Pero fue el hijo de perra irlandés el que la fastidió.

—Eso es cosa del capitán Fellowes, Darby. No nuestra —le advirtió Adelaide.

—El almirante Levertone nunca hubiera permitido que uno de sus oficiales defendiera así a alguien que ha causado la muerte de otro marinero. Ni el capitán Levertone tampoco, seguro —continuó el hombre—. Aunque, claro, tampoco creo que consintieran tener a un irlandés como primer teniente.

Ahí fue donde Ellen trazó la línea y se paró en seco.

—Darby, se está extralimitando.

—Sólo digo la verdad.

—Está a un paso de insultar a mi padre y ofender el honor de un oficial de la Marina Aérea.

—¿Qué honor va a tener un sucio irlandés? Son todos unos traidores a la Corona. Seguro que ese O'Byrne o Byrne, o como se llame, se mea en la bandera cada vez que puede y...

La muchacha debería haberse contenido, lo sabía, y quizás en otro momento lo hubiera logrado. Pero esa mañana tenía las emociones a flor de piel y la rabia tenía que desbordar por alguna parte. Casi sin pensar, agarró la pistola que tenía prendida a la cintura y le asestó un golpe en plena cara con la culata. Un material inalterado habría causado una mera contusión; un ojo morado como mucho. Pero aquella arma había sido un regalo de su padrino, salido directamente de las manos de un maestro maleador, que había tejido una madera intrincada para hacerla más ligera, a la vez que más resistente. La muchacha no tardó en sentir cómo el hueso crujía bajo su arma antes de que el hombre cayera al suelo con un alarido de dolor.

—¡Ellen! —gritó Adelaide.

Caleb y Keast también la miraron como si se hubiera vuelto loca. Pero lo que más le dolió fue la voz que oyó a sus espaldas:

—Ellen, ¿se puede saber qué has hecho?

La chica se giró para ver cómo se acercaba su padre, seguido del mayor Hansford, que había bajado a la playa alertado por sus marines del accidente. El capitán tenía una expresión de profundo desconcierto.

—Darby le ha insultado a usted y al señor Byrne, padre.

Fellowes fue a contestar, pero se mordió la lengua.

—Perdoné una primera salida de tono, pero no puedo mantener la disciplina entre una tripulación si mi propia hija actúa como una salvaje. Hablaremos más tarde de esto —le dijo, bajando el tono, antes de volverse hacia Adelaide—. Siento el comportamiento de mi hija, señora.

—A mí no tiene que darme explicaciones, capitán Fellowes —respondió la mujer—. Pero voy a liberar a Ellen por hoy de sus funciones. Es obvio que todos necesitamos enfriar la cabeza un poco.

—Pero...

—No estoy diciendo que Darby no se lo mereciera, Ellen, pero así de alterada no eres útil. Vuelve cuando te hayas calmado.

Y, sin admitir ninguna réplica más, se alejó.

Caleb le dirigió una disculpa muda a la muchacha mientras ayudaba a incorporarse a Darby — que la miró con el odio más profundo que hubiera visto nunca— y se lo llevaba de allí con la ayuda de Keast.

—Os dejo solos —dijo Hansford, haciendo un amago de seguirles.

—No —dijo Ellen. Había alzado la vista, desafiante. El resquemor del orgullo herido seguía más vivo de lo que pensaba y no había hecho más que crecer—, quédate.

El capitán la miró muy serio.

—¿De verdad quieres testigos?

—Quiero que alguien más presencie cómo se avergüenza de su hija por haber defendido su honor.

—¿Has golpeado a un hombre!

—Usted acaba de condenar a uno a veinticuatro latigazos por lo mismo.

—No es lo mismo —respondió él—. Yo aplico los códigos de la Armada.

—¿Por qué? ¿Porque los va a dar el señor McPhee en vez de usted?

La rabia le había soltado la lengua y ya no podía pararla.

—Sabes que así son las cosas, no está en mi mano cambiarlas ni pienso hacerlo.

—Y yo no permito que en mi presencia se insulte a las personas que me importan.

—¿De manera que es así como pretendes solucionar todos los problemas? ¿A garrotazo limpio?

—No le vi con los mismos remilgos cuando *lord* Hansford se retó a duelo con sir Percy hace dos años y usted se ofreció de padrino.

Fellowes se quedó un momento en blanco. No sabía cómo se había enterado su hija de eso. Los duelos eran ilegales en suelo inglés, así que lo habían guardado en secreto.

—Agradecería que no me metieras en esto, querida —intervino el mayor.

—¿A ti también te avergüenzo, tío Artie?

Hansford no contestó, echando una mirada de reojo a su amigo. Ellen sabía que no quería darles la razón a ninguno de los dos. Pero, de nuevo, ella sabía que la tenía. «Hay parte de la vida de los hombres en la que las mujeres no somos bienvenidas», le había dicho al teniente Byrne la noche anterior. Pero ya no sentía ni la más mínima resignación; en ese instante, estaba furiosa. Desatada. ¿Qué iba a hacer su padre si le levantaba la voz? ¿Odiarla? No cuando la sombra de la culpa seguía presente cada vez que la miraba, incluso ahora. A veces, sentir cómo la maldición la ahogaba podía resultar liberador.

—Eso era diferente, Ellen —respondió al fin el capitán.

—¿Por qué?

—Porque *lord* Hansford es un adulto responsable de sus actos.

—Le recuerdo que, a mi edad, mi madre ya se había casado con usted.

—Sigue siendo diferente.

—¿Por qué? —insistió ella, cada vez apretando más los dientes de rabia.

—Porque él es un caballero

—Ah. —«Por lo menos lo reconoce»—. Y yo, una dama que no debería salirse de sus lecciones de piano y de costura, ¿verdad? Una que debería haberse quedado quietecita en casa.

Fellowes apretó los labios.

—Sólo digo que no es propio.

—Tampoco es propio que nadie esté varado en una isla desierta, luchando por sobrevivir, pero aquí nos ve —replicó ella—. Yo ya lo estaba mucho antes de que usted y el resto de la tripulación de la *Lionheart* llegara, por si no lo había notado, y me iba muy bien.

—Ellie, escúchame...

—No —le interrumpió ella—. Ya he escuchado bastante. La próxima vez que naufrague, padre, asegúrese de tener al pequeño Samuel cerca, en vez de a mí. Seguro que a sus cuatro años le está permitido hacer más cosas que a su hermana mayor.

No iba a darle el gusto de permitir que su padre la viera llorar de rabia en su presencia para que pudiera sentir aún más pena por ella, así que se marchó de allí a grandes zancadas. Prefería la rabia. Eso, al menos, era algo que respetaba.



Los ánimos entre la tripulación no habían sido los mejores desde el naufragio, incluso con la distensión que supuso la fiesta del día anterior. A Thomas no le hubiera extrañado enterarse de que a Lawrence todavía le duraba la borrachera de por la noche, o que él y su cuadrilla hubieran conseguido hacerse con algún alijo de grog para poder beber a escondidas, y por eso no se había cortado en su insolencia. Pero no importaba. El castigo seguía siendo el mismo, y mejor no añadir otra docena de latigazos, que era lo que pasaría si en el cuaderno de bitácora sumaba «embriaguez» a los cargos que se le imputaban junto al nombre del marinero.

Lo que era más difícil de sacar de su mente era el odio visceral que había visto en sus ojos al pronunciar aquella palabra: «irlandés». Y tampoco podía olvidar cómo había estado a punto de perder el control ante la mención de su padre. El teniente había sentido cómo le temblaba cada músculo del cuerpo, suplicándole que dejara caer las cadenas y permitiera a su instinto más bajo aflorar para arrancarle la cabeza a ese miserable que le había llamado traidor a la cara. Pero había mantenido la compostura, como debía hacerlo todo oficial. El recuerdo de su padre, en cambio, había sido más difícil de volver a enterrar.

Mientras los casacas rojas se llevaron custodiado a Lawrence y el resto de la tripulación se dispersaba a las órdenes de Fellowes, el teniente se quedó atrás para trasladar el cadáver de Orson junto con el resto de sus compañeros de cuadrilla. También tendría que informar a Helsby. El pobre maestro carpintero se iba a llevar un buen disgusto al saber que su ayudante había muerto, y sólo unos días después de haber perdido la pierna. No era una buena época para nadie. Aquella tarde tendrían que tener bien vigilada a la tripulación mientras azotaban a Lawrence.

La infantería normalmente formaba junto al tercer cañón de popa cuando se ejecutaban los castigos, pero quizá deberían aprovechar que ya no tenían un barco para pedir al mayor Hansford que los colocara lo más cerca posible de la cuadrilla del reo. No se fiaba de que se comportaran como personas cabales y no hicieran ninguna tontería. Ya iba a ser todo muy poco ortodoxo sin un condestable que empuñara el látigo. El pobre hombre se había hundido en el mar cuando el rayo partió el barco, pero el resto debía guardar la poca disciplina que aún conservaban como fuera. La falta de ella era un caldo de cultivo perfecto para los motines, y no había nada más peligroso entre las filas de la Armada. Los hombres de la *Lionheart* harían cualquier cosa por Fellowes,

pero ya había podido comprobar que la cabeza y el corazón de los marineros en tierra no funcionaban igual que en el aire. Sólo esperaba que entre la tripulación quedara alguna cabeza tan bien amueblada como para darse cuenta de que permanecer al lado del capitán era la única oportunidad real que tenían de volver con vida a casa.

Remontaron el último tramo de la colina hasta las murallas del asentamiento entre jadeos, sudando por la humedad y el esfuerzo. Llevaban al cadáver en una camilla que habían improvisado con dos palos y dos camisas, y tapado con el abrigo, pero aun así no querían pasearlo por las calles principales. Uno de los vigías que había en la entrada se ofreció para guiarlos por uno de los callejones traseros para que accedieran a la enfermería sin llamar la atención, lejos de miradas curiosas.

Nanette los recibió con modales fríos, casi sin mirarlos, pero les indicó dónde podían dejar el cuerpo hasta que lo incineraran, como los demás. Thomas quiso darle las gracias, pero la muchacha ya había desaparecido sin despedirse. El teniente decidió no tomárselo a mal, seguramente estaría muy ocupada con algún paciente. Al menos podría hacerle una vista corta a Phillip antes de presentarse ante el capitán.

Despachó a los marineros para que volvieran a sus quehaceres y se encaminó hacia el ala principal de la enfermería. Sin embargo, antes de que pudiera atravesar la puerta, una figura lo empujó de nuevo hacia dentro.

—¡Phillip! —exclamó, sonriente—. Te has levantado.

Phillip estaba de pie frente a él, sujetando su peso en una muleta y encorvado por la debilidad que todavía era dueña de sus músculos. Pero en su rostro no había ni una pizca de la emoción con la que lo observaba su amigo. Sólo había ira.

—Te habrás quedado a gusto, ¿verdad, Tom? —le espetó—. ¿Tanto te molesta estar hundido que nos tienes que arrastrar a los demás contigo?

Thomas parpadeó, confuso.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Por qué te tuviste que meter donde nadie te llamaba, eh? ¿No podías soportar que yo fuera feliz o qué?

—Phillip, de verdad que no sé de qué estás hablando.

—¡Le contaste a la señorita Fellowes lo de mi compromiso con Rebecca!

El teniente estuvo a punto de negarlo, pero una voz en el fondo de su mente le dijo a tiempo que tenía razón. Tardó un segundo en evocar aquel recuerdo, empapado en la bruma del alcohol, pero al fin consiguió recuperarlo. Justo antes de que Ellen se marchara apresuradamente de la fiesta. Por eso se había marchado, en realidad. Y debía de haber ido directa a contárselo a Nanette.

—No quería..., no era mi intención... —balbuceó.

—Al menos no me mientas a la cara, cabrón. —Phillip estaba rojo de rabia y su mano temblaba al sujetar la muleta con tanta fuerza para contenerse—. Sabías perfectamente lo que hacías. No podías soportar que otro tuviera lo que tú no puedes alcanzar. ¿O qué? ¿Es que tengo que pensar

que la traición va en la sangre o sólo que se te intercambió el cerebro por los pantalones?

Esta vez fue Thomas el que se tensó.

—Phillip, no te lo voy a tener en cuenta. Pero ten cuidado con lo que dices.

—¿Qué vas a hacer ahora que ya has traicionado a un amigo? Aunque ahora que ya he visto que no tienes honor ni palabra, me espero cualquier cosa.

—Phillip...

—¡Cállate!

Phillip ya no pensaba. Avanzó la zancada que los separaba de un salto, apoyándose en la muleta, y alzó el brazo que tenía libre para asestarle un puñetazo.

—¡Señor Cox!

La voz del mayor Hansford los sobresaltó a ambos. Estaba plantado en el hueco de la puerta, con el ceño fruncido. Al verlo, el guardiamarina bajó el puño a tiempo, antes de golpear a Thomas.

—Todo está bien, mayor —se apresuró a aclarar el teniente.

—Eso espero, señor Byrne —replicó él—. Porque me ha parecido ver al señor Cox con la mano levantada hacia un oficial superior, lo que supondría un consejo de guerra y el nudo de la horca en su cuello; y bastante tenemos ya con un insubordinado en esta tripulación por hoy. Pero sin duda debo de estar equivocado, y el señor Cox sólo estaba intentando apoyarse en usted para no perder el equilibrio, pues todavía está muy débil por las fiebres que le aquejaron hace unos días a causa de su herida. ¿No es así, caballeros?

Thomas asintió con vehemencia y Phillip le imitó un segundo después.

—Sí, señor.

—Bien, eso me parecía. El calor ha debido de nublar me el juicio por un momento. —Hansford todavía los observaba con gesto grave, pero dio un paso atrás para apartarse de la puerta—. Ahora, señor Cox, será mejor que lo acompañe a su catre para que descanse. Tiene aspecto de necesitarlo.

Phillip intentó protestar, pero el mayor no aceptó ninguna réplica. Giró sobre su muleta para darle la espalda a Thomas, aunque, antes de irse, se volvió hacia él.

—Por si te interesa, Tom —dijo, con los dientes apretados—, la señorita Nicholls rompió nuestro compromiso hace semanas, en la última carta que me mandó.

Al teniente se le atragantaron las palabras.

—¿Cómo? ¿Y no me lo habías dicho?

Phillip desvió la mirada.

—No tengo por qué compartir mi correspondencia contigo, que yo sepa.

—Claro que no, pero... no sabía...

—Pues ya lo sabes.

Thomas no pudo añadir nada más. Phillip ya se había dado la vuelta y había desaparecido, seguido de Hansford. El teniente notó que la sangre le abandonaba el cuerpo y la culpa se le

agarraba al estómago. Su amigo —esperaba que siguiera siéndolo cuando le perdonara, al menos — tenía razón. Se había inmiscuido y había metido la pata hasta el fondo en el proceso.



La rabia no la dejaba dormir. Sentía que seguía ardiendo por dentro, como las ascuas burbujeantes en el estómago de un dragón dormido. Ellen no paraba de dar vueltas en su catre, intentando encontrar una postura que no llegaba, aunque en realidad lo que seguía girando sin frenos eran los engranajes de su cabeza.

¿Por qué su padre no lo entendía? ¿Por qué seguía tratándola como si fuera una niña pequeña? ¿Y por qué su conciencia, incluso cuando sabía que tenía razón, la seguía castigando con latigazos de vergüenza por haberle contestado de malas maneras?

No era ninguna cría. Hacía meses que había entrado de golpe en la edad adulta, con el estruendo de un barco estrellándose desde el cielo en las rocas; si es que no había llegado antes, cuando su vida empezó a estar maldita.

Ya no jugaba con muñecas, e ir a comprar lazos de colores para el pelo con su madre ya no era el momento más emocionante del día. Ahora sus preocupaciones eran cuidar de que las personas a su cargo tuvieran comida en el plato y un techo bajo el que resguardarse. Que no les devorase la enfermedad ni las balas de quien quisiera hacerles daño. ¿No era lo mismo que hacía el capitán Fellowes a bordo de su barco? ¿Cuidar de los suyos? Entonces, ¿por qué no la entendía? ¿Por qué desaprobaba todo lo que hacía? ¿Y por qué ella se seguía sintiendo culpable cada vez que respondía con una voz y no con una reverencia?

Estaba furiosa con su padre, pero también con el mundo; porque no sabía de dónde venía esa culpa. Se le daba bien dar órdenes y hacer que otros las obedecieran. Veía soluciones donde otros veían problemas. Por primera vez en su vida, caminaba con la cabeza alta, pisando fuerte, sintiéndose segura más allá de las paredes de su casa.

«¿Qué había de malo en eso?», se preguntaba una y otra vez.

Y, sin embargo, allí estaba. La sombra que emponzoñaba cada logro que alcanzaba, mucho más oscura que la maldición. El recuerdo de que nada de eso le pertenecía, que aquella isla era un oasis del mundo salvaje que la esperaba fuera y al que, tarde o temprano, iba a regresar.

Ellen se quedó bocarriba, mirando fijamente la marca de humedad que se extendía por los tablones del techo. Por primera vez, creyó entender las dudas de Adelaide cuando hablaban de marcharse. En cuanto dieran un paso fuera de allí, se volverían invisibles de nuevo. Tendrían que

rehacer todo el camino, e incluso más, para ganarse de nuevo una fracción del respeto del que allí gozaban.

Lo sabía desde el principio y, sin embargo, se había dejado llevar por la fantasía de que podía vivir en un mundo que le estaba vedado sin que hubiera consecuencias. El mundo que los hombres con poder habían construido sólo para ellos. ¿Cómo había podido cegarse tanto? Quizá no se había librado de la inocencia infantil, a fin de cuentas. La llegada de su padre no lo había estropeado todo. Simplemente, había explotado la burbuja en la que ella misma se había encerrado. Una en la que el presente era tan importante que no merecía pensar en el futuro.

La única razón por la que se había podido permitir aquellos meses de libertad era porque el mando de Adelaide había abierto camino para ella. Cuando su barco llegó, la mujer ya se había hecho con las riendas del asentamiento, y en la conciencia de sus habitantes ya había calado la noción de que, si querían sobrevivir, tenían que dejar que los más capaces asumieran en mando. Aunque fuesen mujeres. Aunque su piel fuera distinta. ¿Cuántas batallas habría librado hasta conseguirlo? ¿Cuántos muros habría tenido que derribar hasta que le reconocieran lo que, de otra forma, habría sido obvio? Muchos más que ella, eso seguro. Y los que faltaban.

Una sensación de vértigo la ahogó de repente. Incluso tumbada sobre el colchón, la habitación comenzó a dar vueltas. Se imaginó a sí misma teniendo que luchar con uñas y dientes toda la vida —corta o larga— por reclamar su sitio, por arañarlo siquiera, y sintió pavor. No quería eso. Pero ¿acaso tenía otra opción?

El malestar volvió a aposentarse en su estómago. Necesitaba despejarse y pensar en otra cosa. Salir a tomar el aire. Se incorporó de golpe, con un salto más brusco de lo que pretendía. Miró a su lado, temiendo haber despertado a Nanette, pero encontró su jergón vacío. Suspiró mientras se vestía. Otro problema que resolver. Mañana hablaría con ella.

Se cambió el camisón por el traje de montar, enganchando el cinturón con el machete por costumbre. Alargó el brazo instintivamente hacia el par de guantes de cuero que descansaban sobre el arcón, pero dudó en el último momento. Estaba harta de que le sudaran las palmas durante todo el día, y no pensaba hacer ningún trabajo pesado esa noche. Decidió dejarlos atrás y salir por fin del edificio.

El aire de la noche era húmedo y la temperatura era casi la misma que durante el día, pero, aun así, consiguió hacerla sentir mejor. Tener las estrellas sobre su cabeza era mejor que cuatro paredes cercándola.

Por las calles podía ver que todavía no habían terminado de desaparecer todos los estragos de la fiesta, incluso un día después. Botellas vacías, mesas volcadas y las alimañas nocturnas corriendo entre sus callejones con el botín de desperdicios de comida que habían sido capaces de amasar entre sus pequeñas fauces. Al final, con todo el alboroto de los cañones y el espectáculo que se había montado alrededor del castigo de Lawrence en la plaza del fuerte, se habían dejado de lado otras cosas. Para muchos de los habitantes de la isla, era la primera vez que veían formar solemnemente a una tripulación, y más para azotar a alguien. Ellen había asistido, aunque se había

quedado apartada a un lado. Sabía que muchos la miraban mientras el reo ahogaba un gruñido de dolor por cada latigazo, esperando a ver cómo reaccionaba. Se había asegurado de que su rostro permaneciera tan inmóvil como una máscara de piedra para que nadie pudiera entrar a bucear en sus verdaderos pensamientos.

Desde algún punto le llegaron voces, demasiado estridentes como para estar sobrias, y Ellen caminó en la dirección opuesta. En aquel momento no le apetecía coincidir con nadie.

Sin pretenderlo, se vio caminando por el cementerio; aunque procuró atravesarlo lo más rápido que pudo, deambulando sólo entre las tumbas de los antiguos colonos, cubiertas de arbustos después de décadas de abandono. Pero, incluso cuando le daba la espalda deliberadamente, una de las cruces nuevas parecía observarla desde la distancia. No necesitaba verla para saber que tenía los ojos de aquel fantasma clavados en su nuca. Ella misma había grabado las letras en la madera: «Lydia Levertone † 1742-1805».

Un roce helador le acarició la columna de arriba abajo, como los dedos nudosos de una anciana, provocándole un escalofrío en mitad de la calurosa noche. No necesitaba que la muerte le recordara su presencia para saber que siempre sería su compañera, tan perenne como su sombra. Siempre unidas. Inseparables.

Se alejó de allí casi a la carrera.

Sus pasos la llevaron hasta los almacenes donde guardaban los víveres y la pólvora, los dos mayores tesoros del asentamiento. La muchacha saludó desde la distancia a los que hacían guardia a la puerta. Se alegraba de ver que por lo menos alguien más que ella se tomaba en serio sus responsabilidades y que ni siquiera en un día como ese se perdiera el calendario de turnos que había establecido entre los vecinos.

El reflejo de la luna la acompañó mientras se adentraba en los callejones más oscuros y tranquilos, cada vez más alejada del núcleo del asentamiento y más cerca de la selva. Tirada en la cama, la soledad la había angustiado, pero allí fuera la encontraba reconfortante. Tan al límite de la seguridad, tan cerca de lo salvaje. Ese era su terreno. El limbo entre dos mundos. El problema era elegir en cuál quería quedarse cuando no quería renunciar a ninguno. Tomase la decisión que tomase, tendría que sacrificar un pedazo demasiado grande de ella misma.

Estaba tan absorta en sus propias reflexiones que, al doblar una esquina, se chocó de frente con una cabeza.

—¡Tío Artie! —exclamó mientras se llevaba la mano a la frente, dolorida, donde empezaba a notar que se estaba formando un bulto—. Qué susto me has dado. ¿Por qué no avisas por dónde vas?

—No tengo la costumbre de hacer un pregón cada vez que voy a la letrina —respondió él, haciendo también un gesto de dolor—. ¿Qué haces tú despierta?

—No podía dormir.

—Ah, ¿tú también sigues enfurruñada, como tu padre?

Frunció los labios. Seguía sin querer hablar de él.

—Yo tengo razones.

—Todo el mundo las tiene.

—También sigo un poco enfada contigo.

El mayor suspiró.

—Entonces haré la penitencia que me pidas hasta que me perdones, querida. Pero comprende que en la playa no estaba con mi amigo Samuel, al que le puedo soltar las cuatro cosas que me plazca, sino frente al capitán Fellowes. —Hansford le pasó la mano por dentro del codo y la agarró del brazo—. Y, como al parecer yo tengo alma de cura papista y me he convertido en el confesor de la familia Fellowes, podemos empezar por ahí.

—No bromees con eso.

—¿No quieres confesar tus pecados, querida mía?

—Prefiero caminar en silencio.

—Veo que tú vas para monja.

Ellen llevó los ojos al cielo, exasperada. Sabía que sólo agitaba el cebo en sus narices para que lo mordiera como un pez, pero funcionaba.

—No hay forma de hablar contigo.

Hansford cambió su tono:

—¿Quieres que me vaya?

Era un ofrecimiento serio. La muchacha lo meditó un instante. Su plan había sido meditar en soledad, pero ahora que tenía compañía se dio cuenta de que en el fondo necesitaba saber que alguien estaba de su lado. No podía engañarse, ya había empezado a perdonarle.

—No, pero sí que me gustaría estar en silencio.

—Los deseos de mi querida ahijada son órdenes para mí.

El mayor hizo honor a su palabra y no abrió la boca en todo el camino. Anduvieron sin prisa hasta el límite de las casas y luego por la linde de la selva, Hansford con los brazos cruzados tras la espalda —aunque con la pistola preparada en el cinturón— y ella con la mano apoyada en la empuñadura del machete. Desde la espesura llegaban los sonidos de sus habitantes nocturnos. Ellen recordaba lo mucho que la asustaron la primera noche que pasó allí, sollozando debajo de la manta que Nanette le había prestado. Ahora dormía a pierna suelta. Parecía que hubiera pasado una vida desde entonces.

El susurro de la maleza al moverse les sobresaltó e hizo que se pusieran en guardia. Ellen le indicó con un gesto que se colocara tras ella y, para su sorpresa, el mayor obedeció. En la cabeza de la muchacha oía susurrar las historias sobre los fantasmas de la selva como un aliento frío, pero las desechó con brusquedad. Avanzó unos pasos cautelosos, agachada y con el arma preparada; con Hansford guardándole las espaldas. Se fue asomando poco a poco al recodo que dejaba el tronco gigantesco de una palmera que se había derrumbado hacía tiempo, esperando encontrar alguno de aquellos animales entre perro y roedor que solían rondar el asentamiento en busca de comida. Pero, en su lugar, se encontró con dos sombras humanas, pegadas la una a la

otra. Le costó un segundo comprender que se estaban besando.

—No deberíamos estar aquí —susurró Hansford, agarrándola por el brazo para que se dieran la vuelta.

—¡Están locos! —musitó ella, retrocediendo a regañadientes. Su mirada se desvió hacia las casas, desde donde todavía les llegaban de vez en cuando algunas voces—. Van a descubrirlos.

Pero el mayor insistió:

—Hablares en otra parte, Ellen. Vamos.

Se alejaron con cuidado de no hacer ruido, pero ella no podía dejar de mirar atrás, donde habían dejado las sombras de Caleb y Atwood.

—Ahí fuera hay marineros nada contentos porque uno de los suyos haya muerto y al otro le hayan azotado. Y borrachos, probablemente. Con más ganas de problemas —le recordó cuando por fin doblaron la esquina de un edificio.

—La cuadrilla de Lawrence, lo sé. Llevan todo el día alborotados, y hasta McPhee ha tenido que amenazarlos con ponerles los grilletes también.

—¿Y qué crees que pasará si descubren a esos dos?

—Esos pobres muchachos no estaban haciendo nada que contradiga las ordenanzas militares, que yo haya visto.

—Pues no creo que los otros lo vean así.

Hansford suspiró y entrelazó el brazo con el suyo para arrastrarla de nuevo.

—Por eso nos vamos a quedar aquí, vigilando —replicó tras plantarse en un recodo del camino, lo suficientemente recogidos como para que no los vieran, pero desde el que podían observar ambos lados—. Y, si hace falta, me pondré mi careta de mayor de infantería de marina y le pegaré cuatro voces a cualquiera que se acerque para que se dé la vuelta por donde ha venido.

Ellen soltó un bufido.

—Esto no arregla el problema.

—No, pero el problema sólo se arregla si el Almirantazgo me pone a mí a escribir otra vez las ordenanzas y, de paso, a pegar un coscorrón a la cabeza dura a la mitad de la Marina. Así que, mientras tanto, me conformaré con esto.

—¿Y Caleb y Atwood?

—Ya son mayorcitos para saber lo que se juegan. ¿O crees que Atwood no sabe que le espera el lazo de la horca si le pillan? Ya te digo yo que lo sabe de sobra. Y a a ese muchacho, Caleb, puede que no le condene un consejo de guerra, pero no es tan iluso como para esperarse un final diferente. —Suspiró—. Pero al final tomamos las decisiones que tomamos intentando ser felices, y ellos parece que lo son. ¿No es mejor ayudarles a serlo que reprimirles por intentarlo?

—¿Y no es mejor seguir vivo?

—¿Y qué es vivir si te encierras en una jaula con grilletes hechos de miedo? Tú mejor que nadie deberías saberlo —contrató su padrino. Luego, tras una pausa, sonrió con picardía—. No te veía yo a ti tan precavida cuando te escabullías con una de mis criadas en la biblioteca hace dos

veranos.

Ellen enrojeció hasta las orejas.

—Eso es distinto —replicó—. Y sólo fue una vez.

—Dejaste con el corazón roto a la pobre Tilly, eso ya lo sé. Se pasó un semana llorando por las esquinas. —Hansford enarcó una ceja—. Se te cruzó por delante cierto capitán muy bien parecido. Aunque te he notado últimamente cierta tendencia por otro uniforme. Se ve que te gustan los galones tanto como a mí.

—Tío Artie, por favor.

Ellen se había puesto tensa de repente.

—Si es por tu padre, no te preocupes. El otro día se lo dejé caer sutilmente, por si acaso tenía que cubrirte las espaldas, y estaba en la inopia, como siempre. No sé cómo, pero se acabó creyendo que le estaba hablando de pedirte que me remendaras la levita.

—¡Tío!

Él hizo el gesto de sellarse la boca con los dedos.

—Ya me callo, ya me callo —prometió—. Supongo que esto lo hablarás mejor con Nanette que con tu viejo padrino achacoso.

La muchacha dejó escapar un bufido.

—Nanette y yo no nos hablamos.

Hansford dio un respingo.

—¿Y eso?

—Nanette está encaprichada con Cox y no atiende a razones. Ayer en la fiesta a Byrne se le escapó sin querer que él está prometido y, cuando fui a decírselo para que supiera que la estaba engañando, se enfadó conmigo. —Apretó los dientes al recordarlo—. Me abofeteó.

—No creo que esa sea toda la historia, querida.

—¿Qué más puede haber?

—Bueno, para empezar, la prometida del señor Cox ya no es tal, porque rompió su compromiso en la última carta que le escribió, hace unas semanas.

—¿Cómo?

—En defensa de Byrne, debo decir que él tampoco lo sabía cuando te lo contó. Ni él ni nadie. El señor Cox lo había guardado en secreto hasta ahora, supongo que por vergüenza, pero nos enteramos en la enfermería esta tarde cuando se encaró con el señor Byrne. Ahora comprendo que fue por hablar contigo.

Ellen se apoyó en la pared.

—Tengo que hablar con Nanette.

—Pues sí, querida —asintió—. Estoy seguro de que tus intenciones eran las mejores, pero te conozco y seguramente tu tono no. ¿Me equivoco? Creo que le debes una disculpa. A ambos.

La muchacha asintió.

—Creo que ella ya lo sabía. Lo del compromiso, quiero decir. Intentó detenerme cuando

comencé a hablar, pero no la escuché.

—O quizá no le importaba lo que tuvieras que decir, porque ya había tomado su decisión —replicó el mayor—. No deberías intentar cargarte con la responsabilidad de todo lo que hace la gente a tu alrededor, Ellie. Es imposible y no es sano. La gente tiene derecho a equivocarse. No te digo que no hicieras bien en hablar con tu amiga, pero no puedes imponer tu visión del mundo y tus valores a los demás. Las decisiones sobre nuestras vidas las tomamos cada uno, y son sólo nuestras. Sean acertadas o garrafales. De eso sé mucho, llevo aguantando las meteduras de pata de tu padre muchos años.

—Y él, las tuyas.

Hansford se echó a reír entre dientes.

—¿Sabes cómo nos hicimos amigos tu padre y yo? No sé si alguna vez te he contado esa historia, Samuel seguro que no.

—Estuvisteis juntos en su primer destino, ¿verdad? En la *Medusa* del capitán Vermont.

—Sí, así es. Pero estuvimos meses en el mismo barco sin cruzar ni una sola palabra, hasta que nos mandaron contra los colonos rebeldes en América. Allí estuvimos semanas, helándonos de frío mientras asediábamos con nuestros cañones un fuerte perdido en algún lugar de la costa cercano a Philadelphia. ¿Qué año podía ser esto? ¿El cincuenta y seis, quizá?

—¿Y os aburríais tanto que no os quedó más remedio que empezar a hablar?

—Al contrario, no recuerdo si alguna vez llegamos siquiera a cenar juntos. Pero el hielo apretaba y yo llevaba tiempo con el ojo echado a otro de los guardiamarinas, Roger Davis. —Ellen alzó una ceja al reconocer el nombre—. Si crees que Brown y Atwood son unos inconscientes, no sé qué hubieras pensado de nosotros, que nos escabullíamos dentro de un barco diminuto con otros doscientos hombres a bordo.

—Me esperaría algo así de imprudente de ti, pero no del comodoro Davis. No me puedo creer que no os pillaran.

—Porque lo hicieron, querida. Tu padre nos descubrió en medio de algo que te aseguro que sí que iba en contra de las ordenanzas militares, el decoro y probablemente la dignidad; pero éramos muy jóvenes por entonces. No teníamos ni idea de cómo funcionaba nada, ni siquiera lo que teníamos entre las piernas.

Ellen se había quedado de piedra.

—¿Y qué hizo mi padre?

—Se quedó un momento parado, tan blanco como la cal, y luego exclamó: «¡Milord, por favor!».

Hansford tenía que aguantarse la risa mientras recordaba aquella anécdota.

—¿Y después?

—Después no le dio tiempo a nada más, porque justo en ese instante los rebeldes decidieron que era una buena ocasión para atacarnos por la retaguardia y nos metimos en medio de una batalla antes de que pudiera terminar de abrocharme los pantalones. —El mayor acarició sin darse

cuenta la empuñadora de su pistola hasta hacerla brillar—. Ese día tu padre me salvó la vida unas cuantas veces, y yo a él otras tantas más. Al final de la batalla, cuando ya había acabado todo y ambos teníamos un aspecto más que lamentable, fui a hablar con él, pero no me dejó ni abrir la boca. Simplemente me tendió la mano con un gesto muy serio, ya sabes cómo frunce el ceño cuando se lo propone, para que se la estrechara. Y así empezó todo. Hace casi treinta años de eso.

Pero Ellen casi no pudo escuchar la última frase. A lo lejos había empezado a oír voces, pero no eran las que habían estado rondando antes. Estas subían más el tono, y eran más numerosas. La muchacha miró al cielo, que empezaba a clarear sobre el manto de estrellas. Pero era demasiado pronto para el amanecer.

—¿No hueles a quemado?

Fue entonces cuando comenzó a sonar la campana.



Los primeros se despertaron con el olor del humo. El resto, con los gritos y las campanadas.

Había pocas cosas más aterradoras que un incendio libre de ataduras. La madera crujía, claudicando ante su avance y retorciéndose sobre sí misma hasta quebrar. Cada brizna de aire levantaba una oleada de pavesas incandescentes, que viajaban rasgando la noche hasta posarse en su siguiente víctima, mientras los testigos sólo podían observar cómo las llamas transportaban la destrucción de un lado a otro como diablillos traviesos.

Ellen y Hansford fueron de los primeros en llegar al edificio en llamas, jadeando por la carrera. El horror paralizó un segundo a la muchacha mientras el fuego se reflejaba en sus pupilas hasta hacerle daño.

—¡Agua! ¡Traed agua!

La orden llegaba desde todos los frentes, pero nadie parecía estar haciendo caso. Cada persona que llegaba se quedaba inmóvil de repente como una estatua, hipnotizada por aquel espectáculo salvaje. Ellen puso dos dedos entre los labios y silbó con todas sus fuerzas. Eso hizo reaccionar a algunos.

—Coged cubos y al depósito. ¡Ya!

Como la cola de un dragón dormido, la muchedumbre se fue desperezando. En pocos minutos, la muchacha organizó dos filas que llevaban y devolvían los cubos llenos de agua desde las reservas hasta aquella gigantesca tea. Ellen no tenía ni idea de cómo había empezado aquel incendio, pero daba gracias de que hubiera sido en uno de los que todavía seguían abandonados y medio derruidos, sin nadie durmiendo en su interior.

Mientras ella coordinaba las cuadrillas de extinción, Hansford había reunido a un grupo de voluntarios para despertar y evacuar a los que se hallaban en los edificios cercanos, por si acaso.

—¡Vamos! ¡Deprisa!

La mayoría obedecía sin saber muy bien qué estaba pasando, como si todavía estuvieran sumidos en un sueño, y se dejaban guiar como ovejas por su perro pastor hasta un lugar seguro.

—¡*Lord* Hansford! —Adelaide apareció abriéndose camino entre la gente, todavía con la ropa de dormir y el cabello despeinado. Su hija le pisaba los talones—. ¿Qué está pasando?

—Un incendio, señora. Parece pequeño, pero estamos sacando a la gente fuera de la zona de

peligro por si se propaga. La verdad es que su ayuda nos vendría muy bien, usted conoce mejor que nadie a todos los que viven aquí.

Pero la mujer no le estaba escuchando.

—¿Qué es lo que se está quemando?

—No sabría decirle. Ellen está ahí, organizando la cadena para apagar el fuego. Ella sabrá cuál es el edificio afectado —respondió, y señaló hacia delante. No había terminado de hablar cuando Adelaide ya había echado a correr hacia allí—. ¡Señora, tenemos que hacer un recuento para ver si están todos a salvo!

—¡Nanette, encárgate tú!

Esquivó a la carrera a todo aquel que se le puso por delante hasta llegar a donde estaba Ellen. La muchacha tenía las mejillas arrojadas por la cercanía de las llamas y entre los mechones rubios se le habían posado fragmentos de ceniza.

—¡Cuidado con el viento! —gritaba a pleno pulmón para hacerse oír—. Está arrastrando el fuego hacia ese lado.

Adelaide la agarró del brazo con brusquedad, sobresaltándola.

—¿Qué edificio es?

—Tranquila, Adelaide, es uno de los que todavía no habíamos tocado —respondió la chica cuando se recuperó del susto. Su voz sonaba rasposa por el humo—. Está vacío.

Pero la mujer no estaba tranquila en absoluto. Su rostro se transformó en una mueca de pánico al reconocer al fin aquel emplazamiento, como si lo hubiera sospechado, pero no quisiera creerlo. Ellen se había distraído, dando de nuevo órdenes a las cuadrillas de extinción para que concentraran el agua en un punto concreto, donde las llamas se habían avivado; por eso no vio cuando echó a correr como loca hacia el edificio.

—¡Adelaide!

Hansford la interceptó a medio camino del fuego. La agarró de la cintura y la obligó a retroceder, a pesar de que la mujer pateaba y se retorcía con todas sus fuerzas en brazos del mayor, que a duras penas podía con ella. Pero aquello le salvó la vida. Apenas unos segundos después, las vigas del edificio crujieron en un estertor moribundo que les puso los pelos de punta y los muros de madera colapsaron.

El derrumbe provocó una oleada de polvo y cenizas tan grande que tuvieron que agacharse, apartando la vista del fuego para no abrasarse los ojos. El viento atrapó las chispas entre sus dedos invisibles y las esparció por el asentamiento como si fueran las semillas incandescentes de un diente de león. Algunas se apagaron nada más posarse, ahogadas por la humedad. Pero otras encontraron un terreno más acogedor y avivaron su llama. Ellen contempló, prisionera de su propio pavor, cómo a lo largo de todo el asentamiento prendían pequeños fuegos en medio de la noche.

—¡Dividíos! ¡Hay que controlarlos todos!

Pero fue imposible. Las columnas, que habían trabajado tan coordinadas hasta entonces, se

transformaron en una sucesión de grupos caóticos que corrían de un lado a otro sin ningún orden. No eran suficientes como para cubrir todos los frentes. Donde conseguían apagar unas llamas, surgían otras a su espalda. La gente chillaba. El humo que cubría sus cabezas era cada vez más negro y espeso, eclipsando ya por completo la silueta blanca de la luna.

Ellen vio cómo Nanette se acercaba tosiendo a Adelaide, que se había quedado en el suelo, de rodillas, donde Hansford la había dejado para ir a ayudar a los demás, e intentaba levantarla. No sabía qué locura le había pasado por la mente, pero tenían que sacarla de allí. La muchacha corrió hacia allí también y agarró a la mujer por el otro brazo.

—Vamos —dijo, mirando a su amiga fijamente.

Nanette se volvió hacia ella, dudando una fracción de segundo, pero al final asintió. Su disputa se había terminado. Volvían a remar juntas.

Un chillido les heló la sangre antes de que hubieran conseguido dar dos pasos. Ellen giró la cabeza bruscamente y vio que la multitud dejaba sus puestos para rodear un edificio en concreto. Varias personas entraban y salían de él cargando con fardos a sus espaldas. Le costó un instante comprender que eran niños. El fuego había llegado hasta el edificio donde los habían realojado unos días atrás, uno de los almacenes junto al fuerte, antes de que consiguieran sacarlos a todos.

—Ve tú —le dijo Nanette, pasando todo el peso de su madre, que seguía sin reaccionar, a sus hombros—. Sácalos de ahí.

Ellen le apretó la mano antes de echar a correr. Se abrió paso a codazos hasta el centro del círculo, donde una docena de niños llorosos se abrazaban a los brazos que los habían rescatado. Distinguió a algunos de los tripulantes de la *Lionheart* entre ellos, que habían llegado corriendo al oír el alboroto. Thomas salió en aquel momento del edificio, con una niña agarrada a su cuello.

—¡Tom! —le llamó entre el estruendo de las llamas y los gritos—. ¿Se encuentra bien? ¿Queda alguien más dentro?

—El capitán y *lord* Hansford vienen detrás de mí —le dijo, en medio de un ataque de tos—. Creo que los demás ya están fuera.

Dos figuras emergieron entre el humo y el resplandor del fuego, encorvadas sobre sí mismas, pero indemnes. Ellen se apresuró a guiarles hasta que estuvieron a salvo. A su espalda, Caleb contaba a los niños con ayuda de una mujer.

—¡Falta uno! ¡Hans no está!

Aquella era la frase que Ellen más temía. Entre la multitud se oyó el grito desesperado de la señora Van Nieel. La muchacha miró el edificio, que cada vez se transformaba más en una hoguera gigante. El calor era tan intenso que tuvo que entrecerrar los ojos para dejar de sentir que le ardían por dentro.

Entre las rendijas de los párpados, una sombra alargada se recortó entre las llamas y el mismo sudor frío que le recorrió la espalda en el cementerio la arañó de nuevo. Sabía que era una locura, pero la muchacha estaba dispuesta a jurar ante cualquiera que vio a la muerte saludarla en aquel momento. Ella le devolvió una sonrisa feroz, enseñando los dientes. Su mirada era de

determinación. Era la que estaba más cerca. Era la que tenía menos que perder. Si tenía que llevarse a alguien, que fuera a ella. Tenía que entrar.

Se subió el cuello de la camisa hasta que la tela le cubrió la nariz y la boca y echó a correr antes de que nadie se diera cuenta e intentaran detenerla.

—¡ELLEN!

Oyó aquel grito a su espalda, pero no se detuvo. Entró en el almacén a la carrera.

El fuego la recibió con una bofetada de aire ardiente que le cortó la respiración. No sabía ni por dónde empezar a buscar. ¿Dónde habían colocado los jergones? No lo recordaba, ni tampoco el humo le dejaba ver gran cosa. El hollín le hizo toser. Sentía la garganta abrasada.

—¡Hans! —gritó para hacerse oír, pero su voz no tenía nada que hacer frente al empuje del fuego.

Miró en cada rincón, siempre hacia delante. Le picaban los ojos. El crepitar del fuego y la madera eran tan atronadores que ni siquiera sabía si el niño estaba gritando en alguna parte. ¿Y si había conseguido salir del edificio pero se había escondido en algún rincón, muerto de miedo? ¿Y si estaba atrapado por alguna viga que se hubiera desplomado? Sólo esperaba que no estuviera muerto. Siguió avanzando, pero sobre su cabeza oyó un crujido demasiado fuerte.

Los que esperaban fuera no pudieron hacer nada más que chillar mientras veían cómo el edificio se desplomaba sobre sus cimientos.



Su corazón se detuvo en el mismo instante en que el fuego se alzó entre los restos, reclamando las ruinas del edificio que había conquistado. Junto a él notó temblar al capitán. A lo lejos resonaba el sollozo desconsolado de una mujer. Aquello no podía estar pasando. Ellen no podía haber desaparecido así, de repente, sin que ni él ni nadie pudieran hacer nada por evitarlo. Durante unos segundos, nadie habló. Hasta los niños derramaban sus lágrimas en silencio. Sólo se oía el crepitar triunfante de las llamas.

—¡Aquí! —gritó una voz—. ¡Están vivos!

Era Nanette. La chica estaba al otro lado del muro del fuerte, inclinada sobre él, y señalaba hacia abajo. Thomas corrió hacia allí. La esperanza podía estar jugándoles una mala pasada, pero estaba dispuesto a arriesgarse.

—Ha debido de descolgarse al acantilado por una ventana antes de que se derrumbara el edificio. —Nanette no podía casi ni hablar, ahogada por el humo—. La he visto desde lejos.

La silueta estaba tan escondida en el resguardo de las rocas que apenas se la intuía desde arriba, pero Thomas se inclinó todo lo que pudo sobre el muro del fuerte hasta que consiguió verla. Su camisa blanca refulgía en la noche entre el color oscuro de las rocas.

—¡Ellen! —gritó.

Pero ella no podía oírle. Estaba encaramada a un saliente, aguantando a pulso su peso y el del niño que llevaba a la espalda bajo el envite del viento. El pequeño temblaba, pero había conseguido agarrarse lo suficiente como para no caer, rodeando el cuello de la muchacha con los brazos y su cintura con las piernas.

—¡Los botes, rápido! —gritó el capitán Fellowes a sus espaldas.

Todo aquel que no estaba luchando contra el fuego salió corriendo hacia el otro lado del fuerte, donde habían dejado amontonados los botes y los remos. Thomas los adelantó a grandes zancadas y, para cuando el resto llegó hasta allí, él ya estaba empujando una de las barcas hacia el precipicio.

—Fitzroy, vaya con el teniente Byrne. *Lord* Hansford, conmigo —ordenó el capitán mientras los demás, la mayoría miembros de su tripulación, se distribuían hasta llenar dos de los botes.

Thomas sintió un cosquilleo en el estómago en la fracción de segundo que transcurrió entre que

la madera se desprendió de la tierra hasta que se estabilizó en el aire. Agarró el remo como si le fuera la vida en ello y dirigió la embarcación hacia las rocas, mientras otros sujetaban unas antorchas para iluminarse en su caída.

—¡Teniente, cuidado con los remolinos!

Él ya había notado aquellas rachas de aire desde el momento en que comenzaron a volar, que les empujaban peligrosamente hacia las rocas; pero no quiso frenar. Sólo veía el fulgor de la tela blanca frente a él, marcando donde Ellen se debatía.

—¡Vamos, adelante! —animó a los que remaban con él.

Pero sus buenas intenciones no sirvieron de nada. Cada vez que conseguían corregir el rumbo, una nueva ráfaga los zarandeaba, amenazando con hacerles girar sin freno hasta que volcaran. Una y otra vez, ambos botes intentaron llegar hasta la muchacha, pero los elementos no cejaban en su empeño de repelerlos. Thomas dejó escapar un gruñido de frustración.

—Ellen, ¿me oyes? —gritó el capitán en medio del estruendo del viento y del mar.

—¡Padre! —respondió ella.

—No podemos acercarnos desde aquí, ¿crees que podrías trepar?

—Hacia arriba, no —respondió ella, con la voz quebrada. Sobre su cabeza, las rocas eran planas, pulidas hasta dejarlas sin ningún rastro de saliente al que agarrarse, para así defender el fuerte de quien pretendiera escalarlas a traición—. Pero puedo intentar bajar hasta el mar.

Las olas respondieron con un estruendo, estrellándose con fuerza contra el rompiente y haciendo saltar pequeñas gotas saladas hasta su piel. Pero Ellen no hizo caso a la amenaza. No tenía más opción.

Thomas vio con el corazón encogido cómo la muchacha comenzaba a descender, palpando antes de cada movimiento la consistencia de su apoyo. Con el azote del mar, la piedra estaría porosa y resbaladiza.

—Señores, vamos a descolgarnos hasta el agua —dijo Fellowes—. La recogeremos abajo.

«O frenaremos su caída», pensó Thomas con una punzada de angustia.

Hacer descender los botes fue más sencillo, pero, una vez que tocaron la superficie, el mar no los recibió con delicadeza. Tuvieron que alejarse más de lo que pretendían del acantilado para no acabar aplastados entre los salientes de roca, y desde allí sólo podían esperar con una plegaria en los labios.

Mientras tanto, Ellen seguía su camino, lenta pero segura, palmo a palmo, con los dientes apretados. A su espalda, el niño lloraba en silencio, demasiado asustado como para producir ningún sonido.

—No te preocupes, Hans. Ya casi estamos —le prometió, con más seguridad de la que sentía en realidad. Hasta donde sabía, el niño no hablaba su idioma, pero esperaba que al menos captara la intención.

La muchacha retiró la mano derecha para descender un nuevo nivel, pero su hombro no se había recuperado del todo de la herida de bala y, al cambiar el peso del cuerpo, se tambaleó demasiado.

La punta de sus botas resbaló con la capa de algas que recubría el saliente y perdió el equilibrio. Desde lo alto del acantilado llegaron gritos de angustia. Reconoció las voces de los Van Nieel. En el último segundo, Ellen consiguió agarrarse de nuevo a la roca y mantenerse erguida, con el corazón palpitándole en la garganta.

Respiró hondo, conteniendo el dolor y el miedo que le atenazaba el estómago, y lo intentó de nuevo. Despacio. Poco a poco. Soltó la mano y rotó el peso.

Esta vez, no pudo evitar la caída.

Todas las gargantas gritaron al unísono al ver aquella mancha blanca desplomarse como una muñeca de trapo en medio de un mar negro. La muchacha tan sólo consiguió girarse en el último momento para que fuera su cuerpo y no el del niño el que impactara contra el agua.

—¡ELLEN!

Fellowes se tiró por la borda del bote antes incluso de que su hija terminara de precipitarse. El capitán nadó con todas sus fuerzas a contracorriente, gritando su nombre entre bocanada y bocanada. No la veía por ninguna parte.

—¡Allí! —dijo una voz a su espalda.

Entre las olas, vio una figura flotando en el agua, iluminada por el reflejo de la luna. Se impulsó como pudo entre las embestidas del oleaje hasta que llegó a ella.

—¡Ellen! ¿Me oyes?

No advirtió movimiento alguno. Su corazón se detuvo. Pero la muchacha alzó al fin la cabeza, cogiendo aire con anhelo.

—Estoy bien —respondió, jadeando—. ¡Coja al niño, padre! Yo le sigo.

El capitán quiso resistirse, pero ella ya le había tendido al pequeño, que no paraba de llorar y revolverse. Era un milagro que se hubieran salvado los dos. No quería dejar a su hija atrás, pero no podía cargar con ambos a la vez.

—No te separes de mi lado —le suplicó.

Comenzaron a nadar. Fellowes se arrastraba entre las olas, que no dejaban de azotarles, siguiendo el sonido de los gritos de su tripulación como un faro para guiarle de vuelta. A veces veía a Ellen y otras no, pero no podía detenerse o la corriente le arrastraría. Tenía que confiar en que seguiría adelante.

—¡Ahí está el capitán!

Los marineros dejaron los remos y se apresuraron a inclinarse sobre la borda del bote. Uno agarró al niño, que estaba muerto de miedo, y los otros dos tiraron de los brazos de su capitán hasta izarlo sobre la madera.

—¿Dónde está Ellen? —preguntó Fellowes, buscando el rostro de su hija.

—No la hemos encontrado todavía, señor.

Justo en ese momento, un hombre en el bote contiguo alzó la voz y señaló un punto blanco que se movía entre las rocas. El reflejo de su camisa empapada entre el agua embravecida. La corriente había vuelto a llevársela hacia la pared del acantilado.

—¡Allí!

Fellowes quiso tirarse al mar de nuevo, pero Hansford le detuvo.

—Samuel, ¡espera a que nos acerquemos un poco más! No sé cómo antes no te has roto la crisma con las rocas.

Pero no fue capaz de detener también a Thomas. Él no oía ni veía otra cosa que no fuera la figura de Ellen debatiéndose por avanzar hacia los botes, aguantando el envite de las olas contra el rompiente. Se había quedado quieto antes, esperando a que el capitán consiguiera rescatarla, pero no podía quedarse de brazos cruzados otra vez.

El teniente se puso de pie sobre el bote, sobresaltándolos a todos. Guardando el equilibrio a duras penas, se despojó de la chaqueta del uniforme de un manotazo. No escuchó los gritos del resto de los marineros ni tampoco a la voz de la razón que aún guardaba y que le advirtió de que era inútil, que no sabía nadar. Llegaron demasiado tarde. Él ya había doblado las rodillas para coger impulso y saltó al agua.

Las olas del mar lo recibieron con una sacudida que lo arrastró hacia el fondo, para luego hacerle girar como una peonza descarriada en dirección a las rocas. Thomas boqueó como pudo hacia la superficie, tragando aire y agua a partes iguales. Sus intentos por mantenerse a flote no eran más útiles que las sacudidas de un pez en la orilla, pero él seguía pensando únicamente en encontrar a Ellen en medio de la oscuridad. Tenía que salvarla. A su derecha distinguió el brillo de las antorchas que portaban los marinos sobre los botes. ¿Tanto lo había alejado la marea? Oyó las voces lejanas y desesperadas que gritaban sus nombres.

—¡Tom!

Esa voz sonó más cerca.

Thomas se giró como pudo en el agua en aquella dirección y notó que un brazo lo agarraba por debajo de las axilas. Entre las sombras recortadas sobre el agua distinguió el rostro de Ellen junto al suyo, mirándolo con preocupación. Su cuerpo empapado parecía refulgir debajo del agua. Thomas sacudió la cabeza, convencido de que su confusión le hacía ver cosas que no eran. Ni siquiera sabía cómo había conseguido sortear la corriente para llegar hasta él.

—Señorita Fellowes —dijo entre un ataque de tos, cogiendo aire como podía—, he venido a salvarla.

La muchacha sonrió a su pesar mientras tiraba de él hacia arriba para evitar que se ahogara.

—Ya lo veo, teniente.

Ellen comenzó a nadar hacia los botes con un brazo mientras con el otro lo asía a la altura del pecho, aunque no llegaba a abarcarlo del todo. Thomas intentó patinear para ayudarla en su avance, pero era un peso muerto demasiado grande y sólo consiguió hundirlos aún más bajo una ola que pasó por encima de sus cabezas hasta romper en el acantilado.

—¡Un cabo! ¡Tiradles un cabo!

La muchacha alzó la cabeza y el mentón todo lo que pudo para coger una bocanada de aire.

—Aguanta, Tom.

Thomas no sabía muy bien qué estaba pasando, pues su agarre le impedía mirar hacia atrás, pero se aferró a su brazo. Sólo podía pensar en lo estúpido que había sido. Ellen comenzó a arrastrarlos a contracorriente con la fuerza de sus piernas hasta que consiguió agarrar el extremo de la cuerda que habían lanzado. La pasó alrededor del tronco del teniente y luego se la enroscó en el antebrazo antes de pegar un fuerte tirón para avisar a los del bote de que estaban listos.

—¡Tirad!

Los marineros, acostumbrados a coordinar sus fuerzas sobre la cubierta de un navío, tiraron hacia ellos con la fortaleza de un gigante. El arrastre fue tan brusco que Ellen, que iba en primer lugar, tragó demasiada agua y comenzó a toser. Aquel espasmo la hizo flaquear un instante, pero consiguió no soltarse hasta que su mano tocó el costado del bote.

—Subidlos, ¡vamos!

Cuatro pares de brazos los izaron sobre el agua hasta que sus cuerpos se posaron al fin sobre la madera. Thomas vio al capitán Fellowes precipitarse sobre su hija y ponerle su abrigo encima de los hombros mientras ella se doblaba, apoyada sobre los tablones en un nuevo ataque de tos. El niño se escabulló de los brazos del marinero hasta enroscarse en sus piernas. Ellen le acarició la cabeza.

—Menudo susto que nos habéis dado los dos —dijo Hansford mientras arropaba al teniente con la chaqueta de la que se había deshecho antes, sin perder de vista a su ahijada—. Desde que se tiró al agua, los perdimos completamente de vista, teniente.

Thomas estaba todavía un poco aturdido y no pudo contestar.

—Ellie, mi Ellie —no paraba de repetir el capitán Fellowes a su espalda—. ¿Estás bien?

Ella todavía era incapaz de articular nada, pero asintió. Levantó la cabeza y clavó los ojos, llenos de lágrimas por la tos, en los del teniente, aunque enseguida retiró la mirada. Thomas quiso acercarse a ella, agarrar su mano para comprobar que era verdad que estaba bien, pero había un muro invisible que los separaba incluso a tan poca distancia, apiñados en aquel bote. Debía conformarse con eso.

—Gracias, Tom —le dijo Fellowes con la voz grave, posando la mano con fuerza sobre su hombro—. Gracias.

Por un segundo, Thomas no supo a qué se refería. ¿No habían visto que por su impulsividad había estado a punto de ahogarlos a los dos? Abrió la boca para sacar al capitán de su error, pero Ellen sacudió la cabeza.

—Ha sido muy valiente —dijo ella con un hilo de voz rasposa.

Thomas se sintió aún peor por aceptar halagos que no le pertenecían, pero calló mientras volvían a la playa. Saber que ella estaba a salvo debería haberle bastado, pero las sombras de la inseguridad volvieron a hacerse fuertes. Había querido hacerse el héroe y, al final, había tenido que ser la propia Ellen la que los salvara. ¿Por qué no había querido que lo admitiera delante de todos? ¿Acaso sentía pena por él y quería hacerle ganarse el favor de su padre y del resto de la tripulación después de que Lawrence le llamara cobarde? Pero no importaba quién lo supiera,

seguía sintiendo la deshonra bien clavada en su corazón. Ahora, además de un inútil, se sentía un farsante.



20

Adelaide guio al capitán hasta el interior de la estancia y le indicó que se sentara. Disponer de dos sillas en una habitación, aunque estuvieran a punto de desquebrajarse, era todo un lujo en el asentamiento; al igual que contar con cuatro paredes que pudieran proporcionar intimidad para uno mismo. Era una de las cosas en las que se notaba quién estaba al mando.

Fellowes aceptó por educación y se lo agradeció inclinando la cabeza, aunque hubiera estado mejor de pie, paseando de un lado a otro para calmar sus nervios. Con un gesto pidió permiso para quitarse la chaqueta —empapada por la tromba de agua que llevaba azotando la isla desde por la mañana— y colgarla del respaldo. Todo en él estaba empapado, en realidad. Ni siquiera la enorme hoja lobulada del tamaño de un escudo que había arrancado de entre la maleza le había servido de paraguas mientras corría hacia allí para encontrarse con Adelaide. La mujer lo había recibido con sorpresa, pero le había dejado pasar y en ese momento lo observaba con expectación.

—Usted dirá, capitán.

Él cerró los ojos antes de empezar para ordenar sus pensamientos y se echó atrás los mechones que se le habían soltado de la coleta. Llevaba sin pegar ojo más que a ratos desde la noche del incendio, días atrás, como atestiguaban las ojeras que le colgaban debajo de los ojos. La lluvia se había llevado consigo las cenizas del incendio, pero no sus recuerdos. Cada vez que intentaba coger el sueño, le asaltaba la imagen de su hija devorada por las llamas, ahogada, inmóvil en el suelo... Le aterraba tanto volver a encontrarse con esa visión que hasta evitaba tumbarse en la cama todo lo posible, a pesar de que ya apenas podía combatir el cansancio.

—Quería hablar con usted, señora, porque necesito su ayuda.

—Creo que hasta la fecha no puede quejarse de no disponer de ella.

—No, es cierto. —El capitán entrelazó las manos y empezó a frotar las palmas, una contra otra—. Pero necesito pedirle más. Y sé que no le va a gustar.

La mujer se envaró.

—¿Qué más quiere que no le haya dado ya?

—Me ha proporcionado todo de lo que podía prescindir, y le estoy muy agradecido por ello, de veras —se apresuró a añadir—. Pero ese es el problema. Necesito el resto. Cada brazo

disponible en esta isla para reflotar mi barco y poder volver a Inglaterra.

Adelaide saltó en su sitio como si la hubiera apuñalado a traición.

—¿Esa es la forma de pagar nuestra hospitalidad? ¿Tratarnos como a sus criados y anteponer su interés personal al bien del resto?

—Es por el bien común, señora —respondió él muy serio—. Todos sabemos que permanecer en esta isla no es viable a largo plazo. Debemos volver a casa cuanto antes.

—Ese fue el objetivo desde el principio, pero...

—Y, entonces, ¿por qué se resiste a lograrlo?

—Pero —insistió ella— también sabemos todos que su navío no va a estar en el aire de un día para otro. Probablemente tampoco de una semana para otra, ni aunque pongamos todo nuestro empeño en ello. Y mientras tanto tenemos que seguir recolectando comida, cuidando de los enfermos, asegurarnos de que el techo no se nos caiga sobre la cabeza en un descuido por una viga que se rompe. Cada día que pasamos aquí, esta isla nos pone un obstáculo que hay que salvar para seguir sobreviviendo.

—Está siendo demasiado catastrofista, Adelaide. Lo pone como si corriéramos el riesgo de recurrir al canibalismo por alterar durante unos días el orden de las cosas.

—¿Es que pretende hacerse al aire a toda prisa, sin reunir víveres, y recorrer todo el Atlántico con un centenar de personas exhaustas y hacinadas a su cargo? Por no hablar de los piratas que sabemos que acechan estos aires.

—No será necesario. No pensaba poner rumbo sin más de vuelta a Europa sin saber si el bloqueo bonapartista sigue en pie. Y con llegar a Jamaica, por ejemplo, donde el imperio de su majestad aún es soberano, será suficiente. Allí podrán prestarnos toda la ayuda que precisemos. Incluso si tenemos que pasar un tiempo de penurias, no serán demasiados días.

Al oír aquello, Adelaide se levantó y caminó hacia la ventana, con los brazos firmemente cruzados bajo el pecho. Tenía los labios apretados en una fina línea y se quedó con la mirada clavada en el exterior mientras calmaba su respiración. El aire seguía revuelto por la humedad, pero había dejado de llover.

—Sigue siendo imposible, capitán —dijo al fin—. Y ya no le estoy hablando de problemas hipotéticos que tengamos que solucionar, le diré antes de que me interrumpa. Podemos retrasar el aprovisionamiento de comida, pero no el de agua del asentamiento; y esta mañana me han informado de que la canalización desde el manantial se ha roto por algún sitio y no está llegando agua al pozo que usamos normalmente. Puede que hayan sido las lluvias de los últimos días que hayan vuelto a provocar un corrimiento de tierras, algún animal salvaje o vaya usted a saber qué; pero es un problema urgente que tenemos que solucionar antes de que nos quedemos sin reservas o se contaminen.

Fellowes frunció el ceño. Se estaba mordiendo la lengua para conservar la educación ante las excusas inagotables que la mujer les ofrecía por sistema, pero ese día su paciencia estaba al límite. Casi estaba dispuesto a pensar que había sido ella misma la que había arrancado de cuajo

los maderos del canal sólo para poder llevarle la contraria.

—Eso no creo que sea una empresa que necesite la colaboración de todos los habitantes de esta isla. Pueden encargarse unos cuantos de eso y las tareas más urgentes mientras el resto nos ayudan con el barco. Los holandeses ya han accedido.

Adelaide se giró de golpe.

—¿Ha hablado con la señora Van Nieel a mis espaldas?

—No sabía que tenía que informarle de todas las conversaciones que mantengo —replicó él, cada vez más molesto.

—Debería haberlo hecho si tomaron una decisión tan importante sin consultarme.

—Mire, Adelaide, estoy hablando con usted por deferencia por todo lo que ha hecho por la gente que vive aquí y la ayuda que le ha prestado a mi hija, pero la autoridad que usted ostenta es tan débil como pasajera —le advirtió—. Los habitantes de esta isla la respetan por lo mucho que ha hecho por ellos, y estoy convencido de que sin usted para guiarles probablemente no hubieran sobrevivido tanto tiempo sin convertirse en bestias; pero no intente ir en contra de sus intereses sólo por mantener el control de su reino o se encontrará con una revuelta a sus puertas. Todos sabemos que esa nunca ha sido una posibilidad demasiado lejana.

La mujer se envaró.

—No me hable de poder absoluto, capitán, cuando ha organizado un linchamiento público delante de mi puerta sólo para mantener el orden en sus filas. ¿Le parece que esa es forma de lograr respeto?

Fellowes se levantó de un salto.

—Las Ordenanzas Militares deben respetarse bajo cualquier circunstancia, señora. No dejaré que la indisciplina gobierne en mi tripulación.

—Y yo no dejaré que intente imponer esa tiranía con mi gente, capitán. Puede que mi autoridad no venga en un papel sellado, pero en este suelo la suya es más inservible que la pólvora mojada, para que me entienda en su cuadriculado código de honor.

El capitán cerró los puños a la espalda hasta que los nudillos se tornaron blancos, intentando controlarse.

—Le estoy pidiendo su colaboración por el bien común, Adelaide. Dice que hago las cosas a sus espaldas, pero ahora he venido a verla de frente.

—Y me amenaza si no asiento a todo lo que dice.

—Sólo le digo que, si usted no ve lo necesario de salir de aquí cuanto antes, quizás el resto de nuestros vecinos no sean de la misma opinión.

—De manera que yo estaba en lo cierto. Va a pasar por encima de mí diga lo que diga.

—Preferiría contar con su colaboración —replicó—. Pero estoy dispuesto a hacer lo que sea por el bien de mi tripulación. Y de mi familia.

Fellowes clavó su mirada en ella. No quería ahondar en la llaga de los secretos que sabía que Adelaide guardaba, pero si lo empujaba estaba dispuesto a llegar hasta donde fuera. Respetaba a

aquella mujer y todo lo que había conseguido —la admiraba, en realidad, aunque no quisiera reconocerlo—, pero la balanza de su corazón estaba desequilibrada. La seguridad de su hija y de los marineros de la *Lionheart* estaba en juego, y la desconfianza había ido creciendo en él. Había dejado de ser una mera corazonada que podía descartar alegremente. Ahora era cuestión de vida o muerte.

Pero no era el único que sabía leer entre lo que se callaba más que lo que se decía. Adelaide llevaba un rato observando al capitán. Veía cómo su frustración crecía. Estaba tenso. Se frotaba las manos. Sus pies no paraban quietos. Estaba asustado. Y no sólo por la posibilidad de quedarse varado para siempre en aquella isla. Era un sentimiento más arraigado, más profundo. Uno que reconocería en cualquier parte, pues ella también lo tenía clavado como una estaca en el corazón.

—Se refiere a su hija, capitán. Teme por ella.

El rostro de Fellowes se encendió.

—¡Claro que tengo miedo! ¡Estoy aterrado! ¿Cómo no voy a estarlo si veo a mi hija saltando de acantilados y batiéndose en duelos con piratas? —Estaba tan ofuscado que, por un momento, no consiguió que su lengua farfullara más que algunos gruñidos—. Nunca debí dejar que saliera de Inglaterra...

—¿Es que en su querido Portsmouth no acechan peligros? ¿No pueden asaltarla por la calle? ¿No le puede caer un rayo? —La mujer suspiró—. Sé perfectamente que no soy la persona más capacitada para hablar de dejar libertad a los hijos, capitán, y no será la mía quien diga lo contrario..., pero a veces creo que no ve todo el potencial que tiene Ellen, por mucho que quiera hacer de ella una señorita decente y que todos sus vecinos la vean como tal. Y va a seguir ahí tanto si la mantiene bajo una cúpula de cristal como si no.

—¿Eso es lo que le ha dicho ella? ¿Que la tenemos encerrada para que sea una chica recatada, de las que no salen de casa más que para ir a la iglesia, por miedo al qué dirán?

Adelaide volvió a sentarse.

—No exactamente. Es lo que he leído entre líneas.

Fellowes sintió que la ira se desvanecía, diluida entre un torrente de recuerdos teñidos de culpa. Pero aquel ardor que le quemaba el pecho desde dentro era mucho peor, pues no se apagaría con nada. Siempre estaría ahí. La maldición. Era Ellen la que cargaba con ella en sus entrañas, pero el capitán a veces la sentía tan clavada como si fuera su propia columna la que había traspasado aquella esquirla.

Sólo podía pensar en sacarla.

—Pues se equivoca. No es un miedo infundado, Adelaide. Ojalá lo fuera. —Cerró los ojos—. Ellen se muere.

La mujer se quedó clavada en el sitio durante un instante, y aún tuvieron que pasar unos segundos para que fuera capaz de tragar saliva y conseguir abrir los labios.

—¿Cómo dice? No puede estar enferma, si ya la ha visto estos días. Está perfectamente.

—Porque no la consume la tisis ni tiene el corazón débil. Mi hija es dura como una roca. Quizá

por eso sobrevivió cuando todo el mundo la daba por perdida... —Sus ojos se volvieron vidriosos, sumidos en los recuerdos—. Fue culpa mía. No debí acceder cuando me pidió venir conmigo en aquel viaje. Iba a ser una travesía corta, apenas unos días para cruzar la distancia que separaba Portsmouth del puerto de Leith. No había nubarrones a la vista, los vientos eran favorables, su madre se despidió de ella con una sonrisa mientras mi niña, que sólo tenía ocho años, corría por la cubierta de la *Lionheart* agitando su manita mientras nos elevábamos en el aire...

El silencio que siguió a esa frase era tan pesado que Adelaide sentía que la ahogaba.

—¿Y qué pasó?

—Los malditos franceses, el maldito Bonaparte y sus malditas guerras revolucionarias. Eso pasó. —La rabia había vuelto a él con tanta fuerza que las venas de su cuello parecían a punto de estallar—. Nos atacaron por sorpresa. Una escaramuza condenada al fracaso de no haber sido en un tiempo de supuesta tregua. Cayeron sobre nosotros con sus cañones escupiendo fuego como dragones enfurecidos. Apenas conseguimos escapar de allí con la nave entera, pero logramos despistarlos cuando llegó la noche... Todo iba bien hasta que retiramos los escombros. El palo de mesana había caído, destrozado por una bala demasiado certera, y había atravesado la cubierta hasta llegar casi hasta la bodega. Al principio sólo oí los gritos, luego llegaron las manos manchadas de sangre. Todos callaban al verme, y fue el mayor Hansford el que me condujo hacia uno de los boquetes. Allí en el fondo, como si fuera una cuna, yacía ella. Tan pequeña, tan inocente. Parecía dormida. Su respiración ni siquiera estaba agitada. Pero cada vez que le subía y le bajaba el pecho, un destello azulado salía de las filigranas de la madera que le atravesaba la espalda.

—¿Fue muy grave? —Adelaide se sintió estúpida con su propia pregunta—. Me imagino que sí.

—Ahmad, mi cirujano por entonces, estuvo con ella toda la noche. Hansford tuvo que atarme a una silla para que no echara de una patada abajo el biombo de la enfermería. Sólo veía entrar y salir gente con paños llenos de sangre. Y luego fue cuando hicieron llamar al señor Signh, y yo no podía entender por qué... Ya casi había amanecido cuando por fin me dejaron verla. Cuando al fin comprobé con mis propios ojos que estaba viva..., me sentía tan culpable que sólo con estar a dos metros de mi niña me temblaban las piernas. No me sentía con derecho a tocarla, así que tuvo que ser el mayor el que retirara la sábana para que le viera la espalda.

»Ya no había rastro de la estaca que había estado a punto de matarla, pero en su lugar había una placa de metal alquímico, con un patrón labrado tosco, como dibujado por un aprendiz sin demasiado tacto... Más tarde me dijeron que el señor Singh había hecho lo que había podido con sus pobres conocimientos para malear, pero al menos habían sido suficientes. La madera alquímica se había incrustado tanto en la columna que habían tenido que fijarla como habían podido para que se moviera lo menos posible hasta que consiguiéramos llegar a tierra. Eso, al menos, le daría una oportunidad a la niña hasta que la viera un experto del gremio y pudiera sacársela. O eso creímos.

—¿Y no fue así?

Fellowes sacudió la cabeza.

—El problema era todavía mayor. Aquella esquirla de madera no sólo había taladrado el hueso, sino que se había partido en varios fragmentos. Uno de ellos, afilado como la guadaña de la Muerte, había quedado apenas a unos milímetros de rasgar su aorta. Un pequeño vaivén del destino y habría muerto en cuestión de segundos, desangrada. Y todavía puede suceder. Nadie en tierra se atrevió a tocarla, ni en Edimburgo ni en Londres, ni siquiera en Boston... Llamé a todas las puertas y todas me devolvieron la misma mirada de compasión. Nadie podía hacer nada. No importaba cuánto intentara salvarla, mi hija estaba condenada a morir. Un salto demasiado fuerte, un trote a caballo, un golpe inocente..., cualquier aleteo de una golondrina en un día desafortunado y, sin previo aviso, la punta de esa esquirla podría moverse y acabar con ella. Fulminada antes de que pudiéramos hacer nada. En cualquier momento. Ahora mismo. Esa es la maldición de mi hija, Adelaide. Y también la mía.

La mujer asintió en un pequeño gesto y se quedó en silencio. Pálida, con el rostro desencajado.

—Nunca me lo dijo.

—No le gusta hablar de ello. Ni a mí tampoco —replicó—. Lo mío es por la culpa que me reconcome por haber condenado a mi hija de esa forma, a no saber nunca si tendrá un futuro, un mañana por delante... Lo de mi hija es por orgullo. No quiere que nadie la mire con compasión, que la considere una inútil. Su madre y yo intentamos criarla lo mejor que pudimos, tratando que no se considerara una muerta en vida, que creciera lo más normal posible..., pero el miedo estaba ahí. La maldición seguía ahí. Y siempre lo estará, hasta que me arranque a mi niña de los brazos.

Una lágrima solitaria corrió por la mejilla de la mujer hasta perderse en su mandíbula.

—Lo siento mucho, capitán.

Él asintió. A pesar de sus diferencias, hacía tiempo que no dudaba del cariño genuino que Adelaide sentía por su hija.

—Lo sé, créame.

—Aun así, mentiría si le dijera que confío en su plan de sacarnos de aquí a las bravas..., pero tiene mi permiso para intentarlo, aunque crea que no lo necesita —dijo al fin Adelaide—. Pida voluntarios y no me opondré a que todo aquel que lo desee lo ayude a usted y a su tripulación a rescatar el barco. Si son muchos o pocos, ya no será cosa mía.

A pesar de su momento de complicidad, la verdadera Adelaide seguía ahí, luchando por su territorio. Estaba ganando tiempo y echándole un pulso de poder a la par, Fellowes lo sabía, pero le bastaba por ahora. Nunca iba a conseguir tenerla del todo de su parte y, a diferencia de ella, estaba seguro de que el resto de la isla sí estaba desesperada por volver a la civilización. No le faltarían manos en cuanto las solicitara.

—¿No se interpondrá ni presionará a nadie para rechazar mi propuesta?

—Serán libres de elegir lo que deseen. Le doy mi palabra.

Adelaide le tendió la mano y el capitán, tras un instante de duda, se la estrechó. No habían

terminado de separar los dedos cuando la puerta se abrió con un golpe seco.

—¡Señor Atwood! —le reprendió Fellowes—. ¿Qué forma es esa de entrar en ningún sitio?

—Discúlpeme, capitán —respondió él mientras saludaba, compungido y con la respiración entrecortada—. Pero me envía el señor Byrne con urgencia. Tiene que venir, y la señora Adelaide también.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer, frunciendo el ceño.

Atwood tragó saliva.

—Han encontrado un cadáver.



21

Habían sacado el cuerpo de entre los escombros del edificio que empezó el incendio. Cuando entraron Adelaide y el capitán Fellowes —seguidos a duras penas por las apresuradas zancadas de Atwood—, hallaron el cadáver en una postura grotesca, recubierto por una costra quebradiza de piel y carne carbonizada, recostado sobre una cama de barro y ceniza. El techo se había derrumbado en el incendio, como la mayoría de las paredes del edificio, así que el olor a humo se había ido diluyendo en el aire con el arrastre de la lluvia, pero aún permanecía la estela de un hedor nauseabundo que le revolvió el estómago.

—¿Qué ha pasado? —dijo Fellowes.

Hansford y Thomas estaban al fondo, arrodillados junto al cadáver, pero se incorporaron inmediatamente para cuadrarse ante el capitán en cuanto le vieron aparecer. El gesto de ambos era serio. Ni siquiera Hansford hizo ningún comentario cuando llegó hasta ellos.

—No lo sabemos, señor —respondió Thomas—. Lo encontraron al entrar a trabajar en el edificio, cuando paró la lluvia. Como este edificio estaba abandonado, fue de los últimos en comprobarse.

—¿Hace cuánto que está aquí?

—Desde el incendio, probablemente. —Hansford apartó uno de los maderos con el pie—. Estaba escondido entre los escombros, pero la tromba de agua debió de arrastrarlos hasta sacarlo a la luz.

—¿Quién es?

Adelaide se había adelantado y se había arrodillado con una mano alzada hacia el cuerpo, aunque sin atreverse a tocarlo.

—Tampoco lo sabemos —admitió Thomas—. Está..., bueno, en muy mal estado.

—Pero es uno de los nuestros, capitán —dijo el mayor, y señaló los maltrechos jirones de ropa que se atisbaban entre los restos—. Esos botones son de la Armada.

Fellowes se apresuró a hincar una rodilla en el suelo y observarlo de cerca, ignorando el suspiro de alivio de Adelaide. Entre los restos negruzcos del cadáver —completamente irreconocible, por mucho que se esforzó en encontrar algún rasgo familiar en él—, distinguió un reflejo enterrado. La ceniza se resquebrajó entre sus dedos en cuanto la tocó, pero el metal estaba

prácticamente intacto. Hansford tenía razón.

—Señor Byrne, ¿alguno de los hombres ha fallado en el recuento en estos últimos días?

El teniente carraspeó y bajó la cabeza.

—No lo sé, señor.

—¿Cómo que no lo sabe?

Thomas se forzó a devolver la mirada a su superior y soportar su enfado.

—Desde el incendio ha sido todo un caos, y con la limpieza de los escombros cada hombre ha estado trabajando en lo que buenamente ha podido. No hemos vuelto a llamar a formación desde el castigo de Lawrence.

Fellowes no ocultó una mueca de disgusto.

—Pues habrá que hacerlo ahora —repuso, malhumorado.

No podía creer que hubiera descuidado tanto sus tareas como para perder a un miembro de la tripulación durante días sin darse cuenta. ¿Qué clase de capitán era? Él, que se enorgullecía de conocer por su nombre y rostro a cada marino que había pasado por las entrañas de la *Lionheart* bajo su mando. Tenía que averiguar quién era el que reposaba a sus pies y, aún peor, averiguar cómo había muerto. Aunque lo más seguro era que el incendio y el colapso del edificio hubieran pillado desprevenido a aquel pobre desgraciado, tampoco se explicaba qué podía estar haciendo uno de sus hombres explorando un edificio abandonado en medio de la noche.

El cuerpo no arrojaba demasiada información. La única forma que podían distinguir a simple vista era la de un cráneo negruzco con la mandíbula caída y varios huesos recubiertos de carne maltrecha y tela raída por el fuego. Y lo más seguro era que algún carroñero salvaje hubiera dado un festín con él en los días anteriores sin que ellos se dieran cuenta, a juzgar por algunas melladuras que distinguía en el cadáver. Eso lo dificultaba todo todavía más difícil. Tampoco los restos de la ropa le dejaban sacar nada en claro. Parte de una camisa que en algún momento fue blanca, botas de cuero y jirones de unos pantalones y de un abrigo del color azul oscuro que caracterizaba a la Marina Aérea. Al menos podían descartar a los marines del mayor Hansford y, salvo que alguien hubiera robado el uniforme, al resto de los civiles de la isla.

—Debemos elaborar una lista cuanto antes, señor Byrne —dijo mientras se incorporaba y le entregaba el botón—. No podemos empezar a perder tripulantes así como así.

—Sí, señor —respondió el joven.

—Daré orden de llamar a formación —se ofreció Hansford—. Tendrá los tambores redoblando en cinco minutos, capitán.

Fellowes asintió.

—Bien. Mientras tanto, creo que deberíamos intentar despejar esta zona de escombros, ¿no cree? —dijo al volverse hacia Adelaide, que había escuchado sin intervenir, pero que asintió en cuanto se sintió interpelada—. Y usted, señor Byrne... ¿Señor Byrne?

El teniente había alzado la mano hacia la luz que se colaba por el boquete del techo y se había quedado absorto examinando con los ojos entrecerrados la pieza de metal que sujetaba entre los

dedos.

—Lo siento, capitán. Es que... —empezó a decir con la voz ronca, pero se detuvo a mitad de la frase.

Fellowes se tensó.

—Hable, teniente.

—Esto pertenece a un uniforme de la Armada, pero no tiene el patrón del ancla envuelta por el cabo que llevamos todos. —Thomas había limpiado del todo la superficie del botón con las yemas y se lo mostraba a su superior—. Es la rosa heráldica de la Corona.

El capitán cogió el botón y lo inspeccionó con cuidado. ¿Cómo no se había fijado antes?

—Hace casi treinta años que no se usa ese emblema en la Marina Aérea.

Thomas tragó saliva.

—Capitán, creo que ya sé quién ha muerto. —Estaba claro que, mientras hablaba, también estaba luchando para que el gesto serio no se le desencajara—. El señor McPhee es el único a bordo que aún lleva esos botones. Llevaba. Decía que con ellos empezó a servir a su majestad en el aire y que le traían buena suerte. Su esposa los iba remendando de uniforme en uniforme.

Fellowes se quedó callado, mirando hacia el suelo, sin poder creer que aquel amasijo de carne carcomida por el fuego hubiera sido hasta entonces su querido contramaestre. Tragó saliva. Ahora su mente no paraba de intentar reconocer patrones en las aristas de los pómulos o en la forma de su macabra sonrisa. ¿Dónde quedaba el brillo de sus ojos hundidos y su acento escocés endemoniado? Iba a ser un golpe muy duro para la tripulación.

—Bien. Eso despeja algunas dudas. —Su voz se perdió sin poder acabar. ¿Qué podía decir ante eso? Pero enseguida carraspeó para recuperar el tono de mando—. Aunque haga el recuento de todas formas, teniente. Usted también, Adelaide, si no le importa. Y hable con la señora Van Nieel. Por si acaso. No podemos equivocarnos en esto.

—¿Es que piensa contárselo a todo el mundo? —preguntó la mujer, alarmada.

—¿Algún problema?

—Muchos, capitán. Parece mentira que precisamente usted no sepa cómo puede afectar la noticia de un asesinato en una comunidad pequeña. ¿Es que acaso quiere a un centenar de personas aterradas pensando que su vecino podría ser un asesino? Esto podría desatar el pánico y el caos. Por no hablar de cómo va a reaccionar su asesino.

—¿Asesino? —Hansford estuvo a punto de atragantarse con aquella palabra.

—No seamos tan dramáticos, Adelaide. —Fellowes intentó calmar los humos al ver cómo todos los presentes se habían tensado de repente—. Todavía no sabemos qué ha pasado.

—¿Ah, no? ¿Un cadáver inidentificable que aparece de pronto en un edificio abandonado, sin velas ni fogatas, que empezó a arder sin que nadie sepa muy bien cómo, en una noche despejada y ningún rayo a la vista?

—Eso es... —el capitán torció el gesto, midiendo sus palabras— sólo una posibilidad.

—Pues que sea un secreto también —insistió ella.

Fellowes respiró hondo y cerró los ojos. No quería volver a discutir con ella, y menos con el cuerpo de McPhee todavía presente. Debía pensar con claridad, pero tenía demasiados pensamientos rebotando a la vez en su cabeza como para conseguirlo. Quizás Adelaide estuviera en lo cierto y ocultar su muerte un poco más le proporcionaría cierto margen para recabar más información y decidir qué hacer. Si una cosa tenía clara, era que no iba a dejar que la muerte de uno de sus hombres quedara impune si realmente se trataba de un asesinato.

—Está bien, lo mantendremos en secreto —claudicó, aunque lo acompañó de una advertencia—: Pero sólo hasta que averigüemos de verdad a quién pertenece este cadáver y comprobemos si ha sido o no un accidente.

Adelaide asintió.

—Sensatez, al fin.

El capitán ignoró el comentario y se giró hacia su primer oficial.

—Señor Byrne, ¿quién encontró el cuerpo? ¿Cuántos saben que están aquí?

—Jackson y McAvoy, señor. Buenos chicos. Están fuera, esperando. Pero ya les había ordenado que no hablaran con nadie sobre esto. Me fío de ellos.

—Bien. ¿Nadie más?

—Fitzroy lo sabe, fue el que me mandó buscar a mí —añadió Hansford—. Lo envió Byrne.

—¿Cree que se lo habrá contado a los marines, mayor?

—Espero que no le haya dado tiempo —admitió—. Quizás al ser tan pronto y sin haber repartido todavía la ración de grog de hoy no se le haya soltado la lengua todavía.

—Tendremos que asegurarnos —respondió Fellowes—. ¿Señor Atwood?

El guardiamarina dio un paso al frente.

—Aquí, señor.

—Vaya a buscar al sargento Fitzroy y dígame que *lord* Hansford y yo queremos verle inmediatamente. No creo que tenga que decirle a usted que no se detenga a hablar con nadie por el camino, ¿verdad?

—No, señor. —Pero el muchacho dudó un instante—. ¿Señor?

Fellowes contuvo un gesto de impaciencia.

—Hable.

—¿Y si alguien me pregunta qué está pasando?

—Pues le dice que no está pasando nada. ¿Entendido, señor Atwood?

—Sí, señor.

El guardiamarina se llevó el primer nudillo a la frente, y justo después salió disparado de allí.

—Será mejor que me vaya yo también si queremos asegurarnos de que está todo bajo control —dijo Adelaide—. Tenemos que aparentar normalidad. Aunque quizá sería mejor que pusiera a alguien de confianza a vigilar este edificio.

—No —la interrumpió Fellowes—. Ha muerto uno de mis hombres. Si alguien tiene que velar su cuerpo, que sea uno de los nuestros. Esto es cosa de la Marina Aérea de su Majestad.

Por una vez, la mujer no puso ninguna pega.

—Como desee. Intentare mantener a la gente apartada todo lo que pueda.

El capitán la observó darse la vuelta y encaminarse hacia la salida envuelto en un mar de dudas, pero al final ganó su corazonada.

—Adelaide, espere —la llamó.

Ella se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Antes me ha dicho que había que reparar la canalización del agua. ¿Puede enviar a Ellen a hacerlo?

Adelaide miró hacia los lados antes de bajar el tono.

—Capitán, después de todo lo que me ha contado, ¿de verdad quiere mandar a su hija a la selva?

Fellowes sintió que un peso de plomo le aplastaba el estómago sólo de imaginarlo. Pero, muy a su pesar, asintió.

—Quiero mantenerla al margen todo lo que pueda.

La mujer lo sopesó un momento.

—Iba a mandar a Caleb, pero sería incluso mejor que vayan los dos. Les mantendrá ocupados un buen rato.

—Todo lo que pueda —respondió Fellowes, sabiendo que tan sólo estaba retrasando una batalla que tenía perdida de antemano—. Si es cierto que hay un asesino suelto, no quiero que esté por aquí.

Adelaide pareció estar a punto de decir algo, pero calló.

—Lo haré.

—Gracias.

La mujer salió sin añadir nada más. Hansford esperó a que desapareciera antes de llevarse a su amigo a un aparte. Thomas captó la intención tras unos instantes y se alejó con un carraspeo. No sabía si debía irse o quedarse, así que, a falta de algo mejor con lo que hacer tiempo, se quitó el abrigo de lona alquitranada para echarlo sobre el cadáver en un signo de respeto y cerró los ojos para musitar una plegaria en honor del alma del contraamaestre.

—Sigues sin fiarte un pelo de ella, ¿verdad? —preguntó el mayor en voz baja, mirando de reojo hacia atrás.

—Nada en absoluto. —Fellowes estaba tenso, controlándose para no estallar como un volcán—. Aunque sabe toda la verdad sobre Ellen y ha jurado guardar el secreto.

—¿Se lo ha contado ella?

—No, he sido yo.

Hansford pegó un bote en el sitio.

—¡Samuel! Esto sí que no me lo esperaba. —Arrugó el gesto—. Y tampoco sé si me hace gracia que lo hayas hecho a espaldas de tu hija. Si no se lo había contado ella, sus razones tendría.

—Tenía que saberlo para comprender el peligro que corre quedándose aquí. Necesito su apoyo para reparar la *Lionheart* lo antes posible.

—Y, aun así, me acabas de confesar también que desconfías de ella.

—No tiene nada que ver. Esto es algo que pasó mucho antes de llegar a esta isla... Sé que esa mujer esconde algo, aunque todavía ignoro qué.

—¿Y crees que tiene algo que ver con la muerte de McPhee?

—Eso no lo sé.

—Pero ha sido ella la primera que ha hablado de asesinato. Muy mala conspiradora tendría que ser para poner el dedo en la llaga cuando el resto lo queríamos dar por un accidente.

—Depende, quizá quería esquivar las sospechas. —El capitán lo meditó un momento—. Cuanto más lo pienso, más creo que tiene razón, pero no me gusta tampoco esa insistencia por mantenerlo en secreto. Quizá quiera ganar tiempo.

—Sospechoso es, al menos. —Hansford reflexionó en voz alta—. Y me escama que haya sucedido en este mismo edificio en el que casi se inmola si no la hubiera detenido. No viste cómo se le desencajó el rostro al ver que ardía.

Fellowes enarcó una ceja.

—Así que ¿ahora me crees? Llevo días intentando convencerte de que había algo en su actitud que no olía bien.

—Nunca dije que no te creyera, sólo que debíamos darle un voto de confianza. Pero Atwood me ha confirmado que la ha visto rondando por las ruinas en estos días.

—No me puedo creer que hayas puesto de vigía a uno de mis guardiamarinas sin consultarme.

—Mis casacas rojas habrían llamado demasiado la atención —se defendió el mayor—. El pobre muchacho es tan esmirriado sin todo el uniforme encima que apenas se le ve. Aunque creo que Adelaide o alguno de los suyos se ha percatado de la vigilancia permanente que habíamos impuesto, porque nunca se ha atrevido a entrar y se ha dado la vuelta en cuanto se acercaba mucho.

—Tendremos que seguir vigilándola, entonces. Pero con discreción.

Fellowes se alegraba de no ser el único que veía cosas que no cuadraban, pues de otro modo hubiera tenido que empezar a sospechar que era su mente suspicaz la que le estaba jugando una mala pasada. Aunque seguía sin tener ninguna idea sobre qué debería estar buscando. ¿Qué podía haber en aquel edificio que fuera tan importante? Él sólo veía ruinas calcinadas. ¿Tendría algo que ver con su obstinación en retrasar su partida todo lo posible? ¿Qué secreto le reconcomía el alma de esa forma? No podía ser el único que se había dado cuenta de cómo se le aceleraba la respiración cada vez que se mentaba la posibilidad de surcar el aire y salir de la protección de aquel oasis en medio del océano.

—Lo que no sé si acabo de creerme es lo del asesinato. —Hansford seguía hablando sin advertir las cavilaciones internas de su amigo—. Piénsalo, ¿quién podría desearle algún mal a McPhee? La mitad del tiempo no sabíamos qué decía, pero siempre era algo bueno. Nunca se

metió con nadie.

—No saquemos conjeturas precipitadas —le cortó el capitán—. Quiero aclarar este asunto con rapidez, pero no saltar encima del primero al que podamos señalar y cargarle el muerto. Bastante revueltas están las aguas en la tripulación ahora mismo. Sé que muchos no me han perdonado todavía el castigo de Lawrence. No quiero que encuentren una vía de descargar frustraciones en un linchamiento público.

—Por eso quieres sacar a Ellen de aquí.

Asintió.

—Y cuanto más tiempo, mejor. Adelaide pensaba enviarla con Brown. —Suspiró—. Nunca pensé que la jungla pudiera parecerme una alternativa más segura para mi hija que la civilización.

—¿Qué sabemos del muchacho?

Fellowes lo sopesó un instante.

—Hasta ahora ha demostrado ser honrado y competente, pero ya no sé si puedo fiarme ni de mi sombra. Pero tampoco sé a quién enviar en la misma partida. No puedo prescindir ni de ti ni de Byrne, ahora que tenemos que asegurarnos de mantener el orden y nos hemos quedado sin contramaestre. Singh todavía no es capaz de caminar bien, así que me he quedado sin oficiales de rango a los que pueda enviar en una misión así. E incluso Cox, que quién me diría que estoy planteándome encomendarle responsabilidad alguna, aún no está lo suficientemente recuperado.

Hansford desvió la mirada hacia el rincón donde Thomas permanecía arrodillado junto al cadáver. Seguramente estaría intentando por todos los medios no escuchar su conversación, pero no podía asegurar hasta qué punto lo habría conseguido.

—¿Seguro que no puedes prescindir del teniente Byrne, Samuel? Tal vez Cox no haya recuperado del todo las fuerzas, pero entre él y Atwood seguro que consiguen establecer un mínimo de disciplina. Además, si los ánimos están alterados por lo de Lawrence, quizá sería mejor que no escucharan demasiado el acento irlandés a su alrededor.

El capitán gruñó.

—Ojalá pudiera quitarte la razón.

—Pero si sabes que siempre la tengo —replicó Hansford, fingiendo haberse ofendido, antes de girarse hacia al teniente y llamarlo para que se acercara hasta ellos.

Thomas se apresuró a incorporarse y acudir.

—A la orden, señor.

—Señor Byrne —empezó a decir Hansford—, ¿verdad que usted se sabe mover por el campo? Tengo entendido que su familia posee una granja.

Fellowes se volvió hacia él.

—Pensaba que su padre había sido doctor en Galway, señor Byrne.

Durante un segundo, el teniente no supo a qué responder primero, desconcertado por la situación.

—Sí, señor. Pero yo me crié con mi madre en la campiña del condado de Clare. —Thomas

carraspeó—. Nunca pisé mucho Galway.

Estaba claro que el tema le incomodaba y, por un instante, se formó un silencio tenso.

—Aun así, una granja no es la selva tropical —dijo el capitán, sin acabar de estar convencido.

—Lo suficiente como para que sepa caminar con las botas manchadas de barro, ¿no le parece, teniente? —insistió el mayor—. Estoy seguro de que no verá problema en acompañar al señor Brown y a la señorita Fellowes mientras comprueban las canalizaciones desde el manantial, ¿verdad? Por su seguridad.

—Claro que no —se apresuró a contestar Thomas, quizá demasiado rápido—. Como ordene el capitán Fellowes.

—¿Samuel? —Hansford enarcó una ceja.

El capitán alzó las manos en señal de derrota.

—Está bien —accedió al fin—. Es un buen plan, después de todo. Pero no puede contarle nada de lo que ha sucedido aquí a mi hija, teniente. La muerte del señor McPhee, si es que de verdad se trata del señor McPhee, debe ser un secreto hasta que ordene lo contrario.

Thomas tragó saliva.

—Sí, señor. A sus órdenes.

Fellowes asintió.

—Pues vaya, no quiero que Adelaide les ordene partir sin que usted esté con ellos. Nosotros seguiremos haciendo averiguaciones.

Mientras el capitán se giraba para encaminarse de nuevo a examinar el cadáver, Hansford le puso una mano en el hombro al teniente, aunque para ello tuvo que alzar el brazo por encima de su cabeza.

—La selva es peligrosa, Tom. Ándese con ojo. Y, sobre todo, hágale caso tanto a su cabeza como a su corazón.

Thomas no supo qué decir.

—Me temo que no le entiendo, mayor.

Pero a Hansford no parecieron importarle demasiado sus palabras.

—Usted hágame caso. —Le palmeó el hombro—. Y tenga cuidado.



Nanette escurrió el trapo sobre la palangana y enrolló la parte húmeda sobre sus dedos para poder limpiar la herida con más precisión. Ellen aspiró entre dientes, aguantando un gemido de dolor, pero se dejó hacer. No tenía derecho a quejarse.

—Si lo que querías era que te perdonara, no hacía falta que te tirases de un acantilado para darme pena —dijo Nanette, levantando la vista.

Su amiga tenía los ojos cerrados y la cabeza girada para no mirar la herida, pero aun así sonrió en medio de una mueca.

—Tengo una vena dramática que a veces sale a relucir.

—Pues podías guardarla sólo para el escenario, en vez de imitar a Ofelia de verdad —le reprochó.

—Es que tengo miedo escénico.

Nanette la miró como si estuviera planteándose abofetearla de nuevo y sólo medianamente en broma.

—Podrías haberte matado.

Dejó el paño para coger una venda y se la apretó alrededor de la mano, quizás un poco más fuerte de lo que debería. Estabas sentadas en el suelo de la enfermería, frente a frente, en un rincón apartado de los catres donde descansaban los enfermos. Cada vez había menos heridos en el asentamiento. De una manera u otra, poco a poco habían ido dejando libres muchos de los camastros, pero no había pasado mucho tiempo hasta que encontraron nuevos ocupantes.

Las fiebres por las heridas infectadas habían dado paso a una oleada de calenturas que habían afectado a casi una docena de personas en los últimos días. Por suerte, parecían ser leves y acababan por pasarse solas en poco tiempo. Sólo había un holandés que parecía resistirse a mejorar y seguía delirando entre sudores en un rincón, sin que pudieran hacer mucho más por él que cambiarle los paños húmedos de vez en cuando.

Eso hacía que Nanette tuviera más tiempo para preocuparse por ella, ahora que por fin volvía a dirigirle la palabra. Ellen sabía que tampoco se lo había puesto fácil, de todas formas; nunca se le había dado bien pedir perdón por sus errores.

—No me quedaban muchas opciones, se me estaba cayendo el edificio encima —respondió

Ellen, intentando quitarle importancia, aunque sin mucho éxito.

Ya tenía ambas manos limpias y vendadas, y estiró y encogió varias veces los dedos para cerciorarse de que todavía podía moverlos.

—La próxima vez, me aseguraré de estar cerca para detenerte antes de que te metas en casas en llamas a punto de derrumbarse. Y no sólo para gritar como una loca cuando te vea saltar. — Nanette le cogió las manos con fuerza sin darse cuenta, temblando. Ellen no protestó aun cuando sintió un pinchazo de dolor—. Pasé mucho miedo, Ellie.

—Lo siento.

Aquel abrazo, el primero en demasiado tiempo, sanó muchas heridas. Invisibles, sin rastro de sangre; pero profundas y dolorosas. Ellen notó cómo la losa que le había estado comprimiendo el pecho se elevaba en el aire hasta desvanecerse. No se había dado cuenta de lo mucho que se había estado ahogando bajo su peso hasta entonces.

El hueco se llenó de un torrente de alivio tan fuerte que, por un momento, sintió que iba a desbordarla. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué su corazón no dejaba de darle bandazos, arrastrándola hasta el extremo de sus emociones, estirando hasta casi romperla? ¿Por qué no podía controlarse y actuar con la cabeza fría, como había hecho siempre?

—¿Ellen? —La voz de Caleb llegó desde el otro lado del edificio.

—¡Aquí!

Nanette dio un respingo y rompió el abrazo.

—Ya tardabas mucho en encontrar algo que hacer para no descansar y librarte de mí.

—Esta vez no he sido yo —protestó Ellen.

Caleb asomó la cabeza al otro lado de la cortina unos segundos más tarde.

—¿Ellen? —volvió a llamarla.

—Hola, Caleb.

El muchacho sonrió a ambas, aunque no consiguió que su gesto dejara de desprender tristeza. No había sido el mismo desde la mañana siguiente al incendio, cuando descubrieron que uno de los edificios más dañados había sido la cuadra.

Encontraron a *Dun*, el caballo de pelo oscuro, calcinado, sin haber podido siquiera moverse de la cerca. Los otros dos habían tenido más suerte y habían escapado. O eso pensaron al principio. *Gilt* había desaparecido sin dejar rastro —probablemente se había desbocado y había acabado despeñándose por algún risco— y a *Ruddy* lo vieron vagando por la linde de la selva, ciego, con llagas sangrantes en las patas y el abdomen. Caleb se culpaba tanto por no haber estado pendiente de ellos que desde entonces dormía cada noche junto a él para asegurarse de que estuviera cuidado.

—Me envía Adelaide. Tenemos que salir a comprobar la canalización del agua. Debe de haber pasado algo con las lluvias, porque parece que no funciona bien. —Mientras hablaba, se balanceaba sobre los talones, nervioso—. Ya he cogido las herramientas y provisiones, por si acaso.

Ellen se contuvo para no bromear con él, pero estaba segura de que también se había guardado unos cuantos amuletos en los bolsillos.

—¿Ahora? —preguntó Nanette—. Acabo de vendarle las manos y aún no tiene la pierna bien del todo.

—Estoy perfectamente —protestó ella.

—Por lo que me ha dicho, es urgente —se disculpó el chico—. Tu madre también me ha mandado a decirte que quiere hablar contigo, Nanette.

Ella puso mala cara, pero empezó a recoger sus cosas. Nunca había sido capaz de llevar la contraria a su madre.

—Todavía no deberías estar caminando por la selva embarrada —le reprochó.

—Será poco tiempo.

Ellen ya había empezado a intentar ponerse los guantes sobre las manos vendadas. El cuero era difícil de estirar para que cupiera el volumen que había añadido a sus manos, pero, tras un gruñido de esfuerzo, consiguió calzárselos hasta las muñecas. Después, abrió y cerró los dedos un par de veces, observando sus palmas durante un instante largo con expresión absorta.

—¿Estás bien?

Ellen pegó un brinco cuando su amiga le puso una mano sobre el brazo, pero se apresuró a sonreír y esbozar una sonrisa.

—Claro —le aseguró antes de volverse hacia Caleb de nuevo—. Vámonos.

Se despidieron de Nanette rápidamente y salieron de la enfermería esquivando camastros y al poco personal que todavía no se había unido a la reconstrucción. Una vez fuera, Ellen corrió hacia su barracón para coger sus armas. Ella no creía que la selva estuviera maldita, como hacía Caleb, pero no pensaba salir ahí sin algo afilado y varias cargas de pólvora.

Cuando fue al exterior para reunirse con él, se sorprendió al ver que no estaba solo.

—¿Tom? ¿Qué hace aquí?

Thomas la saludó inclinando la cabeza.

—Su padre me envía a escoltarles, señorita Fellowes.

—Ya le he intentado explicar que donde vamos no necesitamos escolta —farfulló Caleb, aunque con expresión de haberse resignado ya a la derrota después de una discusión—. De lo peligroso que hay fuera no va a poder defendernos.

Ellen hizo como si no le hubiese oído.

—Supongo que esta vez no puedo usar la excusa de los caballos para disuadirle, teniente —dijo mientras terminaba de colocarse el cinturón. Aunque enseguida se arrepintió de haber abierto la boca, al ver por el rabillo del ojo la expresión dolida de su compañero.

—No, señorita.

Se quedaron un instante mirándose, con una sonrisa contenida.

—Y, ya que se ha unido a la partida, ¿qué tal si nos cuenta qué está pasando, señor Byrne? —interrumpió Caleb de malos modos.

El teniente dio un respingo que no supo disimular a tiempo.

—No sé a qué se refiere.

—Llevo un buen rato viendo a gente entrar y salir con mucho secretismo del edificio que se quemó la otra noche.

—Seguro que no es para tanto, Caleb —replicó Ellen bruscamente, sintiendo la necesidad de ponerse del lado de Thomas, aunque a ella también le picara la curiosidad de pronto.

Él siguió intentando esquivar el tema, con las mejillas cada vez más sonrojadas. No se le daba nada bien mentir.

—No sé qué quiere que le diga, señor Brown.

—Pues usted sabrá. No soy yo el que está encubriendo algo.

—Ya es suficiente —les cortó Ellen—. Bastante tenemos que hacer como para estar perdiendo el tiempo con conjeturas. Ya hablaremos más tarde, o por el camino.

Caleb se hizo de rogar un momento, pero tampoco quería retrasar su partida mucho más. Cualquier cosa antes que arriesgarse a que se les hiciera de noche en medio de la jungla.

—Está bien. Vámonos.

Thomas se apartó, aliviado, y les dejó liderar el camino. Ellen miró una última vez hacia atrás antes de salir del asentamiento, y le pareció ver a su padre salir de entre los escombros del edificio donde había empezado el incendio, mirando hacia ambos lados con precaución. La muchacha empezó a pensar que quizá Caleb tenía razón y que estaba pasando algo raro a sus espaldas. Pensaba averiguar el qué en cuanto volviera.



El capitán los vio partir sintiendo cómo uno de los pesos con los que se había acostumbrado a cargar se despegaba de sus hombros. Al menos su hija estaría alejada durante unas horas. Y, esperaba, a salvo.

Eso le daría margen para intentar arreglar las cosas, o por lo menos para empezar a averiguar cómo había ocurrido la última de las desgracias en cadena que no paraban de azotar a su tripulación como un viento enraizado en la tormenta.

Hansford se asomó detrás de él.

—¿Puedo salir ya o me vuelvo a la madriguera?

—Sal antes de que alguien te vea hacer el tonto.

El mayor se abrochó la chaqueta del uniforme forzando un gesto serio. Hasta a él le parecía desvergonzado bromear cuando acababa de dejar atrás el cuerpo de un camarada, pero no podía evitarlo. Su humor salía a relucir en los momentos más inoportunos, sin que pudiera hacer nada por remediarlo. Nunca había aprendido a morderse la lengua a tiempo.

—¿Vamos en busca de Adelaide, entonces? —preguntó Hansford, procurando no alzar demasiado el tono.

—No. —Fellowes le indicó que le siguiera con un gesto discreto—. Iba en serio cuando dije

que esto es asunto de la Marina Aérea. No quiero que nadie se entrometa hasta que no sepamos qué ha pasado exactamente. Ya tenemos bastantes pocas pistas de las que tirar como para que puedan comprometer la investigación.

—No me digas que le sigues dando vueltas a esa locura. Una cosa es que creer que la mujer nos oculta algo y otra, acusarla de haber asesinado a McPhee, Samuel. O que esté encubriendo su asesinato, siquiera. Porque eso es lo que estás pensando, ¿verdad? Que no murió en el incendio por una simple tragedia.

—Tú mismo me dijiste hace un rato que desconfiabas de ella.

—Sí, pero no hasta este extremo. Y ya te dije que no encuentro ninguna explicación para que nadie quisiese matar al contra maestre.

—Puede que fuera un accidente. Que se entrometiera sin querer en algo turbio y quisieran encubrir su muerte.

—Pero, en ese caso, Adelaide no hubiera intentado entrar por todos los medios en mitad de las llamas justo en el edificio donde había ocultado el cadáver. Ya lo hemos hablado. Eso sí que no tendría ningún sentido.

Fellowes se quedó pensativo.

—No, puede que no —reconoció—. Pero sigo creyendo que, de algún modo, todo tiene un nexo de unión que no estamos viendo con claridad.

—Pues vayamos desenredando la madeja paso por paso.

Caminaron en silencio un poco más, tratando de aparentar normalidad, pero sin cruzar la mirada con nadie. Era como si el aire se hubiera cubierto con una pátina gris que hacía que el mundo entero pareciera sospechoso.

Fellowes se detuvo ante uno de los almacenes del asentamiento. Cuando llegaron, estaba vacío, pero Adelaide les había permitido guardar todos los objetos que habían ido recuperando de la *Lionheart* y que no se habían unido a los bienes comunes de los habitantes de la isla. La puerta no tenía echado ningún cerrojo, pues allí dentro no había nada útil que robar —el grog, en cambio, sí que estaba a buen recaudo; e incluso así habían desaparecido un par de barriles sin dejar rastro—, de modo que tuvieron que empujarla levemente para que la madera les diera acceso con un chirrido de las bisagras oxidadas.

El señor Singh, sentado en un taburete con la pierna en alto, dio un salto al verlos. De las manos se le escapó el punzón con el que había estado practicando sus filigranas en un trozo de metal oxidado, que, por el color apagado que lucía, no acababa de malearse del todo bien.

—¡Capitán! —El maestro de navegación trató de ponerse en pie para saludar—. No le esperaba.

Fellowes le detuvo con un gesto.

—Por favor, Ranjit. No se mueva.

Él se lo agradeció sinceramente y volvió a dejarse caer sobre su asiento con alivio.

—Todavía no he terminado de elaborar la lista, si es lo que viene a preguntarme. Lo siento,

señor.

—No, no. —Fellowes agitó una mano y con la otra se pellizó el puente de la nariz mientras cerraba los ojos, exhausto de repente—. Quédese tranquilo por eso.

Hansford avanzó para hacerse con un par de barriles vacíos de los que había amontonados en una esquina y acercarlos hasta donde estaba el capitán. Singh gimió por lo bajo al ver el desbarajuste en su precioso orden, pero no se atrevió a decirle nada al mayor.

—Quizá sería mejor que nos sentemos todos —dijo mientras abría las piernas para apoyarse a horcajadas sobre aquel cilindro—. Porque supongo que sería demasiado pedir que pudiéramos contar con una buena taza de té inglés por aquí.

—Si mi sobrino Arshad estuviera aquí, le diría que el té de verdad no es inglés precisamente, *lord* Hansford —comentó el señor Singh en tono jocoso—. Es muy susceptible con esas cosas.

—Pues el joven señor Singh va a tener que retarse a duelo conmigo como se le ocurra defender semejante majadería en mi presencia —replicó el mayor, mordaz, aunque con una sonrisa—. ¡Habrás visto! Insultar de tal manera una de nuestras más gloriosas costumbres.

—Como no dejes de decir tonterías, voy a tener que pedir al Almirantazgo que te trasladen a otro barco, Arthur —dijo Fellowes con una expresión difícil de distinguir entre la seriedad y la broma.

—¿A otro barco? ¡Cómo voy a irme! Tienes a un primer teniente irlandés y a un maestro de navegación indio. Hasta contabas con un timonel danés y a un contramaestre escocés, que en paz descansen. ¡Tengo que quedarme por el bien de la Armada! —Golpeó la madera con la palma—. Como me vaya, no vas a dejar ni a un maldito inglés a bordo de la pobre *Lionheart* en cuanto remonte el vuelo.

La risa del señor Singh se congeló de pronto y palideció.

—¿Qué le ha pasado al señor McPhee?

Fellowes suspiró. Aquel limbo de despreocupación había sido un regalo efímero, y encima les había vuelto descuidados. Singh no se merecía enterarse así de la noticia.

El capitán habló con voz grave, sin recrearse demasiado en los detalles. Una sucesión de datos, los pocos que tenían hasta el momento, y nada más. La pena del maestro de navegación no necesitaba de más morbosidad.

—Lo siento mucho por usted, señor Singh —añadió al acabar su relato—. Sé que el señor McPhee y usted eran buenos amigos.

El hombre había escuchado con la cabeza gacha y la mandíbula tensa.

—Gracias, capitán —dijo con un hilo de voz—. Pero todos hemos perdido a compañeros queridos estos días. Hasta Cormac decía que no daba abasto con las subastas de las pertenencias de los caídos entre los supervivientes. Que, incluso con todo lo que perdimos en el naufragio, había tenido que hacer lotes de varios baúles para no eternizarse. Y ahora de él no nos queda ni su violín...

—Todos sentimos la pérdida del señor McPhee, se lo aseguro. Y los marineros más que nadie,

en cuanto se enteren.

El señor Singh alzó la vista de sus manos enroscadas sobre el regazo por primera vez.

—¿Es que no lo saben?

—Sólo unos pocos, no hemos querido correr la voz hasta que no estuviéramos seguros de lo que pasó en ese incendio —respondió Fellowes—. No quiero precipitarme en conclusiones, pero tampoco saltarme ninguna pista.

—No le digo que no tenga razón, señor. Los hombres son honrados, pero les pierde la superstición. Seguro que acaban achacando la muerte de su contra maestre a esas malditas historias de los espíritus de los cimarrones. Ya hasta he llegado a oír rumores sobre que fueron ellos los que provocaron el incendio, como si un fantasma pudiera prender una hoguera.

Fellowes frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—¿No ha oído las historias? —preguntó Singh, sorprendido—. No han parado de circular entre los marineros desde que llegamos. Alguno de los hombres de los Levertone debió de soltar la lengua y ahí empezó a propagarse. ¿No ha notado que los que vivían en la isla antes que nosotros nunca quieren salir a la selva, o si lo hacen salen en grupos y bien armados, a pesar de que juran que no hay animales peligrosos ahí fuera? Incluso cuando sólo van a recoger unas cestas de fruta.

—Ellen me contó algo de esos cuentos, pero nunca llegó a explicármelos —apuntó Hansford.

—Pues dicen que el terreno donde estamos perteneció a los españoles hace tiempo. Una colonia en las Indias Occidentales como cualquier otra. Algún terrateniente tenía aquí sus riquezas y sus esclavos, a los que debían de tratar de la manera más cruel, hasta que estos se sublevaron en algún punto y acabaron matando a todos los españoles. —Singh arrugó el gesto—. A partir de aquí hay varias versiones. Algunos dicen que Dios les castigó por su pecado y les envió unas fiebres que acabaron con los cimarrones. Otros dicen que escaparon hacia el norte y abandonaron a su suerte esta isla. Sea como sea, dejaron tras de sí una leyenda tan macabra que ningún español ha vuelto a poner los pies aquí, y desde luego ninguno de los descendientes de sus antiguos propietarios se ha atrevido hasta ahora a reclamar la herencia.

—Vaya con los españoles. Nunca pensé que su holgazanería fuera más fuerte que su avaricia —dijo Hansford con una sonrisa socarrona.

—No creo que usted sea el más indicado para criticar ninguna de las dos, mayor. —Fellowes le dirigió una mirada penetrante, y el mayor decidió no seguir hablando. El capitán volvió a centrar su atención en el indio—. ¿Y qué tiene que ver eso con la selva?

—Las leyendas cuentan que la isla en sí misma está maldita, y que los espíritus de los muertos en esa revuelta, amos y esclavos, todavía pueblan la espesura, cazándose unos a otros. El único sitio en el que se está a salvo es en los límites del asentamiento, pues un sacerdote bendijo la tierra cuando llegaron los primeros colonizadores.

—Ahora ya entiendo por qué Brown tenía esa cara de estar aguantando una diarrea cuando nos acompañó el día que llegamos a por los cañones. Nunca pensé que fuera un supersticioso. Pobre

muchacho. Parecía tener algo más de sesera que la mayoría.

—Es difícil no caer en la trampa de la sugestión cuando todo el que te rodea cree en algo a pies juntillas —repuso Singh—. Por lo que sé, Adelaide ha intentado sin éxito desterrar esas historias desde que ella y su grupo llegaron aquí.

—¿Y esas historias corren también entre nuestra tripulación?

—Como la pólvora prendida por una mecha, señor.

Fellowes gruñó.

—Parece mentira, con todos los avances de la ciencia alquímica a nuestro alcance y seguimos con estas supercherías... Algunos parece que siguen viviendo en los tiempos de antes del Segundo Renacimiento. —Suspiró—. Eso no va a hacer más que dificultarnos aún más la tarea. Además de a asesinos, voy a tener que enfrentarme a cuentos de viejas.

—Aun así, señor —intervino Singh—, creo que podría hablar con los jefes de las divisiones para que averigüen si alguien vio cualquier cosa fuera de lo común la noche del incendio. Por ahora lo habíamos encasillado como un accidente sin hacer muchas más pesquisas, ya que no había nada sospechoso, pero quizá se puedan refrescar las memorias.

—Pero con mucha discreción, señor Singh.

—Por supuesto, señor.

El capitán tamborileó con los dedos sobre sus rodillas. Debía ponerse en marcha si quería cumplir con su obligación y llegar hasta el fondo del asunto, y cuanto antes. El problema era que no sabía ni por dónde empezar.



Parecía que el final del sendero no iba a llegar nunca. Thomas resopló entre jadeos, con las manos en las caderas y el cuerpo echado hacia delante, intentando llenar los pulmones, que sentía arder con un regusto a sangre en la garganta. Pero el aire era demasiado denso, cargado de humedad y de mosquitos que ignoraban todos sus intentos por espantarlos, y apenas consiguió recobrar un mínimo de fuerzas para seguir adelante.

Caleb y Ellen se habían adelantado colina arriba, charlando despreocupadamente y dejándole atrás, como si a ellos no les costara ningún esfuerzo aquella escalada. El teniente no entendía cómo podían haber avanzado tanto cuando se suponía que las zancadas más largas deberían haber sido las suyas, y todo ello contando con que la señorita Fellowes todavía cojeaba de una pierna. Pero él no estaba acostumbrado a recorrer esas distancias. Thomas se movía bien en las proporciones reducidas de un barco, manteniendo el equilibrio entre las ráfagas de aire, siempre que no tuviera que descolgarse demasiado por los cabos. El capitán tenía razón: las granjas irlandesas no se parecían en nada a una jungla en las Antillas.

Al principio pensaron que sería fácil encontrar el punto donde se había producido el fallo de la canalización. Bastaría con seguir el trazado desde el asentamiento hacia el manantial, en el sentido contrario del que fluía el agua. Pero no habían tenido en cuenta que se habían practicado varias reparaciones desde que se construyó, hechas con distintos materiales que no siempre se habían podido unir del todo a su posición inicial; y todo ello sumado a los estragos de la época en la que la isla fue abandonada, dejando algunos fragmentos expuestos y otros bajo tierra o las raíces de algún árbol. Además, los torrentes que había formado la última tormenta lo habían destrozado por varios sitios. Para cuando quisieron darse cuenta, el cielo rojizo del atardecer ya estaba sobre ellos.

Aquel tramo era el último que habían decidido recorrer antes de darse por vencidos, esperando que al día siguiente pudieran regresar a la espesura a trabajar y así devolver la corriente de agua limpia hasta el pozo del asentamiento. En los tejados siempre tenían depósitos preparados para almacenar agua de lluvia, pero Thomas sabía bien, por su experiencia aprovisionando barcos para cada travesía, la ingente cantidad de agua que consumía una pequeña población humana por jornada. No alcanzarían a abastecerlos a todos durante mucho tiempo si no conseguían llegar hasta

el manantial.

—Esto está destrozado, no podemos arreglarlo. Va a haber que sustituir el caño entero —oyó que decía Caleb cuando por fin consiguió alcanzarles.

—Podemos intentar volver antes de que anochezca para pedir ayuda y encontrar un recambio —respondió Ellen—. Algo más resistente.

—No tenemos tiempo. —La muchacha alzó una ceja en su dirección, pero él le señaló los parches de cielo que se colaban entre las copas de los árboles—. Ellen, mira la poca luz que queda.

El magenta ya se había casi difuminado al azul oscuro y las primeras estrellas de la noche los saludaban con su fulgor entrecortado. Thomas alzó el cuello también. Todavía le costaba recordar que la transición entre el día y la noche era mucho más corta y brusca allí, tan cerca del ecuador del mundo, que en casa.

—No nos hemos alejado mucho y el camino es casi recto. Seguro que podemos alcanzar las casas aunque esté oscuro.

—No pienso caminar de noche por la selva. No es seguro —replicó Caleb tajantemente. Un escalofrío le estremeció la espalda y le erizó el vello—. Ya les hemos tentado bastante.

Thomas frunció el ceño, desconcertado.

—¿A quién?

Caleb arrugó la boca.

—No lo entendería.

—¿Qué hay que...?

En ese momento, Ellen carraspeó.

—Está bien, no pasa nada —dijo para mediar entre ambos—. Dame un minuto, Caleb.

Antes de que ninguno pudiera replicar, Ellen respiró hondo y se aupó por el tronco del árbol más cercano. Escaló hasta una de sus ramas más gruesas para otear la colina que les rodeaba por encima de la espesura. Pareció ver algo que le complació, porque poco después se había descolgado de nuevo hasta el suelo.

—Las ruinas del barco de los Levertone están cerca, las veo brillar desde aquí. Podemos acampar por allí y volver en cuanto amanezca —anunció, satisfecha, e intentó disimular una mueca de dolor al frotarse las manos—. Has traído algo de yesca y pedernal, ¿verdad, Caleb?

Caleb había empaquetado de todo, por si acaso. No tuvieron que salirse demasiado del camino hasta encontrar el lugar que la muchacha había divisado. La selva se abrió hasta despejar el camino al cráter de troncos caídos y los restos de un casco maltrecho cubierto de maleza.

Ellen se estremeció cuando los recuerdos la golpearon. Todavía tenía pesadillas con esa caída al vacío, pero ella misma había sugerido aquel lugar para el campamento, a sabiendas de que allí estarían resguardados. Escogió un trozo de tierra más o menos despejado de maleza, un pequeño claro en medio de la espesura que había dejado uno de los palos al desmoronarse tras el impacto. Junto a él había ido a parar un pedazo de la popa, donde la poca pintura que la humedad no había

conseguido carcomer todavía dibujaba las letras de su nombre, que brillaron con el tacto de sus guantes. *Eurydice*. Un nombre maldito, que esta vez no tenía a nadie que fuera en su busca al reino de la muerte.

Mientras los otros dos intentaban encender una pequeña hoguera, Ellen encontró el modo de acomodarse en la madera como si se tratase del respaldo de un diván —aunque más áspero y lleno de maleza e insectos—, y en el mantillo del suelo que lo rodeaba a modo de colchón. No era demasiado confortable, pero a esas alturas ya se había resignado a que encontrar escarabajos en el lecho donde dormía era el menor de sus problemas. Con asegurarse de que no iban a acostarse sobre la madriguera de ninguna alimaña con colmillos era suficiente.

Suspiró. Echaba de menos dormir en una cama que se asentara sobre cuatro patas. Una en la que pudiera echarse sin tener que inspeccionar cada noche en busca de víboras o escorpiones. Había tantas cosas que antes le parecían insignificantes y en ese momento resultaban una quimera... Pasear por el jardín despreocupadamente. Ropa limpia en el arcón. O incluso disponer de trapos suficientes con los que recoger las sangres que aparecían con cada luna y que no tardarían en volver a iniciar su ciclo. La pesadez de vientre que la acompañaba desde hacía dos días era un aviso igual de efectivo que una fanfarria.

—Hay que organizar las guardias —dijo Caleb cuando por fin la yesca prendió y chisporroteó entre sus dedos, mientras el teniente soplabla para mantenerla viva.

—Dividiremos la noche en tres, con uno que vigile cada vez nos apañaremos —respondió ella. Thomas frunció el ceño.

—Creía que no había ninguna bestia peligrosa por la isla.

Caleb se estremeció, frotándose las palmas de las manos con nerviosismo.

—Nada con colmillos y garras si es a lo que se refiere, teniente.

—El fuego mantendrá alejados a los bichos que pueda haber —intervino Ellen—. Y, aunque sólo sea por si acaso, no creo que sea mala idea. Somos tres, no son demasiadas horas para cada uno.

Pero esta vez Thomas no dejó que desviara el tema tan fácilmente:

—Si hay algo ahí fuera que sea un peligro para nuestra seguridad, creo que debería saberlo.

Ellen y Caleb se miraron.

—No hay nada por lo que preocuparse, Tom —le aseguró ella.

—Sólo porque él no haya sentido todavía a los espíritus...

Pero Ellen le chistó para zanjar el tema.

—Yo haré el primer turno, el teniente Byrne puede hacer el segundo y tú el último, Caleb, que así te tocará el amanecer. —Su voz no admitía réplica—. Duerman las horas que puedan, señores. Le avisaré cuando sea su turno, teniente.



Pero el sueño no dejó que Thomas descansara. Se revolvió en el sitio, todavía dormido, con un

rictus de angustia. Algo le perseguía entre la bruma, haciéndole huir por la oscuridad más profunda de sus pesadillas. Pero no podía correr. No era tan rápido. Su cuerpo era torpe y pesado. ¿Eso se trataba de un cañonazo? ¿Un grito? ¿Qué pintaba allí la melodía de un violín? Sólo sabía que esa presencia seguía detrás de él, acechando. Cazando. Y él era la presa. Era demasiado tarde...

Justo cuando aquella garra invisible estaba a punto de alcanzarle, despertó.

Se incorporó de repente, con las uñas clavadas en la tierra y la mandíbula apretada con tanta fuerza que le dolían las muelas. No recordaba qué era exactamente aquella amenaza, pero la sensación de angustia en su corazón galopante no se había desvanecido con las imágenes de su sueño. Tuvo que respirar hondo dos veces para recordar que estaba en medio de la jungla, a salvo, junto a la hoguera que habían encendido para acampar aquella noche.

Aún seguía sin entender qué era lo que Caleb temía tanto, pero tenía que reconocer que el chisporroteo de las llamas resultaba reconfortante, incluso en medio del calor del trópico. No terminaba de creerse que no iba a encontrar los colmillos de ningún jaguar rozando su cuello mientras dormía. ¿Era eso con lo que había soñado? El corazón no podría haberle latido más rápido si hubiese tenido que huir de una bestia salvaje de verdad.

Se desperezó lentamente, estirando el cuello hacia ambos lados hasta que oyó crujir las vértebras. Aquello liberó algo de la tensión que había acumulado. Más tranquilo, hizo rodar el cuerpo hacia el fuego, preguntándose si estaría ya cercana la hora de su guardia.

El rincón donde se había acostado Caleb estaba vacío, pero Ellen se había incorporado desde que empezó el turno y estaba sentada sobre el cilindro de madera del palo caído, con las piernas cruzadas y la mirada perdida. Su expresión era triste.

—¿Señorita Fellowes? —Thomas se levantó para ponerse a su altura—. ¿Dónde está el señor Brown?

La muchacha se sobresaltó al escuchar su voz, que la arrancó de su trance.

—Tom, pensaba que estabas dormido. —Sonrió, aunque el gesto parecía forzado—. Caleb ha ido... a aliviar una urgencia.

El teniente se apoyó en el tronco, mirando un momento hacia la espesura, que parecía incluso más negra a contraluz.

—Me sorprende que se haya atrevido a dar un paso fuera, con el pánico que le tiene a los árboles.

—No son los árboles.

—Pues, por cómo habla, parece que tema que a la selva le vayan a salir tentáculos y a devorarlo como uno de esos krakens de piedra que dicen que los alquimistas han escondido en los océanos.

—No tiene nada que ver con la selva. No en sí. —Ellen suspiró—. Caleb es valiente, e intenta controlarse, pero es difícil no hacer caso de todas las historias que corren. Ha visto demasiadas cosas. No me puedo ni imaginar lo difíciles que fueron los primeros meses, cuando los suyos llegaron a esta isla, completamente abandonados. No sé lo que pasó entonces, pero debió de ser

muy duro. Supongo que es fácil caer en las supersticiones cuando todo lo que te rodea es hostil y ves a tus compañeros caer como moscas. Incluso después de todo este tiempo, Adelaide no ha podido quitarles esas tonterías de la cabeza, por mucho que lo ha intentado.

—Sigo sin entender muy bien a qué tiene miedo.

—A los espíritus que dicen que siguen anclados en esta tierra, buscando venganza. —Hizo un gesto hacia la negrura que los envolvía—. Unos temen que los que llevaban cadenas vengan a cobrarse su revancha. Caleb tiene miedo a que los otros lo confundan con uno de ellos y devoren su alma.

Thomas se quedó callado un segundo.

—Parece que están muy unidos.

No quiso sonar dolido, pero sus gestos y su voz siempre se empeñaban en traicionarle. Ellen sacudió la cabeza y sonrió.

—Caleb fue de los primeros en tratarme como una más desde que aterricé aquí... y casi desde que tengo memoria. Me hizo sentir necesaria. Útil. Levantar el asentamiento ha sido un trabajo en equipo, y es obvio que él es la mano derecha de Adelaide. —Hizo una pausa para mirarle directamente a los ojos—. Como tú de mi padre.

Thomas se echó a reír.

—Me temo que ese honor corresponde al mayor Hansford, señorita Fellowes.

La chica se aferró al silencio. Cuando por fin habló, su tono había cambiado:

—Ellen —le corrigió con voz queda, sin atreverse a mirarle a los ojos—. Cuando estabas en casa, a veces me llamabas Ellen.

Él notó cómo la sangre subía a sus mejillas hasta hacerlas arder, y no por el calor de las llamas. Por primera vez en semanas, le empezó a picar la cicatriz.

—Sólo cuando no estábamos en compañía.

—Aquí estamos solos. —Ellen calló un instante, sin despegar la vista. Pero enseguida echó el cuerpo hacia atrás y cambió de tema—: ¿Qué trama mi padre, Tom?

El teniente sintió que se le caía el alma a los pies. Había dejado que sus esperanzas alzaran el vuelo demasiado pronto.

—No sé a qué se refiere —dijo, aunque sabía que todo su cuerpo seguía delatando que mentía.

Ella chasqueó la lengua.

—Antes le quité a Caleb de encima para que no siguiera preguntando, pero eso no significa que sea ingenua ni incapaz de reconocer una ley del silencio cuando la veo. Sé que hay algo que está ocultando.

—Entonces sabrá que no puedo decírselo, señorita Fellowes.

La muchacha sintió cómo la rabia le revolvía las tripas, pero no quería pagarlo con él. Sabía que no tenía la culpa. No podía enfadarse con el teniente por mantener su lealtad... ni tampoco consigo misma por dejarse llevar un instante allí donde no les veía nadie, ¿verdad? Unos segundos de locura en los que actuar sin pensar por una vez, en los que no sentirse responsable. Ser libre.

Allí, perdida en mitad de la selva, en la soledad del océano. Tan lejos de casa que todo parecía desdibujarse en la neblina de los sueños.

—Ellen —insistió—. Por favor.

Alargó la mano inconscientemente hasta posarla en su brazo, y Thomas sintió su contacto cálido a través de la camisa. Miró hacia abajo y vio que la muchacha se había quitado los guantes. El nudo de la venda se había aflojado con el roce del cuero, haciendo que la tela empezara a desprenderse y dejando la piel al descubierto. Tenía las palmas enrojecidas y llenas de heridas a medio cicatrizar, con tiras de un fino pellejo blanquecino y desollado allí donde los arañazos surcaban la piel y las ampollas habían reventado.

En cuanto Ellen se dio cuenta de que las grietas de sus heridas sobresalían, apartó la mano con brusquedad y ocultó sus palmas, encogiéndose. Thomas se quedó paralizado. ¿Había hecho algo malo sin darse cuenta? Se quedó quieto, sin saber muy bien qué hacer, hasta que vio el reflejo anaranjado de una lágrima resbalando por su mejilla. Aquello le desconsoló.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmado—. ¿Es por los restos del barco? ¿Le trae malos recuerdos?

—No es nada.

—Ellen. —Habló con voz suave y se acercó a ella con cautela, temeroso de hacerla sentir incómoda; pero no podía verla así—. ¿Es por las manos?

La muchacha intentó quitarle importancia sacudiendo la cabeza.

—Es una tontería. —Forzó una risa—. Ni siquiera me duele tanto.

Thomas le tendió las manos y ella, tras dudar un momento, colocó las suyas entre sus dedos. El teniente agarró la venda y la desprendió despacio. Su tacto nunca había sido delicado —más bien bruto—, pero Thomas intentó que sus manos de gigante fueran lo más cuidadosas posible, deshaciendo cada vuelta en un movimiento suave hasta que llegó a la parte donde la tela estaba impregnada de los restos de sangre. Retiró la venda del todo y la dejó estirada sobre su rodilla, antes de pararse a examinar las heridas.

—Tienen aspecto de doler bastante.

Ella se encogió de hombros y forzó una sonrisa, haciéndose la valiente.

—Nanette hizo un buen trabajo. Quitó todos los restos de tierra del acantilado, y las astillas y la ceniza del incendio.

—¿No te escocían teniendo todo el día los guantes puestos?

La muralla se resquebrajó por su punto más débil, y Ellen a duras penas pudo contener un sollozo.

—Por no llevar los guantes sucedió esto —se reprochó con rabia—. Es culpa mía. Me pasa por no pensar las cosas.

—Le salvaste la vida a un niño —le recordó él.

Pero Ellen ya no escuchaba, había entrado en el bucle frenético que le roía la conciencia desde el día del incendio.

—Tendría que haberme quedado quieta. Si no hubiera salido corriendo..., si me hubiera puesto a cubierto... Y mi padre se echa la culpa... Estoy rota..., maldita..., mis manos sólo son... — Ahogó otro sollozo—. Mi madre siempre tiene las manos perfectas.

Thomas no entendió ni una palabra, pero supo que no era el dolor físico lo único que le hacía saltar las lágrimas. La mirada de la muchacha destilaba auténtico horror hacia sí misma y eso hizo que se le encogiera el corazón.

—Una vez me dijiste que las cicatrices hay que llevarlas con más orgullo que las medallas.

—A una dama no se le conceden medallas.

—A ti deberían brindarte todas las del Imperio.

Por primera vez, Ellen levantó la cabeza. Sus miradas se cruzaron bajo el brillo de la hoguera, mientras las manos de ambos ardían con el contacto con más intensidad que el roce de las brasas. El paso de los segundos lo hizo tan intenso que Thomas tuvo que romperlo, turbado.

—Deja que vaya a por la cantimplora y te limpie las heridas. Y tenemos que encontrar un paño limpio para volver a vendarlas. —Carraspeó.

Ellen asintió y esperó pacientemente mientras él trabajaba. El teniente evitaba por todos los medios mirarla a los ojos, aunque de vez en cuando alzaba la vista cuando notaba que sus manos temblaban cuando las tocaban el agua y el paño, y aspiraba entre dientes.

—Tú también fuiste muy valiente, Tom —dijo después de un rato. Su voz todavía estaba tomada, pero se la veía más serena, dueña de sí misma—. Sacaste a los niños de las llamas, y luego te lanzaste a rescatarme a mí.

Él volvió a encogerse y a bajar la mirada.

—Fui un estúpido. Casi nos mato a los dos. No sé por qué no dejaste que todo el mundo lo supiera.

Ella dudó y torció el gesto.

—No quería que te sintieras mal delante de la tripulación después de lo que dijo Lawrence esa mañana. Sé que te dolió todo lo que dijo sobre tu padre.

—Algo de razón tenía. Era un traidor.

—Pero tú no. Ni un cobarde.

—Sólo un inconsciente. —Cerró los ojos, controlando la rabia—. Siento haberte puesto en peligro por salvarme de mi propia estupidez.

—Nunca hubiera dejado que te pasara nada, Tom. Y menos por mi culpa.

Las manos de Thomas se detuvieron. Ellen lo miraba con una intensidad tan abrumadora que arrastró como un torrente cualquier otro pensamiento que hubiera podido cruzarse por su cabeza. Deslizó los dedos por el dorso de sus manos —tan pequeñas que podría envolver ambas con una de las suyas— y, sin pensarlo, se las llevó a los labios para besar sus palmas. Ellen jadeó por la sorpresa. Pero no las apartó, sino que, cuando sus labios se separaron de la piel, las hizo resbalar por sus mejillas hasta rozar la cicatriz que las surcaba con la yema de los dedos.

En ese instante, un ruido avanzando entre la maleza los sobresaltó y los devolvió a la realidad.

Se separaron de un salto, alejándose del otro y girando el tronco hasta casi darse la espalda.

Caleb apareció a la luz del fuego, terminando de abrocharse el pantalón. Parecía nervioso y a la vez aliviado de dejar atrás la espesura, pero su expresión mutó al desconcierto al ver a sus dos compañeros tan tensos. Sobre todo al darse cuenta de la gravedad con la que lo fulminaban los ojos de Ellen.

—¿Ya es mi turno?

El teniente carraspeó, incorporándose del tronco con torpeza, buscando algo con la mirada que pudiera salvarle de su propio aturdimiento.

—Disculpad, yo también necesito ausentarme —dijo antes de salir corriendo.

Caleb lo observó alejarse sin entender nada, y menos cuando Ellen le dio la espalda, enfurruñada.

—¿Ha pasado algo? —dijo, y se sentó junto a la hoguera.

—No, nada —replicó ella con rapidez mientras se dejaba caer sobre el tronco y se encogía sobre sí misma. El momento se había roto, y el peso que cargaba sobre los hombros lo sentía más asfixiante que nunca. A estas alturas debería saber que dejarse llevar tenía sus consecuencias.

Mientras tanto, Thomas se alejaba a toda prisa.

Sólo había querido una excusa para salir de allí, pero ahora se encontraba en medio de una jungla desconocida y salvaje, sin rumbo ni valor para volver atrás y enfrentarse a una dolorosa realidad. ¿En qué estaba pensando? Nunca debía haber aceptado aquella misión. Debería haber insistido en quedarse en el asentamiento y ayudar a investigar la muerte de McPhee. Debería haberse conocido lo suficientemente bien a sí mismo como para saber que, después de lo que había pasado aquella noche, no iba a ser capaz de esconder nunca más sus sentimientos, pero Ellen —«la señorita Fellowes», se recordó— seguía siendo la hija de su capitán y una mujer prometida. Él no tenía nada que ofrecerle ni probablemente lo tendría nunca. La había pillado en un momento de debilidad, nada más. Se maldijo de nuevo. ¿En qué demonios estaba pensando?

Sus pies se movían como los de un autómatas por la oscuridad desconocida, con su mente estaba demasiado ocupada como para prestar atención a las pocas señales que el brillo de la luna le daba desde las rendijas por las que se colaba entre los árboles. No había avanzado ni cinco minutos cuando su bota derecha se hundió en el vacío y, de repente, sintió como todo su cuerpo caía rodando por un terraplén.

Quiso gritar, pero no le dio tiempo.

En la caída se fue golpeando por todas partes, como un pelele de boxeo, aunque intentó protegerse la cabeza con los brazos. Una roca especialmente puntiaguda se clavó en su rodilla en uno de los rebotes, y también sintió la camisa desgarrarse por el hombro izquierdo en un crujido que le recordó demasiado a las velas de la *Lionheart* en su última batalla.

No supo cuánta distancia recorrió rodando como un saco en el puerto, pero, a juzgar por el dolor que estalló cuando el mundo por fin dejó de girar, debía de haber acabado muy lejos del campamento. Thomas se levantó como pudo, asegurándose de que no se había roto nada —aunque

la rodilla le daba pinchazos a cada movimiento que hacía—, e intentó ubicarse.

No necesitó más que un vistazo rápido para tenerlo claro: estaba perdido.

Su mejor opción era buscar algún rastro conocido, aunque fuera la maleza que había arrastrado en su caída. Pero allí abajo la luz de la luna se filtraba mucho menos que en lo alto de la colina, y apenas percibía ninguna diferencia entre tantear el terreno con los ojos cerrados que abiertos. Intentó avanzar despacio, asegurando cada paso para no volver a caer, con las manos siempre por delante. Sus dedos rozaron hojas humedecidas por la condensación del aire, algún insecto que salió corriendo en cuanto lo notó encima y, de repente, el tacto frío y rugoso de una roca. ¿Estaría cerca de la playa? El olor a salitre era intenso, al menos.

Avanzó un poco más siguiendo el recorrido de la piedra hasta que notó una corriente de aire que lo sacudía desde su interior. Una cueva. Asomó la cabeza con cuidado, dejándose llevar por la curiosidad. Al fondo parecía el brillar el reflejo de una luz desconocida. Dio un paso más y el taconeo de sus botas rebotó en el eco de las paredes. Si había luz al final de aquella cueva, quizá podría seguir su recorrido hasta llegar al otro lado. Con un poco de suerte, allí la maleza estaría más despejada y podría encontrar el camino de vuelta, o quizá llegar al asentamiento para pedir ayuda.

No tenía un plan mejor.

A medida que iba adentrándose en la roca, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. El sonido de su respiración se acrecentaba entre aquellas paredes, y a veces no estaba del todo seguro que se hallara totalmente solo. Empezaba a entender cómo una persona tan cabal como Caleb podía dejarse llevar por las historias de fantasmas.

Sin despegar las manos de la roca, dobló un recodo con cautela. Al dar el siguiente paso, sus pies se hundieron en el agua. Retrocedió a tiempo, antes de hundirse por completo en lo que parecía una pequeña laguna, a juzgar por lo poco que podía intuir en la oscuridad. Pegó la espalda a la pared y avanzó de lado.

La luz que había visto al principio había desaparecido, sumiéndole de repente en un momento de desasosiego. El teniente intentó respirar hondo y convencerse a sí mismo de que siempre podía volver por donde había venido, que sólo tenía que seguir la roca en dirección contraria, aunque no distinguiera nada más allá de su nariz.

De improviso, como si la luna hubiera sido cubierta por las nubes y hubiera vuelto a emerger en el firmamento, un rayo de luz plateada se coló por una grieta del techo hasta bañar la superficie del agua. Thomas soltó una palabrota. No podía ser verdad lo que estaba viendo.

Flotando en medio de la laguna como una aparición, descansaba la silueta blanquecina de un barco con las velas plegadas, listo para zarpar.



El capitán se quedó un instante sentado y en silencio después de que el señor Lloyd cerrara la puerta tras él. Meditaba con los ojos cerrados y un nudo en la garganta.

«Pobre hombre», pensó Fellowes. Había acudido a él para comentarle unos síntomas extraños que había detectado en uno de los holandeses y, a cambio, se había topado con que, en su lugar, tenía que entregar el informe de autopsia de uno de sus mejores amigos. Pero ¿quién no apreciaba a McPhee?

El cirujano había insistido varias veces en que él no era médico para poder emitir un juicio fiable, pero Fellowes dudaba que de cualquier miembro del Royal College de Londres hubiera visto tantos cadáveres abiertos como él. O incluso juntos. Si él decía que McPhee había sido apuñalado por la espalda antes de quemar su cuerpo —probablemente para ocultar el crimen—, el capitán no tenía ninguna razón para no creerlo. Sobre todo porque tenía en la mesa el fragmento carbonizado de la hoja que algún desgraciado había utilizado para acabar con la vida de su querido contramaestre. Se lo habían sacado de las costillas, donde debía de haberse quedado incrustado en la última cuchillada que lo había rematado. Aquel puñal lo había dejado desangrándose como a un cerdo, y él pensaba averiguar a quién pertenecía.

Tres golpes resonaron en la madera de la puerta.

—Adelante.

—¿Capitán Fellowes? A sus órdenes, señor. El señor Lloyd dijo que quería verme.

El hombre hizo un gesto para que Phillip Cox entrara en la estancia y se acercara hasta él. El guardiamarina obedeció, portando su sombrero de copa bajo el brazo, y se cuadró delante de él. Tenía mucho mejor aspecto sin el tinte pálido de la muerte sobre la cara, aunque su uniforme seguía reflejando los estragos de su herida, con manchas parduzcas de sangre seca que no acababan de aclararse y remendones en varias costuras.

—Así es. —Fellowes suspiró—. Entre, señor Cox. Me alegra verle en pie y ya sin ayuda.

El guardiamarina asintió. Hacía ya dos días que podía recorrer de un lado a otro la calle principal del asentamiento sin la ayuda de ningún bastón.

—Gracias, señor.

—Espero que haya podido descansar estos días en la enfermería, pues tenemos trabajo por

delante.

—Sí, señor. Ha sido un alivio poder dormir sin algodones en los oídos para escapar de los ronquidos del señor Byrne.

Fellowes contuvo como pudo una carcajada. No era el momento. Tenía que ponerse serio.

—Bien, será mejor que me escuche con atención —dijo, cambiando el tono a uno más severo—. Me gustaría darle esta noticia en mejores circunstancias y por razones distintas, pero las necesidades del servicio son las que son. Enhorabuena, señor Cox. A partir de ahora, es usted teniente en funciones de la Marina Aérea Británica, al servicio de su majestad.

Phillip se quedó de piedra durante un segundo eterno. Intentó balbucear una respuesta, pero su lengua no quería formar palabras. Tuvo que carraspear dos veces y tragar saliva para volver a recobrar el control sobre sí mismo.

—Muchas gracias, capitán. Señor. Es... un honor. —Volvió a toser—. Señor.

—Que conste que no se me ha olvidado lo que le dije sobre su examen, teniente —recalcó—. Va a tener que estudiar muy duro para que el Almirantazgo ratifique su cargo.

—Sí, señor —se apresuró a asentir—. Gracias, señor.

—Esto espero, teniente. —La voz del capitán se suavizó un tanto al pronunciar su nuevo título, y hasta casi sonrió.

Phillip tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ponerse a saltar allí mismo. No sabía cómo calmar los nervios y la emoción, así que se limitó a balancearse sobre los talones al mismo tiempo que intentaba mantener el cuerpo recto y la expresión solemne.

—¿Sabe dónde está el teniente Byrne, señor? —se atrevió a preguntar al fin.

—¿Byrne? Salió ayer con el señor Brown y mi hija a hacer unas reparaciones en la selva. La verdad es que no pensaba que fueran a tardar tanto ni que fueran a pasar la noche fuera..., pero no puedo decir que no me alegre que la hayan mantenido alejada un poco más —añadió para sí mismo—. ¿Por qué lo pregunta?

Retorcó el sombrero entre las manos.

—Es una vieja apuesta, señor. El señor Byrne apostó conmigo a que conseguiría el ascenso a teniente antes del próximo Año Nuevo.

Fellowes le observó con gesto serio.

—Nada de dinero de por medio, espero.

—No, señor —se apresuró a aclarar—. Pero ahora le debo dos botellas de vino para mojar mis galones.

—Pues será mejor que siga la tradición y sea más metafórico que literal, teniente. Por lo menos hasta que se pueda hacer un uniforme nuevo. Este no tiene pinta de poder soportar muchas más aventuras. —Alzó una ceja mientras señalaba su ropa maltrecha—. Y me alegro de que el señor Byrne y usted hayan dejado atrás sus diferencias, si me permite decírselo.

Phillip se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—No creí que le fueran a llegar esos rumores, capitán. Lo siento.

—Mi función es que la tripulación trabaje como los engranajes de un reloj, señor Cox. Y eso pasa por saber cuándo hay problemas entre mis oficiales. —El capitán se levantó de la silla y fue hacia la ventana, que tenía las guardas de madera casi cerradas para protegerles del inclemente sol del trópico—. No me ha llegado exactamente cuál fue el problema entre ambos, si es lo que le preocupa. Sólo que intercambiaron palabras en un tono no demasiado adecuado.

—Lo siento, señor —repitió Phillip, avergonzado, y con cierto temor de que Fellowes fuera a pensárselo mejor y a retirarle el ascenso por insubordinado.

—Mientras sólo haya quedado en esto, no me concierne. —El capitán se giró hacia él—. Pero, si me permite un consejo, teniente, le diré que cuide mucho de sus amistades. Se pierden mucho más fácilmente de lo que se consiguen, y son de las pocas cosas que nos mantienen cuerdos. Aunque a veces nos den ganas de abrirles la cabeza con una piedra.

Phillip asintió a su pesar, conteniendo una sonrisa.

—Sí, señor.

—Ahora me temo que es hora de que nos pongamos con asuntos serios. Ya que es usted mi segundo oficial, tiene derecho a saber lo que está pasando.

—¿Señor?

Fellowes era un narrador escueto. Le contó todo lo que habían estado guardando en secreto en pocas palabras bien elegidas. No se entretuvo en florituras, ni tampoco se calló los detalles más escabrosos. Phillip se fue poniendo cada vez más blanco a medida que su superior hablaba, pero escuchó hasta el final sin parpadear.

—Dios se apiade del alma del señor McPhee —musitó cuando el capitán hubo terminado, y tragó saliva—. ¿Alguna pista de por dónde empezar?

—Si se le ocurre algo mejor que ir registrando todos los cuchillos de la isla, soy todo oídos —replicó con un bufido—. Pero por ahora creo que deberíamos concentrarnos en averiguar quién o quiénes fueron los últimos en ver a McPhee con vida, a poder ser sin levantar demasiadas preguntas sobre su ausencia. La tripulación está descolocada por hallarse fuera de su lugar habitual, en el aire, pero no son idiotas. No tardarán en darse cuenta.

—Puede que ya se estén oliendo algo, señor —añadió Phillip, pensativo—. De camino aquí vi a unos cuantos marineros en un corrillo cuchicheando. Estaba demasiado lejos como para oír lo que decían y no le di importancia, pero quizá la tenga.

—¿Sabe quiénes eran?

—Lawrence y su cuadrilla.

Fellowes puso los ojos en blanco.

—Lo que nos faltaba.

—¿Cree que pueden ser una amenaza, señor?

—No lo sé, pero no lo creo. Toda tripulación tiene algún gallo de corral que quiere hacerse el valiente entre sus camaradas, pero que moja los pantalones delante de sus oficiales. —Suspiró—. Bien, teniente. Se ve que al final disponemos de menos tiempo del que pensaba. No tenemos ni un

minuto que perder.

—Pero, señor, ¿cree que ha sido alguien de la isla? ¿O alguien de la propia tripulación que...?

Pero el capitán no le estaba prestando atención. Se había inclinado sobre la ventana, abriendo las portezuelas de madera de un golpe, y observaba el exterior con gesto serio. Entre las primeras casas habían aparecido dos figuras a toda prisa.

—Ahora vuelvo, teniente.

Fellowes salió corriendo hacia la puerta y Phillip, que no sabía qué hacer, al final decidió seguirle.

Ellen Fellowes apareció ante ellos en cuanto salieron al exterior, unos pasos por delante de Caleb. Ninguno parecía tener buen aspecto, con profundas ojeras bajos los párpados y el gesto tenso. La muchacha llevaba una casaca azul bajo el brazo.

—¿Ellie? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el señor Byrne?

—¿Es que no ha vuelto?

El capitán se quedó clavado en el sitio.

—¿Qué quieres decir?

—El teniente Byrne salió del campamento que montamos anoche, no sabemos nada de él desde hace horas —respondió Caleb, dejando caer a sus pies el pesado saco de herramientas que había cargado hasta allí—. Cuando nos dimos cuenta de que no aparecía, estuvimos buscándole por la selva, pero no llegamos a encontrarle.

—Esperábamos que hubiera vuelto aquí.

Fellowes empezó a notar cómo una garra ardiente le arañaba el pecho. Era el mismo fuego instintivo que lo embargaba justo antes de una batalla, que tomaba las riendas. Tenía a un contramaestre asesinado y a un teniente desaparecido. Podía ser que simplemente se hubiera perdido en la selva, pero también existía la posibilidad de que la misma persona que había atacado a McPhee hubiera hecho lo mismo con él. O lo hubiera intentado, al menos.

«Y no quiero ni imaginarme cómo se extenderán los rumores sobre esos dichosos fantasmas si de repente la tripulación se da cuenta de que han desaparecido dos oficiales sin dejar rastro», pensó con un escalofrío.

Tenían que encontrar a Thomas cuanto antes.

—No le vemos por aquí desde que partisteis ayer, pero vamos a buscarlo. Vamos a encontrarlo —intentó sonar tranquilizador ante su hija, que tenía la cara desencajada de preocupación, y el resto de los curiosos que se habían ido congregando alrededor. No quería que cundiera el pánico antes de tiempo—. Señor Cox, avise al mayor Hansford. Necesito que sus marines hagan una batida alrededor del campamento. Mientras tanto, nosotros haremos grupos para buscar hacia el interior de la selva. Adelaide podría ser de ayuda, y el señor Brown nos podrá indicar dónde le vieron por última vez. Ellen, entretanto tú...

—¡Capitán!

Un grito procedente de la muralla le interrumpió. Se volvieron de golpe para ver cómo McAvoy

se acercaba a la carrera. El grumete les alcanzó todo lo rápido que le permitieron sus cortas piernas, y se plantó delante de Fellowes casi sin aliento.

—Capitán, es el teniente Byrne —jadeó, con las manos apoyadas en las rodillas y parecía que a punto de desmayarse—. Está ahí fuera, señor. Y no tiene muy buen aspecto.

Nada más oírlo, Ellen echó a correr antes de que su padre pudiera detenerla. Phillip la siguió como pudo, sujetándose con la mano izquierda la pared del abdomen. A Fellowes no le pareció propio de su rango correr hacia allí como un muchacho atolondrado, pero sus zancadas fueron rápidas y no tardó en alcanzarles.

Thomas atravesó el umbral de la muralla arrastrando una pierna, como si le fallara la rodilla. Estaba empapado y cubierto de barro de pies a cabeza, con la mitad de la camisa hecha jirones y la piel arañada allí donde la tela no llegaba a cubrirla.

—¡Tom!

Ellen se acercó corriendo hasta él, escudriñando cada pulgada para asegurarse de que estaba bien, y le puso su chaqueta sobre los hombros.

—Estoy bien, estoy bien —le aseguró él como pudo, porque parecía al borde de la extenuación.

—Señor Byrne, vaya susto nos ha dado —le reprendió el capitán, aunque él también había suspirado de alivio.

Pero el teniente ni siquiera pidió disculpas. Las palabras le quemaban la punta de la lengua. Debía soltarlas cuanto antes.

—Tengo que hablar con usted, señor. Es urgente.

—No diga tonterías, teniente —le espetó Ellen—. Ahora tiene que descansar.

La muchacha intentó buscar apoyo en su padre, pero él sólo le devolvió una mirada seria. Conocía la expresión de su oficial. Fuera lo que fuera, era importante.

—Ellen, déjanos —ordenó Fellowes. Su hija se giró para encararse con él, pero el hombre levantó una mano para acallar sus protestas—. Ahora.

Ella cerró la boca, roja de rabia, pero soltó al teniente y se alejó de allí haciendo resonar el suelo bajo sus pies y sin mirar atrás. Caleb la siguió.

El capitán esperó hasta que verificó que estuvieron lo suficientemente lejos, y luego se giró hacia Thomas. Entre Phillip y él formaban un corrillo cerrado que enseñaba la espalda a cualquiera que intentara espiarles desde cualquier ángulo.

—Hable, teniente.

Ellen conocía lo bastante bien a su padre como para saber lo que estaba pensando sólo por la forma en la que entrelazaba los dedos a su espalda. En aquel momento los estaba apretando tanto que la carne se volvió blanca. Lo mismo debía de estar pasando con su cara. Observó cómo la tensión crecía con cada palabra que Thomas pronunciaba, aun sin tener ni idea de qué era lo que les estaría contando, hasta que su padre dio un paso atrás y gritó desde lo más profundo de sus pulmones:

—¿CÓMO?

La muchacha dio un salto. Thomas había sacado unos papeles arrugados del interior de su chaleco y el capitán, tras arrebatárselas con brusquedad, los leía con una expresión cada vez más sombría. Hasta que, de repente, giró la cabeza hasta clavar sus ojos de hielo en los de su hija.

—Mierda —se le escapó a ella.

El capitán Fellowes, rojo de rabia, se abrió paso entre sus dos tenientes y avanzó hacia ella a grandes zancadas. Por la mente de Ellen se cruzó el absurdo pensamiento de que no le había visto tan furioso desde que sus hermanas Phoebe y Caroline, las gemelas, casi ahogaron al pequeño Samuel cuando no había cumplido ni los cinco meses por querer comprobar si los bebés flotaban.

—¿Lo sabías? —le preguntó a bocajarro en cuanto se plantó ante su hija.

—¿Qué?

—Ellen, ni se te ocurra mentirme. Esto no es un juego. —El capitán casi no podía articular las palabras y la vena de su cuello parecía a punto de explotar de toda la cólera que estaba conteniendo—. ¿Tienes algo que contarme?

La muchacha se encaró a él con la cabeza alta, mirándole a los ojos.

—No sé de qué está hablando, padre. Se lo prometo.

Se aguantaron la mirada, hasta que su padre decidió creerla. Fue el último instante en el que sus ojos mostraron un atisbo de pena, antes de que la impenetrable máscara de capitán cubriera su rostro.

—Bien, pues entonces te pido que te mantengas alejada de todo esto. No quiero verte entre dos fuegos.

—¿Me va a contar qué es lo que está pasando?

Pero él ya había empezado a caminar en dirección contraria.

—No me hagas repetírtelo, Ellie. No te metas.

Fellowes llamó a sus dos oficiales con una voz que no admitía réplica, pero no se paró a esperarles. Con cada paso que daba, iba impartiendo órdenes que se escuchaban en las cuatro esquinas del asentamiento, reclutando a todos sus marineros. El mayor Hansford le salió al encuentro al poco, alarmado por todo aquel escándalo.

—Pero ¿qué...?

—Que el tambor redoble a zafarrancho ahora mismo, *lord* Hansford. Es una orden.

El mayor no pudo hacer otra cosa que cuadrarse y obedecer.

Para cuando llegaron al edificio principal, la comitiva ya la formaban casi todos los habitantes de la isla, entre marineros equipados con sus armas y civiles curiosos. Un grupo de niños intentó colarse entre las piernas, deseando meterse hasta el fondo de aquel espectáculo, pero entre tres adultos consiguieron cazarlos a todos y apartarlos del peligro. Hasta el señor Van Nieel salió al paso para exigir una explicación cuando su hijo corrió a sus brazos entre sollozos, asustado. Pero la infantería formó un semicírculo alrededor del capitán de la *Lionheart* y su tripulación con los mosquetes alzados, con las cuchillas de las bayonetas apuntando hacia delante, desalentando a cualquiera que quisiera hacerse el valiente e intentar atravesar la formación.

—¡Adelaide! —gritó Fellowes ante su puerta, golpeando la madera con tanta fuerza que la hizo temblar.

La mujer no tardó en aparecer, con la cabeza alta y expresión altiva, cruzando los brazos bajo el pecho y sujetando con los dedos las puntas de su chal.

—No hace falta que grite de esa manera para solicitar hablar conmigo, capitán —le espetó—. Pero le exijo una explicación de inmediato para que traiga a todos sus hombres armados de esta manera.

—Le aseguro que no es la más indicada para pedir explicaciones, señora —replicó él, avanzando hasta ella hasta que sus cabezas estuvieron a punto de rozarse. La rabia le había hecho perder todo el decoro—. Tenemos que hablar.

—Pues con este despliegue de fuerza desmesurada parecería que usted quiere hacer cualquier cosa menos comportarse civilizadamente.

—Adelaide, le estoy dando una oportunidad. No la desaproveche.

La mujer tenía tanta bilis acumulada en sus palabras que parecía ir a escupir veneno en cualquier momento, pero acabó tragándose y asintiendo. Estaba claro que tenía las de perder. Y, a pesar de todo, sabía reconocer cuándo no podía permitir que su orgullo venciese al sentido común.

—Hablemos, pues.

Adelaide le guio hasta el interior. Su hija le salió al paso, asustada, pero ella la tranquilizó con una caricia en la mejilla.

—Vaya con Ellen, Nanette —le indicó el capitán—. Esto no tiene nada que ver con usted. Por ahora.

La puerta se cerró tras ellos con un portazo que resonó en toda la isla.



Tardaron una eternidad en volver a salir. Los que les esperaban fuera del edificio se sumieron en un silencio tan tenso que pesaba sobre los hombros, pero ni siquiera los más curiosos se atrevían a cuchichear. Ninguno se movió, a pesar del calor acuciante. El brillo de las armas desenvainadas resultaba un buen método disuasorio. Hansford no quitaba la vista de encima a la multitud, atento a cualquier conato de rebelión, mientras Phillip y Thomas custodiaban la entrada del edificio. Por mucho que Ellen intentó abrirse camino, los hombres de su padre la detuvieron a cada intento, y ninguno de los tres intercedió por ella. El capitán ya había dado sus órdenes.

La puerta volvió a abrirse tras unos minutos interminables, pero sólo salió el capitán Fellowes. Ni rastro de Adelaide. Ellen apretó con fuerza la mano de Nanette.

—*Lord* Hansford, quiero a cuatro marines custodiando este edificio ininterrumpidamente. Nadie entra ni sale sin mi permiso. —Su expresión era de hielo cuando se dirigió a la multitud y se hizo oír con su potente vozarrón—. Desde este mismo instante y bajo la autoridad de su majestad el rey Jorge III de Inglaterra, queda instaurada la ley marcial en esta isla. Nadie podrá entrar o salir del

recinto sin mi consentimiento. Los civiles deberán permanecer en sus barracones salvo que tenga permiso expreso, y bajo previa notificación. Todos los turnos de guardia, tanto en la puerta como en los almacenes, quedarán a cargo de los hombres pertenecientes a la Marina Aérea de su majestad. Todo aquel civil que sea visto por la calle más tarde del toque de queda, desde ahora decretado tras la puesta de sol, será encarcelado, y todo aquel que se niegue a responder a la autoridad será considerado un rebelde y podrá recibir un disparo sin ninguna otra consideración.

Varias voces de protesta se alzaron entre la multitud, pero no las suficientes como para causar un disturbio. Estaba claro que, aunque los civiles superaran en número a los hombres del capitán Fellowes, no todos estaban dispuestos a enfrentarse a su autoridad. Algunos, de hecho, asentían a cada una de sus palabras. Llevaban mucho tiempo esperando que alguien depusiera a Adelaide, aunque no se dijera más que en susurros y corrillos.

—¡Silencio! —los acalló el mayor Hansford sin miramientos.

—También hago saber que, desde este momento, Adelaide Cornwall está bajo arresto, acusada de espionaje y conspiración contra la Corona. —Un murmullo creciente los desbordó, pero desapareció en cuanto los marines amartillaron sus armas. Fellowes continuó con voz firme—: Una espía para Francia y Bonaparte, y como tal tendrá que responder de sus acciones ante un tribunal inglés. Todo aquel que intente liberarla o ponerse en contacto con ella será igualmente considerado un espía y recibirá el mismo tratamiento.

Ellen escuchaba sumida en el desconcierto y paralizada, sin entender nada de lo que estaba pasando. Abrazaba como podía a Nanette, que se había echado a llorar en sus brazos. A su lado, Caleb hizo amago de dar un paso adelante, pero ella lo detuvo.

—Caleb, no. Ni se te ocurra —dijo, agarrándole de la camisa—. Yo me encargo. No hagáis nada, por favor.

Mientras tanto, el capitán Fellowes había empezado a ordenar a la multitud que se dispersase. La marea humana tardó un segundo en reaccionar, pero poco a poco fue obedeciendo, demasiado asustados como para pensar en otra cosa que no fuera obedecer. Algunos miraron hacia Caleb, buscando una respuesta a su ira, pero al verlo quieto agacharon la cabeza con decepción y acabaron obedeciendo a los soldados, aunque con cara avinagrada.

Ellen se quitó los brazos de Nanette de alrededor del cuello con delicadeza y le dio un beso en la frente antes de dejarla a cargo de Caleb. Eso les mantendría a los dos ocupados y fuera de peligro. Si alguien tenía que averiguar lo que estaba pasando, era ella. Debía hablar con su padre cuanto antes.

La muchacha aprovechó que el capitán se alejaba de allí, seguido por sus oficiales, y se interpuso en su camino.

—Ellen, ahora no.

—Ahora sí, padre —replicó ella—. Porque a alguien le va a tener que dar una explicación. ¿Conspiración? ¿Espionaje?

Fellowes soltó aire por la nariz, hinchando las fosas como un toro embravecido.

—Ya te he dicho que esto no es un juego, niña.

Aquello le dolió más que una bofetada.

—¿Acaba de montar un espectáculo delante de un centenar de personas, convirtiéndose en poco menos que un tirano, y me llama a mí *niña*? —le espetó—. Más bien tendría que estar agradeciéndome que haya impedido que la gente leal a Adelaide haya organizado un motín y hayamos acabado con un derramamiento de sangre.

Pero el capitán estaba demasiado ofuscado como para razonar.

—Traidores, entonces.

—¿Traidores a quién, padre? No ha dado ninguna explicación y de repente hemos pasado de trabajar todos juntos a tirarnos a la yugular. ¿Se puede saber qué está pasando?

Fellowes se obligó a respirar hondo. Una pequeña voz dentro de él le decía que Ellen tenía algo de razón. Agarró a su hija por el brazo.

—¿Crees que a mí me hace gracia todo esto? Ven conmigo, no podemos hablar aquí —le indicó.

La muchacha obedeció. La expresión de su padre ahora denotaba intranquilidad. Aquello no hizo más que acrecentar su sentimiento de preocupación. A pesar de la rudeza de su tono, la verdad era que estaba empezando a sentir miedo.

—Padre, me está asustando. ¿Qué le han dicho Byrne y Adelaide para que se haya puesto así?

—Adelaide no ha hablado, ese es el problema. Así que no me ha dejado más remedio que arrestarla. —Clavó la mirada en su hija—. Necesito saber que puedo confiar en ti.

Ellen tragó saliva, intentando tomar de nuevo el mando de sus emociones.

—Le prometo que puede, padre. Pero va a tener que contarme todo desde el principio.

El capitán suspiró, exhausto.

—Siento haberte metido en todo esto, cariño. Lo último que quería era que te vieras en medio de dos frentes.

La muchacha le agarró las manos.

—Soy más fuerte de lo que piensa.

—Eres la persona más fuerte que conozco, Ellen. Y eso sólo hace que me preocupe más.

—Confíe en mí, padre —le suplicó—. Cuéntemelo.

Las palabras surgieron de la boca del capitán como un torrente y con la misma fuerza impactaron en ella. Ellen fue dirigiendo como pudo cada dosis de información, sintiendo que todo aquello que creía saber se desmoronaba. Se sintió perdida, como una niña a la que habían engañado sin que se diera cuenta y a la que de repente le habían arrancado la venda de los ojos.

Miró hacia atrás, donde la esperaban Caleb y Nanette con la expresión ansiosa. Ya no sabía en quién confiar.



25

Por primera vez en mucho tiempo, desde que la tormenta los arrojó a aquellas aguas, Fellowes se sintió avanzando en territorio enemigo. Había dejado en el asentamiento un grupo nutrido de hombres armados hasta los dientes, vigilando que nadie diera un paso en falso, mientras que con él se había llevado a unos pocos marineros leales. Aunque no fue fácil decidir en quién confiar. Y menos encontrar a alguien que estuviera dispuesto a seguirle en la selva.

La mención de un barco misterioso en mitad de la selva no hizo sino reavivar los rumores de fantasmas. Con cada palabra que decía Thomas para intentar convencerles de que era un barco tan real como la propia *Lionheart*, los marineros hacían un gesto más exagerado contra el mal de ojo. ¿Y si era una tentación del mismo diablo que, viendo su desesperación, acechaba para conducir a sus almas al infierno en su barco maldito? «¿Y si es lo que se llevó al señor McPhee?», dijo una voz en un susurro. Fellowes se apresuró a acallarla, aunque nunca supo a quién pertenecía. Si uno de sus hombres ya se había percatado de la desaparición del contramaestre, pronto serían todos. Tenían que actuar inmediatamente y resolver los misterios que no dejaban de acorralarlos en un rincón cada vez más oscuro.

Tras muchas dudas, eligió a diez hombres por los que pondría la mano en el fuego. Todos aceptaron, aunque parecieran estar a punto de orinarse en los pantalones según dieron un paso más allá de los barracones, siguiendo los pasos del teniente Byrne. En el asentamiento dejó al mando a Phillip para que estrenara su cargo. Sólo esperaba que no le estuviera condenando sin saberlo y que, a su vuelta, se lo encontrara sucumbiendo a una revuelta o un motín. Hacía años que no veía a una tripulación con los nervios tan crispados bajo su cargo.

En su propio estado inquieto, había estado a punto de dar la orden de disparar sin preguntar en caso de que cualquiera resultara sospechoso a los que estaban de guardia; pero, afortunadamente, la voz de la razón se había impuesto a la locura. Sus marineros estaban tan a la defensiva como un gato con el pelo erizado, y temía que un dedo desafortunado se juntara con un gatillo fácil, provocando un baño de sangre. Esperaba que mantenerlos vigilantes fuera suficiente para conservar la paz.

No fue fácil encontrar la entrada de la cueva. Thomas había hecho el camino de vuelta a ciegas, dando bandazos y rodeos en mitad de la selva, siguiendo lo que intuía que debía de ser el borde

de la costa; así que tampoco fue un guía demasiado fiable. Tardaron horas en llegar y reconocer la entrada. Incluso a la luz del día, las rocas que la custodiaban estaban camufladas entre la maleza. De no haber ido buscándola a propósito entre una docena de hombres que palpaban cada tramo de la jungla con empeño, nunca la hubieran descubierto. Pero, una vez allí, bastaron unos cuantos machetazos para abrir la boca de la gruta.

Las antorchas que habían traído prendieron rápidamente en el aceite e iluminaron el camino de la comitiva, que avanzó con cautela y en fila. Todos alerta. Incluso los más valientes entre ellos no pudieron evitar un momento de duda ante la oscuridad.

Thomas lideraba el camino, más nervioso incluso que la noche anterior. En el estómago se le había agarrado el temor absurdo de que quizás hubiera soñado con aquel barco, que había sido una aparición fantasmal y que habían puesto el orden de la isla patas arriba por su culpa por una mentira. Se palpó el bolsillo interior del chaleco para asegurarse de que los papeles que había encontrado seguían allí. No había sido una alucinación.

Por suerte, sus botas no tardaron en reencontrarse con el agua de la laguna, y las sombras pronto pasaron de una mera mancha achatada a las finas líneas de una embarcación de madera recia.

—Dios mío —musitó Fellowes, como si hubiera esperado a ver aquella imagen con sus propios ojos para creérsela del todo.

No era un barco fantasma hecho de bruma, sino de madera sólida bien maleada, cuyo patrón de filigranas se intuía sobre el reflejo del agua en una promesa velada de que sería su billete de vuelta a casa.

A su espalda, los marineros estallaron en risas, silbidos y palmas. Su capitán, en cambio, no estaba tan convencido. El teniente le había advertido que, aunque en la oscuridad le había parecido un barco sólido y en buen estado, era pequeño. Así, echando un vistazo en la distancia, calculaba que aquella chalupa estaba pensada para ser manejada entre tres o cuatro marineros expertos, y podía albergar un pasaje total de diez personas. Quizá veinte, si se apretaban como arenques en un tonel.

—Es posible acceder desde las rocas del fondo, capitán —dijo Thomas, señalando con el dedo hacia el otro extremo de la caverna—. Fue por donde subí yo.

Asintió.

—Guíenos, teniente.

La piedra estaba más resbaladiza de lo que parecía, y más de una vez estuvieron a punto de dar un traspíe que los hubiera llevado al agua, pero poco a poco consiguieron avanzar hasta alcanzar el borde de la otra orilla. Thomas tenía las piernas más largas, así que pudo atravesar el espacio que separaba cada roca que sobresalía del agua con una zancada, mientras que Fellowes tuvo que dar un pequeño salto para recorrer la misma distancia.

Se encaramaron a los peldaños labrados en el costado del barco y, con un último impulso, consiguieron subir a bordo. El capitán tanteó primero la consistencia de la madera con sus botas antes de dejar caer por completo su peso, temiendo que con la humedad algún tablón se hubiese

podrido y su cuerpo acabara cayendo por un boquete y desapareciendo en la bodega.

—Los encontré por aquí, señor. —Thomas se encaminó hacia la proa—. Lo he dejado todo tal y como estaba, por si acaso. Salvo los papeles que me llevé.

Las antorchas se habían quedado con el resto de los hombres en la orilla, pero los rayos del sol que se filtraban por las grietas del techo y se reflejaban en la madera maleada bastaban para alumbrar la cueva y su contenido, una vez que sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Las velas del barco estaban recogidas, pero en un estado bastante decente, y el resto de los aparejos del barco también parecían estar listos para partir en cualquier momento. Tan sólo la fina capa de mugre que las cubría señalaba que hacía tiempo que nadie ponía un pie sobre esas tablas.

En las tripas de la embarcación veía sobresalir sacos de grano y barriles almacenados en fila, probablemente llenos de manteca y carne de cerdo salada. Fellowes estuvo tentado de rebuscar entre las provisiones para ver si daba con las galletas de la marina que tanto echaba de menos, pero descartó la idea. No era ningún grumete muerto de hambre dispuesto a colarse en la despensa a robar provisiones. Y, aunque pudiera encontrarlas en el barco de una espía bonapartista, probablemente estarían tan llenas de larvas y gorgojos como las que solían almacenar en su Leona, sin importar cuántos dibujos de conservación se malearan. Mejor no tocar nada, por ahora.

Mientras tanto, Thomas se había agachado entre unas cajas y había sacado un cofre de madera con una «C» de formas simples —sin florituras ni rastro de alquimia— grabada en la tapa. El cerrojo estaba reventado y en el costado todavía se veían las marcas del puñal que había usado el teniente la noche anterior para forzarlo. Se lo tendió al capitán.

Fellowes cerró los ojos un instante antes de abrirlo. Thomas ya le había relatado lo que encontró, pero la traición todavía resultaba difícil de digerir. Por mucho que hubiera sospechado que Adelaide ocultaba un secreto, la confirmación iba a ser más dolorosa de lo que jamás hubiera pensado. A Ellen la iba a destrozar.

La tapa se abrió con un chirrido, dejando al descubierto su tesoro. El capitán lo fue sacando todo para inspeccionarlo, arrodillado en la cubierta. Allí dentro había fajos de francos y de libras, mapas, salvoconductos con la firma de Bonaparte a nombre de Adelaide y de Nanette y, sobre todo, cartas. El francés de Thomas era nefasto, así que apenas había llegado a comprender lo básico. Se había llevado un puñado de las primeras que encontró como prueba, dejando el resto atrás. Pero las que Fellowes tenía entre las manos hubieran servido como prueba para ahorcar hasta al súbdito más leal de la Corona.

Algunos de los papeles estaban escritos con frases sueltas, sin pies ni cabeza —cifrados, con toda seguridad—, pero otros no podían ser más inculpatorios. Daban nombres, fechas, lugares. Por lo que ponía en aquellos documentos, los tejemanejes de la mujer habían hecho la vida más que imposible a los ingleses que ostentaban el poder en las colonias a ese lado del Atlántico; e iba muy atrás en el tiempo, más de una década, desde que trabajaba en la plantación inglesa a nombre de un tal Clarence.

«¿Se refería el duque de Clarence?», se preguntó el capitán. Desde luego, los franceses tenían

motivos para querer mantener vigilado a ese hombre. Se decía que poseía casi un cuarto de la mitad sur de Escocia y otro tanto en Inglaterra. Y las malas lenguas aseguraban que era los ojos y los oídos del rey en la Cámara de los Lores, aunque eso ya lo dudaba más.

Fellowes sólo lo había visto una vez, cuando recibieron a los capitanes a cargo de la victoria del Nilo en el palacio de St. James, y la verdad es que le había parecido poca cosa y bastante más interesado en la comida que en los asuntos de Estado. Sólo había dejado un hueco para él en su memoria porque el duque había estado a punto de derramar su copa sobre *lord* Nelson, y el comandante se había pasado el resto de la velada quejándose y vigilando que no volviera a peligrar la medalla que le había concedido el sultán otomano por su bravura en la batalla.

—¿Capitán?

La voz de Thomas le sacó de sus recuerdos.

—Debemos llevarnos todo esto, teniente —indicó mientras ponía sus pensamientos en orden—. Todo lo que podamos cargar. Nos será muy útil en los próximos días.

—¿Es que no vamos a usar este barco?

Fellowes, que ya estaba haciendo un inventario mental de lo que habían encontrado, se giró de golpe hacia él.

—¿Usarlo? Aquí apenas cabe una cuadrilla, mucho menos podemos evacuar la isla.

—Pero sí podríamos llegar a Kingston para pedir ayuda, señor. —El teniente se ruborizó, como si la idea le pareciera absurda ahora que su capitán lo miraba como si se hubiese vuelto loco—. Pensé que unos pocos de nosotros podríamos llegar hasta la isla de Jamaica e informar al Almirantazgo mientras el resto permanece aquí. Lo habíamos hablado antes.

El capitán lo sopesó durante un minuto, inspirando profundamente hacia el techo.

—Sí, claro. Podría funcionar igual que con la *Lionheart*. Puede que mejor, incluso —concedió al fin—. Pero para eso tendríamos que sacar la chalupa al aire. La verdad es que no tengo ni idea de cómo la metieron aquí.

—Creo que por ahí arriba, señor. —Thomas señaló hacia el techo de la caverna—. Mientras inspeccionaba el cofre, estuve observándolo y creo que, aunque parezca todo roca, en realidad es un boquete cubierto por madera y maleza para que no se vislumbre desde arriba, y desde aquí abajo está demasiado alto y oscuro como para distinguirlo.

—¿Un falso techo, dice? —Fellowes dobló el cuello todo lo que pudo—. Eso es una obra de ingeniería que requiere mucho tiempo y esfuerzo. Me pregunto cómo se podría haber llevado a cabo algo así.

—No creo que los franceses escatimen en gastos para poner en el tablero a sus agentes, señor —repuso Thomas, mirando hacia los papeles de Adelaide.

—Quizá no, aunque sigue sin responder a muchas preguntas. —Fellowes cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz con dos dedos—. ¿Cómo llegó este barco hasta aquí? ¿Quién iba a manejarlo? Porque Adelaide no podría hacerlo sola, ni siquiera con la ayuda de su hija. ¿Significa eso que todo el que decía venir con ella en el naufragio también es un espía francés? ¿Cuáles eran

sus planes en esta isla perdida, si no podía saber que llegaríamos? ¿Es que nuestra llegada, o incluso la del barco de los Levertone, interrumpió alguna conspiración?

Ninguno tenía respuesta a esas preguntas. Thomas ni siquiera sabía qué decir. No estaba acostumbrado a ver al capitán Fellowes sumido en la incertidumbre. Por lo general, le bastaba con mirarle en la batalla, en medio de una tormenta o simplemente al pasar revista a la tripulación para recuperar el aplomo. Era el espejo en el que se miraba. Siempre seguro, siempre con la vista al frente, cumpliendo con su deber pasara lo que pasase. Ahora que su ídolo había caído del pedestal y su coraza se había hecho añicos ante sus ojos, no sabía qué pensar.

—Quizá todo eso fue lo que averiguó el señor McPhee, y pagó su curiosidad con su vida.

—¿Cree que el contramaestre descubrió el engaño y se enfrentó a ella?

—Quizá descubrió por accidente algo que no debía en el edificio y lo mató para que no la delatara. Y el incendio fue sólo una forma de cubrir sus huellas.

Fellowes suspiró.

—Ahora mismo es la mejor teoría que tenemos, aunque sin muchas pruebas. Y sigue sin cuadrar con su intención de querer meterse entre las llamas a toda costa. Era como si quisiera salvar algo que estuviera en el interior.

—Quizá no fuera ella, sino un cómplice. O quizá quería despistarnos. Lo ideal sería conseguir que Adelaide rompiera de una vez su silencio.

El capitán taconeó en el suelo.

—Ellen me pidió que la dejara hablar con ella, pero me pareció demasiado peligroso. —Arrugó la boca—. Aunque a lo mejor va siendo hora de que me trague mis palabras y dejar que lo intente. A veces se me olvida que ya no es una niña.

—¿Se fía de dejarla sola con una asesina?

—Sospechosa de asesinato, teniente. Ni siquiera podemos asegurar que no sea una historia de folletín que nos hemos montado los dos en la cabeza para darle sentido a todo este rompecabezas. Debemos ser cautos o la tripulación sería capaz de linchar a una inocente, y más si es una espía francesa, con tal de vengar su contramaestre.

—Sí, señor.

Fellowes calló un segundo y miró a los rayos de luz que se colaban por el techo.

—Bien, será mejor que nos pongamos a trabajar. Por ahora será mejor que nos llevemos las pruebas para ponerlas a buen recaudo, y ya veremos lo que hacemos con el barco. No soy el único que debe decidir sobre esto. —Se giró hacia Thomas—. Mientras tanto, usted, teniente, vaya averiguando cómo metieron la chalupa en medio de una cueva y cómo podemos sacarla de aquí. Coja a los hombres que necesite.

—A la orden, señor.

Thomas sintió que parte del peso se esfumaba de sus hombros. Tener una misión que cumplir le ayudaba a despejar la mente y le daba algo en lo que concentrarse. Apoyó la mano en la madera de la borda y golpeó los tablones con los nudillos. Iba a sacar aquel barco de las entrañas de la

isla como fuera.



Fitzroy la miró de arriba abajo antes de dejarla pasar, sin acabar de fiarse del todo de que el capitán hubiera dado su permiso para aquella visita. Todavía sujetaba en brazos la pistola y el machete que le había requisado en cuanto supo lo que pretendía, por si acaso. Pero Ellen se mantuvo firme, con la mirada clavada en él y una ceja alzada, hasta que el oficial se apartó de la puerta para permitirle la entrada en el edificio. La muchacha intentó que la reverencia de agradecimiento no pareciera demasiado irónica.

Había perdido la cuenta de cuántas veces había estado allí dentro en los últimos meses, pero sólo recordaba haber tenido aquel nudo en el estómago la primera de todas. La noche que Adelaide la llevó hasta la hoguera para que entrara en calor y secara sus ropas, tras haberla rescatado de las rocas justo después de que su barco se estrellara en medio de la tormenta. La mujer le había salvado la vida, y ella se sentía como si estuviera a punto de echarla a las fieras. Tuvo que recordarse por enésima vez que había sido Adelaide la que la había traicionado primero.

Sus pies la condujeron por el pasillo sin tener que pensarlo. Estaba tan acostumbrada al camino que podía haber esquivado con los ojos cerrados las montañas de leña que Adelaide había apilado allí dentro para mantener los maderos secos. En el asentamiento, ningún edificio se libraba de servir un doble o triple propósito. La muchacha se dirigió hasta el despacho principal que Adelaide usaba como habitación, y donde suponía que la encontraría. Tampoco hubiera podido equivocarse demasiado. Era la única habitación custodiada por una pareja de casacas rojas.

—Buenas tardes, señorita Fellowes —la saludó uno de los marines.

Ella respondió con cortesía, aunque lo único que quería era terminar con todo aquello cuanto antes. El muchacho intentó moverse con aplomo, como si le estuvieran examinando de su cargo con aquel gesto, pero al sacar las llaves se le resbalaron de las manos y cayeron al suelo con un estrépito. Ellen aguantó un suspiro mientras él se agachaba a toda prisa a recogerlas, entre las carcajadas de su compañero. Estaba claro que era novato en el regimiento, probablemente aquel era su primer viaje embarcado. No podría tener más de quince o dieciséis años, y ni siquiera sabía sujetar el mosquete como debía. Era un milagro que hubiera sobrevivido hasta allí. Pero

todavía estaba por ver si lo conseguía también en el viaje de vuelta.

Por fin consiguió abrir la puerta.

—Ya está, señorita —dijo el muchacho, avergonzado.

—Gracias, ¿señor...?

—Carter, señorita. Cadete George Carter.

Ella asintió.

—Gracias, señor Carter.

Esperaba ver a Adelaide caminando de un lado a otro como una loba enjaulada. Furiosa. O quizá languideciendo en su cama. Lo último que Ellen hubiera imaginado era descubrirla en medio de una montaña de papeles hechos de hojas de árbol resecadas, con los dedos manchados de tinta y una tabla llena de cuentas ante ella.

—Ah, Ellen. —La mujer levantó la cabeza al verla entrar. Llevaba el pelo suelto, en una mata de cabello gris y muy rizado que se esparcía libremente hasta los hombros de su vestido pardo—. Esperaba que vinieras.

Por un momento, la muchacha no supo qué decir.

—Hola, Adelaide —consiguió articular al fin. Levantó la bandeja que llevaba en las manos—. Te he traído algo de comer.

La mujer le hizo un hueco en la mesa para que la depositara. Parecía serena. Ellen no dejó de mirarla mientras posaba la bandeja sobre la madera. En otro tiempo debía de haber sido toda una joya, con las patas talladas como enredaderas y el centro policromado, pero ahora el mueble lucía la misma decrepitud el que resto de edificio que lo guardaba. O como Adelaide, que parecía haber envejecido diez años en dos días. La muchacha se preguntó qué aspecto tendría ella. Hacía semanas que no tenía un espejo frente a ella, ni tampoco una superficie de agua lo suficientemente plana como para poder examinar su reflejo. Aunque casi lo prefería así, prefería no saber si debería asustarse con la imagen.

—Gracias, niña. La verdad es que empezaba preguntarme si tu padre iba a dejarme aquí para que me muriera de hambre.

Ahí estaban el sarcasmo y el resentimiento que había estado esperando. Esa era la Adelaide que ella conocía.

—Eso nunca. Mi padre es un hombre de honor. —Ellen decidió ignorar el bufido que obtuvo como respuesta—. Y yo no lo hubiera permitido.

—Eso me lo creo más.

La mujer le indicó que se sentara mientras recogía unas cuantas hojas para hacerle sitio. La muchacha dejó la bandeja sobre la mesa mientras les echaba un vistazo de reojo.

—¿Qué son?

—El inventario de lo que nos queda en los almacenes, al menos lo que guardo en la memoria, y mis previsiones de cuánto puede durar —respondió la mujer—. Le será útil al capitán, supongo, ya que es él el que nos ha obligado a acatar sus órdenes y ahora maneja las riendas.

Ellen sintió un pinchazo de culpabilidad.

—No tenías por qué hacerlo.

—Ya, pero en algo tengo que ocupar mi tiempo. ¿Cómo están las cosas por ahí fuera?

—Bien, bueno... —«Revueltas» era el mejor adjetivo, pero no pensaba decírselo—. Los holandeses andan un poco preocupados. El señor Janssen ha vuelto a tener fiebre y lleva dos días sin salir de la cama.

—¿Tifus, otra vez?

—Lloyd no lo sabe, pero se está planteando establecer una cuarentena.

La mujer asintió, pensativa. Cogió un trozo de fruta y dio un buen mordisco. Su cara se relajó durante un segundo, con deleite. La chica no quiso interrumpirla hasta que volvió a abrir los ojos.

—He venido a...

—Has venido a sonsacarme información.

La lengua de Adelaide siempre sabía cómo y dónde golpear para que sus palabras dolieran como un latigazo.

—A hablar —puntualizó ella, aunque no era más que un tecnicismo. Necesitaba que la mujer se abriera o perderían toda oportunidad de que la situación no acabara en desastre—. Esto se ha puesto muy serio, Adelaide. Han encontrado las cartas que escondiste en el barco. Tienen más que suficiente para condenarte por traición en cuanto volvamos a Inglaterra.

La mujer se recostó en su silla.

—Y, si ya estoy con un pie en la horca, ¿para qué molestarte? Quizá sea mejor que me lleve mis secretos a la tumba.

—¿También te los llevarás a la de Nanette?

Adelaide saltó como si la hubiera azotado:

—Ella no tiene nada que ver.

—Había papeles a su nombre con la firma de Bonaparte estampada. Da igual si son verdaderos o falsos —añadió antes de que pudiera interrumpirla—. Mi padre no cree que tenga nada que ver con esto, por eso no está aquí encerrada contigo, pero no puede decir lo mismo del tribunal que la juzgue.

—Mi hija nació como súbdita del Imperio Británico, y oficialmente lo sigue siendo.

—Eso es todavía peor. Hay pocas cosas que un juez odie más que una espía francesa, pero una de ellas es un traidor. Se cebarán con vosotras como carroñeros.

Adelaide se levantó de la silla y se paseó por la habitación, con los brazos cruzados bajo su pecho.

—Debería haber sabido que esto acabaría pasando —masculló. Se giró de golpe hacia Ellen, con los ojos fríos y cortantes como un puñal de hielo—. Y que alguien intentaría sacar provecho de ello. Como siempre.

La muchacha retrocedió ante aquella rabia, pero enseguida se revolvió ante ella. Estaba siendo injusta.

—Sólo quiero ayudarlos.

—¿Amenazando con entregar a mi hija al verdugo?

Ellen no pudo más y estrelló la mano contra la mesa, con la palma abierta. La bandeja tembló.

—Eres tú quien la ha puesto en peligro con tus juegos de lealtades, Adelaide —le espetó—. Yo lo único que hago es intentar salvar a mi mejor amiga.

Se sopesaron mutuamente unos segundos, sosteniéndose la mirada, sin que ninguna quisiera ser la primera en parpadear. Pero al final fue Adelaide la que hizo claudicar su orgullo. Sabía cuándo tenía todas las de perder y mucho por ganar.

—¿Qué es lo que sabéis hasta ahora?

Ellen bufó.

—No pienso decirte nada para que cambies tu historia según te convenga. No soy tan estúpida.

—No es por eso —se defendió ella—. Pero es una historia... larga.

La muchacha se sentó de nuevo en su silla y le señaló la otra a Adelaide.

—Tenemos tiempo.

La mujer estuvo a punto de echarse a reír. Que la balanza de su vida dependiera de lo que pudiera contarle a una chiquilla que había naufragado a sus puertas en mitad del océano le parecía absurdo. Pero ¿qué otra opción le quedaba?

Se sentó en la silla y apoyó los brazos en la mesa. El peso del mundo hundía sus hombros, pero ella seguía manteniendo la cabeza alta. Eso nadie se lo había conseguido arrebatar.

Cuando empezó a hablar, su voz profunda llenó la habitación hasta envolver cada uno de los rincones, vaciándola de todo lo demás.

Ellen ya sabía que había nacido esclava y que se había criado en una plantación de las Antillas francesas, pero nunca imaginó que el viaje de su vida hubiera tenido tantos giros. Adelaide apenas rozó en su historia sus años de esclavitud, pero habló con un dolor velado de su familia y de cómo la habían separado de ellos cuando su amo la perdió en una apuesta frente a un inglés junto con dos sacos de algodón. Trabajó en la plantación de los Cornwall como partera, el oficio que había aprendido de su madre, hasta que el viejo patriarca murió y la familia tuvo que venderlo todo para saldar las deudas que había dejado atrás en la mitad de los tugurios del Nuevo Mundo. Los acreedores lo incautaron todo. Los esclavos sólo fueron un número más.

Así fue como acabó en la Hacienda Clarence, a nombre de un duque inglés. Este no tenía más consideración por los que se mataban a trabajar en sus tierras que por las motas de polvo que se sacudía de la chaqueta, pero de cara a la galería no podía ser visto poseyendo ningún esclavo. Era uno de los lores que habían apoyado las actas de abolición en el Parlamento, aunque sólo fuera por crispas al Primer Ministro, y debía mantener la fachada. Así que, en cuanto los esclavos que compraba llegaban a su puerta, el duque firmaba todos los papeles para liberarlos —tomando el apellido de su último dueño, no el suyo, para borrar aún más sus huellas— y a cambio les hacía firmar un contrato para pagar su deuda trabajando en sus plantaciones durante cuarenta años. Ninguno llegaba a vivir tanto.

—Era un patán presuntuoso, pero sin nada en la sesera. —El rencor teñía la voz de Adelaide—. No sé quién tuvo la idea de aquella treta legal, pero desde luego no fue él. Al duque sólo le interesaba comer, cazar y beberse todas las reservas de vino de Jerez que sus barcos podían importar.

—¿Por eso empezaste a mercadear con información sobre él? ¿Por venganza?

La mujer suspiró.

—¿Crees que algo de lo que había pasado en mi vida hasta ese momento fue decisión mía? Yo no era más que un peón en manos de gente que se creía por encima, y esto no fue distinto.

Adelaide apenas llevaba unos meses en la Hacienda Clarence cuando descubrió que estaba embarazada. El padre no importaba, pues sabía que nunca más volvería a verlo. Pensó que simplemente la criaría en medio de la plantación, como había crecido ella, ayudada por el resto de las mujeres que la acompañaban; sólo que su pequeña sería libre, sin ser posesión de nadie. Pero no era tan invisible como pensaba, y los ojos que se habían fijado en ella tenían otros planes.

—La primera vez que contactaron conmigo fue en el mercado. Una mujer se acercó y me tocó la barriga. «No te pertenece», me dijo en francés, con una sonrisa, pero casi parecía que me estuviera enseñando los dientes como una fiera. Nunca había estado tan asustada. —Adelaide se estremeció—. No pude dormir en tres días. Empecé a sentir que me seguían cada vez que salía de los límites de la hacienda. Pensé que me estaba volviendo loca, porque nadie más lo veía, pero, según el bebé iba creciendo dentro de mí, también lo hacía mi angustia.

Ellen estaba tan metida en la historia que hasta se le encogió el corazón en el pecho. Adelaide tragó saliva, agitada por los malos recuerdos, pero siguió hablando.

Cuando Nanette nació, consiguió olvidarse del asunto durante un tiempo y apartarlo a un rincón de su mente, como si hubieran sido todo imaginaciones suyas. Hasta que un día, cuando volvía a su barracón llevando a su hija atada a la espalda plácidamente dormida, dos hombres le salieron al paso en mitad del camino. La estaban esperando. La arrastraron hasta un carruaje oculto en la maleza, ignorando sus gritos, y la ataron de pies y manos, con un saco sobre la cabeza, hasta llevarla a un edificio en ruinas. Allí la esperaba un hombre vestido con levita y pañuelo de seda con una oferta.

Al principio pensó que se trataba de un mal sueño, y luego de un malentendido, que se habían equivocado de persona, pero la realidad cayó por su propio peso. Aquel hombre le estaba pidiendo que abriera los ojos ante todo lo que pasara en la casa de los Clarence, quién entraba y quién salía, las conversaciones que se mantenían, todos los documentos que llegaban.

«Su majestad el rey de Francia estará muy agradecido», le dijo aquel hombre con sorna.

Ni siquiera cambió su expresión de suficiencia cuando ella se negó, y desestimó sus quejas como si fuera un insecto revoloteando en su oreja. Se esperaba aquella respuesta. Le enseñó un papel amarilleado y casi rasgado por los bordes; el documento de la deuda de su primer amo, con su nombre y su valor apuntado a un lado. El problema era sencillo pero tajante: no estaba bien redactado y, desde un punto de vista legal, seguía perteneciendo a aquella plantación francesa.

Adelaide no podía saber si aquello era cierto o estaba intentando engañarla, aprovechando que no sabía leer, pero sólo de pensarlo se le heló la sangre.

Gritó que era una mujer libre, que no tenía ningún derecho, pero el hombre señaló al bebé que portaba en su espalda, que seguía durmiendo ajeno a todo. Ella quizá tendría alguna oportunidad de ganar aquel pleito, si de verdad decidía reclamar su libertad ante un juez, pero su hija seguiría siendo a ojos de todos una propiedad. «El útero de una esclava sólo produce esclavos». Adelaide se echó a llorar, aterrada. Sus peores pesadillas se estaban cumpliendo ante sus ojos. No podía arriesgarse a que su hija pagara por ello, así que aceptó el trato con el que vendió su alma.

—¿Nanette lo sabe? —preguntó Ellen con un nudo en la garganta.

—No, y no puedes contárselo —replicó Adelaide con fiereza—. Ella es libre, pase lo que pase. No permitiré que lleve una carga que no es suya. Ya lo hice yo por ella.

—Pero, Adelaide...

—Prométemelo.

La mujer se echó hacia delante y sus dedos la agarraron del brazo como la garra de un buitre. No continuó su historia hasta que la muchacha asintió.

Cuando llegó la revolución y cayó el rey francés, Adelaide lloró de alegría y alivio, pensando que todos sus problemas se habían acabado. Pero su nombre llegó a oídos del nuevo gobierno y algún cargo revolucionario decidió que había cosas de la monarquía que era mejor no cambiar. Sabían que todos los despachos secretos que viajaban de un extremo al otro del Imperio Británico pasaban en algún punto por las manos de Clarence, y Adelaide era un activo en una posición demasiado buena como para desaprovecharla. Así volvió el chantaje y el miedo. Pero, cuando Bonaparte se agarró al poder, la mujer vio la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando.

—Para entonces ya había descubierto cómo funcionaba el juego del poder —dijo—. Me había informado, educado. Aprendí a leer, a escribir, a llevar las cuentas. Ya no sólo pasaba información, recopilaba cada dato. Cuando el nuevo agente vino para chantajearme, yo ya sabía lo que tenía que hacer. Le arranqué otro pacto: le conseguiría la información que quería, pero a cambio tenía que garantizarnos inmunidad a mí y a mi hija y un pasaje a una nueva vida.

—¿Y aceptó? —preguntó Ellen, extrañada.

—Yo creía que no, que vería mi desesperación y se reiría en mi cara. Pero la red de Bonaparte había descubierto algo incluso más valioso que mi puesto como espía: les había llegado la noticia de que el gobierno británico estaba financiando un nuevo experimento de sus botánicos reales y un cargamento de semillas de roble aéreo iba a llegar a manos de Clarence para cultivarlas en el clima de las Indias Occidentales y aumentar la producción. Según lo que habían averiguado, con los nuevos prototipos los ingenieros británicos pretendían limitar a la mitad el tiempo de maduración del árbol, y con ello doblar el rendimiento. Más madera que malar, más barcos, más armas... El sueño de cualquier nación.

Ellen abrió los ojos, paralizada. Una sola semilla de ese árbol valía más que un centenar de rubíes. Y más si se trataba de una variante nueva. Hacía años que los alquimistas de ambos

bandos luchaban en una carrera sin cuartel por superar a los contrarios en sus experimentos. Hacerse con una muestra de las del enemigo permitiría adelantarse en la innovación de los nuevos navíos, cada vez más ligeros, rápidos y resistentes. Por no hablar de los intentos de sabotear las plantaciones enemigas, el mayor sueño y temor de toda la Marina Aérea. No por nada los botánicos formaban la rama más selecta del gremio de alquimistas y contaban con la tutela constante del rey. Si Bonaparte se hacía con ese cargamento, no sólo ganaría la guerra, sino que se aseguraría el control del aire en todas las generaciones venideras.

Ellen recordó de pronto la conversación que había tenido con Adelaide y la señora Van Nieel unas semanas antes. Había fingido escucharla con atención, como si fuera la primera vez que oía hablar de los robles aéreos. Traición y mentira, de nuevo. Pero ya tendría tiempo de sacarse ese puñal, en ese momento necesitaba respuestas de la misma forma que las temía.

—¿Lo conseguiste?

Adelaide asintió, aunque no quiso dar detalles de cómo lo había logrado.

—Salí de la hacienda con aquellas semillas cosidas a la ropa, temiendo a cada paso que alguien me descubriera. Nanette no sabía nada, sólo pensaba que había conseguido pagar por fin mi deuda con Clarence y que iríamos a buscar una nueva vida en el norte. Viajamos hasta la Guyana, donde mi contacto debía alcanzarnos para que canjeara el cofre por los pasajes y el salvoconducto. — Calló un instante—. Pero me traicionaron.

Ellen no se explicaba cómo podían haber salido con vida. Adelaide le estaba contando más una historia más propia de una novela de aventuras que de la vida real, llena de persecuciones y disparos. Nada más asegurarse de que cada semilla estaba contada y colocada en el cofre que había llevado para custodiarlas, aquel hombre trató de matarla para no dejar ningún rastro de su misión. Pero no contaba con que Adelaide fuera tan rápida.

La mujer había aprendido a defenderse sola a la fuerza y consiguió arrebatarse la pistola antes de que pudiera dispararle a bocajarro. Pero el agente de Bonaparte no había acudido solo y sus compañeros, al ver que el plan se había torcido, comenzaron a dispararla. O quizá fueran ingleses que la habían seguido hasta allí desde la hacienda, ya que los disparos parecían provenir de todos los frentes. Puede que incluso fuera un agente doble.

Nunca lo supo con certeza.

A todo el mundo le entró el pánico y aquello se convirtió en un caos. Adelaide se salvó de milagro de la lluvia de balas mientras arrancaba de los brazos de su fallido contacto los documentos que había llevado para ella y corrió sin mirar atrás. Consiguió llegar al puerto y embarcarse con Nanette antes de que la alcanzaran, pero sus perseguidores no tenían ninguna intención de dejarla escapar.

—Si de algo me arrepiento —dijo con un suspiro—, es de haber condenado a mis compañeros de pasaje a la perdición.

Los agentes —quizá los de ambos bandos— pagaron una buena suma a un barco bucanero para que les persiguiera y se hiciera con el botín o lo hundiera en mitad del océano. Cualquier cosa

antes de que acabara en manos de sus enemigos. Huyeron durante días de aquel navío de presa hasta que se metieron de lleno en una tormenta, y la providencia hizo que los hundiera a ambos. Nada más poner un pie en tierra, después de comprobar que aún estaba viva y todavía llevaba su tesoro pegado a la piel, Adelaide se aseguró de que ninguno de los mercenarios que consiguieron llegar a la playa saliera con vida para contar su historia.

—Después de perseguirnos como fieras, no fue difícil convencer al resto de que intentarían matarnos si teníamos compasión —reconoció—. Eran ellos o nosotros.

—¿Y el barco que encontró Byrne? El de la caverna.

—Otro intento de recuperar el cargamento que había robado. Aparecieron unas semanas después de que naufragáramos. Supongo que ingleses y franceses mandaron partidas por todo el Caribe buscando los restos de nuestro naufragio en cuanto se dieron cuenta de que habíamos desaparecido sin dejar rastro.

»Tres hombres aparecieron una noche en el asentamiento, rastreando cada palmo en nuestra busca y asesinando a todo aquel con el que se cruzaban por el camino. Pero Caleb consiguió zafarse de uno de ellos cuando se le echó encima y dio la voz de alarma. No tuvieron nada que hacer ante una turba desesperada y acabaron muertos.

»Convencí a todo el mundo de que no eran más que simples piratas en busca de un botín, pero yo temía que no estuviesen solos y que tarde o temprano sus compañeros vinieran a buscarles. Me pasé semanas recorriendo la isla en busca del navío en el que habían llegado, hasta que encontré la cueva por el mismo azar que el teniente. Debían de haberla localizado desde el aire y aterrizaron de noche para ocultar su llegada. Supongo que, después de días sin saber de ellos, su barco los dio por muertos, porque nunca volvió a aparecer nadie a reclamar sus restos. O quizá los bucaneros de ambos bandos se enfrentaron en el aire y acabaron matándose entre ellos. La verdad es que me importaba bien poco. Sólo podía pensar en utilizar aquel barco para escapar, pero, por más que lo intenté, no fui capaz de hacer que se elevara en el aire. —Soltó un bufido. Después de todo, la ironía del destino le había enviado un pelotón de servidores de la Marina Aérea—. Al final acabé convenciéndome de que era lo mejor. No sabía si seguían buscándonos, y temía que en cuanto nos hiciéramos al aire cualquier patrullero nos avistara y, esta vez sí, cumpliera su objetivo. Por eso sellé la caverna, para que nadie lo descubriera.

—Pero no lo destruiste.

Adelaide se encogió de hombros.

—Nunca terminé de perder la esperanza de que nos ayudara a salir de aquí, supongo.

—Y, entonces, ¿por qué siempre ponías pegas cada vez que intentábamos convencerte de salir de aquí en la *Lionheart*?

—Tampoco perdí nunca el miedo de que todavía nos estuvieran buscando. —Miró por la ventana a lo lejos, hacia la playa—. Cuando apareció el barco de tu padre, pensé que los ingleses habían mandado su ejército a reclamar lo que les había robado. Tuvo suerte de decir su nombre antes de que Caleb les pegara un tiro.

—¿Caleb lo sabía? ¿Lo de las semillas?

Adelaide asintió.

—En cuanto le conté la historia, me arrepentí de haber compartido una carga que debería haber sido sólo mía. Fue un momento de debilidad, pero ya no podía arrepentirme. Creí que necesitaba un aliado. Fui egoísta con él.

La chica la entendía. El miedo y la esperanza no solían ser racionales. Y más cuando los poderes que gobernaban sobre más medio mundo estaban buscándola. Por un instante se le pasó por la cabeza que el bloqueo francés que los había atrapado en el Caribe hubiera sido precisamente para evitar que esas semillas volvieran a Inglaterra. No era una posibilidad descabellada.

—¿Y McPhee?

—¿El muerto? ¿Qué pasa con él?

A Ellen le dolió que hablara de él de forma tan despectiva. Era un buen hombre que había sido asesinado.

—¿Por qué lo mataste? ¿Descubrió el barco? ¿Quiso denunciarte? ¿Chantajearte? —La voz se le quebró—. ¿Fue Caleb?

Enseguida se arrepintió de la última pregunta. Ella mejor que nadie sabía dónde había estado Caleb antes del incendio. Adelaide dio un brinco. Abrió la boca para soltar una contestación cortante, pero rápido la cerró. Estaba tan ofendida y enfadada que ni le salían las palabras.

—Así que ahora no soy sólo una espía traidora, sino también una asesina. —Alzó los ojos al techo. Veía la situación tan absurda que estaba a punto de echarse a reír—. No sé de qué me sorprende. Después de todo, los tuyos siempre acaban echando las culpas de sus problemas al resto del mundo. Lo que no me puedo creer que estés dispuesta a pensar esas cosas de Caleb. Tú, entre todos los malditos ingleses que han puesto un pie en esta isla. No, Caleb no ha hecho nada que no sea guardarme el secreto.

Entonces fue Ellen la que se envaró.

—¿Y tú? ¿Por qué querías entrar en el edificio donde lo encontraron la noche del incendio?

La mujer soltó un bufido.

—Espero que no me creas tan tonta de querer arriesgar la vida para ocultar unas pruebas cuando el fuego mismo ya se está encargando de ellas —espetó—. ¿O crees que yo provoqué el fuego y luego quise inmolarme en él para despistar?

Ellen arrugó los labios. La verdad es que no sabía qué creer.

—Lo que yo crea no importa.

—Claro que importa. —Adelaide se acercó a ella hasta que sus rostros quedaron apenas a un palmo de distancia. La muchacha tuvo que alzar el cuello para poder mirarla a los ojos—. Ya no eres una niña, Ellen. Tienes que saberlo. Tu palabra vale más que la de cualquier otro en esta isla, porque eres la dueña del corazón de tu padre y él tiene su espada pendida sobre todas nuestras cabezas. Da igual lo que yo diga o pueda demostrar si tú me llevas la contraria. Si dices que soy

una asesina, me colgarán. Sin cuestionarlo. A mí y a cualquiera. Asume esa responsabilidad, porque te pertenece. La deseas o no.

Pero ella se apartó, negando con la cabeza. No la quería.

—Yo sólo he venido a por respuestas, nada más.

—Pues búscalas. —La mirada de Adelaide era de súplica—. Mírame y dime: ¿crees que soy una asesina?

La respuesta brotó de sus labios sin que tuviera que pensarla:

—No, no lo creo.

Adelaide suspiró, aliviada.

—Porque no lo soy. No sé quién mató a ese hombre, pero no fui yo —respondió—. Esa noche quise entrar en el edificio porque me pudo el miedo.

—¿Miedo a qué?

—A que se destruyera la única carta que todavía guardo en la manga.

Ellen tardó un segundo en atar todos los cabos.

—Nunca quisiste que tocáramos ese almacén. Siempre decías que no merecía la pena restaurarlo, que estaba demasiado dañado. Y, sin embargo, te veía entrar de vez en cuando —recordó de pronto—. Guardaste algo allí, ¿verdad? Ibas para comprobar que estaba a salvo.

—No podía arriesgarme a guardar todos mis secretos en el mismo sitio. —Ellen notaba que la impaciencia la devoraba por dentro, pero se obligó a dejarla hablar sin interrumpirla. No ahora, que estaba tan cerca—. En el barco no se encontraba el más importante.

—Las semillas —dijo la muchacha.

Adelaide asintió.

—Si os las entrego, tienes que prometerme que Nanette estará a salvo.

Ellen torció el gesto y miró al suelo.

—No sé si puedo hacer eso —reconoció.

—Sí si quemas todos los papeles que hagan mención a su nombre —replicó ella—. No me importa lo que me pase, pero no puede quedar nada que la ligue a todo esto.

—Nanette nunca permitirá que te sacrifiques por ella.

—Es que no puede saberlo. No puedes decirlo.

Ellen dudó.

—Adelaide, no sé si...

—Júralo —le exigió—. Por ella.

La muchacha se vio en una encrucijada, pero no tuvo que sopesar mucho las opciones para saber hacia dónde se decantaba su corazón. Incluso sin aquel trato, sabía que acabaría haciendo lo que fuera por salvar a su amiga.

—Lo haré —prometió—. Quemaré esos papeles.

—¿Incluso si tu padre se niega?

Ellen asintió.

—Te doy mi palabra.



Ellen salió del edificio aparentando tranquilidad, pero sus piernas temblaban y enseguida echó a correr. La historia de Adelaide le quemaba por dentro. Tenía que comprobar qué era verdad y qué era falso.

Hansford la vio desde lejos y avisó a Fellowes, que estaba esperando con impaciencia a que terminara y fuera a informarle de lo que había averiguado. Se miraron un instante, desconcertados, antes de correr detrás de ella. La vieron entrar en el edificio en el que habían encontrado muerto a McPhee, donde había empezado el incendio, sin entender nada de lo que pasaba.

Cuando traspasaron por fin el umbral, vieron a la muchacha arrodillada, retirando escombros de madera y cavando en el suelo con las manos. Escarbó en la tierra del suelo hasta que sus guantes tocaron algo duro. Arrancó de la tierra una caja de madera con la superficie ennegrecida por el fuego, aunque la arena la había protegido en su mayor parte. El cierre estaba suelto, así que sólo tuvo que forzarlo un poco con la culata de su pistola para abrirlo.

Ambos hombres se acercaron despacio, hasta mirar por encima del hombro. Dentro, protegidos por serrín, había varios saquitos de tela. Ellen cogió uno con cuidado, retiró la cinta de raso que lo sellaba y vertió el contenido en su palma.

Semillas. Brillantes como pequeños diamantes negros.

«Más valiosas que las joyas de la Corona». La muchacha tembló al pensarlo. Y habían estado allí, escondidas, durante todo ese tiempo. Sin que nadie sospechara nada.

—Dios mío —musitó Fellowes. No le costó ni un segundo reconocer aquellos granos—. No me extraña que matara a McPhee por esto.

Pero su hija sacudió la cabeza.

—No fue ella, padre —replicó—. No es lo que parece.

Los dos hombres quisieron replicar, pero Ellen empezó a hablar, trasladando todo lo que había oído de boca de Adelaide. La muchacha quería hablar tan rápido, contar tantas cosas, que su lengua se trababa y a veces tenía que saltar hacia atrás y hacia delante en la historia. Pero había algo en su tono que hizo que ninguno la interrumpiera e incluso, en el fondo, que ambos creyeran cada una de sus palabras. Aun después de que terminara de hablar callaron unos minutos, digiriendo poco a poco todo aquel torbellino de información.

—Así que no era sólo la mala suerte la que traía los naufragios a esta isla. Eran los franceses dando caza a todo barco que se acercara por el cielo sobre estas aguas, pensando que sería el de Adelaide —dijo Hansford, el primero en reaccionar, mientras se agachaba a su lado para observar de cerca aquel tesoro.

Ellen frunció los labios.

—No estoy tan segura de que no hayamos sido nosotros también, tío.

El mayor se frotó el entrecejo formando una pinza de los dedos.

—Creo que vas a tener que repetir toda la historia con más calma, Ellie. Con detalle.

Fellowes asintió.

—Y habrá que llevar esto con mucho cuidado —añadió—. La existencia de este cofre no puede salir de aquí.

El nudo en el estómago se le apretó aún más al pensar en lo que serían capaces de hacer algunos hombres por tener en sus manos aquellos saquitos de tela. Quizá McPhee no había muerto por ellos, pero muchos otros podrían hacerlo. Tenían que ser discretos y guardarlo en secreto. Y, sobre todo, seguir alerta. Porque, si Adelaide no era culpable, significaba que un asesino seguía suelto por la isla, caminando entre ellos.



27

El silencio que planeaba sobre la isla era tan traicionero como una rapaz acechando a su presa. Las calles estaban vacías, salvo por los hombres de uniforme que las patrullaban, y dentro de las casas apenas se alzaba la voz en un tono más alto que un mero susurro; pero era todo un espejismo. La tensión era tan intensa que se podía paladear en la humedad del aire, como el borboteo de una olla al fuego a punto de explotar.

El peligro se respiraba.

Ellen observaba de reojo a Nanette mientras trabajaban, en silencio. Estaban enrollando las vendas recién lavadas de la enfermería, sin querer interrumpir sus pensamientos por miedo a encontrar rencor en ellos. Sabía que, cada vez que su amiga la miraba a la cara, lo único que era capaz de ver era a la hija del hombre que había encarcelado a su madre por traición y espionaje. Y todos sabían cuál era el castigo para esos cargos en tiempos de guerra.

La muchacha le había dejado espacio y se había alejado, decidida a esperar a que fuera Nanette la que fuera a buscarla. Aunque le partía el corazón pensar que la brecha que se había abierto entre sus mundos era demasiado grande y que ese momento quizá no llegara nunca. Al menos no lo tenía tan difícil como Phillip, que había tenido que salir del edificio aguantando la congoja a duras penas cuando la muchacha se había echado a llorar nada más ver su uniforme. Cada vez se le hacía más difícil mantener su palabra y no contarle nada de lo que había hablado con Adelaide, sólo que estaba bien y que no se preocupara por ella.

Aun así, Nanette era una persona pragmática y pronto se fue obligando a recobrar el control sobre sí misma. Su madre no hubiera permitido que fuera de otra forma. Sobrevivir era lo que mejor sabían hacer. El capitán Fellowes había accedido a que siguiera trabajando en la enfermería siempre y cuando estuviese vigilada, así que era lo que había hecho. Cuidar de otro le hacía ocupar la mente y no tener tiempo para compadecerse de sí misma.

—¿Has terminado? —le preguntó cuando dobló el último rollo y lo metió en la caja.

Ellen asintió mientras le daba la última vuelta a la tela.

—Dieciséis recién contadas.

—Pues vamos a llevarlas arriba.

Las dos muchachas subieron las escaleras hacia el segundo piso de la enfermería, tan cargadas

que tenían que asomarse por detrás de las cajas para ver dónde ponían los pies y encontrar la puerta del almacén. Allí el capitán Fellowes también había apostado un guardia. Ellen lo reconoció.

—Buenos días, Carter.

—Feliz domingo, señorita Fellowes —respondió el marine, encantado de que recordara su nombre. Sacó la llave del cinturón y, esta vez sí, abrió la puerta para ellas a la primera—. Señorita.

Nanette se limitó de musitar un seco «gracias» antes de adentrarse en la habitación. Dejaron las cajas entre los restos de los botiquines que habían ido diezmando, ya casi todos vacíos. Ellen suspiró y empezó a ordenar lo poco que quedaba en ellos. No aguantarían mucho más en la isla sólo con eso.

Mientras tanto, Nanette había cogido una escoba hecha de hojas de palmera secas y se había agachado para barrer el suelo y despejar algo de la suciedad que se había acumulado en los últimos días. Ellen se subió al alféizar de la ventana para dejarle sitio, con una rodilla doblada y otra colgando en el vacío; aunque tuvo que recolocar su postura para no clavarse la culata de la pistola en la cadera al apoyarse en el marco. Su amiga la miró de reojo y barrió en su dirección, echándole todo el polvo a la cara hasta hacerla toser y reír a la vez. Nanette también hizo un amago de sonrisa.

Fuera, algunos marineros disfrutaban de su día de descanso. En circunstancias normales, se habrían tirado sobre los tablones del castillo de proa a disfrutar del calor del sol, bromeando, jugando a las cartas y arreglándose unos a otros las trenzas de cabello desgastado que muchos llevaban largo hasta la cintura; pero aquel día se les antojaba diferente hasta a los rígidos rituales de la marina. Desde algún rincón llegaban canciones y risas, pero no eran más que ecos vacíos entre el ánimo general. Incluso los que estaban sentados en el muro del fuerte, observando desde arriba el partido de críquet que otros habían organizado en la playa, lo hacían en silencio y con el gesto serio. Lo que se respiraba entre los corrillos era crispación y cuchicheos por encima del hombro, comprobando que ningún extraño pudiera escuchar sus palabras.

Aunque lo que más le preocupó a Ellen fue un grupo que se paseaba entre el resto como si fueran los gallos del corral. Reían en alto, con un descaro estridente, como hienas marcando territorio. Aquella altanería ensayada era una provocación que a la muchacha le hizo rechinar los dientes. ¿Qué les pasaba a los hombres, que perdían la cabeza en cuanto cataban el poder sobre sus semejantes? El sentido común y el autocontrol desaparecían al mismo ritmo que crecía la autoridad. Al aplicar la ley marcial, lo que el capitán Fellowes había conseguido sin pretenderlo era que hombres mediocres se sintieran con derecho a alzarse sobre el resto. Se sentían superiores. Invencibles. ¿Quién iba a interponerse en su camino si eran ellos los que tenían la empuñadura de la pistola a su alcance?

Ni sus propios compañeros se atrevían a plantarles cara a Lawrence y a su cuadrilla mientras pasaban ante ellos como un rey ante su corte. Bajaban la cabeza y murmuraban por lo bajo, pero

nada más. Y todos se daban cuenta. Desde arriba, Ellen buscó a algún uniforme de oficial que pudiera detener todo aquello antes de que fuera demasiado tarde, pero debían de estar todos reunidos con su padre. Aquel vacío de autoridad sólo daba alas a quien quería llenarlo con bravuconería.

En ese momento, Lawrence alzó la voz y señaló hacia su izquierda. Ellen no sabía qué era lo que había captado su atención, pues tenía la visión bloqueada por otro de los edificios, pero sí que vio perfectamente cómo uno de sus esbirros amartillaba su arma y se encaminaba hacia allí con una sonrisa peligrosa. Un segundo después, volvió a aparecer con un niño agarrado del cuello, que chillaba y se debatía dando patadas al aire inútilmente entre gimoteos. Debía de haberse escapado del toque de queda en una travesura que estaba a punto de salirle muy cara. Ellen no pudo evitar sentirse aliviada al comprobar que no era Hans van Nieel —lo último que les faltaba era perder el apoyo de los holandeses—, pero enseguida se sintió culpable por alegrarse de la desgracia de otro niño.

Su captor comenzó a reírse a carcajadas y lo lanzó hacia Lawrence como si fuera un muñeco. Algunos de los marineros que estaban más cerca se levantaron de un salto al verlo, pero ninguno se atrevió a dar más de un paso en su dirección. Se quedaron callados mientras aquella manada de salvajes se cebaba con él, lanzándolo por los aires, tapando el llanto con sus risas.

Una voz llegó desde uno de los callejones. Ellen quiso gritar que volviera por donde había venido antes de que fuera demasiado tarde, pero Caleb —que debía de haber salido en su busca, a pesar de la prohibición— ya había llegado corriendo a la explanada. Sin un atisbo de miedo se había interpuesto en el juego, atrapando al niño, que se agarró a su cuello y se enterró en sus brazos.

—¡Animales! —gritó el muchacho.

Dejó al niño en el suelo para que echara a correr, cubriendo su huida con el cuerpo. Aquello no les sentó nada bien a los marineros. Y Caleb les había dado la excusa perfecta para echarse sobre él sin que nadie los detuviera. Después de todo, había roto el toque de queda. Tenían permiso del capitán para detenerlo y devolverlo a su cautiverio.

—Asqueroso cimarrón.

Uno de los marineros, el que había descubierto al chico, avanzó hasta Caleb y alzó el brazo para asestarle un puñetazo; pero él lo esquivó y lo envió a morder el polvo de una patada. Otro de sus compañeros se abalanzó como un animal salvaje hacia él y ambos cayeron al suelo, rodando uno encima del otro entre codazos y mordiscos. Pero Caleb consiguió reducirle y se colocó sobre él hasta romperle la nariz con los nudillos, haciendo que la sangre se juntara con las lágrimas. El público jaleó. A esas alturas, toda la tripulación se había puesto de pie y les había rodeado. Caleb se levantó con un reguero de sangre cayendo desde la ceja, pero con una sonrisa de triunfo.

Lawrence, rojo como un tomate y temblando de furia, sacó un cuchillo de la cintura y avanzó hacia él con la hoja por delante, hasta que la punta rota casi le rozó la nariz.

—¡Alto! —La voz de Atwood se quebró en un gallo demasiado evidente como para dejarle algo

de autoridad a la orden, pero no se amedrentó por ello—. Baja el arma ahora mismo, Lawrence.

El guardiamarina había llegado corriendo de la nada y se había plantado entre Caleb y el arma con los brazos extendidos, protegiéndole con su cuerpo entre jadeos.

—Quítate de en medio, mequetrefe. O lo lamentarás —le espetó Lawrence, crecido ante la expectación.

—¡Señor Atwood para ti, Lawrence!

La voz de Phillip resonó con tanta furia que les hizo dar un paso atrás. Thomas y él habían aparecido poco después que el guardiamarina, seguidos por McAvoy, que se escabulló en cuanto pudo para evitar que le acusaran de chivato.

—Señor Cox, no sé qué...

—Teniente Cox, Lawrence. —La sangre le borboteaba de tal modo en las venas que apenas podía controlarse. Se había acercado tanto que su saliva le salpicaba en la cara al marinero. A su lado, Thomas parecía dispuesto a arrancarle media cara allí mismo—. Y te referirás a tu superior como *señor* Atwood, y de ninguna otra forma. ¿Entendido?

Lawrence estuvo a punto de asentir por inercia, pero su orgullo herido hizo que mirara hacia atrás en el último momento. Se encontró con un centenar de ojos clavados en él, entre ellos los hombres de su cuadrilla, que aguardaban su gesto. Cualquier sentido común que le pudiera quedar se esfumó en ese mismo instante. No podía dejar que lo humillaran de esa forma delante de todo el mundo, o no podría volver a caminar entre ellos sin oír las risas a su espalda. La arrogancia lo cegó hasta cavar su propia tumba.

—Haré lo que me dé la gana.

El tiempo se ralentizó en el silencio que siguió a esa frase. El gesto de Phillip se desencajó de pura furia. Giró la cabeza y abrió la boca, decidido a llamar a los marines para que arrestaran a aquel hombre, pero Lawrence reaccionó antes. Volteó el puñal sobre la mano, lo agarró por el mango y trazó un arco con el brazo para golpearle la cara con él. Thomas lo vio venir. Gritó una advertencia, pero se dio cuenta de que no iba a llegar a tiempo. El teniente se echó hacia delante, empujando a Phillip a un lado, y se interpuso entre ambos. La madera colisionó contra su pómulo y lo derribó con el impulso.

Desde arriba, Ellen gritó y echó a correr.

Aquello sacó a Lawrence de su ensueño. Vio a Thomas gruñir desde el suelo, sujetándose la mejilla dolorida y que ya había empezado a hincharse. De pronto, comprendió lo que había hecho. Sintió el aire rozando su cuello como la caricia anticipada de la soga del verdugo. Le invadió el pánico.

—¡Lawrence, quédese donde está!

Fellowes y Hansford habían aparecido por detrás, seguidos por el pelotón al completo de infantería, armados con sus mosquetes. Pero el marinero no hizo caso de la orden de su capitán. Ya era demasiado tarde. Había golpeado a un superior. Ante él había visto cerrarse todas las puertas, salvo la de la muerte.

Agarró del cuello del uniforme a Phillip, que era el que tenía más cerca, y lo empujó hacia él. La espalda del teniente chocó contra su pecho y Lawrence le puso la hoja del puñal en el cuello. Phillip levantó las manos, sacudiendo la cabeza cuando Thomas hizo amago de lanzarse hacia él desde el suelo.

—¡Atrás! —gritó Lawrence con la voz quebrada por el terror—. ¡Que nadie se mueva!

El capitán se paró en seco a mitad de carrera e hizo un gesto por los brazos para que el resto le imitara.

—Suelte el cuchillo, Lawrence. No empeore las cosas.

—¿Cómo iba a empeorarlo? —replicó. El filo se agitaba en su mano en un temblor incontrollable, clavándose en la piel de Phillip cada vez que este intentaba respirar o tragar saliva—. Ya estoy muerto.

Fellowes comprendió que no había nada que pudiera hacer. Aquel hombre sabía perfectamente que a partir de ese momento sólo le esperaban el calabozo y el cadalso. Ningún consejo de guerra le condenaría a nada que no fuera la horca después de golpear y amenazar a un oficial. Pero veía en la desesperación de sus ojos que, si iba a caer, se llevaría a alguien más al infierno con él. Lawrence gruñó como un animal rabioso y un río escarlata comenzó a manar del cuello del teniente.

—¡No!

El disparo los sobresaltó a todos. Phillip cayó al suelo, cubierto de sangre, aunque tardaron un segundo en darse cuenta de que no era la suya. Lawrence se había desmoronado sobre él, inerte, con el cráneo abierto por un tiro justo por encima de la nuca que había esparcido su sangre y sus sesos. Un centenar de cabezas se giraron a la vez hacia atrás, justo para ver cómo Ellen bajaba el cañón de su pistola, todavía humeante y con las filigranas del metal en plena ebullición. Ella les devolvió la mirada con la cabeza alta, aunque evitó cruzar los ojos con nadie. Guardó el arma en su funda con las manos temblorosas, como si el contacto le quemara.

Fellowes fue el primero en reaccionar. Se acercó hasta el cadáver y lo empujó con la punta de su bota hasta ponerlo bocarriba. Definitivamente, estaba muerto. Phillip aprovechó entonces para arrastrarse y salir de allí abajo con la ayuda de Thomas, todavía conmocionado.

El capitán se agachó y escrutó la expresión de sorpresa y horror del marinero, pero sus ojos se fueron rápidamente hacia su mano, la que todavía sujetaba el cuchillo. Un sudor frío le recorrió la nuca al fijarse en su extremo. Lo cogió con cuidado, arrancándoselo a los dedos del muerto, y lo colocó en el suelo frente a él. Luego, se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un bulto bien envuelto por uno de sus pañuelos de tela. Lo desenrolló sobre su rodilla y sacó la punta rota y carbonizada que había acabado con la vida de McPhee. Incluso antes de colocarla sobre el cuchillo de Lawrence, supo que los trazos de ambas partes iban a encajar como las piezas de un rompecabezas. Suspiró con alivio y congoja a la vez.

—*Lord* Hansford, detenga ahora mismo a estos hombres. Y que el escribiente apunte sus nombres en el cuaderno —ordenó, y señaló a la cuadrilla de Lawrence.

—Sí, señor.

Los casacas rojas rodearon a los marineros en menos de un segundo y los obligaron a ponerse de rodillas en el suelo, con las manos en alto, mientras los encadenaban con grilletes. Fellowes los miró mientras guardaba las piezas del cuchillo de nuevo en su chaqueta. En cuanto estuvieron bajo custodia, el capitán se acercó a ellos y habló con voz gélida:

—Caballeros, les doy una hora para que reflexionen sobre sus lealtades y empiecen a hablar. No creo que haga falta recordarles que sus vidas dependen de ello. Espero una explicación detallada de todo lo que ha pasado en los últimos días, o se enfrentarán a un cargo de asesinato en cuanto pongamos un pie en el puerto y yo mismo me encargaré de que les cuelguen por ello. — Esperó hasta asegurarse de que el terror había calado en ellos y luego se volvió hacia Fitzroy—. Lléveselos, sargento.

El marine se cuadró ante el capitán y se apresuró a obedecer la orden mientras Fellowes disolvía a la marea de curiosos que los rodeaban con su poderosa voz de mando. Sólo cuando la explanada se quedó vacía de testigos se dio la vuelta para enfrentarse a lo que realmente le reconcomía el corazón. No quería que más miradas de desconfianza se depositaran en su hija mientras el capitán caminaba hacia ella.

La muchacha se había refugiado a la sombra de un edificio cercano y ayudaba a Nanette a recolocar el hombro derecho de Thomas, que se había dislocado hacia delante con la caída. Phillip intentaba sujetarle también, aunque no podía hacer demasiada fuerza, pues la venda que le habían puesto en el cuello se le caía todo el rato, empapada de sangre; aunque la herida había dejado de sangrar. Nanette les hizo un gesto mientras se remangaba la falda y ellos agarraron al teniente, que apretó los dientes con fuerza. La chica clavó un pie bajo la axila de Thomas y con ambas manos tiró de su brazo hacia ella mientras lo retorció, hasta que la articulación volvió a su sitio.

—Ya está —le dijo Nanette a Thomas al soltarle.

Él dejó caer la espalda contra el muro, intentando sonreír entre resoplidos, pero tenía la mitad de la cara cada vez más hinchada y apenas podía mover los músculos sin que le sobreviniera una ronda de pinchazos. El ojo izquierdo, que normalmente llevaba ya medio cerrado por la cicatriz, se había convertido en una bola de color púrpura.

—Ellen —llamó el capitán a unos cuantos pasos de distancia.

La chica se estremeció al oír su nombre. Apoyó una mano en el hombro de Thomas para comprobar que estaba bien antes de alejarse de él y luego caminó hacia su padre con pasos cada vez más inseguros.

—Habría matado a Cox, padre —soltó nada más llegar hasta él—. Él mismo sabía que ya era un hombre muerto. Y desesperado.

—Lo sé.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Lo sé. —Fellowes tragó saliva—. Lo único que lamento es que hayas tenido que ser tú.

El capitán agarró a su hija por los hombros sin darle tiempo a añadir nada más y la estrechó en brazos. Ellen se resistió un momento a dejarse llevar, pero el alivio porque su padre no estuviera enfadado con ella acabó por derribar sus muros. Las lágrimas salieron a riadas, como si alguien hubiera abierto una compuerta. Su máscara forjada en hierro cayó hecha pedazos y ni todas las maldiciones de la muchacha consiguieron detener las lágrimas.

No era el primer hombre al que mataba, pero no comprendió hasta que fue demasiado tarde lo distinto que era apretar el gatillo ante un pirata sin rostro que ante un hombre al que conocía por el nombre con el que le habían bautizado. Y daba igual que supiera que era un sentimiento absurdo. Lawrence había estado a punto de matar a Phillip, y podría haberse llevado a más gente por delante si no lo hubiera detenido. A Thomas, incluso. Pero algo dentro de ella no paraba de repetirle que había matado a un marinero de la *Lionheart*, a un servidor del rey.

Por primera vez, se sintió una asesina, con las manos manchadas de sangre, y supo con certeza que aquellos ojos vacíos y sin vida la perseguirían para siempre. Ella, compañera incansable de la muerte, se había buscado otra maldición con la que cargar.

Ellen se dejó abrazar entre sollozos, sabiendo que, aunque en el fondo no se arrepentía de lo que había hecho, el llanto nunca sería tan fuerte como para arrastrar la culpa.



Lord Hansford era posiblemente el único servidor de la Marina Aérea al que nadie hubiera tachado de supersticioso. Se jactaba de ello en las cenas de los oficiales, incluso, riéndose de todas las tradiciones sin las que no podían vivir los que vestían la casaca azul. Pero, a esas alturas, si alguien le hubiera dicho que la isla en la que habían recabado estaba maldita, lo hubiera creído a pies juntillas.

El incidente con Lawrence no fue más que la gota que colmó el vaso. Después de aquel día, parecía que los planetas se hubieran alineado para que cualquier cosa que pudiera salir mal acabara peor. Casi hubiera preferido que de verdad hubiera fantasmas errantes por la isla.

Los ánimos estaban tan exaltados que por poco no desencadenaron una batalla entre bandos. La autoridad del capitán Fellowes había acusado un golpe muy fuerte al resquebrajarse la disciplina de sus filas, y descubrir que había estado ocultando el asesinato de uno de sus hombres no ayudó en nada. Daba igual que no hubiera sido idea suya el guardarlo en secreto. Incluso Lotta van Nieel se indignó tanto que consiguió tragarse sus inseguridades para plantarse delante del capitán y exigirle una explicación. Ella no estaba en guerra con ningún país, insistió, y no tenía por qué rezar con temor cada noche para que a su hijo no le pegaran un tiro por poner un pie en el exterior. Hasta el grupo venido de la plantación de los Levertone, que siempre se había inclinado a apoyarle en todo desde que llegó, comenzó a distanciarse.

La tensión creciente envalentonó de tal forma a los náufragos que unos cuantos acabaron por rebelarse contra el toque de queda y organizaron una marcha para exigir que liberaran a Adelaide, encarándose ante los mosquetes que les apuntaban. Ellen tuvo que ponerse en medio de la turba para mantener la paz, justo a tiempo de evitar que asaltaran la casa donde la mantenían prisionera. Eso le costó que Caleb le retirara definitivamente la palabra. La muchacha lo aceptó con resignación, aunque todos sabían que le dolió lo increíble.

Los planes de escapar de allí tampoco iban mucho mejor. Thomas había cumplido con su parte y, junto con una cuadrilla de marineros, había conseguido descubrir y desbrozar el techo de madera que cerraba la cueva después de sudar y trabajar de sol a sol. Pero por mucho que intentaron elevar el barco, no funcionó. Se dieron cuenta demasiado tarde de que no había sido culpa de la falta de pericia de Adelaide que el casco no consiguiera elevarse del agua.

Fuera quien fuese el que había metido el barco en aquella cueva, lo había hecho sin ningún cuidado. O había tenido un accidente al intentarlo. Tanto era así que al fondear habían hundido el casco más de lo necesario en el agua, destrozando su parte más baja con las rocas puntiagudas del fondo hasta hacer un boquete del tamaño del bocado de un leviatán. El patrón alquímico de la madera había quedado tan dañado que, por mucho que Singh y Helsby se pasaron horas probando cada idea que se les venía a la cabeza, no pudieron hacer nada por repararlo. Ni el maestro maleador más diestro podría haber salvado aquel barco, estaba encallado sin remedio. Sin el enrejado íntegro de los tablonés aéreos, esa embarcación no era más que un trozo de madera podrida.

Aquello acabó por romper a Fellowes. Su única esperanza pasaba ahora por que la *Lionheart* pudiera alzar el vuelo otra vez, así que tenían que hacer lo que fuera por conseguirlo.

Durante diez días, nadie descansó. El trabajo se repartió en turnos que duraban de un amanecer a otro, en un zafarrancho perpetuo, intentando rescatar el barco de las aguas por todos los medios. Pero las últimas semanas habían diezmado de tal modo las cuadrillas que muchos tuvieron que doblar sus turnos para realizar trabajos que nadie más dominaba. Los carpinteros que quedaban se llevaban doble ración de comida a cambio, pero apenas dormían.

Trabajaron de día y de noche, alumbrados por antorchas y la luna en el cielo. Crearon poleas y palancas para desatascar la nave, y los buceadores se sumergían hasta que la luz del sol desaparecía para colocar las cuñas bajo el casco. Atwood pasaba tanto tiempo bajo el agua que comenzó a supurarle un oído, mientras que Fellowes acabó por llevarse el catre a la playa para poder supervisar cada paso de la reparación sin perder tiempo en subir y bajar la colina hasta el asentamiento.

Él era el que más trabajaba de todos. Se echaba como mucho un par de horas cada noche sobre la broza, pero después de despertarse sobresaltado, consumido por las pesadillas, volvía a ponerse en pie y agarraba cualquier herramienta. La desesperación y el agotamiento lo arrastraban de un lado a otro como un muerto en vida, cada vez más tenso y malhumorado. Sus gritos se oían con demasiada frecuencia y sus hombres, que siempre lo habían venerado, ahora comenzaban a encogerse en su presencia y a cuchichear a sus espaldas.

Un día, Hansford tuvo que detenerlo antes de que tirara al mar a un grumete al que se le resbaló un cabo entre las manos, haciendo temblar la compleja estructura de poleas que habían construido.

—¡Capitán! —había gritado el mayor cuando vio que Fellowes tenía al chico por la camisa—. Creo que el joven Jackson ya ha aprendido la lección.

El chico temblaba cuando su capitán lo soltó.

—Ha sido un accidente, señor. Lo juro —tartamudeó.

Fellowes asintió sin mirarle.

—Vaya a que le curen esas manos, Jackson —ordenó. El grumete se las había despellejado con el roce de la maroma—. Ha terminado su turno por hoy.

Nadie abrió la boca sobre aquel episodio, pero Hansford notaba las miradas de soslayo hacia

su capitán. Tenía que vigilarlo. Cada vez que perdía de vista a su amigo, le embargaba el temor de que hiciera alguna tontería y él no estuviera para evitarlo; como la vez que volvieron a fracasar al enésimo intento de despegar la *Lionheart* del banco de arena en el que había encallado.

Los hombres estaban agotados y empapados en sudor, pero Fellowes insistió en que lo intentaran una vez más. Thomas se adelantó para pedir un descanso en nombre de la tripulación, pero el capitán se negó. Empezó a chillar como un loco, echándoles en cara su pereza y culpando a todo el mundo por seguir allí varados. Lo único que veía era que la madera seguía hundida, sin moverse ni una pulgada, con el mascarón de proa arañando con sus colmillos y sus garras la marea que subía y bajaba a su alrededor, pero sin liberarla de su jaula acuática. Se dio la vuelta, presa de la rabia, y comenzó a cavar él mismo la arena del atolón con las manos, mientras el resto intentaba mantener una expresión seria ante la locura de su capitán.

—Samuel, ¿qué estás haciendo? —siseó el mayor, intentando detenerlo.

Pero Fellowes se lo quitó de encima de un manotazo.

—Ahora no, *lord* Hansford.

De nada sirvieron los intentos de su amigo por hacerle guardar la compostura. El capitán siguió cavando, obcecado, hasta que Hansford echó a todo el mundo de allí y empezó a zarandearle en cuanto se quedaron solos.

—¡Samuel, por Dios! ¡Para de una vez!

Fellowes parpadeó varias veces, como si acabara de despertar de un sueño.

—No pretendía... —balbuceó, mirándose las uñas raspadas por la arena como si fuera la primera vez que las veía.

—Vete a dormir —le suplicó el mayor—. Mañana será otro día.

Su primer impulso fue protestar, pero estaba tan exhausto que no le quedaban fuerzas para revolverse. Tenía las bolsas bajo los ojos tan hinchadas que le dolía hasta parpadear. Fue más fácil dejarse llevar y dormir. Aunque al día siguiente ya estaba de nuevo en su puesto, con el uniforme impecable, arrimando el codo con los que llegaron para cubrir el siguiente turno.

Y el trabajo continuó.

Los cuchicheos y las miradas furtivas le siguieron durante un tiempo, pero ver a su capitán aparentemente recuperado de su locura volvió a subir los ánimos. A fin de cuentas, todo ser humano necesitaba un ídolo en el que creer, y la tripulación de la *Lionheart* nunca había bajado a su capitán del pedestal.

Hasta que una noche, con el atardecer ya desdibujado en su último color púrpura, la fragata se desperezó en el agua y se alzó al aire con un crujido que sonó como el bostezo de la leona de su mascarón tras un largo sueño. La tripulación estalló en vítores, felicitándose unos a otros. Fellowes observó su figura erguida con el pecho hinchado de orgullo y una lágrima furtiva en las pestañas. Todavía no podía cantar victoria, pues no habían terminado las reparaciones del casco y hubiera sido peligroso echarse a las nubes con una grieta tan grande a cuestas; pero estaban más cerca. El capitán los felicitó y, para sorpresa de todos, los mandó a descansar.

Él se quedó en la playa. Se sentó cerca de la orilla, donde la arena húmeda estaba más prieta, y se dejó arrullar por el vaivén del oleaje. La sombra de su Leona se alzaba ante él, poderosa de nuevo. Fellowes la miraba absorto, saludando con su silencio a una vieja amiga. Ella le respondió con el crujido de la madera.

Conocía cada una de sus curvas y sus aristas. Los tablones que chirriaban al pisarlos y los aparejos que mejor aguantaban el peso. Había pisado cada palmo de su eslora tantas veces como para dejar la huella de sus botas, y también derramado sangre sobre cada una de sus astillas, muchas veces la suya propia. Si había algún sitio al que podía llamar hogar, era aquel navío. Aquella verdad le hizo sentir culpable. Su vida siempre había estado dividida entre lo que dejaba en tierra y lo que le esperaba en el aire, pero esos dos mundos nunca habían colisionado tanto como hasta entonces.

«Ten siempre el viento en las velas y el corazón en Inglaterra», solía desearle su esposa en sus cartas.

Ojalá pudiera volver a verlo todo de una manera tan sencilla. Sin cuestionar nunca su deber, sabiendo que su familia le esperaba sana y salva en casa.

—¿Molesto?

La voz de Hansford le sobresaltó.

—¿Te irías si te dijera que sí? —se burló Fellowes, haciéndole un gesto para que se sentara a su lado.

—Probablemente, no —reconoció el mayor. Se dejó caer y soltó un gruñido cuando se acomodó en la dura arena—. Mi espalda ya no está para esto. Es más de sillones mullidos.

El capitán rio, echando la cabeza hacia atrás. Ya se distinguían las primeras estrellas sobre el cielo despejado, tan distintas de las que veía desde su jardín en Inglaterra.

—Puede que pronto puedas darle el capricho junto a la chimenea de Lilacfield House —respondió—. Si salimos vivos de esta.

—¿Crees que no llegaremos a casa?

—Creo que, si por fin conseguimos remontar el vuelo, todavía nos quedan unos cuantos obstáculos que salvar, y lo peor es que no podemos ni imaginarnos cuáles son. —Fellowes cerró los ojos—. El bloqueo podría seguir en pie. Podríamos volver a cruzarnos con una tormenta. O que las reparaciones de la *Lionheart* no aguanten la travesía.

—Helsby ya ha dicho que la grieta se puede reparar, y de ese hombre me fío, aunque perdiera los dos brazos y la pierna que le queda. Ya han ido a buscar los maderos que hacen falta a los restos del barco estrellado de los Levertone y me han dicho que todavía brillan como si los acabaran de sacar del taller. No te preocupes por eso, Samuel.

—También están los piratas que nos atacaron cuando llegamos. —El capitán siguió hablando, sin hacerle caso—. Ya te dije que no creo que nos dejaran marchar tan fácilmente, ni que no se les ocurriera vender nuestra posición al enemigo. Esa información seguro que vale más que todo lo que pudieran robarnos.

—Si no han aparecido ya, dudo que lo hagan a estas alturas —repuso el mayor.

—Puede que sí o puede que no. Singh creyó ver un barco el otro día a lo lejos, pero no estaba seguro. Me dijo que sólo fue una mancha que vio a través del catalejo.

Hansford se pegó una palmada con la mano abierta en el muslo.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No quería que cundiera el pánico. —Arrugó el gesto—. Bastante revuelo tenemos encima desde el asesinato de McPhee.

—Al culpable ya se lo han comido los peces y sus cómplices están a buen recaudo. Acabará pasando.

La cuadrilla de Lawrence no había guardado la compostura el tiempo suficiente ni para encerrarlos en la bodega que les servía de celda. A medio camino ya se habían postrado de rodillas, suplicando clemencia. Su relato era caótico, cada uno echándose la culpa al otro, pero coincidían en una cosa: había sido Lawrence el que había apuñalado al contraмаestre por la espalda. Fellowes casi hubiera preferido que el hombre hubiera dado su vida por una causa más noble, por aquella intriga de espías en la que también se habían visto envueltos sin querer, pero la razón de su muerte había sido mucho más mundana.

Después de azotar a Lawrence, la noche del incendio, él y su cuadrilla se habían colado en los almacenes por una grieta en la pared, camuflada por la maleza, y habían robado un barril de grog. Se lo llevaron a un edificio abandonado, donde pensaron que podrían emborracharse sin que nadie se diera cuenta. Pero el contraмаestre oyó voces cuando estaba haciendo su ronda y entró a investigar. Al verle aparecer, cundió el pánico, pensando que volverían a azotarles a todos por ladrones, y aquella panda de animales atacó sin pararse a pensar. Para cuando se les enfrió la sangre y recuperaron el juicio, McPhee estaba desangrándose en el suelo y no se les ocurrió otra cosa que prenderle fuego para cubrir sus huellas. Y no se habían salido con la suya por muy poco.

Pero eso no era todo lo que carcomía la conciencia del capitán.

—Puede que en el fondo pensara que, si no le daba importancia, quizá no la tuviera —siguió hablando, sin poder salir del bucle en el que se habían sumido sus pensamientos—. Una tontería, lo sé. Pero estos días han sido raros. No..., no he sido yo mismo.

El mayor soltó un bufido.

—No hace falta que me lo jures.

El capitán dibujó una media sonrisa.

—Te debo una disculpa, Arthur. A ti y a toda la tripulación. Me he dejado cegar. Perdóname.

Hansford le puso una mano en el hombro.

—No hay nada que disculpar, amigo mío. Todos tenemos nuestros momentos de debilidad.

Pero Fellowes no quería dejarlo correr tan fácilmente. Se sentía furioso consigo mismo.

—Es como si no fuera capaz de controlarme. Como si fuera otra persona a la que no reconozco. —Se pasó la mano por el pelo, colocándose un mechón por detrás de la oreja. Se le había soltado la coleta, pero ni siquiera intentó volver a atársela—. En el aire siempre sé quién soy. Lo que

tengo que hacer. Las respuestas aparecen antes que las preguntas y el camino correcto acaba abriéndose tarde o temprano. Pero aquí, en esta isla..., es como si estuviera en mitad de una niebla espesa y no pudiera distinguir nada con claridad. Lo único que siento es miedo. Pánico. Y es un peso que soy incapaz de quitarme de encima.

Hansford dejó que las palabras reposaran un instante en el silencio.

—Han sido semanas duras, Samuel. Pero acabarán pronto.

—¿De verdad lo crees? —Fellowes no parecía tan seguro—. Porque le he estado dando vueltas y todas me han llevado al mismo punto: a Ellen. He descubierto una cara de mi hija que desconocía por completo y me he dejado llevar tanto por ella que he permitido que se pusiera en peligro sin ningún cuidado. Aunque no sé de qué me sorprende, si soy un extraño para mis hijos.

—Eso no es verdad. Estás dejando que tu enfado hable por ti.

—Hace ocho meses que partimos, Arthur. Y antes de eso estuve un año embarcado, sin pisar mi casa. Ellie ya es mayor y me tuvo a su lado en los años de la tregua, pero Caroline y Phoebe han crecido sin que yo estuviera allí para verlas. Y el pequeño Samuel..., estoy seguro de que ni siquiera me reconoce. Se echará a llorar nada más verme, como si fuera cualquier extraño. —Las manos de Fellowes habían empezado a temblar, así que las enterró en la arena—. No sé ni cómo Maggie me sigue abriendo la puerta de casa.

—Porque tu esposa es un sol radiante —replicó—. Y tu familia, más fuerte de lo que crees. Y te quieren.

El capitán agradeció sus palabras.

—Siento que tengas que aguantar cómo te lloro mis penas, Arthur. No tengo derecho a quejarme. Yo al menos sé que están a salvo y en casa.

—Todo el mundo tiene a derecho a quejarse por sus cosas sin pensar en las de los demás. — Hansford miró al cielo—. Yo hace tiempo que me he resignado a aprovechar los pocos momentos que tengamos. Igual que Roger. Fue una decisión de los dos, y no me arrepiento.

—Aunque suene egoísta, me alegro de que decidieras embarcarte conmigo y no con él.

—Es muy egoísta, Samuel; pero no te lo reprocho. Soy un mayor de infantería incomparable.

Fellowes se echó a reír.

—En eso no te voy a quitar la razón. No creo que haya nadie entre todas las langostas como tú. Y sí, puedes tomártelo como un cumplido

Volvieron a quedarse en silencio, esta vez durante varios minutos. Después de tanto tiempo, sólo con saber que tenían la compañía del otro les bastaba. Pero también se conocían lo suficientemente bien como para saber cuándo algo les rondaba por la cabeza.

—Sea lo que sea lo que te preocupa, puedes soltarlo —le aseguró Hansford.

—Son tonterías mías.

—Lo sé, pero siempre te las guardas y te acaban haciendo daño. —Se giró hacia él—. ¿Qué ocurre?

Fellowes suspiró.

—Ya te lo he dicho, es Ellen.

—Sé que ha estado mal después de lo de Lawrence, Samuel, pero no te preocupes. No se arrepiente y ya ha dejado de tener pesadillas. Se le pasará. Todos las tuvimos al apretar por primera vez el gatillo. O al ensartar a alguien.

Hansford se estremeció por dentro. Quizás él no había borrado ese recuerdo tanto como le gustaría.

—Ese es precisamente el problema —replicó—. Que está... bien. Y te aseguro que me siento fatal por pensarlo y que no le veo una explicación lógica, pero no debería estar... bien. No es como deberían ser las cosas.

—¿Porque no es propio de una señorita andar matando gente, te refieres? Tampoco lo es escalar acantilados ni pasearse dando órdenes. Ni vivir sabiendo que en las tripas tienes... eso. Pero tu hija no es muy convencional que digamos.

Fellowes dibujaba garabatos en la arena para luego borrarlos, frustrado, mientras intentaba buscar las palabras.

—Lo sé, y te juro que estoy muy orgulloso de ella. Cada día más. Ojalá los oficiales que me envían desde el Almirantazgo tuvieran la mitad de arrojo que ella..., pero eso es lo que me preocupa. Esa fuerza le ha servido para sobrevivir en esta isla, alejada de la civilización, donde no quedaba más remedio que afrontar el peligro. Pero ¿qué pasará después? ¿Volverá a esconderse detrás de una falda y una sonrisa recatada? ¿Será feliz sabiendo todo lo que le podría ofrecer el mundo, pero que no está a su alcance? Y ya no es sólo por la maldición, es todo. Ha descubierto la libertad, Arthur. Eso es lo que me quita el sueño.

—Bueno, tampoco es que tu hija fuera nunca un ejemplo de discreción y recato. Siempre ha sido una buena chica, pero esconder su genio nunca ha sido uno de sus fuertes —repuso el mayor—. Se me vienen unos cuantos incidentes a la cabeza. Antes y después del accidente.

—¿Tanto como para enfrentarse a piratas y saltar al mar desde un edificio en llamas? Ha estado comandando hombres, Arthur, y ellos han respondido a sus órdenes. Catar el poder siempre hace desear más.

—Hablas como si hubiera cambiado para siempre.

—¡Es que lo ha hecho! —exclamó el capitán frustrado—. Y es culpa mía. Dijimos que la ataríamos en corto para protegerla de sí misma y su maldición, pero fue una mentira que su madre y yo nos contamos el uno al otro. Dejé que se criara con su lado salvaje y ahora lo ha experimentado por completo. Y me alegro de veras, porque de otro modo a lo mejor no hubiera podido sobrevivir hasta que aparecimos nosotros. Pero, por otro lado..., me siento culpable por haberla tentado con algo que nunca podrá ser suyo. Por ponerle la miel en los labios para luego negársela. Me parece cruel. Y cada vez me doy más cuenta de que lo hice desde que era pequeña. Debería haber sabido que lo que empezó como un juego de niños podría acabar en algo que no lo fuera.

—¿A qué te refieres?

—Creí que hacía bien en alentar sus ambiciones, aunque sabía que nunca se cumplirían. Decidí hacer como que no sabía que la estabas enseñando montar, a escalar...; dejé que se interesara más por cómo funcionaba un navío que una casa. Tal vez hubiera sido mejor que lo cortara de raíz, así la hubiera protegido. —Fellowes suspiró—. Si el mundo fuera justo, a estas alturas ella sería la capitana más prometedora de toda la flota. Habría llegado al cargo antes incluso que el mismo *lord* Nelson y, que el comandante me perdone, tal vez habría sido mejor marino que él. Y lo peor es que ella lo sabe.

—¿Por qué peor?

—Porque la frustración es como una bomba que acumula la llama candente hasta explotar. Y, si es ella contra el mundo, ¿quién crees que va a ganar? Porque Ellen no es de las que abandonan una batalla.

Hansford agachó la cabeza.

—Quizá tengas razón. —Se mordió el labio—. Quizá no debería haberle enseñado esgrima. O a disparar un arma.

Fellowes dejó escapar una carcajada que ocultaba un suspiro.

—No ha sido todo culpa tuya, amigo mío. Créeme. Al fin y al cabo, no fuiste tú quién le enseñó a inutilizar un cañón y a triangular una trayectoria.

El mayor se echó a reír, muy a su pesar.

—Me temo ya no hay vuelta atrás, Samuel. Puede que debamos simplemente cargar con nuestras decisiones y dejar que sea ella la que decida lo que quiere hacer. Ya es una mujer, no una niña. E incluso aunque la maldición nos la arrebatara, y créeme que me rompe el corazón pensarlo siquiera..., ¿no es mejor que haya vivido su vida tal y como desea?

—Tienes razón, aunque eso no me quita el sentimiento de culpa. —Se sacudió la arena de las manos—. Si el pequeño Samuel es la mitad de bravo que ella cuando sea mayor, podré darme por satisfecho.

Hansford sonrió y se incorporó con un gruñido.

—Seguro que lo será. Tiene buenos ejemplos por todas partes. Aunque ya me encargaré yo de que le tire más el uniforme rojo que el azul. —Le palmeó el hombro para despedirse—. Mientras tanto, dile a esa cabeza tuya, que debe de dar vueltas como una peonza, que tiene que descansar de vez en cuando.

Fellowes se despidió con un gesto y volvió a perderse en sus pensamientos, con la mirada clavada en su barco.

«Mi Leona».

Pero, de repente, se dio cuenta de que ese nombre no era del todo cierto. Aquel navío no era más que un trozo de madera sin más valor que el que él quisiera darle. Si había alguien que mereciera el título, esa era su hija.

Ellen era la verdadera leona.



El día que decidieron que la *Lionheart* volviera a alzarse en el aire, Ellen se puso su vestido de fiesta.

Era demasiado delicado como para resultar cómodo, pero era el único que le quedaba. Una de sus pocas pertenencias que había conseguido salvar, y el único que le había dado pena hacer jirones para fabricar vendas y paños para la enfermería. Notaba que había adelgazado porque le quedaba suelto bajo el pecho, donde debería estrecharse, mientras que le apretaba más de la cuenta en los brazos. Ya se había dado cuenta en la fiesta de hacía unas semanas, pero aquel día fue verdaderamente consciente de lo mucho que se notaban los músculos que había ejercitado trabajando en la isla. Cruzó los brazos, agarrándose cada hombro con la mano contraria, como si pudiera estrecharlos con aquel contacto. No estaba segura de si le gustaba el cambio, pero tampoco disponía de mucho tiempo para lamentarse. Tenía que terminar de guardar sus cosas y cerrar el baúl.

Ellen no era la única que se preparaba para partir. La mayoría de los habitantes de la isla ya se habían despedido de ella sin ninguna pena y habían arrastrado sus pocos objetos personales hasta la playa. Así que el señor Singh y Driscoll, el despensero, llevaban toda la mañana haciendo una criba de lo que podían y no podían llevar a bordo. El navío todavía estaba débil, a pesar de que el maestro carpintero había dado su visto bueno al parche de madera que habían hecho sus chicos, y no querían cargarlo demasiado. El peso de un centenar de personas extra ya era un desafío para la fragata. No podían también arriesgarse por llevar más equipaje de la cuenta, a pesar de que Singh había repasado una y otra vez cada milímetro maleado de la madera para asegurarse de que estaba perfecta.

Mientras Driscoll discutía con la señora Van Nieel, que intentaba regatear con él para llevar a su lagarto —aunque la mujer era tan discreta que ni se atrevían a alzar el tono—, el maestro de navegación supervisaba que embarcaran adecuadamente el resto de la carga.

Los barriles de pólvora y las balas de cañón estaban contados y cuidados al detalle. Habían conseguido recuperar tan poca cantidad que tendrían que administrarla con mucho tiento en caso de enfrentarse a algún enemigo de camino, si no quería acabar teniendo que disparar tenedores con cerbatanas. Los cañones que habían sacado del mar las semanas anteriores y que llevaban

todo ese tiempo languideciendo en la playa ya estaban bien sujetos a bordo, igual que las velas, que los marineros habían extendido para secar sobre la arena en un prado blanco durante días. Habían rascado de ellas la sal cristalizada para asegurarse de que siguieran siendo lo suficientemente flexibles como para abrazar al viento, y habían remendado cada desgarró como arañas tejiendo su red.

Nanette y los suyos —los pocos en los que el capitán Fellowes había decidido confiar de que no iban a envenenar a todo el pasaje— se habían encargado de llevar las provisiones. Todo lo que fuera comestible y quedara en los almacenes se llevó a las bodegas. En teoría el viaje sería corto, una semana a lo sumo, pero con tantas bocas que alimentar y en unos cielos extraños, no podían arriesgarse a una revuelta por los racionamientos. La muchacha se tomó su tarea muy en serio y cumplió con su parte, aunque sospechaba que el capitán sólo lo había consentido para mantenerla ocupada mientras trasladaban a su madre a la bodega más profunda del barco, encadenada y bajo la custodia de *lord* Hansford y sus casacas rojas.

Mientras tanto, Thomas volvió a liderar el camino hacia la cueva y acabaron de expoliar lo poco que quedaba todavía en el barco, incluidos algunos aparejos de repuesto. Si no podían usarlo para navegar, al menos le sacarían todo el partido posible.

Los siguientes eran los pasajeros.

La tripulación presenció cómo embarcaba el resto de los habitantes de la isla desde todos los rincones de la *Lionheart*. Intercambiaban miradas de complicidad, encaramados como gaviotas a las vergas, riendo entre dientes cada vez que alguno tropezaba o perdía el equilibrio con el bamboleo del casco. Habían creado una pequeña pasarela con tablones que luego transformarían en mesas por las que desfilaron. Algunos con una sonrisa de ilusión, otros con el gesto tan serio como si fueran reses de camino al matadero.

No fueron pocos los que dirigieron una mirada torva a Janssen, que embarcó sujeto por dos de sus compatriotas. La fiebre no le había abandonado todavía y estaba cada vez más pálido. Tifus o no, estaba claro que llevaba la muerte dentro. Lo observaron desde arriba como buitres, sin quitarle un ojo de encima para asegurarse de que lo llevaban hasta la enfermería, donde se lo confinaría. Había pocas cosas que un marino temiera más que la enfermedad sobre el aire, mar adentro, y más cuando el cirujano había mandado izar la bandera amarilla de cuarentena, por si acaso. Fellowes ya había ordenado a Hansford que pusiera protección al holandés, aunque no sabía si confiar en que los marines tampoco fueran a tirarlo por la borda en un descuido. Bastante habían conseguido con convencer a todo el mundo de no dejarlo abandonado en la isla para morir solo.

Phillip se había encargado de asegurarse de que había coyotes para todos —aunque explicarles cómo dormir en ellos iba a ser más difícil, y más al percatarse, al calcular el espacio, de que apenas llegaban a las catorce pulgadas reglamentarias por persona— y de construir arneses adicionales para cuando estuvieran en el aire. El capitán no tenía pensado permitir que ninguna persona que no fuera imprescindible se paseara por cubierta, pero en el aire todas las

precauciones eran pocas.

Ellen cargó con su baúl hasta la explanada del fuerte. Desde ahí estaban usando los botes para descender todos los bártulos hasta la playa, en vez de arrastrarlos colina abajo por la selva. Cuando llegó, la muchacha vio que ya habían cargado el equipaje de los hombres de Levertone y tuvo que hacer hueco para el suyo en la siguiente tanda. Mientras esperaba, Darby se cruzó con ella en la otra dirección. La fulminó con la mirada, aunque no dijo ni una palabra. Todavía no le había perdonado el golpe, y la marca que le había dejado en la cara seguía avivando el rencor cada día.

La campana de la *Lionheart* sonó para avisar de que era hora de embarcar, pero Ellen sabía que al menos una persona iba con retraso. Dejó su baúl en manos de Keast y se encaminó hacia la parte trasera del almacén. Antes de llegar, ya oía cómo piafaba *Ruddy*, el único caballo que quedaba con vida, y la voz grave y suave de Caleb acariciándole.

Dobló la esquina con cuidado, sin querer hacerse notar. El chico tenía un manojo de su hierba favorita en la mano y le acariciaba el pelo rojizo con cariño mientras se la acercaba a la boca. El caballo tanteó a ciegas con el morro buscando su premio. Caleb le observaba con una sonrisa, pero por su mejilla corría una lágrima. Detrás de él, apoyado contra el muro, descansaba un mosquete; y Ellen supo que lo que sobresalía de su bolsillo era una carga de pólvora.

El caballo bufó en su dirección. Caleb se giró, sorprendido, pero enseguida arrugó el gesto en cuanto la vio allí plantada.

—No sé a qué has venido —le espetó, conteniéndose a duras penas para no escupirle la palabra «traidora» a la cara.

En cualquier otro momento, Ellen hubiera saltado ante aquel tono, pero esta vez se contuvo. Se esperaba aquella respuesta porque sabía de dónde nacía. Su rabia no era sólo con ella, aunque doliera igual.

—*Lord* Hansford dijo que estarías aquí. —respondió—. Y que mi padre había dado su permiso para dejarte un arma.

Caleb miró de reojo al mosquete con una punzada de dolor.

—Prefiero hacer esto solo.

Ellen se atrevió a dar un paso hacia delante.

—Eso he venido a decirte, que no tienes por qué hacerlo tú. —*Ruddy* olisqueó en su dirección al oír el suelo crujir bajo sus pasos, esperando que ella también le hubiera traído comida. La chica abrió la mano con una pequeña sonrisa de disculpa—. Sé cuánto te va a doler.

Caleb escondió las manos tras su espalda, lo que despertó un bufido de protesta del animal, para ocultar su temblor. Alzó las cejas en dirección a ella.

—¿Ah, sí? ¿Vas a hacerlo tú, para manchar ese vestido tan elegante?

Ellen pellizcó los bordes de la tela.

—Pensé que hoy sería un buen día para llevarlo. Me pareció más... propio.

Él sacudió la cabeza.

—Ahora que ya regresas a la civilización, vuelves a ser una dama, ¿no? Una señorita con clase de las que aprenden a tocar el piano.

—Nunca he dejado de serlo —replicó a la defensiva—. Pero aquí no había muchos pianos con los que practicar.

—Pues seguro que en la mansión que te aguarda en casa tienes unos cuantos para elegir. No sé a qué estás esperando.

La muchacha se había prometido que tendría paciencia, pero estaba empezando a perderla. Tenía ganas de zarandearle.

—Estoy esperando a que mi amigo decida tragarse el orgullo y aceptar que le ayude. Después puedes volver a retirarme la palabra y odiarme, pero ahora deja que esté a tu lado.

Pero Caleb sólo usó aquellas palabras para levantar aún más el muro.

—Así que has sido tú. Por eso Hansford vino a hablar conmigo.

—No sé de qué me estás hablando.

Era verdad.

—Tu padrino vino a verme esta mañana para ofrecerme un puesto de recluta en su regimiento. Dijo que, si me alistaba, se encargaría personalmente de que me destinaran a la *Lionheart*.

—¿Y qué le respondiste?

—No le escupí a la cara, si es lo que estás pensando. Pero le dije que no y me marché. No quiero caridad de ningún *lord*.

Ellen respiró hondo. ¿Cómo podía estar tan ciego? Tenía ganas de arrancarse el pelo de la impotencia.

—No lo ha hecho por mí. —«Imbécil», se calló; aunque en el fondo sabía que tenía derecho a estar a la defensiva—. Lo ha hecho por ti.

—¿Por mí?

Soltó un resoplido de incredulidad y puso los ojos en blanco.

—Por ti y por Atwood.

Caleb se tensó de repente. Paralizado.

—¿Qué...? —Carraspeó—. ¿Qué sabes...?

—Lo suficiente como para saber que no es asunto mío, Caleb —respondió ella, intentando tranquilizarle—. No voy a decir nada. *Lord* Hansford tampoco. Y si no quieres su ayuda, no tiene por qué aceptarla, pero que sepas que lo hace de corazón y que no retirará la oferta ni cambiará de idea más adelante.

Eso hizo que se relajara un tanto. Suspiró. Ellen dio un paso más hacia él mientras volvía a desviar la mirada hacia el mosquete. Se le humedecieron los ojos.

—No puedo hacerlo, Ellen —reconoció con la voz tomada. Puso una mano sobre el cuello del animal—. No entiendo por qué no podemos llevarlo con nosotros. Lo trajisteis en el barco de los Levertone. ¿Por qué ahora no?

Ellen ladeó la cabeza y le habló con el mismo tono suave que utilizaba con sus hermanas

pequeñas:

—No puede ser, Caleb. No hay sitio para más carga que no sea la imprescindible. El señor Singh y mi padre ya estuvieron debatiendo si meter las gallinas y las cabras o no, y sólo porque contaban como provisiones. Ya no hay sitio para más.

«E, incluso aunque nos lo lleváramos, sería para aprovechar su carne, no para salvarlo», pensó, aunque no lo dijo. Caleb ya tenía el corazón bastante roto.

—Podríamos dejarlo libre —aventuró el muchacho.

—Tú mismo dijiste que no sobreviviría. Míralo. Tiene las heridas de la pata infectadas y no come nada que no le pongas directamente en la boca. ¿Qué haría él solo?

A lo lejos sonó de nuevo la campana del navío. Tres parejas de toques. Era hora de irse.

—Déjame a mí. De verdad.

Ellen se giró hacia la pared donde estaba apoyado el mosquete, pero Caleb cogió aire y sacudió la cabeza.

—No, lo haré yo —respondió—. Pero déjame solo, por favor.

Ellen dudó un instante, pero el muchacho estaba en su derecho de pedirselo. Él había cuidado de aquellos caballos durante meses. Se había ganado su confianza y había buscado su compañía en cada uno de sus ratos libres. Había llorado la muerte de sus dos hermanos, y ahora sólo le quedaba *Ruddy*. La decisión era suya. Era lo justo.

La muchacha dobló la esquina y se alejó del edificio para esperarle. No duró más que unos segundos, lo justo para que el muchacho cargara el arma, pero notaba cómo la tensión del silencio la aplastaba. Oyó unos susurros y un gemido humano. Luego, un golpe. Otro silencio. El caballo bufó antes de que resonara el disparo. Una bandada cercana de pájaros salió volando, asustada. Y, luego, nada. Sólo las campanas del barco flotando sobre la bahía.

Ellen esperó a que su amigo se acercara y la acompañara hasta la playa. No dijo ni una palabra mientras Caleb se puso a su lado, cabizbajo, cargando con el mosquete en la mano. Caminaron en silencio. Giró la cabeza una vez más para despedirse definitivamente del asentamiento que había sido su casa durante meses. Aquellas calles, los muros que habían conseguido volver a levantar después de tanto trabajo, la tierra que había sido su casa. Abandonarla le generaba sentimientos encontrados, pero estaba segura de que, después de todo, iba a echarlo de menos. Con los muertos que se quedaban enterrados en el cementerio, también esperaba dejar los malos recuerdos atrás.

Justo antes de montarse en el último bote que los llevaría hasta la playa, Ellen creyó captar el sonido de los cascos de un caballo, pero lo desechó como si no fueran más que imaginaciones suyas.

La *Lionheart* los esperaba.

Fueron los últimos en subir, cuando toda la tripulación ya estaba vibrando de impaciencia en sus puestos, deseosos de volver a surcar el aire. Ellen trepó el último tramo por el costado de estribor con dificultad. Aquel gesto no parecería tanto una hazaña si siguiera llevando pantalones, pero tenía que acostumbrarse al vestido. Se agarró a la mano que se encontró tendida ante ella desde

cubierta.

—Bienvenida a bordo, señorita Fellowes —dijo Thomas con solemnidad, aunque sonriente. Le pareció que se había sonrojado bajo el sombrero.

La muchacha le agradeció su ayuda con una pequeña reverencia, sin soltarle los dedos. Apenas habían hablado desde la noche que pasaron en la selva, y su contacto le recordaba la conversación que habían dejado a medias. Eso la hizo enrojecer y desviar la mirada. Debería avergonzarse del cosquilleo que sentía en el pecho y jurar que, después de aquel viaje, jamás volvería a verlo, lo sabía. Se había prometido a sí misma que tan sólo había sido un momento de debilidad que nunca se repetiría. Pero aquellos pensamientos se habían ido diluyendo cada vez más en su cabeza hasta convertirse en apenas un zumbido que había aprendido a ignorar.

Ellen todavía no estaba segura de poder trazar la línea en la que aquel hombre había pasado de ser el oficial grandote al que su padre había acogido unas semanas en su casa por lástima a la persona que la hacía sonreír sólo con su presencia.

—¡Señor Byrne! —llamó el vozarrón del capitán Fellowes desde la popa—. ¿Ya está todo el mundo a bordo?

—Todos, señor —respondió él, cuadrándose.

—Señor Cox, ¿ha hecho el recuento?

—Ciento veintisiete personas, dos cabras, cinco gallinas y el lagarto de la señora Van Nieel, señor —confirmó el recién estrenado teniente.

—Muy bien, señores. —Fellowes estaba exultante—. Pues es hora de que esta fragata se haga a la vela.

La orden corrió de una punta a otra del barco. Los marineros corrían por las perchas con los pies descalzos, trepando arriba y abajo por las cuerdas de los obenques. El viento les favorecía, así que no tardarían en elevarse hacia el cielo. Una docena de hombres se juntaron alrededor del cabestrante, la mayoría con el torso descubierto y un paño enrollado en la cabeza para empapar el sudor. A una orden del señor Helsby, que hacía de contra maestre en funciones apoyado en su muleta, comenzaron a empujar en círculos cada barra para izar el ancla.

—Ellie, será mejor que vayas abajo —le dijo su padre, que había descendido del alcázar para llegar hasta ella—. No es momento para que estés aquí.

La muchacha se había quedado absorta mirando cada movimiento del engranaje perfecto que formaba la rutina del barco, y no se había fijado en que se había quedado en medio de la cubierta y los marineros la esquivaban respetuosamente en su carrera.

—Me gustaría ver cómo zarpamos desde aquí, padre —protestó como una niña pequeña.

Pero Fellowes ya no era su padre, era el capitán del navío.

—No puede ser —replicó—. En cubierta no puede haber nadie más que el personal necesario. Y ni siquiera puedes abrocharte el arnés.

Ellen bajó la cabeza hacia su vestido, arrepintiéndose de nuevo de su decisión. La pieza estaba pensada para pasar una de las cinchas por la ingle, para sujetarse perpendicular al cinturón. Aun

así, insistió:

—Pero, padre, si pudiera...

—Abajo, Ellen —la cortó el capitán—. Es una orden.

No podía protestar ante eso. Ellen miró de reojo hacia donde estaba Thomas, ladrando órdenes, y descendió hacia la bodega arropada por el eco de los gritos en la cubierta.

—¡Soltad! ¡Desplegad! ¡Señor Buckley, que su división destrinque los tomadores!

Fellowes ocupó su posición en el alcázar y miró hacia arriba. Toda la tripulación aguardaba su orden.

—¡Largad velas!

Thomas la repitió, junto con el silbato del contramaestre, y pronto se extendió a lo largo y a lo ancho de todo el navío.

—¡Largad velas!

—¡Bracead! ¡Ahí, los de la cofa del trinquete! ¡Amarrad!

La *Lionheart* se estremeció al desprenderse del abrazo del agua, haciendo que todos contuvieran la respiración. Pero sus tablonos apenas crujieron al dejar atrás el mar y elevarse en el aire. Las velas se hincharon por el viento que soplaba desde el sur y los empujaron hacia arriba y hacia delante, como siempre lo había hecho. El mascarón de proa rasgó el aire entre sus fauces abiertas y las garras recién lijadas. Fellowes acarició la barandilla de madera con la yema de los dedos, sintiendo el cosquilleo de los destellos azulados bajo ellas.

—Eso es, vieja amiga —musitó.

Su navío había resucitado de entre los muertos y los llevaba rumbo a casa.



Una ráfaga de aire frío le revolvió los cabellos. Thomas sonrió. Parecía que la caricia del viento era todo lo que necesitaba para librarse del recuerdo del calor agobiante que lo había ahogado en las últimas semanas. La tela de su camisa se hinchaba debajo de su chaqueta, libre, sin tener que adherirse a una piel cubierta de sudor.

Todo había vuelto a la normalidad. Los sonidos de la rutina a bordo lo envolvían como si los últimos acontecimientos no hubieran sido más que un mal sueño. El roce de las cuerdas al tensarse, la sensación de vértigo en el estómago, el crujido de la madera con cada envite del viento, las risas y las salomas de los marineros mientras trabajaban. Con el navío ya estabilizado en el aire —aunque volando a una altura más baja de lo normal, por temor a que las reparaciones no aguantaran y el barco cayera—, la mayoría hasta se había desenganchado los arneses para trabajar mejor. La *Lionheart* se deslizaba con la misma suavidad de siempre, luciendo sus grietas parcheadas con orgullo, como si fueran cicatrices de guerra. El teniente taconeó el suelo, sintiendo los tablones que tanto había añorado bajo las botas.

Estaba en casa.

Mientras él continuaba su ronda, el capitán había retomado las lecciones de los oficiales. Con el ascenso, Phillip se había librado de pelearse con los problemas de trigonometría, y ahora era Atwood el que se veía sólo ante el peligro, al ser el único guardiamarina que quedaba. Aunque, por su expresión de pánico mientras intentaba resolver las fórmulas que Fellowes había pintado con tiza en el suelo a falta de su pizarra, no era algo con lo que estuviera muy contento.

El señor Singh también tenía nuevo pupilo. El barco necesitaba un timonel desde que perdieron al señor Bjørgen, así que decidieron ascender a Jack McAvoy al puesto de ayudante mientras el maestro de navegación le enseñaba el oficio. Fellowes tenía sus dudas al verlo tan joven, pero Singh había insistido en que eso no era un problema —«Al contrario, menos vicios», argumentó— y Phillip lo avaló asegurando que había sido el muchacho más responsable de su cuadrilla y que nunca había dado un paso en falso en combate mientras transportaba su ración de pólvora. Aquel día, el grumete parecía diminuto comparado con las grandes ruedas que conformaban los dos timones del barco, pero escuchaba las explicaciones de Singh sin perderse ni un detalle. Thomas se alegraba de haber apoyado la decisión, estaba seguro de que sería un gran timonel dentro de

nada.

Una repentina sacudida agitó el barco, que perdió altura un segundo antes de estabilizarse. Thomas cambió el peso del cuerpo para mantener el equilibrio al tiempo que la madera crujía al recuperar su posición. El teniente miró hacia atrás y vio a Singh hacerse cargo del timón para contrarrestar el túnel de viento en el que se habían metido y mantenerlos rectos, mientras el joven McAvoy lo observaba con el rostro blanco como la cal. Helsby hizo sonar el silbado de contramaestre, aunque le costó encontrar el sonido por falta de práctica, y los marineros volvieron a enganchar sus arneses a toda prisa. No deberían haberse dejado llevar. Habían bajado la guardia. Se habían olvidado de la fragilidad del milagro por el que habían conseguido hacerse al aire, con la tripulación de la *Lionheart* había quedado diezmada y su estructura maltrecha, y habían necesitado aquel susto para recordarles que sólo gracias a la inercia de la rutina se mantenían a flote.

La tripulación aguantó el golpe con sangre fría, pero desde la bodega llegaron los gritos de los civiles aterrorizados. Para ellos había sido igual que si el mundo se hubiera abierto bajo sus pies y estuvieran cayendo al vacío. Sobre la cubierta oyeron la voz de Phillip intentando tranquilizar a todo el mundo, pero fue inútil. Cada nuevo grito crispaba más los ánimos y se iban sumando como una bola de nieve rodando por la pendiente que no paraba de crecer.

—Señor Byrne, vaya a ayudar al señor Cox ahí abajo —ordenó Fellowes—. A usted le oirán más en medio de ese gallinero.

El teniente se apresuró a tocarse el sombrero y bajó los escalones de dos en dos. Habían acomodado al pasaje en la bodega inferior, ahora que la carga de agua, pólvora y víveres era mucho menor de lo habitual, mientras que la tripulación seguiría montando sus coyotes en el sollado, justo debajo del nivel de los cañones. Aunque habían tenido que tapiar una de las salas de la despensa para crear una celda para Adelaide. Los grilletes de castigo estaban en una zona demasiado despejada al paso y el capitán no quería que nadie cruzase por su lado y sintiera la tentación de hablar con ella o, peor, de liberarla.

Thomas atravesó las tripas de la nave, cada vez más tenso. No tenía problema en gritar órdenes y poner firme a todo marinero que se le pusiera por delante, pero no tenía ni idea de qué hacer frente a civiles aterrorizados. ¿Arrestaría al señor Paterson, aquel anciano con gafas que siempre sonreía al verle? ¿Qué haría si la señora Van Nieel se le echaba a llorar? ¿Y si nadie le hacía caso? No iba a tener que enfrentarse a Adelaide, pero algo le decía que Nanette, si alguna vez la veía enfadada, sería capaz de sacar el genio de su madre y hacerle temblar con una sola mirada.

A bordo de un navío de guerra se debían seguir las ordenanzas militares al pie de la letra, ya fuera por la tripulación o por los pasajeros, pero el teniente no quería ser el culpable de que nadie se viera ante un consejo de guerra sólo porque se hubiera puesto nervioso. Él también había llorado llamando a su madre la primera noche que pasó en su coyote, rodeado de risas y burlas del resto de grumetes y aprendices de artillero. Incluso más de quince años después, se le seguía revolviendo el estómago al pensarlo.

—¡Silencio! ¡Cállense, por Dios!

La voz de Phillip apenas se distinguía entre los gritos. Thomas cogió aire antes de bajar el último escalón y se metió de lleno en el infierno.

Los alaridos se le clavaban como punzones en el cerebro con cada paso que daba. Unos lloraban, otros aporreaban las paredes, queriendo salir, como si al otro lado no les esperase una caída más alta que el pico de un campanario. La señora Van Nieel intentaba hacerse oír en holandés, pero ni siquiera su esposo la escuchaba, acurrucado en una esquina, abrazándose las piernas. Nanette y Caleb intentaban tranquilizar a los que tenía alrededor, pero con el mismo éxito. Ellen debía de estar cerca, pero no podía distinguir su cabello rubio entre el caos.

Los niños lloraban en un rincón. Las plumas de una gallina salieron volando entre el mar de cabezas. Aunque los que más captaron su atención fueron los hombres de los Levertone —los que no habían sido considerados útiles por el capitán y no se habían unido a la tripulación—, que discutían entre ellos a pleno pulmón y estaban a punto de empezar una reyerta en mitad de la bodega por algún empujón mal dado. Phillip ni siquiera se dio cuenta de que había aparecido, demasiado ocupado conteniendo la avalancha de cuerpos que intentaba dirigirse desesperadamente hacia la escalera.

Thomas tenía que reaccionar. Como fuera. Inspiró una nueva bocanada de aire viciado.

—¡SILENCIO!

Su voz resonó en el eco de aquellas cuatro paredes con la intensidad de un trueno. Todos los gritos se acallaron de repente. La sorpresa había ahogado aquel centenar de gargantas a la vez. Se oyó un grito ahogado en una esquina, pero enseguida se acalló. Como si el tiempo se hubiese congelado, todos se habían quedado quietos en la posición en la que estaban; pero no tardaron en volver los ojos hacia donde se hallaba el teniente y clavarlos en él. Todos ellos. Thomas tragó saliva, notando cómo la sangre acudía en tropel a sus mejillas. Intentó decir algo, pero no le salían las palabras.

«Al menos se han callado», pensó.

—Gracias, señor Byrne —le salvó Phillip, alzando el tono tras un carraspeo. Se secó el sudor de la sien con el puño de la camisa—. Y ahora que estamos todos un poco más calmados, será mejor que cada uno vuelva a su sitio. Porque no hay nada que temer, ¿verdad, teniente? Todo está bien ahí fuera.

Thomas carraspeó.

—Sí. Todo está perfectamente.

—Ya lo han oído. Pueden sentarse.

Aquella orden les hizo despertar de la angustia en la que se habían sumido. Poco a poco se fueron acomodando de nuevo entre los fardos, aunque con un río de cuchicheos pasando de boca en boca. Los dos tenientes se llevaron alguna mirada de desconfianza, pero todo el mundo prefería creer que la tripulación seguía teniéndolo todo bajo control que pensar que iban a caer al abismo de un momento a otro.

Thomas se sobresaltó al notar que una mano se posaba sobre su antebrazo.

—Tom, ¿qué ha pasado?

Se giró hacia Ellen, que lo miraba con cara de preocupación. Tenía el vestido arrugado y el moño prácticamente deshecho, como si la turba se le hubiese echado encima en medio del caos; pero estaba entera. Su gesto de preocupación era por los que estaban pisando el suelo sobre su cabeza, surcando las nubes.

—Un túnel de aire, nada más —la tranquilizó él—. El señor Singh ya ha remontado el vuelo y seguimos con el rumbo previsto.

Ellen asintió, aunque ambos sabían que «el rumbo previsto» no era más que una expresión. Después del naufragio, lo único que pudieron recuperar de los documentos del capitán fue una masa de papel mojado con la tinta corrida que apenas sirvió para hacer un fuego, una vez que consiguieron secarlo. No tenían cartas de navegación, ni libro de señales de la flota ni órdenes por escrito. Para llegar sanos y salvos a puerto habían tenido que confiar en la pericia de Singh, su brújula y el don del capitán Fellowes para llevar siempre a su gente de vuelta a casa.

—¿Y mi madre? —Nanette se había acercado a toda prisa al verle aparecer—. ¿Cómo está? He oído un ruido, como si algo se hubiera caído con la sacudida. ¿Está bien? Quiero verla.

—Ya le he dicho a la señorita Cornwall que no es posible.

Phillip apareció justo detrás, esquivando cuerpos con cada zancada para no pisar a nadie; pero la expresión de angustia de la muchacha no se daba por vencida.

—Iremos nosotros de camino a la cubierta. Echaremos un vistazo y nos aseguraremos de que está bien —acabó por ceder Thomas.

Nanette se mordió un labio. No quería decirlo en voz alta, pero no se fiaba de que los dos tenientes fueran a contarle la verdad sobre el estado de una prisionera.

—Podría acompañaros yo —se ofreció Ellen—. ¿Te quedarías más tranquila, Nanette?

Ella asintió, agradecida, pero entonces fue Thomas el que se tensó.

—No puede ser, son órdenes del capitán.

Ellen giró la cabeza de golpe hacia él con el ceño fruncido. Incluso cuando tenía que alzar el cuello para mirarle a los ojos, aquella expresión le hacía sentirse pequeño.

—¿Y qué piensa mi padre que voy a hacer si hablo con Adelaide? ¿Cree que me va a convencer para que le consiga la llave y organice un motín?

Los dos tenientes chistaron a la vez al escucharla y miraron por encima del hombro con aprensión para corroborar que nadie más la había oído. Esa palabra era tabú. Nunca debía pronunciarse a la ligera entre los hombres de la marina, y menos cuando estaban embarcados. Llamaba a la desgracia.

—Está bien, puede venir —accedió el teniente—. Pero no puede hablar con ella, señorita Fellowes. Sólo mirar.

Ellen sonrió y se llevó un dedo a los labios como promesa.

Los tres subieron las escaleras casi a la carrera, aliviados de salir por fin de la bodega. No

habían reparado en el calor que hacía entre aquellas cuatro paredes, con tal cantidad de gente hacinada y nerviosa, hasta que no ascendieron a la siguiente cubierta. Incluso aquel aire subterráneo les parecía fresco. Thomas lideró la comitiva hasta la celda de Adelaide, en uno de los costados de la enfermería, y saludó al marine que custodiaba la puerta. El teniente se quitó el sombrero, aunque una pared de madera lo separaba de la mujer, y golpeó dos veces con los nudillos.

—¿Adelaide? Soy el teniente Byrne. ¿Cómo se encuentra?

Tardó unos segundos en contestar, pero al fin captaron el gruñido de alguien que se incorporaba con dificultad y una voz tras la madera:

—¿Qué ha sido eso, señor Byrne? ¿Alguien nos está persiguiendo? ¿Nos están atacando?

—No, señora. Ha sido sólo una pequeña turbulencia. ¿Usted está bien?

Pero la mujer no le estaba escuchando.

—Se lo dije a Ellen, que vendrían a por nosotros. A por mí. Que era peligroso salir de la isla. ¿Dónde está mi hija? Si nos abordan, la tomarán como rehén.

A su lado, Ellen fue a abrir la boca para decir algo, pero el teniente le recordó su promesa con un gesto de la mano.

—Nadie va a abordarnos, señora —le aseguró Thomas—. Sólo dígame cómo se encuentra. ¿Necesita algo o...?

Un murmullo proveniente del exterior le cortó a mitad de frase. Thomas miró hacia arriba, con los tablones del techo casi rozándole la nariz. Algo estaba pasando en cubierta. Podía oír cómo resonaban botas golpeando el suelo a la carrera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Phillip.

Los gritos que siguieron le dieron la respuesta:

—¡Velas! ¡Barco a la vista!

No tardaron ni una fracción de segundo en echar a correr. Thomas les adelantó en un par de zancadas y Ellen tuvo que recogerse el vestido para no pisarse el bajo, pero pronto habían subido los dos tramos de escalera que les faltaban y el viento les recibió con una ráfaga que les golpeó con el olor a mar.

El capitán Fellowes estaba apoyado en el costado de babor, mirando por su catalejo hacia el horizonte, rodeado por sus oficiales. Lo observaban en silencio, conteniendo la respiración. Thomas se abrió paso hasta colocarse a su lado, jadeante. Se giró hacia donde estaban posados todos los ojos, entre la fina neblina que cubría el cielo. En la distancia, vio una silueta de un bergantín con las velas desplegadas que se dirigía hacia ellos.

—¿Quiénes son, capitán?

Fellowes bajó el instrumento y chasqueó la lengua.

—No lo sé, señor Byrne. No veo ninguna bandera izada. —Se dirigió hacia el maestro de navegación, que seguía enfrascado en su propio catalejo—. ¿Y usted, señor Singh?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, señor. Ningún distintivo que reconozca. Aunque... —Singh entrecerró aún más los ojos y se inclinó hacia delante, como si quisiera acercarse todo lo posible a aquel navío desconocido—. Señor, creo que nos han visto, porque hay movimiento en su cubierta. Creo que están izando unos colores...

—Quizá deberíamos hacer lo mismo, capitán —propuso Thomas, mirando hacia arriba. En aquel momento sólo la bandera amarilla de cuarentena ondeaba sobre el navío.

Antes de zarpar se habían asegurado de remendar bien la insignia inglesa, que un navío como el suyo siempre debía desplegar antes de entrar en combate. Aunque también se habían asegurado de tener la francesa a mano, por si acaso, y los holandeses les habían prestado la suya, una de las pocas cosas que se habían salvado de su naufragio.

Pero Singh no le dejó siquiera meditar la sugerencia:

—¡Son de los nuestros, señor! ¡Están izando la cruz de san Jorge!

El rumor se extendió enseguida de boca en boca y, antes de que ningún oficial pudiera evitarlo, la tripulación entera había dejado de apretar los dientes con miedo a soltar un grito de júbilo. Sonaron risas, palmadas y varios «¡hurra!» antes de que el capitán pudiera acallarlos a todos.

—¡Silencio de proa a popa! —repitió varias veces hasta que en la cubierta sólo quedó el silbido del viento.

—¿Padre? —se atrevió a aventurar Ellen, viendo que nadie más se movía—. ¿Qué hacemos?

Fellowes se volvió hacia ella con sorpresa. No se había percatado hasta entonces de que había subido a cubierta. Quiso mandarla inmediatamente de vuelta a la bodega o regañarla por haber salido sin ningún arnés —o todo junto—, pero tenía órdenes más urgentes que dar.

—Señor Atwood, supongo que no se le habrá olvidado el código de señales que le hice estudiar mientras estábamos en mitad del bloqueo, ¿verdad?

—No, señor —respondió con la cara blanca, rezando para que fuera cierto.

—Bien, pues empiece con el saludo y a ver qué responde. Señor Cox, prepare un cañón para cuando haya que utilizarlo al proseguir con el santo y seña.

Fellowes tan sólo pedía que en su ausencia no hubieran cambiado las señales y les tomaran por espías. Dudó si mandar a los artilleros a sus puestos, pero temió que los otros vieran esa maniobra como una amenaza y atacaran sin preguntar.

Por su parte, Atwood se había apresurado a mandar izar primero la insignia de la marina inglesa, aquel rectángulo azul con la Union Jack en el cuadrante superior externo, mientras él rebuscaba en el baúl hasta encontrar los banderines de señales. Habían perdido algunos en el naufragio, pero entre parches de camisas de diferentes colores habían conseguido recuperar la mayoría de los que necesitaban. El guardiamarina tiró del cabo hasta alzar un trapo rojo por encima del mastelero de sobremesana y luego uno blanco por encima del mayor.

Todas las miradas giraron entonces hacia el otro navío, que debía responder con una bandera azul sobre el mastelero de gavia. Pero los minutos pasaban, el barco seguía acercándose a ellos y seguían sin recibir ninguna señal de respuesta.

—¿Está seguro de que esa era la señal, señor Atwood?

El guardiamarina tembló, pero asintió, convencido.

—Sí, señor.

—El chico lo ha hecho bien, capitán —corroboró Singh—. Esa es la señal.

Aquello no era ningún consuelo. Fellowes volvió a abrir su catalejo y guiñó un ojo para ver el barco desconocido con el otro. Para bien o para mal, debían obtener una respuesta. Pero sólo atisbaba su sombra acercarse, impasible. ¿Era un mercante y por eso no respondía? Aunque en ese caso debería tener su insignia roja bien visible mecida por el viento, y no estaba por ninguna parte.

La *Lionheart* había reducido su velocidad bajo sus órdenes cuando lo divisaron, por si acaso, pero aquel navío se acercaba a toda vela y sin intención de detenerse. ¿Era posible que no los hubieran visto? Desechó esa idea. Habría que estar ciego. Fellowes casi podía ver a través de la lente las juntas del casco del otro navío.

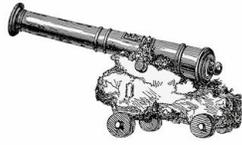
Fue entonces cuando el mundo se paró. Como si el tiempo se hubiera ralentizado, el capitán vio cómo el casco giraba su eje en un cabeceo brusco hasta orzar sobre las corrientes de aire y colocarse perpendiculares a ellos. Un sudor frío le recorrió la espalda.

«Están todavía demasiado lejos», pensó.

Pero el otro capitán no debía de pensar lo mismo. Antes de que pudiera abrir la boca para advertir al resto, las escotillas de los cañones ya se habían abierto y las bocas de metal asomaban por los huecos, dispuestas a disparar.

—¡Al suelo!

Sólo tuvo tiempo de saltar sobre Ellen para cubrirla con el cuerpo antes de que el estallido le reventara los tímpanos.



Desde pequeña, Ellen siempre había soñado con viajar a lomos de la *Lionheart* y vivir aventuras junto a su padre. Pero en aquel momento, rodeada del caos de pólvora, astillas, gritos y sangre, sólo podía pensar en lo mucho que deseaba poder cerrar los ojos y estar de nuevo en casa.

Las divisiones de artilleros no estaban preparadas para pasar a la acción, así que sus cañones tardaron más de lo debido en responder al fuego. El capitán gritaba órdenes sin despegarse del suelo, ahogando a su hija bajo su peso. Por encima de su cabeza, el barco estallaba por los aires.

—¡Padre, no puedo respirar! —protestó ella, pero fue inútil. Fellowes no pensaba dejar que se incorporara hasta que consiguieran una superioridad de fuego que les cubriera las espaldas.

Mientras tanto, Phillip se había arrastrado hacia el timón para ocupar su lugar como segundo oficial y emprender la huida. Helsby hacía sonar el silbato, junto con el redoble del tambor de infantería bajo las órdenes de Hansford, para llamar a todo el mundo a zafarrancho. La voz de Thomas resonaba dando órdenes desde abajo, liderando él mismo a la artillería.

—¡Batería de babor! ¡Fuego!

El mundo se estremeció al sentir cómo una veintena de cañones disparaban a la vez. Las vibraciones le llegaban por la espalda a través de la madera y sacudían su cuerpo como si estuviera en medio de un terremoto. El humo de la pólvora se coló hasta sus pulmones y la muchacha no pudo reprimir un ataque de tos.

—Ahora, Ellen. Tienes que ir abajo.

—Pero, padre...

Ella misma se mordió la lengua nada más empezar a hablar. No necesitó ver la mirada de súplica del capitán para saber que no había nada que pudiera objetar para quedarse ahí arriba. Era una civil que sólo entorpecería el paso y haría que las personas a las que apreciaba se distrajeran intentando protegerla. Se maldijo a sí misma por inútil. Iba a tener que acceder a esconderse como una cobarde, como las ratas, mientras los demás arriesgaban su vida.

—Ellie, escúchame bien. —Fellowes la agarró por los hombros, pero su tono había cambiado, ya no era de reproche—. Necesito que bajes con el resto y te asegures de que nadie se mueve. Parapetaos con los sacos, como hemos practicado, y quedaos allí. No puedo ocuparme de lo de aquí arriba si no sé que está todo bien ahí abajo. Sólo puedo confiar en ti.

La muchacha no tuvo tiempo de asentir. Los dos alzaron el cuello al unísono al escuchar de nuevo la voz del vigía en lo alto del palo mayor.

—¡Velas! ¡Otro barco a estribor!

Los Fellowes corrieron hacia el otro extremo de la *Lionheart*, esquivando cuerpos y metralla. Aprovechando que estaban distraídos, un navío gemelo al que los había atacado había aparecido por el otro extremo y les amenazaba también con sus cañones. Aunque había algo raro en ese segundo barco. Tenía la sensación de haberlo visto antes, y no en un puerto amigo. El capitán estaba empezando a convencerse cada vez más que no se trataba de un malentendido con el código, sino de una emboscada.

La última vez que se habían enfrentado a un barco enemigo habían vencido, pero por poco. No tenía ninguna intención de repetir la experiencia, aunque sabía de sobra que aquella decisión no era suya. Aun así, su mente comenzó a trabajar barajando posibilidades, por si acaso.

«Piratas».

Aquella idea le seguía dando vueltas en la cabeza, hasta que los engranajes de sus recuerdos la encajaron en el sitio correcto. Fellowes alzó su catalejo bruscamente y volvió a inspeccionar el navío recién llegado. Conocía aquellas líneas y esa forma de moverse, aunque la última vez no las había tenido tan cerca. Antes de que izaran la bandera negra, ya estaba seguro de que se trataba del mismo barco de mercenarios que había intentado masacrarlos en la playa la mañana del naufragio.

—Cabrones malnacidos —gruñó para sus adentros.

Esos piratas se iban a cobrar la derrota con sangre y oro, pues estaba seguro de que les habían vendido su localización a los franceses en cuanto tuvieron oportunidad. No había muchas islas desiertas donde hubiera asentamientos secretos, y menos por las que un imperio estuviera dispuesto a pagar una fortuna por su localización. Era posible que ni siquiera supieran a ciencia cierta lo que estaban buscando los franceses, pero probablemente no les importaba lo más mínimo. Con la promesa de una parte del botín y la sospecha de que era algo valioso bastaba para aquellos carroñeros.

Fellowes se estremeció al recordar la imagen de sus hombres a punto de morir bajo el fuego de aquel barco, pero el recuerdo sin querer plantó la semilla de una idea en su cabeza. Una locura que esperaba no tener que llegar a utilizar. Por ahora debía seguir la senda más segura e intentar huir de allí como fuera.

—¡Señor Byrne, batería de estribor preparada! ¡Todas las velas desplegadas! ¡Señor Cox, sáquenlos de aquí!

Pero todos sabían que no había tiempo. Antes de que pudieran empezar cualquier maniobra, ya estarían atrapados entre dos frentes. Ambos barcos eran más pequeños que la fragata, pero también más rápidos. Por mucho que huyeran, les acabarían alcanzando tarde o temprano, y no podían esperar encontrar ayuda o un puerto amigo que los cobijara antes de que eso ocurriera. Y luego les harían pedazos. Ellen supo que ya no importaba si bajaba a la bodega o no, porque iba a

morir igual. Esta vez de verdad. Se agarró a la barandilla de madera, que seguía sacudiéndose con cada detonación. Al menos pensaba hacerlo de pie.

Pero sus perseguidores tenían otros planes.

En cuanto los acorralaron uno a cada extremo, cesaron los cañonazos. La tripulación de la *Lionheart* recargó por inercia, pero se quedaron paralizados al ver que el enemigo ya no les disparaba. Algo muy malo debía de estar pasando. El viento silbaba con el aullido de un fantasma trazando remolinos entre los tres barcos.

En el primer nivel bajo cubierta, Thomas se giró hacia ambos lados, sin entender qué sucedía.

—¡No os quedéis ahí parados! Baterías de estribor y estribor, ¡cebad esos cañones! ¡Fuego a mi señal!

Nunca llegó a darla. El silencio les trajo un grito, desde el primer barco que había aparecido, amplificado por un altavoz. Fellowes alzó la cabeza, esperando una exigencia de rendición, mientras aferraba la empuñadura de su sable hasta hacerse daño en los nudillos. Pero sólo comprendió palabras sueltas en francés.

—¿Qué está diciendo?

Comenzó a buscar como un loco a Hansford para que hiciera de traductor, con el ceño fruncido.

—Quieren que la entreguemos —respondió Ellen en su lugar.

Tenía los ojos cerrados con fuerza, concentrada en lo que estaba escuchando. En algún momento había hablado francés con fluidez, pero las lecciones de su institutriz quedaban demasiado lejanas en el tiempo. El capitán resopló al verla, molesto al comprobar que no había cumplido su orden, pero ahora la necesitaba más a su lado que fuera de su vista.

—¿Entregar qué?

La muchacha alzó la mano para pedir silencio. El capitán enemigo estaba repitiendo su mensaje. Ella ahogó un jadeo.

—A Adelaide.

Fellowes se envaró. ¿Cómo podían saber que estaba a bordo? Ni siquiera podía sospechar de un topo en sus filas. Era imposible que nadie en la isla hubiera enviado ningún mensaje. Se le ocurrieron mil posibilidades, todas formando un torbellino dentro de su cabeza, pero se obligó a sacarlas de su cabeza. No tenía tiempo de perderse en conspiraciones. Estaba al mando de un barco acorralado, con demasiadas almas inocentes cuyas vidas dependían de él.

—Nos dan una hora, Samuel.

Hansford se había acercado a ellos mientras se arrancaba la manga malograda de su guerrera que un disparo había desgarrado. Por debajo, la tela de su camisa se había empapado con un reguero de sangre que se extendía hasta su pecho.

—¡Tío Artie! —exclamó Ellen, asustada.

—No es nada, niña. La mayor parte es de Darby —respondió el mayor—. El pobre ha parado con los sesos una estaca que llevaba mi nombre.

—Pues ya le mandarás unas flores a su esposa, Arthur. Pero ahora tenemos otras cosas más

urgentes. —A pesar de su tono, Fellowes no pudo ocultar su alivio al verle con vida y de una pieza—. ¿Qué has dicho de una hora?

—Ese franchute traicionero nos da una hora para devolverles a Adelaide y el cofre que dicen que robó, o nos dispararán con todo lo que tienen. Y algo me dice que va en serio.

El capitán soltó un bufido.

—Eso no pienso dárselo. Ninguna de las dos.

—Pues ya me dirás qué hacemos.

Fellowes giró la cabeza a ambos lados, observando los dos barcos que los rodeaban. Tenían a la *Lionheart* a su merced. Pero parecía que por el momento pensaban cumplir con su palabra y sus cañones sólo se alzaban a modo de amenaza, que no iban a dispararlos de inmediato. Eso les daba una posibilidad. Pero tenían que aprovecharla muy bien. Aunque fuera para poner en marcha una locura. La única que podía sacarlos de allí con vida.

—Gana tiempo, Arhur. Diles que estamos en cuarentena, que no podemos darles nada de lo que piden.

—Siento ser agorero, Samuel, pero no creo que eso les disuada mucho. Hablo francés, pero no obro milagros. Están dispuestos a hundirnos si no les entregamos a Adelaide, no veo la necesidad de darles más razones para ello.

—Pues diles que no la tenemos. Hazte el loco, cuéntale cualquier milonga para darnos algo de tiempo.

—¿Qué quieres, que le cuente los últimos cotilleos de la corte? Sabrán que queremos marearles para ganar tiempo. Probablemente hasta crean que tenemos izada la bandera de cuarentena de mentirijilla, sólo para asustarlos.

—Por mí como si empiezas a contar chistes, pero lo necesitamos.

No le dio más opción a protestar. Dejó a Hansford gritando en francés con una expresión melosa que encandilaría a las piedras y agarró a Ellen para llevársela abajo. Sonrió a sus marineros para infundirles un ánimo que no sentía, pero que había aprendido a fingir con los años. Ellos le miraban con preocupación, esperando que alguien les explicara qué sucedía, aunque su expresión se relajó un tanto al ver la confianza con la que caminaba su capitán. Pasara lo que pasase, seguían creyendo en él.

—¿Adónde vamos, padre?

Ellen seguía su ritmo a trompicones como podía, pero sus zancadas no eran tan largas. Fellowes seguía avanzando, ajeno a todo. Sólo podía pensar en el plan que iba tomando forma en su cabeza. La única posibilidad que veía de salir de allí con vida.

—Señor Byrne, vaya a buscar al señor Cox y al señor Singh, los necesito a todos en mi cabina inmediatamente. A Helsby también —ordenó cuando pasaron a toda prisa junto a los cañones—. Y que el resto no se mueva de sus puestos. Atwood puede quedarse al mando unos minutos él solo.

Al teniente casi ni le dio tiempo a saludar antes de que el capitán desapareciera de su vista a toda prisa. Descendieron el siguiente tramo de escaleras y se adentraron en la primera bodega.

Notó que el bajo de su vestido rozaba algo pegajoso, y tardó un segundo en comprender que era la sangre todavía fresca de los que se habían arrastrado por allí. Cogió aire y lo soltó despacio. Al fondo se oían los gritos de los heridos y las voces de Lloyd pidiendo a sus ayudantes que echaran más arena al suelo para no resbalarse en aquella carnicería. Ellen creyó escuchar también a Nanette entre el caos. Se alegró de que tuviera algo en lo que concentrarse y despejar la cabeza.

El capitán la llevó hasta la celda de Adelaide. El marine que estaba de guardia —Ellen se preguntaba si el joven Carter estaba siempre de servicio o simplemente tenía mala suerte— se apresuró a sacar las llaves a su orden y abrir el candado que guardaba la puerta que los carpinteros habían improvisado para custodiar a la rea.

—¿Adelaide? —Fellowes dio un paso hacia el interior.

La mujer lo miró desde un rincón, parpadeando para acostumbrarse al rayo de luz que entraba desde la abertura. Estaba encogida sobre sí misma, sentada en el suelo y abrazándose las rodillas contra el pecho. El capitán estaba habituado a su mirada desafiante y a su porte orgulloso, no a aquella mirada de absoluto pavor que jamás creyó que fuera posible en esos ojos oscuros. Aunque enseguida se endurecieron como dos perlas de carbón.

—Vienen a por mí. Lo ha oído, ¿verdad?

—Sí, señora. —El capitán le tendió una mano para que se levantara—. Aunque no pienso entregarla, si es lo que cree. Es una prisionera, pero sigue bajo la protección de la Marina Aérea hasta que la entregue a un tribunal en Inglaterra. Mi honor va en esa tarea.

Pero, lejos de tranquilizarla, aquellas palabras hicieron que la máscara de Adelaide se quebrara y dejara traslucir una mueca de pánico.

—No, no. ¡No! —exclamó—. Tiene que hacerlo o nos hundirán a todos. Mi hija tiene que sobrevivir a esto. ¡Lo prometiste!

Ellen se sobresaltó y retrocedió cuando la mujer clavó la vista en ella, a punto de desbordarse por las lágrimas.

—Le aseguro que no es mi intención inmolar este barco, Adelaide. Ni que muera nadie. Pero para eso necesito que se levante y venga conmigo.

Adelaide dudó. Su respiración todavía era demasiado rápida y aquel torrente de frustración e impotencia la ahogaba cada vez que intentaba hablar. Pero era una mujer demasiado fuerte como para dejar que eso la detuviera. Se limpió las lágrimas de un manotazo y cogió aire. Alargó el brazo para aceptar la mano que Fellowes había extendido hacia ella. Ellen suspiró de alivio. La Adelaide que conocía seguía ahí.



Fellowes llevaba el tiempo suficiente en la Marina Aérea como para haber mirado a la muerte a los ojos en varias ocasiones. En todas ellas lo había hecho con temple, sabiendo que, si moría, lo haría con honor. Aun así, no recordaba ninguna en la que no le hubieran temblado las piernas y no se le hubiera revuelto el estómago hasta querer trepar por su garganta. Esta vez no era diferente. Aquel día, además, tenía el miedo por la suerte que pudiera correr su hija clavado como un puñal. Respiró hondo. Su plan tenía que funcionar.

Era una locura arriesgada, lo sabía. Probablemente imposible. Pero cualquier otra opción pasaba por pagar un precio que no estaba dispuesto a asumir. Ya no era sólo que hubiera dado su palabra de proteger a Adelaide hasta que llegaran a Inglaterra, es que no podía permitir que la carga que había robado llegara a manos francesas. Una tecnología como aquella podía no sólo hacer que Bonaparte ganara la guerra, sino convertirle a él y a su imperio en los amos del mundo durante las próximas generaciones.

Aunque para evitarlo tenía que empezar por poner orden en su cabina en medio del caos que habían formado sus oficiales con sus gritos. Hansford y Thomas habían estado discutiendo con Phillip, que sólo podía pensar en salir huyendo de allí lo más rápido que le permitieran sus velas. Adelaide insistía en que la entregaran antes que cometer una locura mientras que Ellen se negaba, y Singh saltaba de una conversación a otra para darles a todos la razón. Helsby intentaba poner cordura en aquel gallinero desde la silla que le habían cedido, pero nadie le escuchaba.

Fellowes golpeó la mesa con el puño.

—¡Silencio!

Los gritos se extinguieron en mitad del aire y todos los ojos se volvieron hacia él. Los dos tenientes tuvieron la decencia de bajar la cabeza, avergonzados por aquel espectáculo, pero la atención del resto seguía demasiado enraizada en su temor. Uno que Fellowes comprendía demasiado bien. Entrelazó las manos para que dejaran de temblar. Si él mismo no mostraba confianza en su plan, nadie lo haría.

—¿Qué vamos a hacer, padre?

Estaba claro que la pregunta era la misma que reconcomía al resto, y Fellowes intentó responderla lo mejor que pudo. Habló despacio, ordenando sus pensamientos a la vez que su

lengua encontraba las palabras justas. Tenía que explicar cada paso con detalle, sin dejar ni una mínima duda que los pudiera llevar al desastre, y al mismo tiempo convencerlos de que no había perdido el juicio. Su plan fue calando lentamente en el grupo, que lo observaban cada vez más pálidos. Thomas tuvo que apoyarse en la pared al escuchar la última parte para controlar el vértigo. Pero al capitán le bastó un barrido con la mirada a la habitación para saber que acabaría por convencerlos tarde o temprano.

—Podría funcionar —dijo Hansford después de unos instantes de tenso silencio.

—Más vale que lo haga —replicó Phillip, dejando escapar un bufido de nerviosismo—. Si lo hacemos, no tendremos otra oportunidad.

Se cruzaron varias miradas de soslayo, bañadas en un miedo que nadie podía ocultar. El maestro carpintero levantó tímidamente la mano. Fellowes le señaló.

—Hable, Helsby.

—Con todo respeto, señor. —Carraspeó—. No estoy seguro de que la *Lionheart* vaya a aguantar lo que espera de ella. Las reparaciones que hicimos nos mantienen a flote, pero lo que propone es mucho más... delicado.

—Quiere decir que corremos el riesgo de partirnos en dos.

—Sí, señor —respondió en un hilo de voz—. Dios no lo quiera. Pero eso me temo.

Hansford taconeó entonces en el suelo, pensativo.

—¿Cómo de alto es ese riesgo?

—¿Señor?

—Del uno al diez, ¿cuántas posibilidades hay de que el suelo se abra bajo nuestros pies y nos precipitemos al vacío? Porque a los franceses no he conseguido sacarles ni un minuto más de tregua, así que, si es menor de la probabilidad de que una andanada de cañonazos nos explote las entrañas, que ahora mismo yo la veo muy alta, creo que merece la pena intentarlo.

Helsby lo meditó un instante.

—Yo diría que un siete.

El mayor sonrió y dio una palmada.

—Tres sobre diez de no morir despeñados, me gusta ese número. —Se giró hacia Fellowes—. ¿Samuel?

El capitán los observó alternativamente a todos, uno a uno. Cada parte del plan tenía que desenvolverse como la maquinaria de un reloj para que funcionara. En cada par de ojos que le devolvían la mirada veía miedo, pero también determinación. Estaban listos.

—Cada uno sabe lo que tiene que hacer. Avisen a su gente con discreción, que nadie dé un paso fuera de lugar hasta que sea el momento. —Cerró los ojos y respiró hondo—. Buena suerte a todos.



Thomas salió el último de la cabina del capitán. Como primer oficial, había quedado al mando de

las cuadrillas de artillería, de modo que él se mantendría bajo cubierta, a ciegas, mientras toda la acción se llevaba a cabo sobre su cabeza sin que él pudiera hacer nada más que rezar para que consiguieran salir con vida.

Los oficiales se despidieron llevándose la mano al sombrero, sabiendo muy bien que quizás aquella fuera la última vez que se vieran. Como en cada batalla. Phillip le dio un fuerte apretón de manos al despedirse. La otra la había puesto sobre el abdomen en un gesto reflejo, todavía con el recuerdo demasiado fresco de la última vez que entraron en combate.

Mientras tanto, Ellen se llevó a Adelaide de vuelta a la bodega. Justo al pasar a su lado, la muchacha rozó la mano de Thomas con las yemas de los dedos y alzó los ojos hacia él. Su mirada decía y callaba muchas cosas al mismo tiempo. Ambos sabían que la conversación que se debían quizá nunca llegara.

—Cúidese, teniente.

Thomas alargó aquel contacto todo lo que pudo.

—Y usted quédese a cubierto, señorita Fellowes.

Ellen esbozó una sonrisa, incapaz de prometerle nada. Separó los dedos con lentitud de su piel. No podían entretenerse más.

La muchacha avanzó con Adelaide hasta las escaleras. Iba a empezar a descender, pero se paró en mitad del primer escalón al darse cuenta de que la mujer se había quedado inmóvil.

—No quiero que Nanette me vea —dijo, dando un paso atrás.

Ellen la miró sin entender.

—Adelaide, no tenemos mucho tiempo. —«Y quizá sea tu última oportunidad de ver a tu hija»—. Yo puedo ir a por el baúl mientras tú hablas con ella.

Pero ella sacudió la cabeza y retrocedió aún más.

—No —respondió con un hilo de voz, aunque firme—. Querrá detenerme. Y a mí ya me queda poco valor.

Ellen subió el escalón para tomarla de la mano.

—No vamos a dejar que te pongan ni un dedo encima, Adelaide —le aseguró—. Funcionará.

La mujer intentó sonreír, pero sólo consiguió que le temblara el mentón. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para resistir en pie el empuje de la congoja que se había instalado en su pecho.

—Aun así —respondió.

Cerró los ojos y estiró los dedos al mismo tiempo que vaciaba los pulmones.

—¿Adelaide?

La mujer abrió los ojos.

—¿Podrías hacerme un favor, Ellen? Dile a Caleb que quiero hablar con él. Será rápido, mientras tú vas a buscar el cofre.

La chica arrugó el gesto.

—Sabes que no debo. Estará vigilado, además. Pero podría decirle a Nanette que suba con

cualquier excusa y...

—Ellen. Por favor.

Nunca la había visto tan frágil, y eso desarmó a Ellen. Notaba que la mujer quería mantenerse entera, pero no conseguía sacar la fuerza que siempre la había acompañado. La muchacha asintió, dándole de nuevo su palabra. Se las apañaría para hablar con Caleb sin que nadie se diera cuenta, aunque no entendía por qué quería hablar con él y no con su hija.

Pero no importaba.

Se lo debía.

Adelaide la había mantenido a flote durante muchos meses cuando todo en su vida parecía zozobrar. Había sido el espejo en el que se había mirado, y se había visto crecer bajo su abrigo. El pilar en el que apoyarse, siempre firme. Verla desbordada por el miedo hacía que su determinación se tambaleara, pero también que quisiera protegerla por encima de todo. Apretó las manos, aferrando en su abrazo también las de Adelaide. Tenían que confiar en el plan de su padre. Iban a salir vivas, y no tendrían que despedirse de nadie.



Fellowes esperó en el alcázar a que todo el mundo ocupara sus puestos. Las órdenes se habían dado en susurros, de espaldas a los bergantines que los acechaban y vigilaban cada movimiento. Él también habría puesto vigías para observar cada uno de sus movimientos si hubiera estado al otro lado; pero sus marineros se estaban portando con una sangre fría encomiable y apenas se dirigían miradas de soslayo mientras disimulaban sus verdaderas intenciones. Sólo esperaba que aquella disciplina se mantuviera el tiempo suficiente, pues *lord* Hansford no podía estirar su labia con los franceses hasta el infinito.

Oyó unos pasos ligeros a su espalda. Se giró justo a tiempo para ver a Adelaide terminar de subir las escaleras, con el cofre en brazos. El capitán del bergantín que parecía estar al mando había exigido ver las dos cosas como prueba, aunque Fellowes dudaba que pudieran reconocer aquella madera carbonizada como la pieza que habían estado buscando por todo el Caribe.

Sin embargo, por el movimiento que comenzó a surgir de la cubierta de ambos navíos, pareció ser suficiente. Seguro que ya estaban oliendo el oro de la recompensa. O quizá pensaban quedarse con las semillas para vendérselas al mejor postor, fuera el país que fuera. Al capitán se le revolvió el estómago. Era más que capaz de entender y respetar a un enemigo que luchaba con honor por lo que creía su deber, pero odiaba con todas sus fuerzas a aquellos que se dedicaban a la guerra sólo por dinero. Para Fellowes eran la peor escoria que había alumbrado el mundo.

—¿Preparada? —preguntó en cuanto la mujer se colocó a su lado, tras saludarla con una inclinación respetuosa.

Adelaide asintió.

—Espero que sepa lo que está haciendo, capitán.

—Yo también —admitió Fellowes. Guardó silencio un instante antes de seguir hablando en voz

más baja—: Antes de continuar, tengo que hablar con usted. Le aseguro que tengo toda la intención de cumplir con mi palabra y protegerla hasta que lleguemos a un puerto inglés, señora, pero...

—Pero si su plan sale mal, me echará a los leones.

El capitán se removió bajo su abrigo, molesto, aunque no pudo protestar. La mujer sólo se había adelantado con tino a sus palabras.

—Llevo a mi hija a bordo, Adelaide. No puedo permitir que le pase nada.

—Y a la mía, capitán Fellowes —le recordó ella. Abrazó el cofre con más fuerza contra su pecho—. Manténgalas a salvo y estaré en deuda con usted, sea cual sea mi destino.

Los dos se miraron, conscientes de que, por primera vez, no estaban en posiciones enfrentadas. Sus rencillas del pasado habían quedado atrás. En ese momento, todo lo que importaba se encontraba resguardado bajo sus pies.

—¡Capitán! —llamó Hansford.

Fellowes se giró hacia él y siguió la dirección en la que señalaba su brazo extendido. Los franceses no tenían ninguna intención de seguir esperando. Su capitán se había encaramado a uno de los obenques laterales, esperando que cumplieran con su parte del trato. Estaba custodiado por una veintena de mosquetes que apuntaban en dirección a la *Lionheart*, dispuestos a disparar en cuanto cualquiera de sus tripulantes diera un paso en falso.

—Avance despacio como si fuera a entregarse —le indicó Fellowes a Adelaide—. No se preocupe, yo la seguiré a pocos pasos. No dejaré que llegue ni tan siquiera a la barandilla.

La mujer asintió.

—Nos matarán a todos, les demos lo que nos piden o no —dijo para convencerse a sí misma antes de dar el primer paso—. Así que no se lo pongamos fácil.

Fellowes se inclinó ante ella para cederle el paso.

—Con uñas y dientes.

Casi podía oler la sensación de triunfo que se propagó por las líneas francesas cuando vieron que la mujer se acercaba hacia ellos con el cofre en brazos. El oro debía de estar tintineando ya en sus oídos, imaginándose todas las monedas que iban a derrochar en cualquier tugurio del Caribe como si fueran reyes.

Pero la fantasía iba a durarles poco.

El capitán hizo un gesto con la cabeza a Phillip y este, a Singh. Los marineros agarraron con fuerza los cabos de sus arneses. El maestro de navegación aferró el timón con todas sus fuerzas y esperó a que la cuadrilla a la que había dado instrucciones se posicionara, creando una barrera entre los dos flancos con disimulo, como si sólo quisieran observar lo que estaba pasando. Tampoco hizo demasiada falta, porque todos los ojos enemigos estaban puestos en Adelaide.

Fellowes avanzó a una distancia prudencial de Adelaide, siguiéndola a cada movimiento, hasta que dio un paso más corto. Contó diez latidos de su corazón y se tensó. Todos aguardaron.

—¡Ahora!

Helsby hizo sonar el silbato con toda la fuerza de sus pulmones y toda la tripulación echó a

correr a sus puestos. Los franceses se quedaron paralizados una fracción de segundo antes de empezar a disparar a discreción como locos, pero era demasiado tarde. Fellowes se arrojó sobre Adelaide para asegurarla con su propio arnés. Las balas de los mosquetes pasaron volando por encima de su cabeza justo antes de sentir las compuertas chirriando bajo la cubierta y abriéndose en un golpe seco. La tripulación había liberado el ancla de la fragata y el pesado lastre los arrastró hacia el mar.

La *Lionheart* se desplomó en caída libre.



Fue como si hubieran viajado en el tiempo y el rayo hubiera vuelto a partir el navío en dos. Thomas notó que su estómago ascendía hasta atrancarse en la garganta y tuvo que apretar la mandíbula para que no se acabara saliendo también por la boca. Durante un segundo, sintió tanto miedo que todo a su alrededor pasó de ser un remolino a volverse negro. Si nunca le habían hecho gracia las alturas, le gustaba incluso menos caer en picado desde ellas. Dentro del navío, parecía que las puertas del infierno se habían abierto y lo arrastraban a su interior. Esta vez, civiles y marinos gritaron por igual.

Los otros dos barcos necesitaron un instante para entender lo que estaba pasando, pero su tripulación tan sólo tardó el tiempo en que se da una orden en dejar a un lado los mosquetes y abrir sus propias compuertas para dejarse caer hacia ellos. Pensaban que querían descender para tener vía libre de escape e iban en su persecución. Fellowes contaba con ello.

—¡Arriba! —gritó el capitán, sin dejar de aferrar a Adelaide entre sus brazos.

Helsby hizo sonar de nuevo el silbato. Con un alarido salido desde las entrañas, sus hombres empujaron hasta hacer girar la rueda del cabestrante en sentido contrario, para recoger el ancla que antes habían liberado. La *Lionheart* se sacudió con fuerza al frenar de golpe su caída. Aquel zarandeo hizo que más de un marinero estuviera a punto de perder el equilibrio, pero los arneses aguantaron el envite. El capitán vio cómo aquella maniobra pillaba desprevenidos a sus perseguidores, que siguieron cayendo hacia el mar mientras su navío se elevaba. Ya no eran una presa. La fragata había vuelto a ser una leona que enseñaba los dientes antes de comenzar la cacería.

—¡Artilleros, preparados!

Era su señal. Desde el otro extremo, Atwood asintió para indicarle que estaba preparado. Thomas tragó como pudo la bilis y se obligó a soltarse de la pared a la que se había aferrado como si le fuese la vida en ello. No tenían mucho margen hasta que se les agotara el factor sorpresa.

—¡Cañones listos! ¡Abrid portas!

Fellowes miró hacia abajo para ratificar una última vez su decisión. Contaban con que ir primero a por el blanco más débil, ahora que tenían la ventaja de la altura, y ese era el barco

pirata. Fellowes se alegró de que su corazón y su cabeza estuvieran de acuerdo en algo. Iba a pagarles con la misma moneda a aquellos que habían masacrado a sangre fría a su tripulación.

—Señor Singh, incline el barco. Cincuenta grados a estribor.

El maestro de navegación asió el segundo cañón con ambas manos y asintió. La misma maniobra que los piratas habían usado con ellos en la playa. El regusto de la victoria, acompañada de la revancha, sabía incluso mejor.

—Cincuenta grados a estribor, señor. ¡Tripulación, arneses!

Todos habían asegurado los cabos al menos tres veces, pero volvieron a pegar un tirón a su agarre antes de que la rueda del segundo timón empezara a girar. El casco de la *Lionheart* se inclinó sobre sí mismo hasta que sus mástiles casi alcanzaron la horizontal. Las sujeciones de los fardos crujieron por el empuje de la gravedad. Thomas se agarró a una de las vigas del techo con el brazo mientras se agachaba aún más para poder otear por el hueco de la escotilla más cercana.

—¡Apuntad los cañones!

Las ruedas de los carros chirriaron contra la madera junto con los gruñidos de esfuerzo de la tripulación. El teniente miró hacia arriba, esperando la orden. Fellowes, agarrado al pasamanos del alcázar, no se lo pensó dos veces.

—¡Fuego!

—¡Fuego!

La pólvora estalló tan cerca que sus tímpanos reverberaron en un doloroso pitido. Thomas sólo pudo taparse una oreja con los dedos, pues la otra mano la tenía ocupada para mantener el equilibrio. Aun así, captó a lo lejos el sonido de las balas perforando el casco del bergantín y los gritos de sus tripulantes. No habían tenido tiempo de frenar su caída, y mucho menos de intentar ponerse a salvo.

El teniente no pudo evitar una sonrisa de triunfo mientras aspiraba el olor de la pólvora hasta llenar los pulmones. Conocía tan bien aquellos sonidos que no tuvo ni que asomarse para saber lo que estaba pasando. El crujido de un mástil al partirse, los gritos al sentir cómo un miembro era arrancado de cuajo. Una voz que gritaba «¡arnés suelto!» cuando un compañero caía por la borda. Las astillas volando por los aires cuando la explosión alcanzaba la estructura del barco. Se llevó la mano libre instintivamente a la cicatriz; una de esas había estado a punto de arrancarle el ojo de cuajo hacía unos meses.

Algunos piratas saltaron por la borda, presas del pánico, pero al otro lado sólo les esperaban el vacío y el lecho del mar, duro como una roca al caer desde tanta altura. Thomas hubiera sentido pena por ellos de no tener tan presente la imagen nítida de sus compañeros agonizando bajo el fuego de sus cañones, semanas atrás.

De repente, un estruendo sacudió la *Lionheart* en el aire, como una rama al viento. Los cañones se balancearon y sus artilleros gritaron una advertencia antes de que las olas de fuego los alcanzaran.

—¡A cubierto! —ordenó Fellowes desde arriba.

Una de sus balas había encontrado su camino hasta un barril de pólvora enemigo, que al estallar había prendido la mecha de una cadena de destrucción. Las llamas se propagaron por la bodega de carga en menos de un segundo y el bergantín estalló en el aire, llevándose consigo las vidas de los que iban a bordo. La onda de la explosión alcanzó la fragata de lleno y arrojó a la mayoría de la tripulación que todavía estaba en cubierta al suelo, rociándolos de metralla de madera, carne y fuego.

Singh fue uno de los primeros en levantarse, y enseguida comenzó a organizar cuadrillas para que corrieran hacia los depósitos de agua y apagaran los pequeños focos en llamas que habían prendido sobre las velas. Bajo cubierta, Thomas se incorporó como pudo y comprobó que seguía de una pieza. Miró a su alrededor, esperando poder decir eso del resto de artilleros. A lo lejos, oyó a Atwood hacer lo mismo con sus cuadrillas.

—Tú y tú —ordenó, señalando a los dos primeros marineros que encontró enteros—, llevad a los heridos a la enfermería. Rápido.

No tenían mucho tiempo para despejar la sala de los gritos de dolor. La batalla no había hecho más que comenzar. Se habían librado de la mitad de la amenaza, pero no era suficiente como para poder cantar victoria. Un hombre muerto lo era igual alcanzado por una bala que por dos.

—¡Artilería, recargad!

Fellowes soltó una maldición mientras se incorporaba junto a Adelaide. La explosión les había librado de un enemigo, pero también les había hecho perder un tiempo muy valioso. Mientras ellos conseguían estabilizarse, el segundo bergantín había conseguido frenar su caída y se elevaba hacia ellos a toda velocidad y con sed de sangre. Era el precio que debían pagar por la venganza.

—¡Tripulación, largad velas! —ordenó antes de girarse hacia Adelaide. Tenían que huir de allí cuanto antes—. Será mejor que vuelva a la bodega, señora.

Fellowes había puesto las manos sobre la empuñadura de su pistola y su sable, que casi parecieron soltar chispas.

—¿Piensa entrar en batalla? ¿Cuerpo a cuerpo? —preguntó ella, alarmada.

—No a menos que sea necesario.

Un cañonazo pasó rozando a su lado. La fuerza de la gravedad restaba fuerza a sus disparos, pero no tardarían en posicionarse a una distancia en la que no sería tan fácil fallar.

—Estaré en la enfermería con el señor Lloyd.

El capitán asintió. Ni se le pasó por la cabeza que debería estar devolviéndola a su celda. Su atención ya estaba puesta en la siguiente orden. Mientras oía cómo los artilleros se preparaban con la eficiencia de un reloj, subió a grandes zancadas hasta el timón.

—En el alcázar uno debe comportarse siempre con dignidad, señor McAvoy —le reprochó al muchacho al llegar a su altura y verlo agazapado tras la barandilla—. ¿Entendido?

El grumete se apresuró a ponerse de pie y asentir, todavía temblando.

—Sí, señor —respondió en apenas un gemido.

Phillip y Singh le saludaron en cuanto se puso a su lado. Una nueva bala silbó en el aire a pocos

pasos del casco.

—En cualquier otra circunstancia nos enfrentaríamos a ese bergantín y le haríamos pagar cara su osadía —masculló Fellowes, mirando hacia atrás—. Pero estamos muy débiles y tenemos demasiados civiles a bordo.

—La *Lionheart* no va a poder dejarlos atrás, señor. Incluso aunque no estuviera lisiada, es mucho más pesada que ellos. Tarde o temprano nos alcanzarían —replicó Singh, preocupado.

El capitán apretó la empuñadura.

—Pues entonces tendremos que conseguir ventaja de alguna forma. —Taconeó en el suelo. Era momento de sacarle partido a todo el entrenamiento que habían realizado en las horas muertas del bloqueo. Después de todo, de algo tenía que servir disponer del doble de cañones del enemigo—. Las cuadrillas de babor siempre han sido las más rápidas, ¿verdad?

—Van ganando en todas las tablas —confirmó Singh, que llevaba con rigor la cuenta de las competiciones que hacían para entrenar—. Pero, señor, si intentamos huir mientras disparamos tendríamos que dejar al descubierto todo el costado y seríamos un blanco mucho más fácil. Por no hablar de que ya no nos quedan muchos barriles de pólvora.

—Por eso necesito a los más rápidos. Y eficientes. Tenemos que lanzarles todo lo que tengamos lo más rápido posible. El máximo daño en el mínimo tiempo. Sólo así contaremos con una oportunidad de ganar ventaja en el aire.

La siguiente andanada enemiga rozó el casco.

—Pues ahora o nunca, señor.

Singh agarró la rueda del timón y Fellowes hizo un gesto a Phillip para dejarle al mando.

—¡Batería de babor, preparada! —gritó desde arriba—. Señor Byrne, necesito que disparen la mejor ronda de pólvora de sus vidas. Agujereen como un queso a esos cerdos franceses. Que no se mantengan a flote ni remando a brazo partido.

El teniente rio.

—¡Sí, señor! —respondió. Se volvió hacia sus cuadrillas—. Ya lo habéis oído, muchachos. Vamos a enseñarles quién es el dueño de este cielo. ¡Doble ración de grog a quien haga caer el palo mayor!

Los marineros rugieron, con el fuego corriéndoles por las venas. Thomas notaba cómo la anticipación de la batalla le iba ganando terreno al miedo que lo había atenazado antes. Tenía una misión, y eso le hizo olvidarse de todo lo demás. Se concentró en el olor a fuego y a pólvora mientras se agachaba para tomar posiciones. Frente a ellos, por el hueco de las portas abiertas, vio el casco del navío enemigo acercarse con sus cañones apuntando en su dirección.

—Aguantad —indicó a los artilleros, esperando la orden del capitán.

Thomas apretó los dientes, intentando no pensar en lo que la *Lionheart* guardaba en sus entrañas, resguardada bajo sus pies. Le había pedido a Ellen que se pusiera a cubierto, pero las balas de cañón atravesaban la madera y desgarraban la carne de todo el mundo por igual si se cruzaban en su camino. Tuvo que quitarse esa idea de la cabeza antes de que le hiciera enloquecer.

—Firmes...

Manos temblorosas. Respiraciones entrecortadas. Bajo sus pies, el eje del barco comenzó a virar.

—¡Fuego!

Fellowes sintió cómo vibraba el suelo cuando la pólvora liberó todo su poder. Las balas impactaron en el bergantín, llenando el espacio que les separaba de un humo grisáceo. La andanada había sido perfecta y oía a sus hombres prepararse para la siguiente carga, pero no necesitó que la neblina se dispersara para saber que no había funcionado. Había sabido desde el principio que Singh tenía razón, incluso antes de dar la orden. Su gesto grave sólo le confirmó su mayor temor.

Era imposible que la *Lionheart* dejara atrás a un navío tan veloz como con el que se enfrentaban, y su superioridad de fuego no les serviría de nada si estaban tan limitados para maniobrar. El capitán conocía a su Leona y sabía mejor que nadie lo que podía aguantar y lo que no, y aquella fiera estaría dando sus últimos zarpazos si la forzaba a seguir adelante con unos parches clavados con prisas. Pero tampoco tenía otra opción.

Si su perseguidor hubiera sido un capitán de la armada francesa —un hombre de honor, como el que les persiguió al romper el bloqueo—, habría tirado las semillas al mar y luego rendido su sable sin ninguna duda. Él y sus hombres pasarían el resto de la guerra en la cárcel, pero Ellen volvería a casa sana y salva en el primer barco a Inglaterra. Sin embargo, aquellos perros que rabiaban en su dirección no eran caballeros. Veía la ambición y la sed de sangre en su mirada. Los corsarios sólo entendían el valor en el dinero y el honor de una puñalada trapera. No podía esperar nada de ellos.

Así que, mientras pudiera, se resistiría con uñas y dientes a que le arrebataran su barco. Sonreiría al horizonte para infundir ánimo a sus hombres, dirigiéndoles como si confiara plenamente en la victoria. Después de todo, las batallas se ganaban más con el ánimo de los corazones que con las manos que empuñaban las pistolas. Al menos los minutos que había arañado a lo inevitable le darían tiempo suficiente para rezar por un milagro.



Aquel cañonazo impactó demasiado cerca. De haber apuntado unos palmos más hacia abajo, la habría atravesado de parte a parte. A ella y a todos los que se agazapaban en la bodega como animalillos asustados en su madriguera. Aunque, si había sido ese, puede que fuera el siguiente. No había que realizar demasiados cálculos para darse cuenta de que los disparos enemigos cada vez acertaban con más precisión y más fuerza en el casco de la *Lionheart*, y eso sólo podía significar que les estaban ganando terreno. Ellen se estremeció. ¿Era sólo el temblor del barco lo que sentía en las entrañas o es que el fragmento se había movido de su sitio? ¿El dolor era real o se lo estaba imaginando? Si la maldición decidía cobrarse su precio ahora..., no podía permitirse esos pensamientos. Alguien tenía que mantener la cabeza fría.

Por una vez, la muchacha había obedecido a su padre y se había refugiado en el interior del barco; aunque hubiera sido en parte para no sentirse un estorbo. Nada más bajar el último escalón, se hizo oír entre el caos y comenzó a organizar las defensas hasta convertir la bodega de carga en un verdadero fuerte. Bajo sus órdenes, apilaron los sacos más grandes contra las paredes e hicieron rodar los toneles hasta apuntalarlos como los arbotantes de un edificio.

Todo el mundo colaboró como si les fuera la vida en ello. Aseguraron las cuerdas y las jaulas de los animales para cerciorarse de que no saldrían corriendo en una estampida con el estruendo y los virajes bruscos del barco, y luego se sentaron lo más juntos que pudieron, formando círculos concéntricos hasta dejar a los niños en el medio. Ellen habría querido quedarse en la periferia, aunque estuviera más expuesta, para enterarse mejor de lo que estaba pasando; pero Hans no se había soltado de su cuello desde que la vio aparecer.

—Ya está, ya está —intentó tranquilizar a los pequeños tras la última sacudida—. Tapaos los oídos, que pronto habrá pasado todo.

El tenso silencio se mezclaba con los sollozos y los gemidos de pánico contenido, pero al menos el instinto de supervivencia hizo que se quedaran todos quietos. De vez en cuando, Ellen alzaba el cuello para echarle una mirada a Caleb, que estaba más cerca de la escalera, para comprobar si veía u oía algo más. Pero todas las veces él sacudía la cabeza con gesto sombrío.

Aun así, la muchacha no perdía la esperanza. A través de la madera, oía el viento silbar mientras la *Lionheart* lo remontaba con su proa, así que seguían en movimiento. Sus

perseguidores andaban al acecho, pero mientras siguieran a flote y desplazándose, tenían una oportunidad. Eso era lo que les repetía una y otra vez a los que la rodeaban, intentando infundirles ánimos. Por suerte, Nanette y Adelaide seguían en el piso de arriba, ayudando al cirujano. No le había contado a nadie las exigencias de los franceses y pensaba seguir así. Una turba asustada era peligrosa, y veía capaces a unos cuantos de los hombres de Levertone de decidir por su cuenta que era mejor jugar sus cartas entregando a Adelaide que esperar a que los capturaran.

De pronto, entre cañonazo y cañonazo, captaron el sonido de unas botas bajar por la escalera.

—¿Señorita Fellowes?

Ellen se incorporó de golpe, quitándose a los niños de encima con toda la delicadeza que le permitió su impaciencia, y caminó hacia la entrada pisando con la punta de los zapatos donde podía.

—Aquí, señor Atwood.

El guardiamarina se inclinó con torpeza cuando llegó hasta ella, pero no pudo hacer mucho más. Se dobló hacia delante en medio de un ataque de tos que parecía estar a punto de arrancarle los pulmones.

—¿Ernest? —Caleb se había acercado con la mano extendida hacia él, preocupado.

Pero Atwood le hizo un gesto entre espasmos para indicar que se encontraba bien, aunque su aspecto dijera lo contrario. Su ropa estaba llena de restos de pólvora y de serrín, chamuscada por los bordes. Tenía la ceja izquierda partida por una brecha de la que hacía poco tiempo que había dejado de salir sangre, a juzgar por la costra reciente que la taponaba, y más de una mancha parduzca en el chaleco y la camisa blanca. También debía de haber perdido su sombrero en algún momento de la batalla, porque sus cabellos morenos estaban cubiertos de ceniza.

—No es nada..., sólo el humo... Nunca me ha sentado bien —le aseguró en un intento vano de aparentar tranquilidad, secándose los ojos llorosos por el esfuerzo de un manotazo.

Había dejado de toser, pero todavía se ahogaba, sin poder acabar una frase entera. Era como si sus pulmones no quisieran hincharse. Incluso a varios pasos de distancia, Ellen oía los silbidos que salían directamente de su pecho cada vez que hacía el esfuerzo de coger y soltar una bocanada.

—Siéntese, Atwood, por lo que más quiera —le suplicó mientras lo arrastraba del brazo hasta uno de los sacos donde podía acomodarse.

El guardiamarina quiso negarse, pero entre Caleb y ella lo convencieron para que descansara un segundo antes de que intentara otra vez hablar. Pero el estruendo del exterior, que sacudía el navío entero cada vez que una de las balas lo alcanzaba, no le dejó mucho tiempo para recuperarse.

—Me envía el capitán —consiguió decir en un susurro ronco—. Tenía que avisarles... para prepararse... por si nos abordan.

Ellen le chistó con brusquedad para que se callara. Se apresuró a interponer su propio cuerpo para cubrirle de miradas indiscretas, echando un vistazo rápido hacia atrás para asegurarse de que nadie le había oído. Un par de cabezas atentas se estiraban para observarles, intentando agudizar

el oído, pero parecía que el estruendo de los cañones había robado las palabras del guardiamarina a medio camino.

—Señor Atwood, tenga cuidado con lo que dice —le reprochó en voz baja, irritada—. Como cunda el pánico aquí abajo, estamos perdidos.

El chico quiso disculparse, pero sus pulmones volvieron a cerrarse y lo único que pudo hacer fue boquear como un pez fuera del agua. Caleb se agachó a su lado y cogió su brazo para ponérselo alrededor del cuello y cargar con él.

—Hay que llevarlo a la enfermería.

Atwood intentó resistirse.

—No, no. Estoy bien... —Volvió a toser, aunque consiguió reunir el aire suficiente como para pronunciar una frase completa—: Hay demasiados heridos. Sólo estorbaría.

Pero Caleb no pensaba dejar que le disuadiera. Al menos un nivel por encima de ese tendría un aire menos viciado que intentar respirar. Lo levantó en vilo, ignorando sus protestas, y se lo llevó hacia las escaleras. Ellen agarró a Atwood del otro brazo y juntos lo auparon por los escalones.

El guardiamarina no se equivocaba: la enfermería estaba desbordada. No había ni un alma en aquel rincón del navío, que azotaba desde lejos con un hedor a sudor, sangre y vísceras perforadas. Los marineros se apiñaban unos encima de otros, esperando su turno como buenamente podían, algunos agonizando entre gritos en el suelo, otros desangrándose contra la pared. Los que podían intentaban hacerlo en silencio, pero la mayoría estaban tan sobrepasados por el dolor que gimoteaban entre espasmos.

Encima de la mesa de operaciones, Lloyd se afanaba por parchear lo más deprisa posible a los que le iban trayendo en brazos de sus compañeros. Según acababa con un paciente —vivo o muerto—, otro aparecía en su lugar. No daba tiempo ni a que la arena del suelo empapase la sangre que resbalaba de la mesa. El cirujano no paraba ni para secarse el sudor de la frente. Sólo rajaba, cosía, vendaba. Uno tras otro.

En el otro extremo, Nanette daba instrucciones a un grumete para que se apretara él mismo el paño sobre la herida que casi le había arrancado media cara. El crío lloraba, intentando que no se fuera de su lado, pero ella tenía pacientes más urgentes a los que atender. Estaban tan faltos de manos que nadie dirigió ni siquiera una mirada de desconfianza a Adelaide mientras saltaba de herido en herido, apretando torniquetes y marcando con una cruz de tiza en la frente a los que ya habían sobrepasado la posibilidad de salvación. Algunos de ellos todavía hablaban y la maldecían, pero al final las protestas eran acalladas por sus propios compañeros. Todos sabían que nadie podía sobrevivir mucho con las tripas abiertas o el pecho hundido, y tenían que reservar los pocos recursos que les quedaban para otros más afortunados que todavía podían esperar ver el siguiente amanecer.

—Dejadme aquí. Por favor —les suplicó Atwood cuando todavía no habían traspasado el umbral de la enfermería.

Caleb quiso protestar, pero Ellen le hizo un gesto y ayudó al guardiamarina a sentarse en el

suelo. Atwood era un oficial. Novato, pero el rango era el mismo. Debía pelear cada día para demostrar que se merecía el respeto de la tripulación y del resto de los mandos del navío, y aparecer con un ataque de tos delante de los hombres que debía comandar mientras sus compañeros se desangraban, exigiendo que lo atendieran, no era la mejor forma de hacerlo. Ellen sabía que prefería morir entre estertores que dejar que lo vieran en ese estado.

Aun así, el aire fresco y húmedo que llegaba desde la cubierta pareció ayudar, incluso cuando arrastraba con él todo el humo de los cañones. Después de varias inspiraciones profundas, parecía que su pecho no silbaba tanto como antes y que había recuperado el color. Hasta se atrevió a incorporarse, apoyado en la pared, para mirar hacia el techo. Por los enrejados de ventilación les llegaba el reflejo de la luz de fuera, blanca y mortecina. El sol se había ocultado por completo detrás de una capa de nubes que se iban arremolinando alrededor de los barcos, impregnando de humedad el ambiente.

Un nuevo cañonazo provocó una sacudida en el interior del barco. Desde la enfermería, Lloyd soltó una maldición al ver que el cuchillo se le escapaba de los dedos con el temblor. El filo cortó la arteria como si fuera mantequilla, y pronto un potente chorro de sangre salió disparado y le salpicó de arriba abajo. La vida de aquel hombre se le escapó entre las manos sin que pudiera hacer nada por él.

—¡Otro! —gritó el cirujano mientras su ayudante echaba el cuerpo a un lado para que depositaran al siguiente herido. Lloyd se frotó la sangre de la cara con rabia, apretando los dientes para calmar la sensación de impotencia—. ¡Y que alguien traiga más arena!

Ellen miró hacia la enfermería con aprensión. No podía quedarse de brazos cruzados.

—Quédate con él —le dijo a Caleb, y dio un paso hacia allí.

Pero no llegó muy lejos. Antes de poder siquiera avanzar un palmo, un terremoto estremeció la estructura del navío. Fue como si se hubieran convertido en muñecos de trapo en manos de un niño. El mundo se salió de su eje durante un instante, haciendo que la mayoría perdiera el equilibrio y cayera al suelo. El estruendo se clavó en sus oídos un segundo después.

—¡Ya están aquí! —gritó alguien desde la cubierta.

Sin poder evitarlo, Ellen se echó a temblar de puro miedo. Incluso con la advertencia de Atwood y sus propios temores asaltándola a cada pensamiento, nunca llegó a creer del todo que los piratas pudieran abordarles de verdad. De repente volvió a ser una niña asustada por los monstruos que podían poblar la oscuridad. Sólo quería salir corriendo a refugiarse en los brazos de su madre.

—¡Cuidado allí arriba! ¡Arnés suelto!

Dos niveles por encima de su cabeza le llegaban los gritos desesperados. Oía golpes, pasos a la carrera y órdenes que se alzaban por encima del caos. Los cañones seguían disparando, pero cada vez con menos frecuencia. Se le encogió el estómago al pensar que quizá se les habían acabado las reservas de pólvora. O que ya no quedaban marineros en pie para dispararlos.

—Tengo que ver lo que está pasando —dijo Atwood, intentando librarse de los brazos de Caleb

para llegar a las escaleras.

—¿Qué estás diciendo? ¡Si apenas te puedes tener en pie! —exclamó el otro, pero el guardiamarina no le hizo caso.

Atwood caminó hacia la escalera, doblado hacia delante, por eso no vio a Phillip bajando los escalones a la carrera.

—¡Ernest, cuidado! —gritó justo antes de chocar con él—. ¿Se puede saber dónde te habías metido? Deberías haber vuelto arriba hace un buen rato.

Pero Phillip no se paró a escuchar la respuesta. Fue directamente hacia la enfermería y se hizo oír entre los gemidos de dolor:

—¡Señores, atención! —Los que pudieron se cuadraron al verle llegar—. Todo aquel que sea capaz de tenerse en pie y sujetar un arma que venga conmigo. Órdenes del capitán Fellowes.

Durante un segundo se hizo el silencio, pero enseguida aquel cubículo se llenó de marineros que se incorporaban apoyados unos en los otros, incluso los que no parecían estar en condiciones de hacer nada más que no fuera esforzarse en seguir respirando. Nadie se hizo de rogar. Sabían lo que significaba esa orden.

—¿Phillip? ¿Qué está pasando?

La expresión de Phillip se crispó entre el alivio y la preocupación cuando Nanette se acercó a él. Tenía el delantal cubierto de sangre, igual que las costras que salpicaban sus manos y su cabello, con los mechones de diminutos rizos recogidos hacia atrás. Se resistió a limpiarle la mejilla con los dedos.

—No pasa nada, Nanette. Nos ocuparemos de ellos —respondió, aunque los dos sabían que su sonrisa no era sincera—. Vosotras quedaos aquí abajo.

Adelaide también se había aproximado, aunque en un segundo plano. Sus manos temblaban mientras escuchaba. Aunque Phillip no quisiera admitirlo, todos sabían que estaban acorralados. El siguiente paso era luchar por sus vidas con uñas y dientes. Pero los piratas venían a por ella. La querían a ella y querían su tesoro.

La mujer caminó hacia atrás hasta que su espalda tocó la pared del rincón. Antes de poner en marcha el plan para despistar a los corsarios, el capitán Fellowes había guardado en su cabina los saquitos de tela con las semillas dentro, pero le había dejado el cofre lleno de serrín para que cumpliera con su papel. Todavía tenía ese cofre escondido en aquella esquina. La solución a sus problemas. Sólo tenía que agacharse para alcanzarla.

—... se han abalanzado sobre nosotros..., estamos casi el uno encima del otro..., y han visto otra silueta entre las nubes, parecía un navío de guerra... Apenas podemos mantener a raya a uno, ¿qué vamos a hacer con dos?... No tardarán en abordarnos...

Los rumores corrían entre los marineros según salían para unirse a la batalla. Si aquello les daba fuerzas o se las quitaba, la mujer no quería saberlo. Adelaide sólo podía pensar en que en ese momento nadie le estaba prestando atención. Aquello no hizo más que clavarle aún más hondo la estaca de su decisión en el pecho. Tenía que hacerlo. Se inclinó para coger el cofre.

—¿Adelaide?

Caleb había entrado en la enfermería, seguido de Atwood y Ellen, preocupados por las noticias que les llegaban. Querían que Phillip se las contara de primera mano, pero el muchacho había percibido que algo no iba bien en cuanto le puso los ojos encima.

—Recuerdas lo que hablamos antes, ¿verdad, Caleb? Me hiciste una promesa.

El muchacho dio un paso atrás instintivamente, asustado por la intensidad con la que hablaba. Pero la mujer se acercó más, con sus ojos oscuros clavados en él, impidiendo que volviera la mirada e intentara ignorarla.

—Adelaide, no...

—Me lo prometiste —insistió ella.

Le temblaba el labio inferior, pero nada más. Su determinación estaba labrada en piedra en su cara. No había nada que pudiera decir o hacer para convencerla de lo contrario. Caleb notó cómo se apretaba el nudo de su garganta.

—Lo haré.

Adelaide suspiró de alivio.

—Bien.

Nanette también se percató de que su madre no era la misma en cuanto dio un paso hacia ella. Sus ojos brillaban de una forma que le inquietó. Dejó a Phillip con la palabra en la boca y se giró hacia ella.

—¿Qué ocurre, madre?

Adelaide no respondió. Se limitó a esbozar la mejor sonrisa que pudo conjurar y se puso de puntillas para besarla en la frente.

—Recuerda siempre que lo hice todo por ti, mi vida —musitó, con los labios todavía rozando su piel—. Todo fue por amor.

Y, sin dejar tiempo a ninguna palabra más, echó a correr en dirección a la escalera.

Nanette gritó, asustada. La llamó a voces, sin entender qué estaba pasando. Pero, en cuanto quiso perseguirla, Caleb se interpuso en su camino. La agarró de los brazos y la obligó a quedarse quieta.

—*Maman!*

La muchacha se debatió con todas sus fuerzas, pero Caleb era más grande que ella. El resto tardó un poco más en reaccionar, pero Ellen, al ver que Adelaide pasaba a su lado con un bulto entre las manos, tuvo un mal presentimiento. Ella sí que pudo echar a correr para perseguirla sin que nadie se interpusiera en su camino.

—¡Ellen, no!

Aquel segundo de distracción hizo que Nanette consiguiera atrapar la mano de Caleb entre los dientes y mordió hasta que probó la sangre. El chico la soltó sin poder evitarlo. Para cuando quiso darse cuenta, la muchacha ya se había escapado. Phillip y Caleb fueron tras ella.

—¡Adelaide!

Ellen atravesó las escaleras y el pasillo de los cañones a la carrera, esquivando a todo aquel que se le ponía por delante. Oyó la voz de Thomas gritando su nombre, pero no se detuvo. Tenía que atrapar a la mujer antes de que cometiera una locura.

La alcanzó cuando ya estaba a punto de arañar la superficie. Alargó la mano y atrapó con los dedos la manga de su vestido, pero la mujer se la quitó de encima de un manotazo.

—Ellen, déjame —le suplicó, echando la cabeza atrás, pero sin detenerse—. Tengo que hacerlo.

La muchacha no pensaba darse por vencida. Atravesó el umbral de la cubierta con ella, dispuesta a arrastrarla de vuelta al interior. Pero, nada más poner un pie fuera, una explosión las envió al suelo a ambas.

Si el caos de la batalla se respiraba desde la bodega, a cielo abierto las envolvía hasta ahogar. Por todas partes volaban balas, maldiciones, astillas de madera y aparejos que se soltaban de su sitio. Ellen apenas pudo alzar la cabeza para ver cómo el barco corsario estaba apenas a unas pocas yardas de ellos, antes de que otro cañonazo volviera a lanzarla hacia atrás. El enemigo estaba tan cerca que podía sentir su rabia.

—¡Ellen!

La voz de su padre la sobresaltó. El capitán corría hacia ella desde el alcázar, con el rostro desencajado de pánico al verla aparecer en mitad de la batalla.

—Padre, Adelaide...

Pero la muchacha calló de pronto y se echó encima de él antes de acabar la frase, empujándolos a los dos al suelo. La siguiente detonación se llevó un mordisco del mástil que tenían sobre la cabeza, lo que provocó que su madera estallara en mil pedazos. Desde arriba se oyó la voz de Hansford, que comandaba a sus marines desde lo alto de la cofa. Los disparos de sus mosquetes mantuvieron a raya a los corsarios durante unos segundos. El capitán se recobró como pudo de la sorpresa y consiguió incorporarse.

—¿Se puede saber qué haces aquí arriba? ¡Tendrías que estar abajo! ¡Envié a Atwood para que os avisara y os encerrarais en la bodega!

El capitán la agarró por los hombros y la zarandeo sin pensarlo, presa del pánico. Tenía tan abiertos los ojos que casi se le salían de las órbitas. Ellen nunca había visto a su padre tan asustado, tan fuera de sí, pero no podía permitir que el nudo de su estómago se adueñara de ella. Tenía que detener a Adelaide antes de que cometiera una locura.

Pero la mujer había aprovechado aquel momento de distracción para retomar su carrera, esta vez hacia la borda. Hacia el barco corsario.

—*Capitaine!* —gritó con todas sus fuerzas.

Las filas enemigas se revolvieron en su dirección, sobresaltadas, casi a mitad del abordaje. En el primer instante, ninguno supo qué hacer. Pero el capitán pirata debió de intuir algo, porque, durante un segundo, dejaron de disparar.

—*Qui êtes-vous?*

Una mujer se abrió paso desde el fondo de las cuadrillas de vanguardia, con el puño alzado al

aire, ordenando el alto el fuego. Era más alta que la mayoría de los hombres que respondían a sus órdenes, con los brazos del tamaño de un tronco.

—*C'est moi que vous cherchez* —respondió Adelaide. «Es a mí a quien buscáis». Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, pero no apagaron su voz ni por un instante. «Dejad que ellos se vayan»—. *Laissez-les partir*.

Fellowes, al ver salir a su enemiga, había comenzado a andar en aquella dirección, haciendo un gesto a Ellen para que se quedara quieta. Avanzó despacio para no llamar la atención. Todo el mundo se había quedado petrificado, observando la escena. Aguardando. Él amartilló la pistola que tenía entre los dedos, ocultándola tras la espalda para que no intuyeran su brillo.

—*Maman!*

Nanette apareció en cubierta en ese momento, pero no pudo dar un paso más. Caleb volvió a alcanzarla y la sujetó por la cintura, esta vez sin darle oportunidad de escapar. Phillip y Thomas surgieron del hueco de las escaleras, a su espalda, desconcertados.

Adelaide se giró hacia su hija con un sollozo que le cortó la respiración; pero no se detuvo, sino que alzó una rodilla y se encaramó al borde del navío. Su figura se recortaba entre el mar de nubes blancas y los que estaban dispuestos a prender fuego al mundo por capturarla. A lo lejos, la sombra del barco que acababa de aparecer en el horizonte se les echaba encima, cada vez más nítida. Si volvía a encontrarse entre dos fuegos, la *Lionheart* y todos a los que resguardaba estarían perdidos.

—*Cessez le feu*. —«Alto el fuego». La mujer alzó el cofre para que todos lo vieran. «Me rindo»—. *Je me rends*.

Los ojos de los corsarios brillaron con codicia y su capitana se inclinó hacia delante, como si quisiera alargar las manos hacia él; aunque Fellowes sabía lo que contenía en realidad. Tardó en darse cuenta, pero en cuanto las piezas del rompecabezas encajaron en su mente, se quedó de piedra. De pronto, entendió lo que pretendía. La miró con el gesto desenchajado, sin una gota de color en la cara.

—¿Adelaide? —la llamó con un hilo de voz.

Ella le dedicó una sonrisa triste.

—Nunca dejarán que me escape. Lo supe desde el principio. Estaba viviendo un tiempo prestado desde que puse las manos en este cofre.

—Aún podemos encontrar la manera de salir con vida de esta.

Pero ella sacudió la cabeza. Ambos sabían que estaban desbordados y que lo único que habían hecho hasta entonces era atrasar la derrota, pero no por mucho tiempo.

—Me seguirán hasta el final del mundo. A mí y a este cofre. Perseguirán a mi hija. Si no es este barco, serán otros. —Sus voz sonaba temblorosa, pero sin quitar ni una pizca de convicción a sus palabras—. Pero, si desaparecemos, no habrá ninguna razón para seguir persiguiéndonos. Estará a salvo.

—Adelaide...

—Usted mismo lo dijo, capitán. Son ellas las que importan. —La mujer le dio la espalda—. Así que he sido yo misma quien ha decidido caminar hacia los leones.

Fellowes se desmoronó un instante, cerrando los ojos. No tenía más que ese batido del segundero para tomar una decisión.

Asintió.

Ellen comprendió demasiado tarde que su padre no iba a detenerla. Se echó hacia delante con un grito para hacerlo ella misma, pero el hombre la agarró y la estrechó contra su pecho para impedirlo. Nanette también chilló; pero, a una orden de su capitán, Phillip ayudó a Caleb a que no se moviera del sitio mientras Thomas se acercaba para llevarse a Ellen con él. Las dos muchachas patalearon en vano.

La capitana pirata seguía gritando para que la mujer le entregara el cofre sin hacer movimientos bruscos, pero ella no escuchaba. Ya sólo quedaba una cosa por hacer. Le dirigió una última mirada a su hija vocalizando sus últimas palabras, sin pronunciarlas. Cerró los ojos mientras las primeras gotas de lluvia mojaban los tablones de la cubierta y, acompañada del rugido del trueno como despedida, saltó al vacío.



35

Las nubes respondieron al lamento de Nanette y el cielo se ennegreció a su alrededor. La muchacha se desgarraba la garganta en brazos de Phillip mientras la humedad se concentraba en un remolino de viento, unida al último eco del trueno que se había tragado la silueta de su madre. Las velas de ambos barcos se hincharon y restallaron unas contra otras como el cuero de un látigo.

El destello del relámpago se unió al rugido de rabia de la capitana enemiga. El orgullo herido transformó a la estrategia en una bestia sedienta de sangre. A una orden suya, las cuadrillas de vanguardia lanzaron los ganchos de abordaje, clavando sus colmillos de metal en el casco de la *Lionheart*. Habían perdido su tesoro, pero no pensaban hacer lo mismo con la batalla.

Fellowes tampoco.

—¡A las armas!

El sonido de los sables al desenvainarse se extendió por toda la cubierta. Thomas se plantó con el suyo en la mano en el centro del combés de la cubierta, dando la espalda a las escaleras para cubrir la retirada de Phillip, Ellen y Caleb, que se llevaron a Nanette de allí como pudieron. La muchacha no dejaba de llorar y patalear mientras la arrastraban.

La madera tembló cuando los dos barcos terminaron de colisionar, casco con casco, con el gemido de dos bestias moribundas dispuestas a irse juntas al abismo. El olor de la batalla y la tormenta creció en el ambiente hasta acelerar cada corazón que acariciaba.

Thomas oía al suyo galopar en sus oídos, como un tambor que convocaba con su ritmo desenfrenado a la muerte. Tensó y aflojó varias veces todos los músculos de la mano que tenía libre para deshacer la tensión que acumulaba dentro. Notaba la sangre arder a riadas por todo su cuerpo, suplicando que derramara la de sus enemigos.

No tuvo que esperar mucho. Con el impulso del viento y el empuje de los ganchos, los dos barcos se acercaron tanto que el casco del bergantín acabó inclinándose sobre la *Lionheart*. Los marineros que todavía estaban en lo alto de los palos gritaron una advertencia a sus compañeros y se descolgaron a la desesperada por los arneses, mientras los mástiles de ambos barcos se enzarzaban unos con otros, empalando a los pobres desgraciados que fueron demasiado lentos para huir hacia abajo. Fue como si un monstruo marino enredara sus tentáculos sobre la fragata. Ya no tenían forma alguna de escapar. La primera oleada de piratas se descolgó desde su barco y

cargó contra ellos.

—¡Marines, formación!

El pelotón de casacas rojas disparó a la orden, llevándose por delante con sus balas a los primeros que pusieron un pie en cubierta. Pero detrás de ellos aparecieron más, pasando por encima de los cuerpos caídos. Hansford consiguió que sus marines siguieran descartando plomo y pólvora sobre el enemigo en dos rondas más, pero a la tercera ya no pudo dar la orden. La batalla había comenzado bajo sus pies y ambos bandos se habían mezclado tanto que era imposible apuntar a nadie sin correr el riesgo de arrastrar a sus compañeros por fuego amigo. Era la hora de los sables y las bayonetas.

A ras de suelo, ya habían empezado a caer marineros de uno y otro bando. Thomas se apoyó con el talón sobre el cadáver del hombre al que acababa de matar para liberar su hoja, mientras con la otra mano disparaba la última pistola que tenía cargada. La cara del francés estalló en un amasijo de carne.

De pronto, sintió un tirón brusco que le arrastró desde la cadera y le hizo caer de espaldas. Alguien se había enredado con la cuerda de su arnés, pero en mitad del caos no supo identificar quién. Se maldijo a sí mismo por no habérselo desenganchado cuando lo hizo el resto mientras pataleaba bocarriba, tratando de incorporarse. Allí tendido, como un armadillo sobre su caparazón, era un blanco demasiado fácil. La hoja de un machete estuvo a punto de atravesarlo de parte a parte, pero el teniente consiguió rodar sobre su espalda a tiempo de evitarlo y el filo se incrustó en la madera. Por poco no le cortó el lóbulo de la oreja.

—*Putain!*

El pirata dejó de lado el arma, viendo que estaba atascada, y se lanzó sobre él con el brazo en alto, sujetando un puñal. Thomas dobló las rodillas y le clavó las botas en el pecho, bloqueando su ataque. Agarró la cuerda que todavía tenía amarrada en el arnés y lo enganchó por el cuello en una lazada. El francés se revolvió con ímpetu, arañando e intentando colar los dedos entre la maroma y su piel; pero Thomas se la lio entre las manos y tiró con todas sus fuerzas hasta que dejó de convulsionar. Se lo quitó de encima con un gruñido. Luego, tanteó el suelo hasta recuperar su sable y cortó la cuerda para liberarse.

La batalla había seguido su curso, aunque no podía decir quién iba ganando. Por todas partes veía muertos y heridos que se retorcían en el suelo, pero ninguno de sus compañeros podía permitirse el lujo de dejar de luchar para arrastrarlos hasta la enfermería. Los disparos de las pistolas cortas se mezclaban con el entrechocar de las espadas. Oía gritos de rabia, de triunfo, de dolor. Era un frenesí que los arrastraba sin piedad al centro de aquel festín de carroñeros. En esos momentos, Thomas entendía por qué los antiguos veneraban y hacían sacrificios a los dioses de la guerra. Nunca se sentía tan vivo como cuando bailaba con la muerte.

A unos cuantos pasos de distancia, entre un mar de cuerpos, el capitán Fellowes se batía en un duelo desesperado. El corsario contra el que peleaba no tenía la técnica de un buen espadachín, pero sí la fuerza de un titán. Cada estocada que detenía le hacía temblar las rodillas para aguantar

el empuje, y ninguno de los tajos con los que lograba hacerle sangrar parecía detenerle. Consiguió quitárselo de encima y dio un paso atrás para recuperar el aliento. Quizás el último. El gigante se acercó a él con una sonrisa que enseñaba los dientes, pero se le congeló en el semblante cuando una roseta encarnada germinó en su pecho, tiñendo la camisa. Se desplomó hacia delante como el tronco de un árbol. Tras él apareció la figura de Singh con una pistola en alto.

—Gracias, Ranjit —jadeó Fellowes.

Singh inclinó la cabeza.

—¡Tenemos que liberar el palo mayor, señor! —gritó para hacerse oír, señalando hacia arriba—. No aguantará mucho más tiempo el peso.

Fellowes miró alrededor, buscando la manera. Ni siquiera podía pensar un segundo sin tener que devolver un mandoble o esquivar una bala, ¿cómo iba a llegar hasta allí? Pero Singh tenía razón, como siempre. Tarde o temprano, el peso del bergantín —que cada vez se inclinaba más sobre la delicada estructura de la fragata— acabaría por hundirles.

La llegada de *lord* Hansford con su infantería le dio un instante de respiro para evaluar la situación. Echó la cabeza hacia atrás para librarse de unos cuantos mechones que se habían soltado de la coleta, empapados por la lluvia y el sudor. Se parapetó detrás de aquel muro de casacas rojas para asomarse por la borda.

El barco fantasma seguía acercándose como uno de los heraldos del apocalipsis. Lento pero seguro. Las nubes eran demasiado oscuras como para que pudiera ver bien su forma, pero no necesitó ni consultarlo con su maestro de navegación para saber que era un navío grande, preparado para la guerra, y que se dirigía hacia ellos. Si no conseguían huir antes de que los alcanzara, estarían perdidos. Por la distancia y la dirección del viento, calculaba que eso sucedería en menos de una hora.

Alzó la vista hacia lo alto del mástil, donde los dos barcos se aferraban el uno al otro. Aunque, después de examinar la imagen con un poco más de detalle, Fellowes se convenció de que no sería tan difícil separarlos como parecía en un principio. Si conseguían terminar de partir la viga que los aprisionaba —que ya se había resquebrajado por varios puntos hasta quedar colgada solamente de un fragmento de madera, uno no más grande que una estaca— y desenganchar la vela en la que se había recostado el palo del bergantín, sería posible que este perdiera el equilibrio y los liberara. Había que intentarlo, al menos.

Thomas se zafó del último francés que se le había echado encima con un tajo a la altura del estómago y se giró a tiempo para ver cómo el capitán Fellowes agarraba a varios marineros y señalaba hacia arriba mientras les gritaba instrucciones por encima del caos. La orden fue pasando de boca en boca: había que protegerlos mientras trepaban hacia el mástil. Los marines comenzaron a disparar en formación, junto todo aquel tripulante de la *Lionheart* que todavía tenía un arma en las manos; pero ni todo el fuego de cobertura consiguió que uno solo consiguiera escalar más de dos pasos hasta ser abatido por los corsarios. Lo intentaron tres veces más, pero fracasaron. No eran lo bastante rápidos. Y eso sólo hizo que los piratas se envalentonaran y

recrudescieran su ataque, con nuevas oleadas de refuerzos que seguían saltando la batayola en un goteo incesante.

—¡Reagrupaos!

Los marineros retrocedieron, espalda con espalda, guardando a toda costa el terreno que todavía conservaban. Los tenían rodeados. Luchaban con los hombros tan juntos que apenas tenían espacio para moverse, pero no podían permitir que se quebrase la fina muralla que aún los sostenía en pie. Desde la retaguardia le llegó una pistola recién cargada y Thomas disparó en el pecho al corsario que tenía delante, justo cuando estaba a punto de hacer lo mismo con él. El marinero que tenía al lado no tuvo tanta suerte y la sangre le salpicó la chaqueta mientras caía. El teniente supo enseguida que los remordimientos le roerían la conciencia en las siguientes noches —si es que llegaba a verlas—, pero no se lo pensó dos veces antes de agarrar el cuerpo y usarlo como escudo para defenderse de la siguiente descarga de los mosquetes.

—¡Cuerpo a tierra, por el rey!

Aquel grito los pilló desprevenidos, pero la marina les había forjado para responder a las órdenes por instinto. Los marineros de la *Lionheart* hundieron la rodilla en el suelo, agachando la cabeza. El rugido del cañón silbó en sus oídos, llevándose por delante a la mitad de los franceses y abriendo un gran boquete de cadáveres desmembrados en sus filas. Thomas se oyó a sí mismo unirse al gruñido de triunfo de la tripulación. Los ánimos crecieron de repente. Los ingleses volvieron a cargar hacia delante.

El teniente se dio la vuelta un segundo para ver quién había disparado. Entre el humo que no había acabado de disiparse distinguió el rostro de Atwood, tosiendo sobre el pequeño cañón de seis libras del alcázar que normalmente apuntaba hacia la popa. Debían de haberlo desenganchado para darle la vuelta y llevarlo rondando sobre el carro en dirección a la cubierta. Por detrás apareció Caleb, que agarró al guardiamarina por el brazo para arrástralo fuera de la zona de peligro, y una tercera figura que no supo identificar entre las sombras. La neblina se estaba espesando cada vez más y el sol había descendido casi por completo en el horizonte.

—¡Lord Hansford, aquí!

El teniente había estado a punto de girarse para regresar a la batalla cuando aquella voz resonó en sus oídos. Un escalofrío le agarrotó los músculos en un zarpazo y, por primera vez desde que empezó la batalla, el miedo le paralizó. Se volvió despacio, esperando que hubieran sido imaginaciones suyas en mitad de esa pesadilla, pero no lo era. La dueña de esa voz estaba de pie sobre la cubierta, con la boca junto al oído del mayor para que pudiera escucharla, mientras Caleb y Atwood les cubrían.

Thomas se abrió paso a empujones hasta allí, sin importarle a quién pudiera llevarse por el camino. Ellen le dirigió una mirada rápida de reojo al verlo aparecer, pero no se entretuvo. Se había puesto las botas y los pantalones a toda prisa, con la parte baja del vestido remetida en la cintura y sujeta por el cinturón cargado con sus armas. A sus pies descansaban varios fardos de paja, que debían de haber sacado de la bodega, y la muchacha los señalaba sin dejar de hablar a

gritos. Hansford escuchaba con el ceño fruncido, sacudiendo de vez en cuando la cabeza.

—¡Ellen! —exclamó el teniente—. ¿Qué haces aquí?

Giró la cabeza en todas direcciones, buscando al capitán Fellowes, el único que podría convencerla de que se pusiera a salvo; pero no lo localizó por ninguna parte. En mitad de la batalla, todos los uniformes parecían iguales.

Pero la muchacha no parecía dispuesta a que volvieran a encerrarla en el interior del navío mientras otros morían sobre su cabeza.

—Tengo un plan —se limitó a contestar.

—¿Y Nanette? —insistió Thomas a la desesperada—. Debería haberse quedado con ella, señorita. Abajo estarán más a salvo.

—Cox se la ha llevado a la enfermería, no se preocupe por ella, teniente —replicó, con el ceño fruncido—. Y no crea que podría volver a la bodega. He dejado a la señora Van Nieel a cargo de la barricada que hemos montado en la escalera con órdenes de disparar a todo aquel que aparezca por el hueco. Puede que sea una mujer pequeña, pero tiene una puntería endiablada con el mosquete.

Mientras discutían, Hansford se había agachado hacia la paja y la manoseaba entre los dedos.

—Se está humedeciendo con esta lluvia, Ellen. No sé si vamos a poder prenderla.

La muchacha le hizo un gesto a Caleb y el chico se sacó de un bolsillo un trozo de yesca junto con el pedernal que llevaba siempre encima.

—Pues será mejor que lo hagamos rápido. Antes de que se den cuenta de lo que pretendemos. La niebla nos cubrirá hasta que haya prendido del todo.

Thomas esperaba que Hansford mantuviera el sentido común y desechara su plan, fuera cual fuese, para obligarla a ponerse a salvo. Pero un poco más tarde vio, consternado, cómo el mayor asentía y empezaba a dar órdenes a la infantería. Ellen silbó para llamar la atención de Atwood y Caleb para que la siguieran mientras se escabullía de espaldas a la contienda. Salió corriendo tras ella.

—¡Ellen! —la llamó hasta que consiguió que se detuviera—. ¿Se puede saber qué pretendes?

La muchacha miró con aprensión por encima de su hombro, poniéndose de puntillas. No podía entretenerse mucho tiempo.

—Vamos a subir al mástil para liberar a la *Lionheart*. No aguantará mucho más.

Como si quisiera darle la razón, la madera del casco crujió lastimosamente. Pero Thomas no prestaba atención. Notaba que la sangre había desaparecido de su cara.

—No, no puedes hacer eso. —El miedo hacía que se le atropellaran las palabras en la lengua—. Ya lo han intentado varias veces y los han abatido a todos como si esto fuera la caza del faisán.

La muchacha sacudió la cabeza y señaló hacia Hansford, que seguía agachado sobre la cubierta, de espaldas a ellos.

—Porque eran un blanco demasiado fácil —replicó—. Pero ahora vamos a complicárselo un poco. La paja creará una cortina de humo al arder y así nos dará cobertura. Pero sólo tendremos

unos minutos de ventaja antes de que nos descubran.

Thomas no podía creer lo que estaba escuchando. Farfulló una protesta, incapaz de hilar un pensamiento con otro. Sobre todo, sin poder encontrar ni una solución mejor a su plan. Pero le daba igual el barco, la tripulación y lo que viniera después. Lo único en lo que podía pensar era en Ellen, escalando por los obenques por encima de sus cabezas, mientras los franceses jugaban al tiro al blanco por ella. Estaba siendo irracional y egoísta, pero sólo de imaginarlo aquel pensamiento le aplastaba el pecho.

—Deja que lo haga otro.

—No hay tiempo.

—Yo lo haré —se ofreció.

La chica alzó la mano por encima de su cabeza y le acarició la mejilla por encima de la cicatriz. Le había dicho lo mismo hacía una eternidad, el día que la *Lionheart* naufragó en su isla, bajo el fuego de los mismos piratas.

—No eres tan rápido como yo —dijo sin despegar los dedos de su piel—. Caleb y Atwood me cuidarán las espaldas.

Thomas quería gritar. Hubiera saltado sobre todos los franceses del mundo para llevárselos por delante. Pero la parte racional de su mente, que seguía perteneciendo a un oficial de la Marina Aérea, no callaba y su voz se hacía cada vez más fuerte. Era un buen plan. Gimió de impotencia.

—Mierda, Ellen.

Sin mirarla a la cara para no arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer, el teniente se desenganchó las tiras de cuero del arnés que todavía llevaba en la cadera y se arrodilló para pasarlas por encima de la ropa de ella. Alargó la mano para coger del suelo uno de las docenas de cabos que los marineros habían dejado sueltos de sus propios arneses cuando comenzó la batalla. Anudó su extremo pasándolo por cada argolla y luego dio un fuerte tirón para asegurarse de que no se soltaría del gancho que lo mantenía unido a la estructura del barco.

Sólo cuando hubo terminado, aún con una rodilla en el suelo, levantó la cabeza para mirarla.

—Ten cuidado, por lo que más quieras.

Ellen clavó sus ojos en él. Por un instante, fue como si hubiera dejado de respirar. Le cogió la cara entre las manos y se inclinó para besarlo en los labios. La caricia de su boca duró un segundo eterno; pero terminó demasiado pronto. No tenían tiempo de decirse nada más.

La muchacha retrocedió un paso.

—Tú también.

El aire ya había empezado a tornarse cada vez más negro, con las partículas de la paja quemada danzando sobre sus cabezas. Atwood y Caleb la esperaban a los pies del obenque, agachados tras las espaldas de la infantería y preparados para empezar a trepar. El guardiamarina se había arrancado un jirón de la camisa y se lo había atado tras la nuca, cubriéndose la nariz y la boca. Caleb llevaba un hacha que había cogido de la bodega sujeta al cinturón.

El silbido de Hansford les llegó con las primeras toses de los marineros, que empezaban a

acusar el picor del humo en la garganta. Thomas sólo pudo observar cómo empezaban a trepar por el entramado del obenque, antes de que un velo de bruma negra le tapara la visión. Todavía le ardían los labios y las mejillas, pero se obligó a recuperar el control sobre sí mismo. Apretó los dedos sobre la empuñadura de su sable hasta que la piel de los nudillos se puso blanca. Ya no podía hacer nada por ella, salvo asegurarse de que no quedaba un pirata en pie que pudiera derribarla.



Ellen giró el cuello para frotarse la cara contra la tela de su manga, haciendo una mueca. Los ojos le picaban como si los hubiese metido directamente en sal. Los notaba tan irritados a causa del humo que las lágrimas la cegaban, pero tenía que seguir avanzando. No les quedaba mucho tiempo antes de que alguien descubriera lo que tramaban.

Atwood —que era el que mejor conocía la fragata— iba el primero, mientras que Caleb les guardaba las espaldas, con su pistola amartillada entre las manos por si alguien decidía seguirles en su escalada. Aunque ninguno de los tres se atrevía a mirar hacia la cubierta, por si acaso. Bastante atenazado tenían ya el estómago de por sí. Según avanzaban, trepando por el enrejado de los obenques como arpillas en las ramas de un árbol, el viento arrastraba las palabras amortiguadas que el guardiamarina musitaba para darse ánimos a sí mismo.

—Es como si fueras a asegurar los masteleros, nada más. El señor Singh te ha mandado a arriar las velas. Sólo tienes que seguir subiendo.

La muchacha hubiera deseado poder repetirse un mantra, pero tenía la garganta sellada por la congoja. El plan había sonado mejor cuando se le ocurrió, bajo el amparo de la bodega, que ahora que lo estaban poniendo en práctica. Pero la opción de echarse atrás había quedado a un mundo de distancia. Y, después de todo, ¿qué tenía que perder? Ella, que veía a la muerte observarla desde cada esquina. Aquel plan no era más que otro paso para acercarse un poco más a su figura encapuchada. Muchas veces había pensado, en la soledad del cuarto que compartía con las gemelas, que la forma de deshacerse por fin de la maldición era jugar con un fuego todavía más peligroso. Quizás esa fuera su oportunidad. Decidir morir protegiendo a aquellos a los que amaba.

Soltó una maldición cuando las manos se le resbalaron por segunda vez de las hebras del cabo que intentaba alcanzar. El cuero no se agarraba nada bien a la cuerda mojada. Dudó, sin saber muy bien qué hacer; pero al final soltó una mano y luego la otra para arrancarse los guantes con los dientes. Quiso guardarlos en el bolsillo del pantalón, pero no pudo mantener mucho tiempo el equilibrio y la falda del vestido abultaba demasiado por debajo de la tela. Ahogó un chillido con los labios apretados al ver cómo se le escapaban y caían planeando como hojas marchitas hacia la cubierta.

—¿Ellen? ¿Estás bien? —preguntó Caleb por detrás en voz baja.

Ella asintió. Ya no podía hacer nada y tenían que seguir hacia delante. Casi habían llegado a su destino.



Clement, al que llamaban el Manco aunque en realidad sólo le faltaban tres dedos de la mano izquierda, no tenía ninguna razón para mirar hacia el cielo mientras degollaba a aquel infante de marina inglés que había intentado empalarlo con la bayoneta. Su lucha estaba ahí abajo, buscando cobrarse un buen botín. Algún alto mando de Bonaparte seguro que pagaba una suma jugosa por apuntarse el tanto y brindarle la captura de una fragata como aquella, incluso cuando, por su aspecto, parecía estar a punto de partirse en mil pedazos de un momento a otro. Si conseguían dejar a algún oficial con vida, a lo mejor también les caía una bonificación por el rescate a repartir. Sonrió. Ya casi podía sentir entre sus dedos el tacto del oro.

Por eso se sorprendió tanto cuando notó que algo duro y a la vez flexible aterrizaba sobre su cabeza. Aquella neblina negra que apestaba a hoguera mal encendida lo había desubicado de su posición, pero, aun así, cuando se llevó la mano a la coronilla y atrapó aquel guante de cuero negro que empezaba a resbalarse hacia su espalda, no encontró ninguna explicación. Así que el mercenario estiró el cuello hacia arriba, buscando el origen de la prenda.

La rabia le subió por las venas hasta que notó arder las mejillas cuando entendió lo que estaba pasando. El incendio no había sido por la explosión de los cañones, sino un engaño. Comenzó a gritar, llamando a voces a su capitana y señalando hacia el palo mayor para que todos vieran lo que ocurría sobre sus cabezas. Una docena de mosquetes apuntó sus cañones hacia las tres figuras que se arrastraban por las alturas.



Hansford vio sin poder hacer nada cómo las balas salían disparadas hacia el cielo. El fuego de la infantería no consiguió detener a todos los tiradores antes de que apretaran el gatillo y la pólvora estalló en una cadena de chispas que iluminaron la niebla negruzca. A su izquierda oyó un bramido que hizo saltar a los que le rodeaban. Reconoció la voz del teniente Byrne sin necesidad de girarse. Sólo vio que una mole vestida del azul de la marina cargaba hacia delante con el empuje de un ejército, arrollando a todo el que se pusiera por delante hasta que se detuvieron los disparos.

El mayor sintió la necesidad de hacer algo también. No podía dejar a Ellen y a sus compañeros al descubierto. Se abrió paso como pudo con su sable hasta que alcanzó a Fellowes, que luchaba a brazo partido contra un pirata que lo había acorralado contra los coyotes que estaban apilados bajo la batayola. Una bala se había llevado un mordisco del lóbulo de su oreja izquierda, empapando con un reguero de sangre el cuello de su chaqueta.

—¡Samuel, a tu derecha!

El capitán hizo caso a la advertencia de su amigo y se echó a un lado. El francés trastabilló en

mitad de su ataque, sin ver venir aquella finta, lo que Hansford aprovechó para clavarle la punta afilada de su hoja hasta atravesarle el hígado.

—Gracias —jadeó Fellowes.

El mayor le hizo una reverencia.

—Apúntalo en la lista de todas las vidas que me debes.

Pero no era momento de bromear. El mayor arrastró del brazo a su amigo hasta una zona más despejada y comenzó a resumirle lo que había pasado mientras señalaba hacia el palo mayor. Fellowes intentó procesar aquel relato como pudo, pero lo único que entendió fue que su hija estaba allí arriba y era el blanco de las balas. La rabia y el miedo se mezclaron en su estómago. Sus instintos más bajos le pedían abalanzarse sobre Hansford por haber permitido semejante temeridad, pero eso sólo hubiera servido para desahogar su furia durante unos segundos preciosos que no podían perder.

De pronto, el estruendo de un cañonazo silbó en el aire, muy cerca de los dos navíos.

—¡Señor, el otro barco! ¡Ya están aquí! —gritó Singh.

Fellowes no entendía cómo aquel fantasma podía haberlos alcanzado tan rápido. Ese había sido un tiro largo, un disparo de advertencia, pero pronto vendrían los de verdad. Estaban atrapados en una ratonera sin salida.

—Arthur, tenemos que sacar a Ellen de allí arriba. O hacer que se encadene de algún modo al palo —dijo mientras su mente trabajaba a toda velocidad en una docena de posibilidades—. Quizá, si pudiéramos reutilizar el segundo timón y volver a inclinar el casco, podríamos desestabilizar en su punto de apoyo al bergantín y así librarnos de él. Eso nos daría otra oportunidad de escapar...

Pero Hansford no parecía tan seguro.

—Todos los hombres han desenganchado sus arneses, Samuel —dijo—. Estamos en medio de la batalla; si nos ponemos bocabajo, sólo conseguiremos que caigan todos por la borda.

—No si conseguimos que se enganchen. Todos los que puedan, al menos. O que se sujeten a sus compañeros. Que McP... —se corrigió antes de terminar el nombre—, que Helsby silbe la orden.

—Helsby se ha quedado abajo. No podía luchar con la muleta.

—Entonces, ¿quién tiene el silbato de contramaestre?

—El teniente Byrne, señor. Era el único que conocía las señales.

Fellowes pegó un bote, y habría ensartado a Phillip con su sable en cuanto apareció a su espalda si no hubiera reconocido su voz a tiempo.

—Pensé que se estaba ocupando del pasaje en la bodega, señor Cox.

—La señora Van Nieel lo tiene todo controlado allí abajo, señor. Y en el sollado sólo quedan el señor Lloyd con los heridos. —Hizo una pausa mientras desenvainaba—. He dejado allí a la señorita Cornwall. Allí será más útil y yo tenía que estar aquí arriba.

El capitán asintió.

—Bien. Entonces tenemos que hacerle llegar las instrucciones a Byrne.

—Yo lo haré, señor —se ofreció el joven oficial.

Fellowes no se pudo negar.

—Tienen tres minutos para dar aviso, teniente. Después de eso haremos girar el timón.

Phillip se llevó la mano al sombrero para saludar y acatar la orden. Luego cogió aire y se metió a la carrera en el caos.



Ellen temblaba, subida a horcajadas sobre la madera. Las balas habían pasado demasiado cerca. Tanto, que una había dejado su marca entre la madera que separaba su dedo anular del meñique. Quizá no se había acostumbrado a ver el rostro de la muerte tan cerca, después de todo. El corazón le golpeaba el pecho con tanta fuerza desde dentro que dolía, pero consiguió vencer a la parálisis que le había congelado el cuerpo, como si fuera una estatua, y recobró el control.

A su izquierda, Caleb golpeaba con todas sus fuerzas lo que quedaba del cilindro de madera pulida. Estaba tan desesperado que alternaba los hachazos con golpes del talón de sus botas, como un caballo dando coces. Mientras tanto, Atwood cortaba los cabos de la vela con su puñal. El guardiamarina le hizo un gesto y ella comenzó a pasar la hoja de su machete por los que le correspondían en su lado. Se habían repartido las cuerdas para distribuir el peso y no desequilibrar el palo antes de tiempo. Si salía mal y caía cuando ellos todavía estaban sobre él, acabarían precipitándose al vacío.

Su corazón se saltó un latido cuando oyó el cañonazo, pero no se permitió levantar la vista. Daba igual si el barco fantasma había aparecido justo encima de ellos. Su misión seguía siendo la misma. Aunque empezó a serrar con el filo con más energía.

Con cada cabo que soltaba, notaba cómo el bergantín iba desequilibrando su peso sobre la fragata. Estaban cerca. Pronto la *Lionheart* sería libre.



Phillip se resarcía por la parte de la batalla que se había perdido con creces. Su sable acumuló tantas medallas rojas en aquella carrera como el resto de la tripulación en todo ese tiempo. Llegar hasta Thomas, que se había metido hasta el epicentro de la refriega, fue toda una odisea, pero consiguió meterse de un salto en el círculo que su amigo había formado a su alrededor, llevándose por delante la vida de unos de los corsarios que lo rodeaban.

—Ya era hora, Phillip.

Él gruñó una respuesta malsonante. Los dos tenientes se colocaron espalda contra espalda mientras repelían los ataques desde todos los frentes. Thomas era mucho más grande que Phillip, así que su empuje casi le hizo perder el equilibrio en varias ocasiones, pero Phillip recuperó el pie enseguida. No era la primera vez que se enfrentaban juntos a una batalla.

—Me manda el capitán, Tom. Van a hacer orzar el barco otra vez. Tienes que dar la señal y avisar a todos para que vuelvan a enganchar los arneses.

Thomas asintió, aunque no tenía ni idea de cómo iba a conseguir meter la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar el silbato. En ese instante necesitaba las dos para detener los golpes que volaban hacia él, dispuestos a agujerearle tantas veces como pudieran.

Uno de los piratas estuvo a punto de acertar, despistándolo con una finta, pero perdió el pie antes de ganar el impulso suficiente como para clavarle su arma. Thomas se lo quitó de encima de un codazo, pero no tardó en sentir que él también comenzaba a deslizarse por la cubierta. ¿Habían empezado ya a girar el timón? Giró la cabeza hacia Phillip, pero tenía la misma cara de susto que él mientras oían un crujido que conocían demasiado bien. Era el sonido de un navío al partirse, en un eco tan profundo que les heló la sangre a todos. Por un momento, cundió el pánico. Pero pronto descubrieron que no era la *Lionheart* la que entonaba el canto del cisne.

Sobre sus cabezas, la sombra del bergantín se fue deslizando sobre los palos, que se partían bajo su peso como si fueran las ramas de un árbol joven. Ellen tenía razón, su plan había funcionado. Habían conseguido romper sus sujeciones y ahora toda la estructura del navío caía por su propio peso.

Fellowes gritó una advertencia desde el alcázar. Thomas no tenía tiempo de sacar su silbato.

—¡TRIPULACIÓN, ARNESES! —bramó con el grito más profundo que pudo arrancar a su garganta.

Singh hizo girar el timón para sacar a la fragata de debajo de aquel cadáver de madera, haciendo que la cubierta se inclinara. Los piratas que pudieron saltaron hacia su barco para recuperar el control a una orden de su capitán, pero muchos otros resbalaron por los tablones hacia el vacío.

—¡Arnés suelto! —oyeron desde algún punto de la cubierta, pero no podían hacer nada por ayudar a sus compañeros.

Thomas se dio cuenta demasiado tarde de que él tampoco tenía ninguna sujeción a la que engancharse. Comenzó a rodar mientras agitaba los brazos, intentando agarrarse a cualquier cosa que frenara su caída. Sus dedos encontraron una mano firme que lo agarró de la manga de la chaqueta.

—¡Te tengo! —gritó Phillip.

Thomas se aferró a esa mano con la desesperación de un náufrago. A su alrededor, los hombres gritaban mientras intentaban ponerse a salvo. Los aparejos sueltos volaban desde las alturas para caer pesadamente sobre la cubierta. Desde algún punto le llegaron gritos de mando en francés. No comprendía ni una palabra de lo que decían, pero de algún modo supo que era la capitana corsaria llamando a la retirada. Aunque ni siquiera pudo alegrarse por la victoria. Unos cañones lejanos volvieron a hacerse oír entre los gritos.

Los dos tenientes cerraron los ojos, apretando su agarre con toda la fuerza que les quedaba. Un gancho cayó desde las velas con todo su peso sobre el hombro de Phillip y hundió el hueso. Él apretó las mandíbulas para ahogar el dolor, pero sin soltar a su amigo. Si aguantaban un poco más, quizá consiguieran sobrevivir al impacto de los cañones.

Pero las balas no hicieron mella en la *Lionheart*, sino que fueron otros los que gritaron. Habían alcanzado el bergantín. Los corsarios que quedaban en la fragata saltaron desde los cabos que aún mantenían unidos los dos barcos para escapar de allí a la desesperada, antes de que los dejaran atrás. Cuando el último de ellos se descolgó hacia el vacío, cortaron las cuerdas para soltar amarras y emprender la huida.

Desde el alcázar, Singh y Fellowes apoyaron todo su peso sobre la rueda del segundo timón para girarla en sentido contrario. El casco se desperezó lentamente, pero después de unos minutos de lucha, consiguieron que volviera a estabilizarse. El maestro de navegación alcanzó como pudo el catalejo que llevaba prendido a su fajín y dirigió la lente hacia el barco que seguía disparando hacia los corsarios, y que había pasado de enemigo a aliado en apenas un momento. Se quedó sin aliento al reconocerlo.

—¡Señor, es la *Sapphire*! —exclamó—. ¡Es la *Sapphire* del capitán Levertone!

Fellowes se incorporó como pudo, apoyándose en la estructura del timón, convencido de que el hombre se había vuelto loco. Pero la figura que veía en el aire, virando para ir en busca del barco corsario, era sin duda una fragata de la flota inglesa.

Los marineros que quedaban en cubierta también se fueron levantando del suelo con dificultad, agarrándose a las cuerdas que les habían salvado la vida. No tardaron en descubrir a sus salvadores y les recibieron con vítores. Aquello también espoleó su sed de sangre y, antes de que el capitán pudiera pedir que apresaran a los piratas que sus compañeros habían abandonado, vio cómo varias jaurías ya se habían abalanzado sobre ellos para pasarlos a todos a cuchillo. Sus cuerpos sin vida volaron por la borda, acompañando en una tumba marina a sus compañeros.

Fellowes tuvo que resignarse a permitir que aliviaran como bestias el dolor por sus propios caídos. A veces, era mejor dejar salir la rabia por algún sitio. Estaba a punto de mandar a los artilleros a que recuperaran sus puestos para seguir a la *Sapphire* en su persecución cuando un murmullo en la cubierta captó su atención. Desde el palo mayor, dos figuras descendieron a trompicones cargando a una tercera sobre los hombros. El capitán vio cómo el teniente Thomas echaba a correr hacia allí con un grito de horror. A su lado, Hansford hizo lo mismo.

—¡Ellen! —oyó que exclamaba antes de saltar sobre las escaleras.

Fellowes se negó a creer lo que estaban viendo sus ojos. Su corazón se olvidó de latir.

«No. Otra vez no».

Tragó saliva y pestañeó, esperando que todo fuera una alucinación producto de un golpe en la cabeza. Pero, por mucho que lo intentó, la imagen no desaparecía. Era como revivir una pesadilla.

En brazos del teniente Thomas, que corría como un loco hacia las escaleras tras arrebatársela a Atwood y a Caleb, su hija se desangraba. Sólo el bamboleo de su pecho en una respiración superficial le confirmó que seguía viva, pero aquella esquirla de madera del tamaño de un sable no tardaría en arrebatársela. Estaba clavada en la parte baja de su abdomen, en una herida demasiado profunda. Había visto heridas como esa demasiadas veces, en compañeros por los que se brindaba al recordar a los caídos.

—¡Abrid paso!

Ningún marinero necesitó escuchar la orden para obedecerla. Singh intentó detener al capitán, gritando a sus espaldas que la *Sapphire* les estaba haciendo señales, pero él le ignoró. Ya habría otro que tomara el mando. Sólo podía pensar en llegar hasta Ellen, cogerla en brazos y llevársela de allí, a donde nadie pudiera lastimarla. ¿Qué hacían? ¿Por qué no se la entregaban? ¡Él era su padre! ¡Ya había estado a punto de perderla una vez! Se puso en medio, dispuesto a arrancársela de los brazos a todo el que intentara detenerle. Tenía que proteger a su niña.

—Samuel. ¡Samuel!

Hansford le había agarrado por el hombro, cerrándole el paso. Él se revolvió como una fiera salvaje para quitárselo de encima, pero el mayor insistió.

—Déjame —gruñó el capitán—. ¡Es mi hija!

—¡Y no puedes hacer nada por ella! —le espetó su amigo, conteniendo las lágrimas con la mandíbula apretada—. Deja que Tom la lleve a la enfermería. Lloyd hará lo que pueda.

«Lo que pueda». Eso fue lo que le dijeron la primera vez.

Hasta su amigo, la persona más optimista que había pisado la tierra, tenía la mirada sombría. Fellowes se desmoronó. Su fuerza se desinfló y dejó que Hansford le arrastrara a un lado para dejar el paso libre a Thomas, que se precipitó escaleras abajo. Supo que había llegado a la enfermería porque oyó a su hija gritar de dolor a través de los tablones.

El capitán se revolvió y se tapó los oídos. Se inclinó sobre la borda, aunque no consiguió vomitar para aliviar las náuseas que le taladraban el estómago. Respiró y contó varias veces hasta diez. Tenía que centrarse. En su barco, en su tripulación. Todavía no estaban fuera de peligro. Si no podía proteger a Ellen, al menos no dejaría que se hundiera el barco que la llevaba dentro. Despejó la mente de todo lo que no fuera su deber.

Fuera cual fuese el destino de su hija, la noticia le llegaría tarde o temprano, y prefería esperarla de pie que quieto. Pasaron horas. O quizá minutos, no lo sabía. El peso de una nueva maldición hacía que el tiempo dejara de tener sentido. Todo giraba en un torbellino demasiado lento y a la vez demasiado rápido a su alrededor. Tenía la sensación de que, si se paraba a pensarlo durante mucho tiempo, el dolor acabaría por volverle loco. Pero esperó.

Y esperó.



La figura de la *Sapphire* se fue haciendo cada vez más nítida según se acercaba, empujada por el viento. Era una fragata esbelta, con la capa de pintura negra intacta sobre la madera y cuyas filigranas todavía brillaban en todo su potencial sin una marca, como si acabara de salir del astillero par a ser bautizada por el rey. Era más grande que la *Lionheart*, con al menos una veintena de cañones más que los suyos y repartidos a dos alturas bajo la cubierta. Era una visión magnífica, incluso para su mente abotargada.

Sin poder evitarlo, Fellowes sintió una punzada de vergüenza por el aspecto de su propio barco. Al lado de aquella bestia de guerra, radiante con sus mejores galas, su preciada Leona parecía un patito feo desplumado y a punto de irse a pique, con los mástiles casi destrozados, las velas rasgadas por varios puntos y manteniéndose a flote por los parches que habían añadido al casco y que milagrosamente habían soportado la batalla.

Pero la tripulación de a *Lionheart* sabía ser agradecida, y vitorearon de nuevo a sus salvadores desde la formación en cuanto los tuvieron al lado. Levertone lo saludó quitándose el sombrero junto a los timones de su barco, y Fellowes respondió con el mismo gesto. Su futuro yerno era un hombre moreno y delgado, con el uniforme impecable y la charretera dorada brillando sobre su hombro derecho, como todos los capitanes recién ascendidos de la flota. Incluso en la distancia, se podía distinguir el porte orgulloso y eufórico de quien acaba de ganar una batalla, aunque la sangre ni le hubiese ni salpicado.

—Me alegro de verle, capitán Fellowes —gritó el joven capitán, aunque sus ojos no paraban de alternarse entre su interlocutor y la bandera amarilla que ondeaba sobre su cabeza—. Y de que llegáramos a tiempo.

—La mano de la Providencia, que sin duda les ha conducido hasta aquí. ¿Venían en nuestra búsqueda?

—No, señor. Ha sido toda una sorpresa encontrarles.

—Pues no podían haber llegado en mejor momento. Y todas las gracias que pueda darles se quedan cortas.

—¿Han sufrido muchos daños? ¿Bajas? —Señaló la bandera de cuarentena que había sobrevivido como por arte de magia a la batalla—. Porque desde lejos se veía que la mala suerte

los acompañaba hasta que llegamos nosotros.

Los dedos de Fellowes se crisparon sobre el fieltro de su sombrero. No quería pensar en lo que estaba pasando en el piso inferior, bajo el cuchillo del cirujano.

—Ha sido una batalla dura —se limitó a responder. Aquel no era un asunto para hablar a voces en medio del aire.

Levertone estuvo a punto de preguntar algo más, pero se giró bruscamente hacia las escaleras que sobresalían a su espalda, desde donde llegaba el eco de una voz femenina. Fellowes no llegaba a entender lo que decía, pero su corazón empezó a acelerarse al reconocer aquel timbre.

—¿Maggie?

Su esposa apareció por los peldaños, desembarazándose de los brazos que intentaban sujetarla.

—¡Soltadme! —gritó, indignada—. Hace rato que han parado los cañones, así que ya no hay ningún motivo para que siga ahí encerrada.

Los labios del capitán se curvaron en una sonrisa bobalicona e inesperada. Estaba tal y como la recordaba. Fiera y hermosa. Con el pelo castaño y entrecano en las raíces, y las arrugas que perfilaban su rostro recordándole cada año que habían pasado echándose de menos. La mujer dejó de reprender a los marineros de Levertone y se giró hacia él, y en cuanto lo hizo su semblante se relajó hasta devolverle la sonrisa.

—La señora Fellowes insistió en acompañarnos en este viaje, capitán.

—¿Viaje a dónde?

—A buscar a Ellen —respondió ella—. No sabemos nada de ella desde hace semanas. Ni una carta suya o de la señorita Levertone desde que salieron de la plantación. Así que alguien tenía que hacer algo.

El nudo volvió a formarse en su estómago. Tragó saliva.

—Ellie está conmigo, Margaret. En este barco —dijo al fin.

El rostro de su esposa se iluminó.

—¡Gracias al cielo! —exclamó. Pero su alegría se esfumó tan rápido como había llegado al ver que Fellowes era incapaz de aguantarle la mirada—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado con ella?

—Está herida, Margaret.

—¿Es grave?

Silencio.

—Maggie...

—¿Es grave? —repitió con la mandíbula apretada.

—Sí.

La mujer se permitió un segundo de miedo antes de recomponerse. A su lado, el capitán Levertone había comenzado a temblar, pero ella no se permitió desmoronarse. Llevaba demasiado siendo la esposa de un marino como para dejar que el pozo negro de la incertidumbre la arrastrara. Hacía años que había aprendido a vivir con aquel peso siempre en equilibrio sobre su

corazón.

—Quiero verla.

Fellowes sacudió la cabeza.

—Es imposible, mi amor. La *Lionheart* está en cuarentena —dijo, alzando la mano hacia la bandera amarilla que ondeaba en el palo.

—Me importa un bledo —replicó ella.

El capitán Levertone se quedó tan anonadado por la contestación de su invitada que no reaccionó a tiempo para detenerla. Antes de que pudiera darse cuenta, la mujer ya había descendido las escaleras del alcázar hasta pisar la cubierta y había pegado un tirón a la lona que protegía uno de los botes de remos para encaramarse en él.

—¡Señora Fellowes! —exclamó, sin saber muy bien qué decir y cómo detenerla en su escalada sin perder la compostura.

—Capitán Levertone, apártese de mi camino —le advirtió ella, y señaló con el dedo a los marineros que intentaban hacer lo mismo. Su expresión era tan fiera que les hizo dar un paso atrás —. Pienso subir a ese barco como sea, así que o les ordena a sus hombres que me lleven remando hasta él o me tiro yo misma de un cabo para abordarlo como un pirata de esos a los que acaba de hundir.

—Si la dejo ir, no podrá volver a este barco hasta que acabe la cuarentena.

—Tanto mejor.

—Señora Fellowes...

—¡Es mi hija, capitán!

Aquel grito acalló los murmullos de ambas cubiertas. Levertone miró hacia el otro barco. Fellowes dudó un momento. Su deber habría sido ordenarle que retuviera a su esposa en el barco como fuera, pero su egoísmo abrió una brecha en su determinación —ya bastante debilitada— y acabó asintiendo. Conocía demasiado bien a Margaret como para saber que la amenaza iba en serio, y que cualquiera que apostara en contra de la determinación de la mujer acabaría perdiendo. Ni siquiera con la amenaza de la epidemia conseguirían doblegarla.

Mientras el bote se alzaba y planeaba para acortar la distancia entre los dos navíos, bajó a la cubierta desde el alcázar y se abrió paso hasta la borda de estribor, intentando atusarse el malogrado uniforme. *Lord* Hansford era el que más cerca estaba del costado del barco, así que fue él quien le tendió la mano a la mujer para que subiera a bordo. Toda la tripulación se quitó el sombrero en cuanto puso un pie en cubierta.

—Tú sí que sabes hacer una entrada triunfal, Margaret, querida —la saludó el mayor, besando su mano.

—Gracias, Arthur —respondió—. Me alegra verte de una pieza.

—Yo también me alegro de estarlo.

Fellowes esperó a que fuera su esposa la que se acercara, con las manos cruzadas en la espalda y fingiendo un enfado que no sentía, aunque hubiera sido su deber. Se alegraba tanto de verla que

hasta el sentimiento de culpa por incumplir el reglamento y exponerla a la enfermedad se mitigó.

Margaret sonrió como una niña traviesa al llegar hasta él, e inclinó la cara hacia un lado para que su esposo le besara la mejilla. Los labios del capitán se demoraron más de la cuenta sobre su piel.

—No deberías haberlo hecho, Maggie.

—¿Me recorrí medio mundo para casarme contigo y crees que no iba a saltar de un barco a otro sólo porque me lo diga un trapo? Como si no me conocieras. —La mujer alzó la mano para acariciarle la cara y sus dedos se tiñeron de sangre al rozar el mordisco de oreja que se había llevado la bala—. Otra cicatriz que me tengo que aprender.

Fellowes le apartó la mano para envolverla con las suyas.

—¿Y las niñas? ¿Y Samuel?

—Los he dejado solos y abandonados en casa. —Llevó la vista al cielo—. ¿Tú qué crees? Están con mi madre.

—¿Y cómo has venido?

—En barco.

El capitán ahogó una carcajada por la que enseguida se sintió culpable. No era el momento.

—Me refiero a cómo sabías que tenías que venir a buscarnos.

—No lo sabía. Cuando rompiste el bloqueo de los franceses, el resto de la flota te siguió. Ganamos la batalla, Sam. Los bonapartistas se retiraron hacia el sur y llegaron las primeras noticias del Caribe, pero ni rastro de la *Lionheart*. Ni una noticia sobre ti. Ni una palabra sobre si estabas bien —le reprochó, cerrando la mano en un puño sobre su pecho como si quisiera golpearlo—. Y ya cuando los Levertone me contaron que la hermana del almirante y Ellie habían abandonado la plantación pero no habían llegado a Inglaterra, no pude soportarlo más. Llevo años esperando que tú... o Ellie..., pero no podía perderos a los dos. —Su voz se quebró—. Me planté en el barco del joven Benjamin, que iba a embarcar hacia las Antillas para averiguar lo que había pasado, y no me moví hasta que accedió a que fuera con él. Lo que no esperaba era encontrar la *Lionheart* en medio de una batalla. Ni a mi hija y ni a mi esposo juntos.

Fellowes le acarició la mano.

—Es una larga historia.

—Tienes cuarenta días enteros para contármela —replicó su esposa—. Pero, ahora, quiero ver a mi hija.

—Claro.

El capitán volteó el cuerpo para abrirle el paso hacia las escaleras que conducían al interior del barco.

—Yo la acompaño, Samuel —se ofreció Hansford.

Él se lo agradeció con un gesto de la cabeza. No se veía con fuerzas de hacerlo él mismo.

La tripulación se abrió en un respetuoso pasillo para dejar que la mujer pudiese caminar entre ellos, y se inclinaron ante ella como si la mismísima reina hubiera ido a visitarlos. Margaret le

dedicó una pequeña sonrisa a cada uno, agarrada del brazo del mayor para que no se le notara el temblor de las piernas.

Hansford la guio escaleras abajo e iba a llevarla hasta la enfermería, pero ella le detuvo en cuanto estuvieron solos. El mayor la miró sin comprender, hasta que la mujer se metió la mano entre los pliegues del vestido, sacó una carta lacrada, pero sin sello, y se la tendió.

—Del comodoro Davis, Arthur.

Él tardó un segundo en poder alzar las manos para recogerla. De repente, se le había quedado la boca seca.

—¿Está vivo? —preguntó con un hilo de voz, como si fuera la primera vez que se atrevía a hacer aquella pregunta en voz alta.

—Lo dejé disfrutando de un permiso en tierra cuando me marché de Inglaterra. Me aseguré de visitarle en Londres, por si acaso nos encontrábamos por el camino con algún barco que supiera dónde estabais. Dijo que te esperaría todo lo que pudiera.

Hansford se llevó aquel papel a los labios, ahogando un nudo que llevaba contenido en la garganta demasiado tiempo.

—Gracias, Margaret.

La mujer se puso de puntillas para besarle en la frente.

—Tú cuidas de los míos y yo, de los tuyos.

El mayor se guardó la carta en uno de los bolsillos de su chaqueta escarlata y, con las manos libres, besó las de ella con devoción.

—Eres un ángel.

—No tanto, pero casi —replicó ella, soltando una de sus manos para palmearle la mejilla—. Ahora llévame hasta Ellie, por favor.

Hansford asintió y la condujo por aquella galería a media luz, todavía ocupada por el humo de la pólvora. Según se acercaban a la enfermería, los gritos de dolor y el olor a sangre mezclada con arena y serrín les llegaron con más nitidez, pero ambos aguantaron con el estómago retorcido. El mayor se adelantó para hablar con Lloyd, pero el cirujano no podía levantar la vista de la ligadura que se le escapaba en aquella arteria, que sangraba en un chorro intermitente. Fue Nanette la que se apartó de su paciente para señalar a uno de los rincones, con las manos y el vestido cubiertos de sangre. Sus ojos todavía estaban hinchados por el llanto.

Margaret avanzó entre los heridos, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad para no taparse la nariz ante aquel olor nauseabundo que lo impregnaba todo. Unos pasos más allá, meciéndose en uno de los coyes, descansaba Ellen. Tenía el rostro demacrado y sudoroso, con la respiración agitada; pero seguía viva. A su lado estaba sentado Thomas, con la cara enterrada entre las manos, pero se levantó al oírlos llegar.

La señora Fellowes ahogó un gemido y se acercó unos pasos, titubeante.

—¿Qué ha pasado? —consiguió preguntar, sin poder apartar la vista del bulto sangrante en el que se había convertido el abdomen de su hija.

Thomas cogió aire antes de contestar.

—Nos ha salvado.



La presencia de Margaret Fellowes se adueñó del barco con tanta rapidez que a los pocos días a los marineros les pareció que siempre había estado allí, velando por ellos. Al principio al capitán no le hizo demasiada gracia que quisiera pasearse por cubierta, temiendo que perdiera el equilibrio al no estar acostumbrada a caminar por un navío aéreo, pero su esposa llevaba ya días navegando antes de encontrarse con ellos y manejaba su arnés como un marinero de primera.

La ausencia de su hija se extrañaba mucho más en el ánimo de la tripulación. Cada día que pasaba se extendían rumores sobre lo que pasaba en la enfermería, aunque ninguno se atrevía a preguntar cómo se encontraba la señorita Fellowes, ni tampoco a visitarla. El relato de cómo los había salvado se iba convirtiendo cada vez en más épico según saltaba de boca en boca, incluso cuando muchos lo habían visto con sus propios ojos. Molestar a la salvadora en su descanso hubiera sido casi una herejía.

Además, los marineros temían el estado en que podían encontrarla si se atrevían a llamar a su puerta. Preferían rezar en silencio por ella, como si recordarla como una heroína sonriente fuera a hacer que aquella imagen se convirtiera en realidad. El fantasma de la muerte parecía recorrer el barco desde que Janssen sucumbió a las fiebres dos noches después de la batalla, y todos temían que el suyo no fuera el último funeral que se celebrara antes de llegar a casa, aunque ninguno lo dijera en voz alta.

De Adelaide ni se hablaba, por miedo a tentar a los malos vientos que se la habían llevado. Su sacrificio había salvado muchas vidas, pero eso no acalló los rumores. La historia corrió entre cuchicheos, y pronto más de la mitad de la tripulación estaba segura de que su fantasma rondaría para siempre a la *Lionheart*, con su esencia impregnada en las filigranas de su casco, dispuesto a castigar a aquellos que la habían encerrado en vida. Fellowes se enfadó tanto al escuchar aquella superchería tan injusta que casi le explotó una vena del cuello, y sólo calló sus gritos para que no llegaran a la enfermería, donde habían montado los aposentos de las muchachas.

Los carpinteros habían confeccionado unas puertas improvisadas para aislar aquella esquina del resto del barco y allí habían instalado dos coyotes adicionales, uno para su madre y otro para Nanette. El capitán había ofrecido su cabina al principio, pero Lloyd no se había mostrado muy conforme con trasladar a su paciente tan pronto y al final la señora Fellowes había aceptado la

solución del biombo. Les daba mucha más intimidad de la que cualquiera hubiera podido esperar a bordo de un navío.

La mujer había pasado días sin separarse de su hija, pero poco podían hacer sus manos que no fuera frotar su frente con un paño y tararear canciones de cuna. Ellen saltaba de sueño en sueño y apenas abría los ojos unos segundos para probar algo de agua y de las gachas que le preparaba Driscoll con esmero. Iba recobrando fuerzas, pero con demasiada lentitud para los nervios de su madre. No era una mujer hecha para estar mano sobre mano. Así que la señora Fellowes encontró otra manera de sentirse útil.

Nanette no había parado de llorar desde que vio a su madre precipitarse al vacío. Durante el resto de la batalla se había obligado a ayudar a los heridos y a mantener la cabeza fría, pero, en cuanto los cañonazos cesaron y no hubo más heridas que parchear, se desmoronó. Margaret era la única persona a la que dejaba acercarse, y con mucha paciencia la mujer logró que volviera a comer y pronunciara alguna palabra de vez en cuando. La primera vez que consiguió llevarla a dar una vuelta por cubierta, casi a la mitad de la cuarentena, Phillip estuvo a punto de arrodillarse a sus pies en señal de gratitud. Ni siquiera él había conseguido sacarla de su coraza hasta entonces.

En ese momento, Thomas las observaba desde el alcázar, con las manos a la espalda. La señora Fellowes llenaba el silencio de Nanette con su parloteo, sin importarle que no obtuviera más contestación que unos cuantos monosílabos, y señalaba de vez en cuando el cielo para que la muchacha se fijara en un ave que se cruzaba en su camino o una nube de forma extraña. Alguna vez incluso agitaba la mano para saludar al oficial de guardia de la *Sapphire*, que los escoltaba a una distancia prudencial.

El teniente cambió el peso de pierna, esperando que aquella maldita campana sonara de una vez. Estaba nervioso. No quería perder su oportunidad, ahora que había tomado la decisión y creía haber reunido el valor suficiente. Tenía que hacerlo antes de que volviera a perderlo.

Por suerte, Phillip no remoloneó para darle el relevo.

—Yo me quedo, Tom—dijo mientras subía las escaleras de dos en dos, con la mano derecha bien resguardada en el cabestrillo con el que el señor Lloyd le había inmovilizado la clavícula que se había fracturado en la batalla—. Ve a descansar.

Se lo agradeció con un gesto, tan ansioso por salir de allí que ni siquiera bromeó sobre lo mucho que le gustaba de repente montar guardia cuando llegaba la hora del paseo de las damas. No era el único de la tripulación que se esforzaba por mostrar su mejor aspecto ante ellas, pero sí el que le guiñaba el ojo de vez en cuando a alguna. Incluso en su melancolía, Nanette se ruborizaba y sonreía al verlo. Para Phillip, aquello era como un rayo de sol.

Thomas se dio la vuelta, furioso consigo mismo por su propia envidia, y se metió en el interior del barco. La señora Fellowes insistía en que Nanette tomara el aire durante al menos una hora al día, así que tenía tiempo de sobra. O eso esperaba, porque si las piernas le seguían temblando de aquella manera no llegaría nunca a la enfermería. ¿Eso que restallaba en sus oídos era su corazón o una salva de cañonazos? Le sudaban hasta las palmas de las manos. Estuvo a punto de darse la

vuelta al menos dos veces, pero se obligó a seguir caminando. Era ahora o nunca.

Golpeó la madera del biombo con tanta suavidad que ni él mismo oyó los golpes. Volvió a repetir el gesto, pero ahora con demasiada fuerza. Se maldijo a sí mismo por ser tan manazas.

Al otro lado, creyó advertir una débil voz y, tras dudarlo un instante, decidió tomarlo como una señal para entrar.

Ellen estaba recostada sobre su coy, el más lejano a la puerta, que se balanceaba desde los anclajes del techo con cada vaivén del navío. Una lámpara colgada a su derecha la iluminaba con luz trémula. La memoria del teniente todavía le torturaba con relámpagos de imágenes de la muchacha desangrándose en sus brazos. Gritando sobre la mesa del cirujano, con Nanette sujetándola mientras Lloyd hurgaba en sus entrañas. Los días que pasó delirando por la fiebre, sin que pudiera hacer nada por ella, mientras él se desgarraba por dentro. Thomas se estremeció. No debía pensar en ello, sólo en lo que tenía delante.

La muchacha estaba pálida y respiraba trabajosamente, pero había recuperado algo de color desde la última vez que la vio. Incluso esbozó una sonrisa e hizo amago de incorporarse cuando le vio entrar e inclinar la cabeza.

—No, por favor —se apresuró a decir él para impedir que se levantara—. No es necesario.

La muchacha volvió a dejarse caer sobre la tela, aliviada. Parecía que acababa de despertarse y no estaba del todo ubicada. Miró a ambos lados, buscando a Nanette y a su madre, pero no le importó comprobar que estaban solos.

—Me alegro de que hayas venido a verme, Tom —dijo, intentando no moverse demasiado. Cada vez que lo hacía, tenía que sujetarse con la mano la parte baja del abdomen, pues sentía que la piel se le iba a desgarrar en cualquier momento—. Estar débil no me impide estar aburrida.

El teniente se quitó el bicornio y se acercó hasta ella, agachando la cabeza para no golpearse con las vigas del techo. Ellen alargó la mano y él se la cogió con delicadeza. La tenía helada. Thomas la abarcó con los dedos hasta envolverla, y luego se la llevó a los labios para besarla en el dorso. Notó cómo se estremecía.

—Y yo me alegro de verte... bien.

—¿Viva, quieres decir?

—Sí, eso también.

Se quedó de pie durante un segundo muy largo, sin apartar los ojos de ella. No sabía cuántas veces había tenido que repetirse en los últimos días que seguía viva antes de al fin quedarse dormido, aunque sin poder huir de las pesadillas. A Ellen también le brillaban los ojos.

—Siéntate, por favor.

La muchacha señaló el taburete que su madre había dejado a su lado. Lo usaba para zurcir la ropa de los marineros con el fin de entretenerse en las horas muertas. Al principio se habían negado cortésmente —¿cómo iban a entregarle su ropa más desgastada a la esposa de su capitán?—, pero Margaret insistió hasta tener una buena montaña en su cesto. No tenía nada mejor que hacer con su tiempo, y no pensaba ser la única a bordo que se sentaba de brazos cruzados. Hasta

Thomas se vio obligado a darle unas medias para que se las arreglase, aunque se aseguró de que fuera su mejor par.

—Claro —tartamudeó el teniente.

Dejó caer todo su peso de golpe en el asiento sin pensarlo. La madera crujió bajo él y tuvo que agarrarse a la pared en un acto reflejo para no perder el equilibrio. Ellen reprimió una carcajada, sujetándose el abdomen. Aquello le hizo sonreír incluso en medio de su vergüenza.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —le preguntó Ellen, ansiosa de noticias que la llevaran más allá de esas cuatro paredes—. ¿Alguna novedad interesante? Odio estar aislada. Esta celda es peor que en la isla.

—Nada del otro mundo, en realidad. Seguimos rumbo a Inglaterra, ya que, por la información de la que dispone el capitán Levertone, la flota francesa se ha desplazado hasta Jamaica, y por ahora no nos hemos cruzado con nada extraño por el camino. Aprovechando que todavía tenemos que guardar cuarentena dos semanas más, el capitán ha decidido dar un rodeo por el norte, para asegurarnos de que no nos encontremos de nuevo con alguna sorpresa ni ningún bonapartista rezagado.

—¿Y los gritos que oí hace dos días?

Thomas se quedó pensando, intentando hacer memoria. La monotonía de la rutina hacía que los días se mezclaran en su cabeza.

—Ah, eso. Una bandada de gaviotas con las que nos cruzamos al sobrevolar la zona de las Azores. Driscoll mandó cazar unas cuantas a los grumetes para hacer sopa.

—¿Acertaron a alguna?

El teniente señaló el cuenco que Ellen había dejado a medias junto a su coy.

—Al menos una.

La muchacha se rio de nuevo.

—No sabes cuánto necesitaba esto. Nadie me hace reír por aquí. Lo único que quieren todos es que descanse. —Ellen se recolocó en la hamaca para mirarle de frente, aunque el esfuerzo le costó un jadeo para recuperar el aire—. Echaba de menos hablar con alguien... y contigo. Aunque te escucho cantar todas las mañanas.

Thomas enrojeció hasta las orejas.

—¿Se me oye desde aquí? —preguntó, angustiado. Lo hacía sin pensar mientras se afeitaba en la sala de oficiales antes de subir a cubierta, pero siempre había pensado que tarareaba en voz baja.

Ellen dejó escapar un bufido.

—Creo que se te oye en todo el barco

—Nadie me había dicho nada hasta ahora.

—Porque a todo el mundo le gusta oírte —respondió, y sonrió para tranquilizarle—. A mi madre le encanta una que parece una nana. Casi se sabe toda la letra a estas alturas. Aunque hay una frase se nos escapa. *Gra-mo...*, *gramo-cri...*

Esta vez fue él quien se rio.

—*Grá mo chroí* —le corrigió—. Es gaélico.

—¿Qué significa?

Thomas bajó la mirada hasta sus manos, que colgaban casi rozando las de ella, antes de volver a alzarla. Sus ojos se buscaron como faros en la tormenta.

—Mi amor.

El silencio acunó aquel instante. Ellen parecía hasta haber recuperado el rubor y su respiración se había hecho más fuerte. Thomas la observaba sin apartar la vista.

Sabía que estaba siendo indiscreto, pero no podía evitarlo. Sus ojos recorrían cada palmo de su rostro, sin acabar de creerse que de verdad estuviese viva. Su mirada se detuvo en sus labios y un cosquilleo cálido le rozó el corazón. Ese recuerdo no era un sueño. Había sido ella la que lo había besado en mitad de la batalla; aún sentía el roce en su boca. Eso le dio valor. Tenía que hacerlo ahora o se arrepentiría para siempre.

—Hay..., hay algo de lo que quería hablar contigo. —Carraspeó—. Si es un buen momento.

Ellen le escuchaba con atención.

—Claro. —Se apartó un mechón de la cara. Todavía tenía el cabello empapado en sudor de las fiebres que apenas la habían abandonado—. Tengo todo el tiempo del mundo.

Thomas cogió aire. Los nervios estuvieron a punto de cerrarle la garganta, pero los empujó como pudo para seguir hablando.

—En estas últimas semanas han pasado muchas cosas, Ellen. Demasiadas, diría yo. No nos han dejado mucho margen para reflexionar..., bueno, sí..., quiero decir que yo sí que he estado pensando... y sintiendo... —Sus pensamientos eran un torbellino caótico. Estuvo a punto de salir corriendo, pero contuvo al lobo de la ansiedad. Thomas se maldijo a sí mismo. Tenía ganas de golpearse contra la pared por su torpeza—. Perdóname. No se me da bien usar las palabras. Pero quería pedirte... Lo estoy estropeando todo... Necesitaba preguntarte...

«Se va a declarar», comprendió Ellen de repente.

—... porque de pronto me he dado cuenta de que a veces hay que arriesgarse por lo que quieres —siguió hablando él, aunque se trababa cada pocas palabras. Estaba tan nervioso que no podía dejar de estrujar su sombrero entre las manos—. Como tus padres. Ver el amor que se tienen después de tanto tiempo... y lo que lucharon por estar juntos... me hace pensar que también es posible, aunque no lo parezca...

«Me va a pedir que me case con él».

Ellen se obligó a contener la sonrisa. Sentía como su pecho se volvía más ligero y la emoción le hizo cosquillas. Se sentía tan ligera que creyó que iba a echarse a volar. El dolor había desaparecido. Como el licor más dulce, la felicidad la embriagó hasta hacer que el mundo diera vueltas a su alrededor con los colores y el brillo de un carrusel.

Se le cruzaron mil ideas por la cabeza, mezclándose en un frenesí caótico; pero fue una sola la que se abrió paso desde lo más profundo hasta ganar la batalla. Había estado ahí siempre, sólo que ahora cobraba fuerza. Se clavó en su mente como un aguijón envenenado, oscureciendo todo

lo demás con sus tentáculos, hasta que no quedó nada de luz en sus pensamientos. Las mariposas de su estómago no tardaron en convertirse en garras. Mientras caía la venda de inocencia de sus ojos, el mundo se abrió bajo sus pies. El brillo de sus mejillas desapareció al mismo tiempo que la golpeó la realidad. ¿Cómo podía haber sido tan necia? Había dejado que la inocencia la cegara de la realidad, pero era hora de crecer y despertar.

Si Thomas hubiera estado mirándola a los ojos mientras hablaba, habría visto cómo su rostro cambiaba de la felicidad a la tristeza, y luego al dolor.

—Estoy segura de que tarde o temprano encontrarás a una chica que te haga tan feliz como a ellos, Tom —le interrumpió con brusquedad. Su cara era ahora la mueca de una estatua—. Me encantará conocerla.

Thomas alzó la vista y se trabó en medio de la frase, paralizado.

—¿Cómo?

—Las esposas de marinos debemos apoyarnos, después de todo —continuó ella, recostándose hacia atrás en su coyo para alejarse de él, fingiendo despreocupación—. No creo que Benjamin y yo tardemos mucho en casarnos, ahora que estamos tan cerca. Esta guerra ya nos ha separado bastante.

—No... —Thomas carraspeó e irguió la postura—. No sé qué decirle.

Ellen cerró los ojos, clavándose los dedos en el abdomen.

—Hágame caso, teniente —insistió—. Usted más que nadie se merece encontrar a alguien que le ame de verdad.

—Claro —tartamudeó él, incapaz de decir nada más.

—Ahora, si no le importa, me gustaría descansar.

Thomas se levantó tan rápido que volcó el taburete sobre el que estaba sentado. Se estiró la chaqueta del uniforme e intentó abrocharse los botones, pero sus dedos trastabillaron con el metal y los ojales hasta que se dio por vencido. Le dio un manotazo rabioso y desesperado a la solapa.

—Como desee, señorita Fellowes.

El teniente se inclinó ante ella, tan recto como un tronco y con los brazos pegados al cuerpo. No se atrevió a mirarla a la cara. Se sentía mareado. Era como si el suelo se hubiera convertido en un agujero y se estuviera despeñando al vacío. Así que se agarró a la formalidad para mantener el equilibrio.

—Adiós, señor Byrne.

Ellen se aseguró de que cerraba la puerta sin mirar atrás. Únicamente se permitió desmoronarse cuando se vio sola en la habitación. Se encogió sobre sí misma, con las manos abrazándose el abdomen bajo el pecho.

—*Grá mo chroí* —musitó en un sollozo que se obligó a ahogar.

No sabía cuánto tardaría, pero se obligó a convencerse de que aquel dolor también acabaría desapareciendo. Debía creerlo, porque en aquel momento sentía que nunca más podría volver a respirar.



Hansford cortó la frase a la mitad al ver salir a Thomas del interior del barco a toda prisa, con la cabeza gacha y el gesto tenso. El teniente se caló el bicornio en la cabeza de tal forma el que pico delantero le tapaba la mitad de la cara y avanzó a zancadas por la cubierta.

Unos marineros que estaban izando la vela de sobremesana recién remendada se cruzaron en su camino sin fijarse y Thomas tuvo que detenerse en seco para no golpearse la cabeza contra la madera. Cogió aire, furioso, y comenzó a echarles un rapapolvo que se escuchó hasta en el otro lado del navío. Los hombres se apresuraron a disculparse, asustados, y se apartaron tan rápido como pudieron. El mayor vio que unos cuantos marineros de los que estaban en cubierta intercambiaban miradas de soslayo. El teniente Thomas nunca había tenido fama de ser injusto con sus subordinados, más bien al contrario. Algo grave debía de haber pasado.

—¿Arthur?

El capitán lo miraba preocupado, sin saber qué había interrumpido el hilo de su conversación.

—Perdona, Samuel —se excusó con un carraspeo—. Creo que le voy a pedir a Driscoll una taza de té. Me encuentro un poco destemplado con este aire frío.

—Claro —respondió Fellowes, sorprendido, aunque su amigo no había esperado a su respuesta para empezar a bajar los escalones—. Pídele otra para mí.

Hansford asintió, aunque no había escuchado ni una palabra. Tenía demasiada prisa. No podía estar seguro, pero tenía una corazonada de quién había sido la culpable del humor del teniente. Y, sobre todo, temía averiguar el porqué.

El mayor interceptó al despensero de camino a la cocina y le pidió esa taza de té, aunque en cuanto la tuvo en la mano se dio la vuelta y se dirigió a la enfermería. No pensaba tomársela él. Como Margaret y Nanette seguían con su paseo por cubierta, su ahijada se encontraría sola. Sólo esperaba que no deseara tanto seguir estándolo como para echarlo de su lado.

Golpeó el biombo de madera con los nudillos, pero nadie respondió.

—¿Ellie? —Volvió a llamar, manteniendo el equilibrio a duras penas con un bandazo del barco para no derramar el líquido de la taza—. Te traigo un poco de té, querida.

No estaba seguro de que el gruñido que le respondió fuera real o simplemente estuviera oyendo lo que quería oír, pero Hansford lo consideró suficiente como para entrar en aquella estancia

improvisada. Ellen levantó la vista cuando le vio aparecer, pero no hizo más amago de moverse. Estaba encogida sobre sí misma, acurrucada sobre el coy y con las manos aferrándose la tela del camisón por encima del abdomen. A Hansford le recordó demasiado un animal desvalido como para que no se le conmoviera.

—No tengo estómago ahora para nada, tío Artie —respondió al fin.

—Vamos, niña. Seguro que no has comido nada hoy.

El mayor puso una taza de té delante de Ellen. La muchacha dudó un instante, pero al final alargó el brazo y la aceptó por cortesía.

—Está bien.

—Así me gusta, querida —dijo mientras arrastraba el taburete que había encontrado junto a la pared hasta sentarse a su lado—. Y, como soy un padrino considerado y veo que mi amada ahijada está triste, no voy a comentar nada sobre lo incivilizado que es tomarlo así de seco, sin azúcar ni leche, aunque sea la de esa maldita cabra, como a ti te gusta.

Ella intentó esbozar una sonrisa, aunque no fue capaz de formar más que una mueca torcida. Pero al menos se incorporó para sentarse más recta y poder beber.

—Gracias.

Hansford esperó a que diera el primer sorbo para empezar sus preguntas.

—¿Me lo vas a contar?

Ellie se quedó mirando su taza.

—No es nada. Sólo estoy cansada.

—Ellen, que te conozco desde antes de que salieras de la barriga de tu madre —replicó él—. Sabes que, si no quieres, hablar no insistiré, pero no me mientas. He visto a Byrne salir a la cubierta con una cara más ceniza que un nubarrón y algo me dice que venía de aquí.

La muchacha guardó silencio, girando la taza entre las manos como si quisiera encontrar las respuestas en ella. Su mirada se perdió entre las ondas de aquel líquido oscuro. Parecía ir a quebrarse en mil pedazos. Pero al final cogió aire y habló:

—El teniente ha estado a punto de declararse y pedirme matrimonio.

—Oh. —Eso no se lo esperaba. Hansford la miró de reojo—. ¿Y?

—Tuve que pararlo antes de que siguiera.

—Pobre muchacho.

Ellen ahogó un sollozo.

—Tío, por favor.

El mayor se acercó aún más a ella y le echó un brazo por encima de los hombros. Ellen se inclinó desde su coy y él dejó que se apoyara para llorar sobre su uniforme. Las lágrimas empaparon su camisa.

—Vamos, querida. Desahógate.

—¿Qué iba a hacer? ¿En qué estaba pensando? —Ellen vocalizaba como podía. Estaba tan débil que cada sollozo le hacía tener que coger una gran bocanada de aire para seguir hablando—.

¿Decirle que sí y fugarnos? ¿Arruinar su reputación y la mía? Y la de mis hermanas, ya de paso. Ya estoy prometida, no puede ser.

—Un compromiso no es una boda, niña. Se puede romper.

Ellen casi tuvo ganas de echarse a reír.

—Estoy prometida con un Levertone, tío. Capitán de navío, hijo del almirante Levertone. El mismo que nos acaba de salvar el pellejo a todos y que nos está escoltando de vuelta a casa. ¿En qué clase de persona me convertiría?

—Todo lo que me cuentas merece nuestro agradecimiento, pero nada más. Tu padre ya está en la carrera del Almirantazgo y de ahí no lo puede mover nadie, así que tarde o temprano estaréis a la misma altura que los Levertone.

—¿Y mientras tanto? Podrían quitarle el *Lionheart* a padre si quisieran, darle un barco destartado y tenerle patrullando las mismas diez millas por el resto de su vida, hasta que muriera de viejo en un despacho o se tirara al mar desde lo alto de pura pena. —Ellen cerró los ojos—. Y luego está el propio Byrne. ¿Crees que Tom podría aspirar a algo después de semejante afrenta a un *lord* del Almirantazgo, delante de sus narices? No tiene contactos. Es el hijo de un irlandés ejecutado por traidor, mientras que el padre de Benjamin cena con la reina todas las semanas. Se quedaría de teniente toda la vida, o como mucho le darían el mando en acto de servicio de algún barco capturado y le estancarían en ese puesto de por vida, con media paga y en tierra, esperando el ascenso a capitán en un barco que no llega. Todavía recuerdo cómo languideció mi padre durante los meses de tregua, confinado en tierra firme. No haré padecer eso al teniente Byrne por mi culpa.

—Lo pintas todo demasiado negro, querida. —Hansford no sabía muy bien cómo animarla cuando todo cuanto salía de su boca era cierto—. Byrne se tiraría ahora mismo por el acantilado por ti sin dudarlo. Casi lo ha hecho ya, para ser sinceros. Y conozco a tu padre, sabe cuidarse él solo y haría cualquier cosa por ti.

—Yo también lo conozco, tío. A él y a los hombres que lo rodean. Son nobles y creen en sus ideales. Sé que Byrne sabe lo que le espera si ofende al almirante y cree que le da igual. Pero los hombres de la marina sólo tienen un amor verdadero y ese es el aire que les empuja a surcar los cielos. —Sollozó de nuevo—. No pienso arrebatarle sus sueños para que me odie en unos años, cuando la única vez que vea un barco sea desde abajo y a lo lejos.

—Aun así —replicó—, creo que debería ser él quien decidiera.

Ellen sacudió la cabeza.

—Mi palabra de honor también vale algo, aunque no sea la de un caballero. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se incorporó—. Me comprometí con Benjamin convencida y a sabiendas.

«Aunque el enamoramiento de chiquilla haya desaparecido y ahora me maldiga por estúpida», se lamentó.

—No me creo lo que estoy oyendo. —El mayor sacudió la cabeza—. ¿Seguro que me lo estás

contando todo? ¿Hay algo más?

—¿Tú qué crees?

El corazón de Hansford se encogió. Había sido un necio sólo por preguntarlo. Claro que lo había. Esa sombra que oscurecía cada brillo de esperanza que la muchacha se atrevía a atisbar desde hacía demasiado tiempo.

—Eso no te impidió comprometerte con el joven Levertone en su momento, ¿por qué ahora?

—Benjamin no arriesgaba su carrera al pedirme matrimonio, tío Artie.

—¿Y prefieres que se convierta en un oficial de carrera desgraciado? ¿Un hombre con el pecho lleno de medallas pero hueco por dentro, con el corazón roto?

—Encontrará a alguien que lo quiera como merece. Sólo es cuestión de tiempo que me olvide.

—¿Crees que tu padre se habría olvidado de tu madre si ella hubiera hecho caso a su familia y no se hubieran casado? ¿Me he olvidado yo de Roger o él de mí?

—Esto es diferente.

—El amor es el amor, querida mía. He visto perfectamente cómo te mira él desde hace semanas. Y cómo le miras tú.

La muchacha se encogió aún más. Apretó los brazos, sin mirarle a los ojos.

—No importa que no lo entiendas.

—Ellie...

—Estoy maldita. Esta es la segunda vez que escapo por los pelos de la muerte, pero puede que no haya una tercera. Puede que llegue en un minuto, un día o un año. No importa —Le temblaba la voz—. Algún día mi suerte no será suficiente para escapar de la maldición. Eso sí que nadie lo puede cambiar.

Pero Hansford no estaba dispuesto a permitir que aquella maldita esquirra marcara el rumbo de su vida por más tiempo. Le cogió la mano y la envolvió con las suyas.

—Ellie, mi niña. Por favor. Confía en lo que te digo, no te condenes a la infelicidad.

Ella se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se inclinó sobre la cabeza de su padrino para besarle en la frente.

—Han sido mis propias decisiones las que me han traído hasta aquí y ahora no hay camino que no conduzca a ella —respondió—. Pero prefiero ser una Levertone desgraciada que arruinarle la vida a los dos hombres que más quiero.

Hansford supo entonces que la decisión estaba tomada y que no había nada que pudiera decir para convencerla. Ellen estaba dispuesta a pagar el castigo que creía haberse ganado por sus pecados, y él sólo podía estar allí para acompañarla en el camino. Así que la abrazó de nuevo, meciéndola en sus brazos como cuando era niña, aunque sin saber muy bien a cuál de los dos pretendía consolar.



La cuarentena se levantó con la niebla de la mañana, y el señor Singh recogió la bandera amarilla que llevaba cinco semanas ondeando en el trinquete. Nadie más había muerto de las fiebres desde aquel holandés desgraciado, ni la tripulación del capitán Levertone había tenido que disparar a nadie por intentar escapar de la *Lionheart* y subir a su barco.

Por fin podían respirar tranquilos.

Thomas se arrebujó en su capa, con las manos debajo de las axilas para mantenerlas caliente. El aliento que se filtraba entre las hebras de lana de su bufanda se transformó en una nube de vaho efímera ante sus ojos. Se notaba que las corrientes de aire habían cambiado desde que abandonaron las cálidas aguas del Caribe para dirigirse en dirección al ártico. A casa. Ese pedazo de tierra que se recortaba en el horizonte como un trazo de tinta oscura derramada, diluyéndose en el agua. Si seguían aquel rumbo al suroeste, estarían atracando en un puerto inglés en menos de dos días.

La campana resonó cinco veces por la cubierta cuando el infante de marina que hacía de centinela giró el reloj de arena, con el descenso de sus granos marcando el cambio de guardia. El teniente advirtió a su espalda el sonido de unas botas que golpeaban la madera para subir al alcázar.

—¿Una buena mañana? —preguntó Phillip, colocándose a su lado. Ya se había librado de las vendas y podía mover el brazo, siempre que no hiciera aspavientos bruscos.

—Sin novedad.

Con cada filamento de niebla que se evaporaba en el aire y el avance del navío, el contorno verdoso de la isla iba cobrando cada vez más nitidez.

—¿Eso es Irlanda?

—No, hace tiempo que la hemos pasado. Es la costa de Gales —replicó Thomas. Dudó un segundo antes de señalar hacia atrás y a su izquierda—. No se ve desde aquí, pero, si trazaras una línea recta en esa dirección, llegarías a la costa del condado de Wexford.

Phillip dejó escapar un gruñido de asentimiento.

—¿Irás allí cuando desembarquemos?

—No lo creo —bufó Thomas—. Allí ya no hay nada por lo que volver.

Su amigo agachó la cabeza.

—¿Y qué harás entonces, Tom?

Su tono sonaba preocupado.

—Sobrevivir con media paga como pueda, como todos. —Intentó sonreír—. No durante mucho tiempo, espero. Después de todo, seguimos en guerra.

Ambos tenientes avanzaron hacia el costado de estribor, por donde se intuía también la silueta del continente, desde donde Bonaparte amenazaba cada día con más insistencia con la invasión. Con la cuarentena toda la tripulación había estado confinada y desocupada, así que los oficiales habían aprovechado para ponerse al día con los partes del Almirantazgo que les proporcionaba el capitán Levertone, junto con las provisiones que enviaba cada semana en un bote sin tripulantes, para evitar el posible contagio. Pero, a pesar de su victoria en el Atlántico al romper el bloqueo, había tanta proporción de buenas noticias como de crónicas de derrotas. La guerra con Francia no parecía tener un final cercano. La lucha se auguraba ardua y ellos intentarían colaborar como pudieran para volcar la balanza.

—Podrías venirte a mi casa unos días —le ofreció Phillip—. Sé que a mi madre le encantaría tener a alguien más de uniforme con el que presumir por el vecindario, y los cotreos sobre la cruenta batalla en la que te hiciste esa cicatriz me librarían de hablar demasiado sobre mi compromiso fallido con Rebecca. Y siempre podría esconderme detrás de tu espalda si nos cruzamos con los Nicholls.

—Te lo agradezco, Phillip —replicó él, aunque su amigo sabía que sólo estaba siendo evasivo—. Quizá lo haga.

Thomas se incorporó con un gruñido. Sus músculos se quejaron a base de pinchazos, agarrotados por el frío, pero él agitó el brazo que tenía libre para desengrasar las articulaciones.

—Será mejor que me retire a descansar un poco, ahora que me relevas de la guardia. Si no entro un poco en calor, a lo mejor se me acaba cayendo la mitad de la cara que todavía conservo entera.

Phillip quiso reírse de su broma, pero sólo le salió una mueca.

—Tom, espera —le detuvo antes de que pudiera darse la vuelta—. Oí hablar al capitán con el mayor mientras subía. Van a llamar a formar a la tripulación.

Thomas se detuvo.

—¿Y eso?

—La señora Fellowes se lleva a Ellen a la *Sapphire* para que Levertone las conduzca a Portsmouth —dijo mientras le miraba de reojo—. Al parecer, nosotros tenemos órdenes de ir primero a al encuentro del buque insignia de *lord* Keith, el almirante que está ahora al mando del Escuadrón Azul, para que el capitán pueda informarle.

El aire tardó un poco más de lo que debería en llegar a sus pulmones, pero Thomas terminó recuperando el control de sí mismo para asentir con una expresión de piedra.

—Bien. Me alegro de que la señorita Fellowes esté tan recuperada. Espero que le vaya bien —dijo con voz fría.

—¿Es que no has ido a verla estoy últimos días?

—No veo por qué iba a hacerlo.

Phillip saltó como un resorte. No se esperaba esa reacción.

—Tom... —Dio un paso hacia delante—. ¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente.

—Odio ver cómo te torturas.

—Por Dios, Phillip. Parece que me hayas visto flagelarme por las esquinas —le espetó, revolviéndose bajo la capa—. Confundes amargura con resignación. Lo que pasa es que ahora he dejado de hacerme ilusiones que no van a ninguna parte y he aceptado la realidad. Cada uno tiene lo que se merece y, por mucho que me pese, mi vida es la que es y no va a cambiar. Nada más.

Phillip bufó.

—Si eso fuera cierto, los franceses no serían los únicos que hubieran triunfado en su revolución.

Esperó a que su amigo reaccionara. Que le gritara, incluso. Pero Thomas se limitó a darle la espalda.

—No estoy de humor para tu charla subversiva, Phillip. Hoy no.

Se quedaron en silencio mientras la tripulación iba saliendo poco a poco a la cubierta después de acabar el desayuno, como riadas de hormigas. Cuando el capitán emergió de su cabina con el uniforme completo, ellos saludaron cortésmente y se apartaron de la esquina de estribor para dejarle libre la zona que le correspondía como privilegio en el alcázar; aunque él no la tomó.

—Caballeros —saludó *lord* Hansford con la mano en el sombrero, subiendo las escaleras de dos en dos tras Fellowes.

—Buenos días, mayor.

El redoble del tambor de infantería comenzó a sonar en medio del rectángulo escarlata que se fue formando, y todo aquel que faltaba en la formación se apresuró a buscar su sitio.

Vieron salir primero a McAvoy, que cargaba como podía con los baúles del equipaje hasta el bote que el capitán Levertone había enviado para ellas. Los marineros que esperaban a las pasajeras todavía miraban con desconfianza a la fragata recién salido de su cuarentena, pero recogieron los bultos que les lanzaron desde la *Lionheart* sin rechistar. E incluso tuvieron un cuidado especial de no dañar el abultado saco de correo que les entregaron mientras lo acomodaban entre el resto de la carga. Todos los marineros sabían lo mucho que costaba que las cartas llegaran sanas y salvas a casa.

Las tres mujeres aparecieron poco después. Ellen ya caminaba por sí misma, aunque se apoyara en los brazos de Nanette y de su madre cada pocos pasos, por si acaso. Debajo del abrigo no se notaba tanto lo mucho que había adelgazado; aunque, cuando se giró para despedirse de toda la tripulación con un gesto de la mano y una sonrisa débil, bajo la piel pálida se le marcaron unos pómulos exageradamente afilados y los ojos azules hundidos en sus cuencas. Miró una única vez hacia arriba, hacia el alcázar, durante un segundo muy corto antes de volver a darles la espalda.

El capitán rompió la formación entre sus oficiales para ir a despedirse de su familia. Ambos

tenientes dieron un paso atrás para dejarle espacio para pasar, con el sombrero entre las manos, y Phillip aprovechó para mirar de reojo a su compañero. Thomas tenía la vista al frente, en el horizonte, obligándose a no mirar la cubierta.

—Buen viaje, cariño —dijo Fellowes mientras depositaba un beso en la frente de su hija.

—Nos vemos pronto, padre —respondió ella con un hilo de voz.

Nanette fue la primera en descender hacia el bote que las esperaba. Antes de bajar por la escalera, ayudada por los brazos de dos marineros, alzó la mirada hacia la parte noble del navío. Phillip le guiño un ojo. Ya se habían despedido antes.

Mientras su hija se preparaba para ser la siguiente, recogiendo como podía la falda del vestido con la ayuda de Caleb, la señora Fellowes se despidió de su marido.

—Ni se te ocurra volver a llegar tarde a casa, Sam —le advirtió con una sonrisa.

—Ni aunque Bonaparte se me ponga en medio —prometió.

La mujer se giró para saludar una última vez a los allí reunidos y luego aceptó la mano del muchacho para saltar la batayola en dirección al bote. Ellen ya había desaparecido, sin mirar atrás. El capitán Fellowes aguardó un instante más en cubierta con las manos cruzadas a la espalda, observando cómo la mitad de su familia se alejaba sobre el aire.

—¿Capitán? Con su permiso.

El maestro carpintero se acercó renqueando con su muleta bajo el brazo, balanceándose como un péndulo.

—Adelante, señor Helsby.

El hombre se llevó el primer nudillo a la ceja para saludar, nervioso.

—Los muchachos me han pedido que haga una petición en su nombre, señor, ya que todavía no tenemos contramaestre. Les gustaría disparar una salva con los cañones en honor de la señorita Fellowes. En agradecimiento, señor, por salvarnos.

El capitán aguantó la emoción como pudo detrás del pecho y asintió.

—Claro, señor Helsby.

El hombre sonrió e inclinó la cabeza antes de darse la vuelta.

—¡Ya lo habéis oído, muchachos! ¡Preparad esos cañones!

Los oficiales volvieron a dejar sitio en el alcázar para que el capitán volviera a su puesto mientras la tripulación corría de un lado a otro para ocupar sus puestos. El señor Singh hizo una señal con los banderines para avisar a la *Sapphire* de sus intenciones mientras los grumetes correteaban entre las piernas de los marineros, cargados con los sacos de pólvora.

—¡Fuego!

Las divisiones prendieron las mechas una tras otra en una cadencia regular y acompasada, llenando la cubierta de una neblina con olor a pólvora quemada y plomo candente. Los ocupantes del bote se dieron la vuelta, sobresaltados por el estruendo, pero no tardaron en comprender que no era una amenaza. Disparaban sin balas. Desde lejos, la tripulación de la *Lionheart* vio cómo Ellen Fellowes se incorporaba con dificultad hasta ponerse completamente de pie, en equilibrio, y

les saludaba agitando la mano por encima de la cabeza. Decenas de gargantas estallaron en vítores.

Pero Thomas seguía mirando al frente, sin destensar ni un solo músculo. Sólo se movió cuando el capitán dio por concluida la ceremonia y volvió a colocarse el sombrero en la cabeza, para imitarle y romper la formación.

—Bien, señores. Esto es un navío de guerra, después de todo, no un barco de recreo. Hay unas órdenes que cumplir. ¡A trabajar!

Los oficiales se apresuraron a obedecer al instante y a movilizar a los marineros que tenían a su cargo con voz firme. Phillip esquivó a Atwood, que intentaba bajar del alcázar por el lado contrario al que debía, se acercó hasta Thomas y le puso una mano en el hombro.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Su amigo sacudió la cabeza.

—Ya te he dicho que estoy bien, Phillip. Vuelve a tu puesto.

Phillip sabía que no iba a conseguir arrancarle nada más, así que suspiró con resignación y le palmeó el brazo una última vez antes de darse la vuelta. No tardó en perderse de vista, engullido por la vorágine de la que bebía la rutina.

Thomas observó la escena, dejando que el orgullo diluyera el dolor. Ese era su hogar. Las voces de mando, las botas golpeando la madera, el viento revolviéndole los cabellos para luego alzarse hacia el cielo e hinchar las velas con su empuje. El olor a pólvora que todavía danzaba en el aire lo anclaba a él con firmeza, como un muro con los cimientos excavados en la piedra, recordándole el juramento que había pronunciado hacía tanto. Eso era algo a lo que aferrarse, a su lealtad y a su deber. Todavía quedaban muchas batallas que librar en las que vivir o morir. Y, con un poco de suerte, cada gota de su sangre que se derramara haría que le doliera un poco menos el vacío que había dejado en su corazón.



Epílogo

Un destello azulado rasgó el manto gris que cubría el horizonte. El trazo de la madera maleada quedó suspendido en el aire durante un segundo, antes de que su estela desapareciera al atravesar las nubes.

En tierra firme, Ellen Fellowes también deseó que la engullera el cielo. Bajó el catalejo con un suspiro resignado y lo guardó en el bolsillo que le había cosido a su vestido unos días antes. Ya no portaba ni su pistola ni su machete, y la falta de ese peso en la cadera la hacía sentir vulnerable. Así, al menos, tenía algo que apretar con fuerza cuando la asaltaban los recuerdos.

Volvió a coger aire y lo soltó despacio, centrándose en lo que tenía delante. Estaba muy lejos de aquella isla en las Antillas, no había cañones franceses a ese lado del Canal y, lo más importante, se hallaba en casa. Protegida. A salvo. Habían pasado meses desde que dejó atrás aquella selva. Todo volvía a ser como antes.

Y, aun así, todos los días seguía subiendo al acantilado que se alzaba junto a su hogar para divisar en el horizonte los barcos que entraban y salían del puerto de Portsmouth. Pero era inútil. Por muy sofisticada que fuera la alquimia del catalejo que le había regalado el mayor Hansford en uno de sus cumpleaños, había distancias demasiado lejanas como para que sus lentes superpuestas llegaran a alcanzarlas.

Ellen sabía que era una ilusión infantil, pero no podía evitar buscar con el corazón en un puño la silueta de un mascarón de proa en forma de leona con las fauces abiertas y las garras extendidas. Un pequeño atisbo, apenas un instante, que le infundiera algo de esperanza y de valor. Una voz que le dijera que había merecido la pena todo a lo que había renunciado.

Como si la estuviera escuchando, la cicatriz de su abdomen la agujoneó por dentro; y la de la espalda no tardó en responder. Hizo una mueca. Hacía mucho que la segunda no se mostraba tan rebelde, pero en los últimos días se retorció como si algo la hubiera despertado. La misma premonición que hacía que un sudor frío le resbalara por la espalda sin previo aviso o que las pesadillas más extrañas la persiguieran cada noche.

Ojalá su madre tuviera razón y todo fuera producto de su mente, que todavía no había terminado de olvidar el miedo paralizante que le había hecho temblar día tras día. Ella estaba segura de que era cuestión de tiempo y de paciencia que las heridas invisibles sanaran igual que las del cuerpo,

aunque dejaran cicatrices.

—Siempre vuelven, cariño —le decía su madre cuando la encontraba despierta por la noche, mirando al cielo bajo la luz tenue de una vela—. El viento nos los traerá de vuelta a casa.

«Hasta que un día no lo haga», callaba la muchacha.

Ellen sentía que algo no iba bien. No se había olvidado de la maldición ni de las veces que había tentado a la suerte en los últimos meses —era un milagro que todavía siguiera viva, aunque no siempre se sentía igual de agradecida por ello—, pero su intuición le decía que su vieja amiga la Muerte hacía tiempo que no la saludaba de la misma forma desde las sombras. Sentía que ya no la miraba de frente. Ahora tenía la atención fijada en otro lugar, en alguien cercano a su corazón, y eso la asustaba aún más que sentir el frío de su guadaña permanentemente en su nuca.

La voz de una niña a su espalda le hizo dar un respingo. Ellen se incorporó a toda prisa, asustada, sacudiendo la falda del vestido. Se giró hacia la casa. Tuvo que agarrarse los cabellos rebeldes que se le habían soltado de su recogido y con los que jugaba la brisa del mar para ver a una de sus hermanas agitando los brazos desde la valla, haciéndole señas para que volviera.

—¿Qué pasa?

Pero su grito fue en balde. Phoebe —o quizá su gemela Caroline, no estaba muy segura— ya había echado a correr de vuelta. Detrás de ella, un carruaje negro y sin distintivo deslizaba sus patas mecánicas por el camino que daba al jardín delantero, levantando tras de sí una nube de gravilla.

¿Quién iba a visitarlas a esas horas? Hacía rato que había comenzado a anochecer y el tiempo era desapacible. ¿Sería la señora Patterson? No hacía ni un día que habían conseguido librarse de ella y sus insufribles visitas semanales, y la mujer solía acercarse en una calesa más sencilla..., pero ¿quién si no iba ser tan impertinente?

La muchacha recogió a toda prisa el chal que había dejado en el suelo y, envuelta en él, desafió al viento del acantilado para volver a casa. Con los pies en la tierra, aunque su corazón estuviera mucho más lejos, mucho más alto.

El camino se hizo más largo que una travesía en la tormenta. Hasta el azote de los truenos encerrada en un cascarón de madera le parecía más apetecible que pasar un minuto más teniendo que aguantar las historias sobre lo brillantes que eran sus nietos por no meterse el dedo en la nariz, pero no podía dejar que su madre lidiara sola con la anciana.

Sus hermanas eran expertas en desaparecer en cuanto notaban su olor a lilas secas, y el pequeño Samuel hacía poco más que dormir —o berrear, según el día— en una esquina. Nanette se mostraba siempre educada, pero cada vez que la veía la señora Patterson no dejaba de hacerle preguntas indiscretas sobre su familia y cómo había acabado entre los Fellowes, de modo que la mayoría de las veces Margaret le insistía en que se quedara tranquila en su cuarto, leyendo los libros que el mayor Hansford enviaba para ella cada semana.

Ellen se armó de valor, sujetando con fuerza las esquinas de su chal bajo el pecho, como si aquel gesto pudiera concentrar sus fuerzas, y atravesó la valla para rodear la casa y entrar por la

puerta delantera. Así al menos podría peinarse y alisar su vestido antes de enfrentarse al detallado examen que su vecina le hacía con la mirada cada vez que estaba en su presencia. No podía ni carraspear sin que sus ojos de buitre se clavaran en su ella por encima de su taza de té.

De manera que la muchacha cogió aire y empujó la puerta con delicadeza, rezando para que el chirrido de los goznes no la delatara. Con un poco de suerte, el parloteo de la anciana apagaría cualquier ruido que delatara su presencia.

Pero fueron el silencio y la oscuridad los que la recibieron en el umbral de su casa.

Ellen se quedó quieta un segundo, intentando convencerse de que desde algún punto tenía que llegarle la voz de la señora Patterson preguntándole a su madre sobre cómo cuidaba de las flores que siempre alegraban la cornisa de la ventana. Pero sólo la corriente de aire que se había levantado al abrir la puerta atravesaba el pasillo.

—¿Madre? —llamó con voz tenue—. ¿Nanette?

Ni una voz ni el reflejo de una lámpara encendida. La muchacha se tensó. Todo lo que había aprendido en aquella isla perdida volvió de golpe a sus entrañas. Con la mano derecha agarró el catalejo que portaba en su vestido, dispuesta a usarlo como arma, mientras que con la otra tanteaba las paredes para no perder la referencia de dónde estaba.

Ellen avanzó despacio, con cuidado de no hacer ruido, tensa como un gato con el pelo erizado. Hasta que el ruido de pasos apresurados sobre su cabeza la sobresaltó y la hizo pegar un brinco en el sitio, aunque rápido la congoja se convirtió en alivio. Habría reconocido el sonido de los pies de sus hermanos contra la madera en cualquier parte.

Aquella sensación no duró mucho. Enseguida una nueva punzada le azuzó el estómago cuando captó un sollozo desde el otro lado del pasillo. Aquel sonido también lo conocía perfectamente. Esa era la voz de Margaret Fellowes.

Avanzó de nuevo, esta vez con paso firme, hasta empujar la puerta que llevaba a la cocina.

—¿Madre?

Fue una voz masculina la que respondió:

—Ellie, querida. No sabes cuánto me alegro de verte —respondió el mayor Hansford, incorporándose sobre la silla al verla aparecer.

La muchacha no supo qué hacer primero, si responder al saludo de su padrino o correr a los brazos de su madre, que intentaba en vano ocultar las lágrimas, apoyada sobre la mesa larga que atravesaba la cocina.

—¿Tío Artie? —consiguió articular al fin mientras se acercaba a su madre hasta agarrarle de las manos con fuerza, con más de una pregunta en los ojos—. ¿Qué haces aquí?

Lord Hansford debería estar al otro lado del continente, acompañando a su padre y al resto de la tripulación de la *Lionheart* mientras patrullaban las nubes sobre el Mediterráneo; él mismo se lo había confirmado en su última carta. ¿Por qué estaba en su cocina, entonces, visitándolas sin avisar y en un coche que parecía haber alquilado en el mismo puerto? Ellen no entendía nada.

—Tuve que volver por un asunto urgente hace unos días. Algo familiar..., pero eso no es

importante ahora. —Sacudió una mano para desviar el tema. Su voz se había hecho más grave, como si las palabras se hubieran enredado hasta formar un nudo en la garganta—. Todavía no es nada oficial y quizá me estoy adelantando... El Almirantazgo debería ponerse en contacto con Maggie en unos días, si es que no lo han hecho ya..., y quizá todo se quede en un susto, pero...

Ellen tenía tantas preguntas que sentía arder la lengua. Aunque, sobre todo, necesitaba la respuesta a una de ellas.

—¿Dónde está padre?

Debía tratarse de él para que su padrino apareciera de repente portando noticias del Almirantazgo con aquella expresión de angustia que no sabía disimular tan bien como creía. Y, allá donde estuviera el capitán Fellowes, su tripulación le habría seguido. Hasta las mismas puertas del infierno si hacía falta.

Durante un instante, Hansford no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Ya sabes que, después de separarnos, nos enviaron hacia el frente del Mediterráneo, y allí fue donde les dejé yo. —Tragó saliva—. Hace una semana que la *Lionheart* tenía órdenes de presentarse en el puerto de Mahón para entregar su informe de patrulla..., pero nunca llegó a aparecer. Al principio creyeron que su tardanza se debía al mal tiempo que llevaba azotando esos días el cielo entre el puerto y la isla de Córcega, pero las horas pasaban y seguían sin noticias...

Hizo una pausa para recomponer la voz. Ellen quiso saltar a su cuello para arrancarle las palabras.

—¿Y?

—Mandaron más patrullas a rastrear la zona, pero nadie encontró ningún signo de naufragio. Era como si se los hubieran tragado las nubes. Se mandaron despachos urgentes a todas las redes de inteligencia. —Su voz temblaba—. Una semana más tarde, llegó la noticia: una fragata inglesa de cuarenta cañones había sido vista en los muelles de Tolón, cerca de Marsella. No consiguieron confirmar el nombre del barco, pero nuestro contacto jura que en la proa vio un mascarón en forma de animal..., algo parecido a una leona.

Ellen tuvo que sentarse, apretando con tanta fuerza la mano de su madre que le cortó la circulación.

—¿Es seguro?

El mayor torció el gesto.

—Ya te dije antes que no era nada oficial, todavía lo estamos investigando...

—Arthur, por favor —le cortó Margaret en seco. Tenía la cara hinchada de llorar, pero su expresión era firme—. Llevo años esperando a que alguien me dé esta noticia, así que no te andes con paños calientes.

Él suspiró.

—Todo parece indicar que sí. La *Lionheart* ha sido capturada en territorio enemigo y su tripulación, retenida como prisioneros de guerra..., con algo de suerte.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ellen. Un roce helado, que la acarició desde la nuca hasta

los pies, que sintió como el saludo de una mano huesuda entre las sombras. Fue como si el suelo se abriera debajo y sólo hubiera oscuridad. No oía ni veía nada. No podía respirar.

Salió corriendo, con las manos tapándose los oídos para no oír las voces que le gritaban en su cabeza todas las cosas horribles que podrían estar pasando en ese momento. ¿Quién podía estar seguro de que los franceses respetaran los códigos de honor? Por lo que sabía, podían estar tratándolos como ratas. Se los imaginaba encerrados en un calabozo. Torturados. Muertos. Atravesados por la metralla del cañón o con la cabeza cercenada por la guillotina. A su padre. A...

Ellen empujó la puerta hasta salir al jardín. El viento la embistió con fuerza, ondeando la tela de su vestido hasta enredarla en sus pies, pero ella siguió corriendo. No escuchaba las voces que la llamaban. Ni siquiera se detuvo cuando una zarza le arañó las piernas al saltar la valla.

Corrió y corrió hasta que la punta de sus pies rozó el vacío del acantilado. Allí abrió la boca y sacó toda la ira, el miedo y la impotencia de sus pulmones, encarándose al cielo que se los había llevado. Gritó hasta que su garganta se desgarró en un quejido ronco que la hizo desmoronarse de rodillas.

Intentó llorar, pero no le salían las lágrimas. Ni de tristeza ni de rabia. En su lugar, un fuego fue surgiendo de sus entrañas, de sus cicatrices, hasta prender el brillo de sus ojos. Estaba maldita, pero no estaba muerta todavía. Y no pensaba esperar sentada, languideciendo, indecisa sobre si la Muerte le tendería la mano antes de saber qué había pasado con los que más amaba.

Si algo había aprendido en todos esos meses, era a tomar las riendas y valerse por sí misma, sin esperar a que otros dieran el paso adelante. No había tiempo que perder.

Si estaban vivos, ella los encontraría y los traería de vuelta a casa.

FIN



Agradecimientos

Dar las gracias siempre implica hablar del camino que nos ha llevado hasta aquí. El mío a bordo de la *Lionheart* empezó hace mucho, cuando todavía no tenía nombre ni tripulación, sólo la idea de que quería escribir una historia en la que los barcos surcaran al cielo en vez del agua porque, como siempre, mi imaginación fue incapaz de quedarse con los pies en el suelo.

Es difícil encontrar algo no sea mejor con un toque de magia. La fantasía está ligada a mí como lectora desde que se me abrieron las puertas de Hogwarts; y desde entonces no he parado de devorar novelas cargadas de dragones, brujas, animales parlantes y sí, barcos que vuelan. A todas ellas (y a las personas que las escribieron, que son demasiadas como para enumerarlos en estas páginas) les doy las gracias.

Recordar cuándo me empezó a interesar la Era de la Navegación es más fácil, pues no tengo más que volver a ser la niña que vio por primera vez la película *Master and Commander: al otro lado del mundo*. Me sentí tan atraída por la vida en las entrañas de los barcos que esta trama comenzó a surgir en mi cabeza, tomando forma según descubría más y más historias contemporáneas a los salones de baile de Jane Austen. Muchos años después, las aventuras de Horatio Hornblower le pusieron alas a muchos de los personajes que se transformaron en lo que ha acabado saliendo de mis manos en este libro; pero no puedo hablar de inspiración sin citar, con una gran reverencia, a Patrick O'Brian y la obra de su vida, la saga de *Aubrey y Maturin*. No sólo sus veinte novelas (y una inacabada) fueron la clave para que yo pudiera empezar a entretrejer los cimientos de esta historia, sino que además me dio la base de una documentación exquisita por un periodo en el tiempo acerca del que compartimos tanta fascinación. Esta novela nunca habría visto la luz sin la pasión con la que describía cada rincón del barco, cada bocanada de brisa marina.

Ojalá hubiera podido transmitir un pedacito de esa sensación entre estas páginas, pues os aseguro que me he pasado horas enteras buceando entre libros y blogs de historia naval, mapas de barcos de todo tipo y páginas y más páginas que hablaban sobre el mundo de los botones de los uniformes en la marina inglesa de principios del siglo XIX como si me fuera la vida en ello.

Pero sigamos hablando del camino.

Antes he hablado de las historias que me han marcado, pero eso no habría sido posible sin todas las personas que me acercaron a ellas. Primero a mis padres, por transmitirme su amor por la

lectura, por los cuentos a la hora de la cena, por madrugar tanto para que mi hermana y yo pudiéramos acudir desde bien pequeñas a la biblioteca más mágica, por apoyarme en todo lo que hago y dejarme claro lo orgullosos que están de mí.

Gracias a mi querido y eterno club de lectores, el Contenedor de Océanos, por estar ahí en cada paso del camino; y entre ellos a Patri y a Sara, mis lectoras beta de cada proyecto, que sin vosotras no habrían visto la luz. A Victoria Álvarez, por ser la madrina de esta historia como nadie podía haberlo sido; sin compartir contigo todas las penas y alegrías de escritora, esta Leona nunca habría echado a volar. Y a Victoria Rodríguez, por ser mi correctora de francés. A Carlos, por estar a mi lado en cada momento importante y cada alegría que me daba este proyecto, más orgulloso de mí que yo misma. Y a toda la comunidad de escritoras que me rodean, con más personas maravillosas de las que puedo nombrar. Somos los pilares en los que nos apoyamos en cada día malo y la mano que tendemos en cada día bueno.

Por último, no puedo cerrar esta página sin agradecer todo el apoyo y el trabajo que el equipo editorial de Nocturna ha invertido en esta novela, transmitiéndome siempre la mayor de las ilusiones. Sin vosotros esta historia seguiría siendo poco más que un sueño en mi cabeza.

Y a ti, lector. Gracias por coger este libro entre las manos y hacer a la *Lionheart* surcar el cielo.

